

ALYS CLARE

LOS MISTERIOS DE LA ABADÍA

Un relato de suspense en la Inglaterra medieval



LA NOVICIA ASESINADA



Lectulandia

Un relato de suspense en la Inglaterra medieval, con la abadesa de un convento y un caballero de Ricardo Corazón de León como investigadores.

En Tonbridge, un valle cercano a la abadía de Hawkenlye, descubren a una novicia degollada. Los habitantes del lugar sospechan que el brutal asesinato es obra de uno de los presos liberados por el rey Ricardo Plantagenet, futuro Ricardo Corazón de León, quien, para ganarse la simpatía del pueblo, ha concedido la amnistía a todos los reclusos. Éste envía a su emisario, el valiente y leal caballero Josse d'Acquin, a investigar la espeluznante muerte. Josse descubre que la abadesa Helewise es una inteligente aliada: sensata y pragmática, nada suele pasársele por alto. Combinando sus dotes, Josse y la superiora dejan al descubierto lo que se oculta tras la tranquila vida en la Inglaterra rural del medioevo y descubren la amenaza que encierra el asesinato.

Lectulandia

Alys Clare

La novicia asesinada

Los misterios de la abadía - 1

ePub r1.1

Gand 23.09.14

Título original: *Fortune like the moon*

Alys Clare, 1999

Traducción: Cristina Pagès

Editor digital: Gand

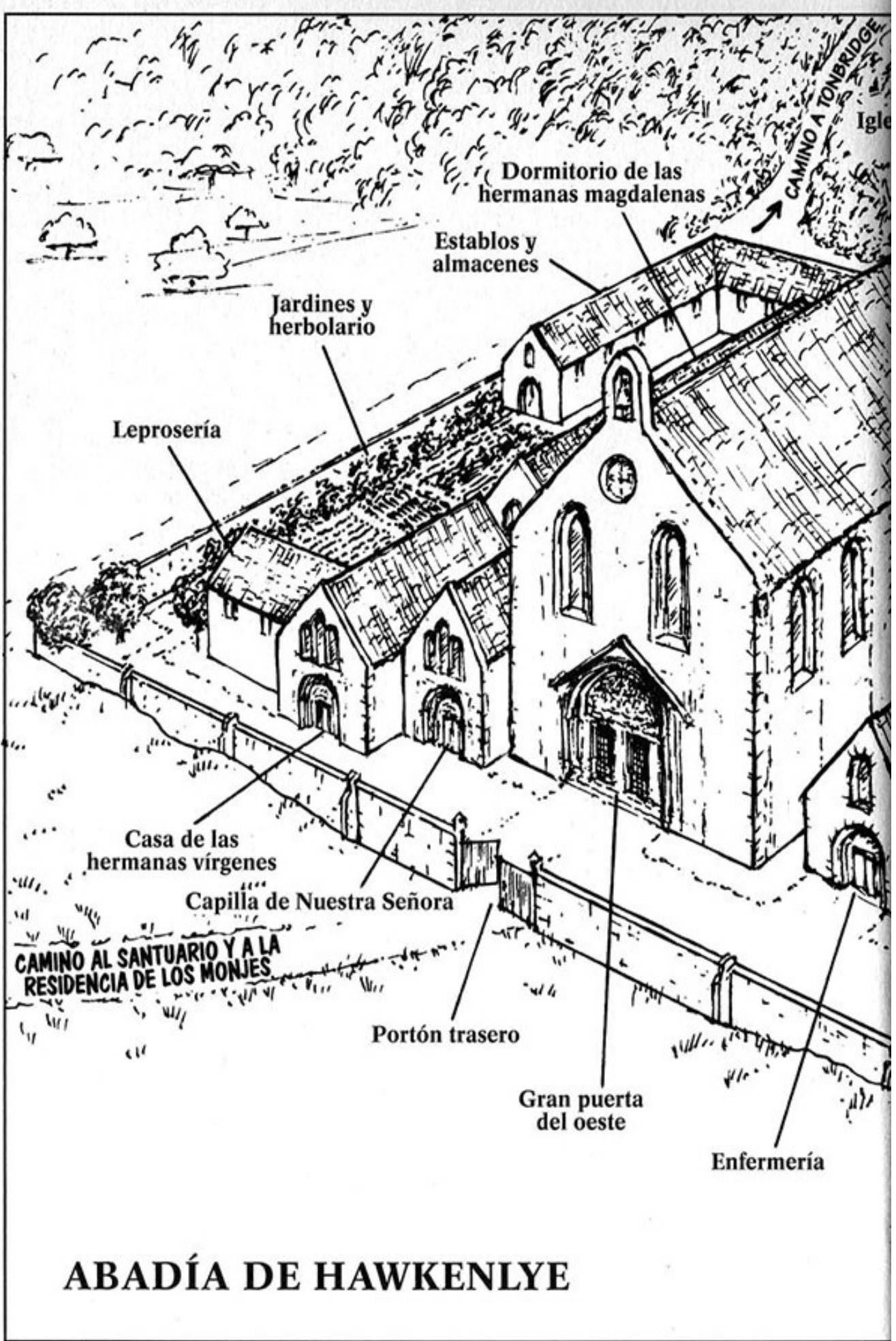
ePub base r1.1

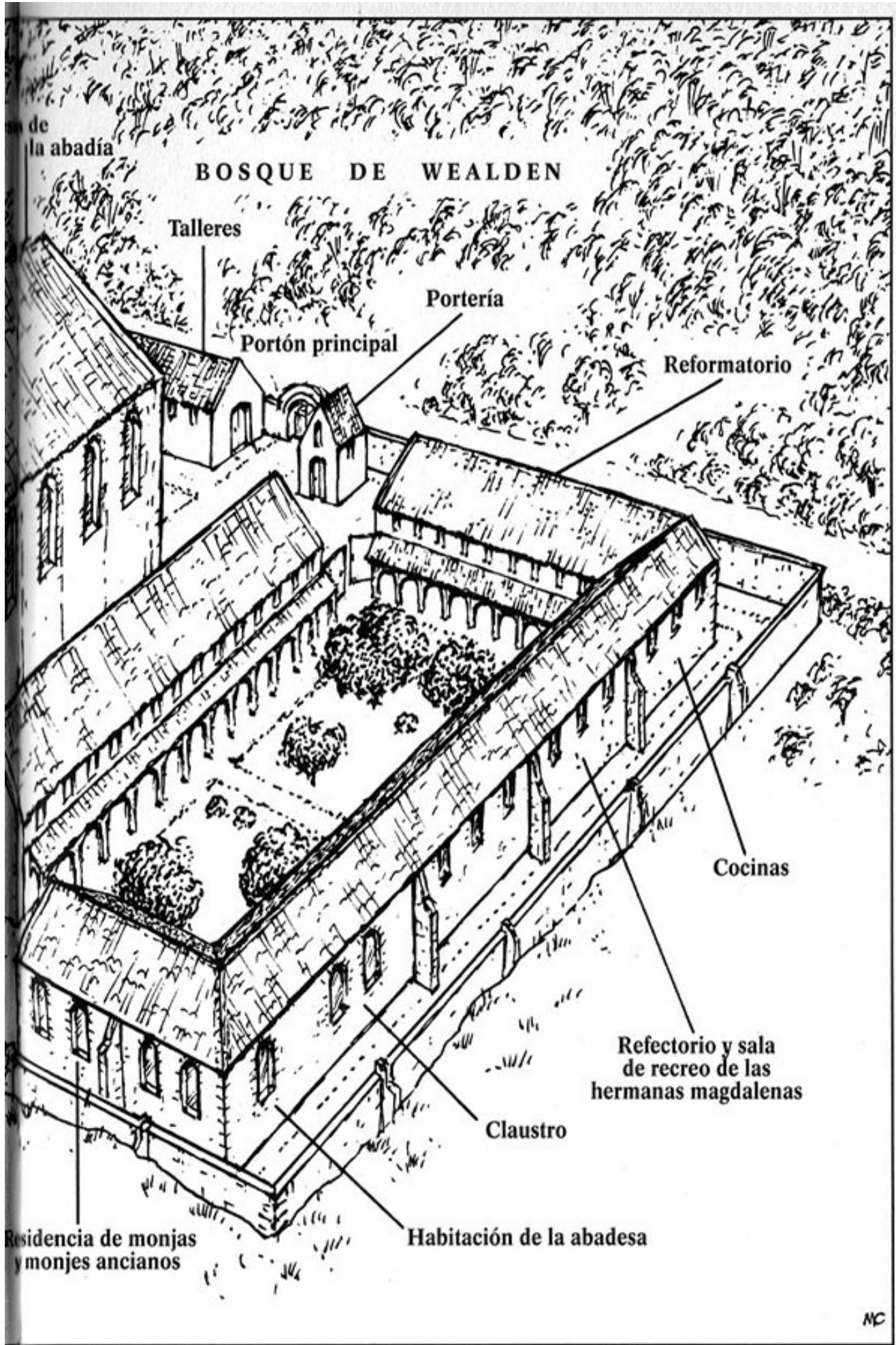
más libros en lectulandia.com

Para M. D.
Gracias

*O Fortuna!
Velut Luna
statu variabilis,
semper crescis
aut decrecis.*

De *Carmina Burana*,
«Canciones profanas».





Preludio

Muerta, ofrecía una imagen negra, blanca y roja sobre la escasa y corta hierba de un árido julio.

Negro, por el fino hábito de lana, casi nuevo aún. El paño de la falda no mostraba remiendo alguno que revelase los años de arrodillarse y rezar, y el impecable dobladillo trasero no había sido aún desgastado por el roce con peldaños de piedra. Blanco, por el griñón y la impla que habían enmarcado el rostro, aunque el griñón ya no estaba sujeto en torno al cuello y a la barbilla, sino que había sido arrancado. Blanco también por la tez pálida, palidísima, por el rostro petrificado en una expresión de abyecto terror, expresión que conservaría hasta que la carne se pudriera, dejando sólo la calavera. Blanco por las piernas y la ingle, que habían dejado escandalosamente expuestas al levantarle de manera violenta el hábito y las enaguas. La pobre chica resultaba impúdica en la muerte, tumbada allí, despatarrada. Era como si hubiesen arreglado el cadáver deliberadamente, pues los brazos formaban líneas paralelas con las delgadas piernas abiertas.

Rojo por la sangre.

Tanta sangre.

La habían degollado con la misma idea de simetría con que habían dispuesto las extremidades. El corte empezaba junto al lóbulo de la oreja derecha y acababa justo en el de la izquierda. La herida se profundizaba más a la altura de la pequeña barbilla.

La sangre le había empapado el cuello desnudo, la garganta desnuda, y había resbalado en delgados hilillos hasta el cuello del hábito, donde la lana los había absorbido.

Había sangre asimismo en las piernas blancas. Una gran cantidad de sangre. Brillaba sobre el oscuro vello púbico y parecía empapar la cara interior de los muslos.

El sol de la mañana se alzó sobre el horizonte, y la grisácea luz del amanecer no tardó en intensificarse y hacer resaltar el negro y el blanco, en acentuar el contraste. La luz del sol cayó sobre la oscura sangre carmesí y la hizo centellear cual una gema. Un rubí, acaso, tan deslumbrante como el que estaba engarzado en la cruz de oro que yacía a unos pasos de la cara desfigurada por el terror.

La luz del día creció, y desde un lugar muy cercano un gallo joven rompió a cantar insistentemente, como resuelto a que lo oyeran. En un edificio próximo, una campana tañó; a su llamada siguieron los sonidos de la vida, según las gentes empezaban la jornada.

Un nuevo día.

El primero del número infinito de días que la muerta no vería.

La primera muerte

Capítulo uno

Viendo que era inútil tratar de atender a dos cosas a la vez, Ricardo Plantagenet perdió los estribos y arrojó sobre un criado una jarra de peltre medio llena de cerveza. Levantándose de un brinco, se lanzó hacia adelante pero tropezó con el borde de una losa de piedra.

Su furioso reniego retumbó en las vigas, hizo callar a todos los presentes y no dejó la menor duda —ni siquiera en el menos observador— sobre el estado de ánimo del recién electo rey.

—¿Os encontráis bien, majestad? —preguntó con valentía uno de los clérigos presentes.

—¿Bien? —rugió el rey, saltando sobre un pie mientras se frotaba los dedos del otro, en vano, pues llevaba las botas puestas—. No, Absolon, no me encuentro bien.

Hizo una pausa, como si estuviera resumiendo las múltiples causas de su descontento, y sus rojizas cejas se juntaron en un furioso ceño de concentración. El obispo Absolon, temiendo lo peor, dio un presto paso atrás. Sin embargo, en lugar de ceder a la rabia originada por la frustración, Ricardo la dominó. Regresó a su sillón y volvió a sentarse. En tono sorprendentemente humilde dijo:

—Por favor, Absolon, continuad.

Mientras el sacerdote se lanzaba a explicar las razones, al parecer interminables, por las que la coronación de Ricardo debía celebrarse pronto, una o dos personas de pie junto al nuevo rey se percataron de que, aunque éste se había guardado el comunicado de Inglaterra en la túnica, no lo había olvidado. Sus cortos y fuertes dedos no cesaban de palparlo nerviosamente, como lo haría con un rosario un hombre en peligro.

Si los sacerdotes que lo rodeaban y acosaban con sugerencias, solicitudes y exigencias lo hubiesen conocido bien, este gesto no los habría sorprendido. Pues la carta era de su madre, y Leonor de Aquitania, recién liberada de una prisión que ella misma había reconocido como cómoda y realmente libre por primera vez en quince años, se encontraba en Inglaterra a fin de allanar el camino para la llegada de su hijo preferido.

Aunque lo deseaban con fervor, ni Ricardo ni Leonor habían esperado que Ricardo heredara el trono de su padre. Efectivamente, ¿quién lo habría esperado, en vista de que Ricardo era el segundo de los cuatro hijos supervivientes de Enrique II y Leonor y de que su hermano mayor no sólo había crecido fuerte, sino que gozaba del favor de su padre? De hecho, la fe de Enrique II en su primogénito era tal que lo había coronado cuando aún vivía y reinaba. Al parecer, Ricardo debía contentarse con el ducado de Aquitania, herencia de su madre, un regalo nada desdeñable. Salvo que el hombre que gobernaría en Aquitania sería duque y no rey.

Sin embargo, el joven rey había muerto. A los veintiocho años, lleno del vigor y la saludable constitución de los Plantagenet, había sufrido una repentina fiebre. Una fiebre mortal.

Enrique II, desconsolado por la muerte de su heredero y favorito, había acabado por aceptar el fracaso de sus cuidadosos planes para el futuro de la dinastía. Agobiado por vástagos rivales y una esposa entremetida que no sólo no recordaba a sus tres hijos beligerantes sus deberes filiales, sino que los alentaba en sus maquinaciones contra él, Enrique había reconocido con renuencia a Ricardo, la niña de los ojos de Leonor, ¡maldito fuera!, como su heredero. Heredero del trono de Inglaterra.

Seis años más tarde, Enrique moría.

El último invierno de su vida fue horrible. Se había deshecho de Leonor y de sus infernales y eternas interferencias encerrándola en Winchester, bajo vigilancia. Pero, por mucho que lo deseara, no podía imponer el mismo trato a su heredero, pues, aparte de todo, Ricardo contaba con un ejército. Había forjado una alianza con Felipe II de Francia y los dos estaban acosándolo en todo el norte de Francia.

Esto bastaba para deprimir y desconsolar a cualquiera, hasta a un rey. Sobre todo a un rey. El largo invierno montado a caballo con un tiempo horrible le había provocado una fístula anal complicada luego por un absceso. Descansaba en Le Mans, intentando recuperar las fuerzas, cuando Ricardo y Felipe lo atacaron y lo obligaron a huir de la ciudad. Las condiciones de paz lo humillaron, y a su amargura se añadió la congoja cuando se enteró de que su benjamín, Juan, se había aliado con Ricardo y el rey francés.

Se retiró a su castillo en Chinon, muy enfermo y con tantos dolores que no era capaz ni de caminar ni de sentarse cómodamente. Hasta habían tenido que llevarlo en brazos para que firmara el tratado de paz. Su absceso se había abierto y se le había envenenado la sangre. Murió el jueves 6 de julio, y quienes no lo conocían bien dijeron que lo había matado el pesar.

Así pues, en el caluroso verano de 1189, Ricardo Plantagenet se convirtió en rey de Inglaterra. Había nacido en Inglaterra, pues su madre, a quien tanto le gustaba viajar, no había permitido que el embarazo alterara sus costumbres y lo había traído al mundo cuando visitaba Oxford. Sin embargo, desde su infancia, Ricardo sólo había ido a Inglaterra en una breve ocasión. Apenas si hablaba inglés y tenía una idea muy vaga de cómo eran el país y sus habitantes. El hogar, para él, era Aquitania, y Poitiers, su corte. De hecho, en Francia se lo conocía como Ricardo de Poitiers.

De momento, lo más necesario no era educar a Ricardo en cuanto a su nuevo reino, sino educar a sus súbditos en cuanto a él. Y a mano se encontraba la persona idónea para tal cometido: a sus sesenta y ocho años, aún más enérgica que de costumbre tras quince años como virtual prisionera, leal y sincera partidaria de su hijo, Leonor se dedicó a allanar el camino de Ricardo.

Disponía de poco tiempo, pues Ricardo llegaría a Inglaterra en agosto. En aquel momento estaba cruzando el canal de la Mancha, y se había sugerido que la coronación tuviera lugar a principios de setiembre; el tres, decían. Acaso fuese esta sensación de prisa la que hizo que la abandonara su habitual sensatez, ya que, para sorpresa de todos e inquietud de muchos, anunció que, en nombre del liberal y humano Ricardo, se vaciarían las cárceles de Inglaterra y se otorgaría la libertad a quienes esperaban para ser juzgados o castigados.

El gesto fue, quizá, una apuesta, una apuesta típica de Leonor, típica de Ricardo. Si funcionaba, cientos de expresidiarios sumamente agradecidos retomarían al seno —o al fondo— de la sociedad inglesa y difundirían el mensaje de que este nuevo monarca era realmente sabio, realmente cristiano. Y, efectivamente, a la mayoría la habían encarcelado por delitos no más graves que la violación de las estrictas e implacables leyes forestales. Mas si fracasaba, si un solo criminal liberado abusaba del gran don de la libertad y regresaba a sus antiguas costumbres, ¿cuál sería la reacción pública? ¿Dirían que Ricardo era un tonto al creer ingenuamente que se podía soltar a un delincuente o un criminal, confiando en que la gratitud lo volviera honrado? ¿O acaso dirían, de modo mucho más dañino, que este nuevo reinado que, según se decía, prometía tanto empezaba ya maldito?

Sí, eso dirían.

Eso dirían, y eso dijeron.

Había sucedido.

El comunicado de Inglaterra que Ricardo palpaba nerviosamente ese caluroso día de julio en el norte de Francia contenía el relato de Leonor acerca de un asesinato extraordinariamente brutal que acababan de descubrir en una zona del maldito nuevo reino que estaba a punto de heredar, una zona llamada Weald.

Weald. ¿Qué era eso, Weald? ¿Qué significaba? Y, más importante, ¿dónde, por Dios, se encontraba? Su madre había mencionado un pueblo. Ton algo. ¿Ton, qué? Un lugar que le interesaba —un lugar que ella conocía, aunque esto contara para poco — pues allí había un convento. Una abadía, del estilo de su querida Fontevraud. ¿Qué había dicho del lugar? ¿Que lo gobernaba, como ocurría en Fontevraud, una mujer?

«Vaya, por Dios —pensó Ricardo—. Una abadía gobernada por una mujer».

Ansiaba sacar la carta y volver a leerla con mayor atención. No obstante, Absolon continuaba con su cháchara y, detrás de él, otros tres obispos esperaban su turno para hablar. Además, un legado del Vaticano acudiría más tarde ese mismo día.

Ricardo suspiró y trató de concentrarse en lo que decía el obispo. Pero todo lo distraía: la mano del anciano Absolon, quien no cesaba de gesticular; su barba, con un mechón rebelde separado de los demás; sus dientes amarillentos.

Desde el patio llegó el nervioso relincho de un caballo, seguido de inmediato por otro.

Sonó una risotada rápidamente acallada. «Mis hombres —pensó Ricardo— se van de caza».

Volvió a ponerse en pie y se bajó del asiento colocado sobre una tarima, evitando con cuidado la losa levantada. Estaba a punto de excusarse con una cortés inclinación de cabeza ante Absolon, que lo miraba boquiabierto, poniendo al descubierto varios dientes podridos.

Pero cambió de opinión y salió sin mediar palabra. Después de todo, era rey.

No fue a montar con sus hombres. En todo caso, no lo hizo con los que iban de caza, cuya algarabía infantil podía resultar tan perjudicial para su concentración como el incoherente discurso de Absolon. Mandó llamar a uno de sus escuderos y a un puñado de hombres más maduros, entre ellos un par de caballeros, y los condujo al bosque a tal velocidad que tuvieron que esforzarse para seguirle el paso. Cabalgaron unas cuantas leguas, y entonces, mientras los demás soltaban las riendas y dejaban que sus monturas vagaran junto al riachuelo que discurría por el bosque, Ricardo se apartó de ellos.

Desmontó y se acomodó en una loma cubierta de hierba y de fragantes flores silvestres. En tanto su caballo atado arrancaba bocados de verde pasto, regresó por fin a la carta de su madre.

La segunda lectura no se le antojó mejor. De hecho, era peor, pues ahora que no intentaba escuchar a dos personas que le hablaban al unísono, podía dedicarle toda su atención.

Los hechos en sí eran repugnantes. Una joven monja, novicia desde hacía menos de un año, violada y asesinada, degollada y con el cuerpo expuesto a la vista de cualquiera que pasara por ahí. Pobre niña inocente —en realidad, la mujer contaba veintitrés años, pero a su madre le agradaban las frases rimbombantes—, matada sin motivo aparente, a menos de que fuera por robo. Cerca de ella habían encontrado una cruz con una gema engastada, y se conjeturaba que alguien había asustado al asesino, y éste había arrojado su botín.

El lugar del asesinato no podría haber sido más inconveniente. La víctima formaba parte de la comunidad de la abadía de Hawkenlye, y ésta se encontraba a unas leguas de Tonbridge. Situada en el Medway, en el punto en que el camino de Londres a Hastings cruzaba el río, los cotillees horrorizados que llegaran a la ciudad desde la abadía se propagarían hasta Londres como un incendio en un trigal. Allí los oirían los poderosos del reino, quienes no vacilarían en formarse una opinión y en juzgar.

—Y habrá cotillees —rezongó Ricardo—, siempre los hay. ¿Cómo contenerlos? ¿Quién, por el amor de Dios, puede aconsejarme en mis tratos con ese lugar tan bárbaro?

—Mi señor...

Ricardo se volvió. Había creído encontrarse fuera del alcance de los oídos de los demás. Uno de los hombres maduros se hallaba frente a él, uno de los caballeros. Al mirarlo Ricardo se arrodilló.

—¡No os arrodilléis ahí, hombre! —exclamó Ricardo, irritado—. Está lleno de lodo.

—¡Ay! Es verdad. —Con expresión resignada el hombre se miró la rodilla empapada—. Casi nuevo y limpio al ponérmelo —dijo en voz baja, aunque no tanto como para que Ricardo no lo oyera.

—Me siento honrado —dijo escuetamente Ricardo.

La cabeza del hombre se levantó raudamente.

—Mi señor, por favor, no quería decir... ¡Por supuesto que me pondría mis mejores ropas para vos! Sólo quería decir...

—No importa. —Ricardo descartó las excusas con un ademán. Intentaba recordar quién era el caballero y por qué lo tranquilizaban su complexión alta, sus rasgos duros y su rostro atractivo—. ¿Cómo os llamáis? —preguntó bruscamente.

El hombre se arrodilló sobre una pierna. Otra vez la misma rodilla, pensó Ricardo, ligeramente divertido, porque así solía arrodillarse, o porque así evitaría ensuciarse la otra pierna de la calza.

—Josse d'Acquin, majestad —contestó el caballero, haciendo girar su sombrero y dejándolo caer con torpeza.

Qué pena, también el sombrero parecía nuevo y a la última moda. Un detalle que, por alguna razón, no encajaba con el hombre. Tal vez hubiese intentado ponerse elegante a sabiendas de que estaría en compañía de los cortesanos.

—Y bien, Josse d'Acquin —dijo Ricardo—, he estado tratando de recordar, de momento en vano, cómo es que nos conocemos. ¿Podrías decírmelo?

—Fue hace años, señor —respondió con entusiasmo el hombre—. No me sorprende que no me reconozcáis, excelencia, pues no éramos más que niños, vos, vuestros hermanos, el joven rey, que descansa en paz, ¡y Geoffrey, que sólo tenía quince años! Y vos, señor, apenas un año más. En cuanto a nosotros, los pajes y escuderos, yo era el mayor, y no tenía mucho más de trece años. —Echando la cautela al viento, cambió de posición, de modo que su peso bastante considerable descansó sobre ambas rodillas, y continuó—: Fue en el setenta y tres, señor, y vos y el joven Enrique estabais enojados con vuestro padre, que en paz descansa...

—Amén —respondió Ricardo en tono piadoso.

—... porque se había negado a dejaros participar más en la administración, sobre todo de vuestros dominios, y...

—¡Luchamos juntos! —El recuerdo volvió a Ricardo, vivido y total: imágenes, sonidos, hazañas y poderosas emociones de hacía dieciséis años—. Nos topamos con una avanzadilla de mi padre y Enrique dijo que debíamos huir, puesto que vos y los

demás escuderos erais muy jóvenes y no teníamos derecho a involucraros en algo tan desequilibrado y temerario, y...

—Y los mozos y yo dijimos: «Estamos con vos, queremos luchar, ansiamos la oportunidad de derramar sangre, y...».

—¡Así que lanzamos un ataque sorpresa, desarmamos a cuatro de ellos y los obligamos a desmontar, al ver lo cual los demás huyeron!

—¿Cuatro? —Josse d'Acquin poseía un rostro expresivo y su generosa boca temblaba, sonriente—. Señor, apostarí a mi vida a que fueron seis. —Eché una ojeada a Ricardo—. Como mínimo.

—¿Seis, siete, ocho, creéis? —Ricardo también sonreía.

—¡Qué día ése! —recordó Josse, sentándose sobre los talones.

—¡Sí, qué día! —El rey tenía la vista clavada en Josse d'Acquin, y no pudo menos que advertir el lodoso charco de agua que calaba las calzas y el dobladillo de la túnica de complejo bordado—. Nunca olvido un rostro. Sabía muy bien que os había visto antes, Josse.

Éste inclinó la cabeza.

—Mi señor.

Permanecieron quietos unos segundos. Diríase que se habían convertido de repente en un cuadro, una ilustración de caballería, en la que el leal sirviente aguardaba, gacha la cabeza, las órdenes de su señor. De su rey.

En este caso, el rey pensaba. Se preguntaba si habían recibido respuesta las imprecisas súplicas que había enviado al Cielo justo antes de que apareciera este personaje del pasado.

Ricardo acalló deliberadamente sus pensamientos, se permitió ser receptáculo.

Al cabo de un momento recibió, de esto estaba seguro, el mensaje que esperaba.

Alargó el brazo y tocó a Josse d'Acquin ligeramente en el hombro.

—D'Acquin —empezó a decir, en tono menos distante—. Josse. Vamos, levantaos, hombre. Tenéis el trasero metido en un charco.

Josse se puso en pie y de inmediato se dobló, casi hasta agacharse. Tanto él como Ricardo habían advertido que le sacaba casi una cabeza al rey.

—Josse —prosiguió Ricardo—. ¿Sois de por aquí? De linaje normando, ¿no?

—Los dominios de mi familia están en Acquin, señor. Cerca de Saint-Omer, un poco más al sur de Calais.

—¿Acquin? —Ricardo rebuscó en su mente, por si lo había oído mencionar, y decidió que no—. Ya veo. ¿Y qué hay de Inglaterra, nuestro nuevo reino al otro lado del canal? ¿Estáis familiarizado con Inglaterra?

—Inglaterra —repitió Josse, como diciendo «ese chiquero». Luego, como si lamentara su falta de diplomacia, dado que el trono del lugar lo acababa de heredar el hombre que se erguía frente a él, añadió con un entusiasmo a todas luces falso—:

Inglaterra, sí, claro que sí, majestad. La conozco bien. Veréis, mi madre era inglesa. Nació y se crió en Lewes, una ciudad al sudeste, y cuando yo era joven se empeñó en que conociera su país, su idioma, las costumbres de su pueblo y cosas así. —Esbozó una sonrisita—. La gente no solía negarle nada a mi madre, mi señor.

—Conozco a esa clase de madres —murmuró Ricardo con sentimiento—. ¿Así que Inglaterra y los ingleses no os provocan ningún miedo?

—Yo no diría exactamente eso, señor. —Josse frunció el entrecejo—. Siempre hay miedo cuando se trata de lo desconocido. Bueno, miedo no, sino más bien aprensión. Quizá ni siquiera eso, sino...

—¿Una sensata dosis de cautela? —sugirió Ricardo.

—Exactamente. —Josse sonrió abiertamente y sus dientes, según observó Ricardo, eran mucho mejores que los del obispo Absolon. Luego, como si recordara cómo había comenzado la conversación, preguntó—: Majestad, ¿por qué hablamos de Inglaterra?

—Porque quiero que vayáis allá —contestó sencillamente Ricardo.

Capítulo dos

Josse había ido a la corte de Ricardo de Poitiers más por los entrañables recuerdos del pasado que por esperanzas de futuro. Le habría bastado —o al menos eso creía— encontrarse en esa compañía estimulante, tan activa que la inquieta energía de Ricardo parecía impregnar a todos los cortesanos, de modo que nunca se sabía lo que iba a ocurrir de un día para otro.

Y cuando la corte no tenía que recogerlo todo y seguir a Ricardo a una parte distante de su territorio, estaba la pura exuberancia de la vida en Aquitania. Ricardo, educado en la expectativa de heredar esas ricas y coloridas tierras, se había zambullido en las costumbres de sus habitantes; había cultivado el amor a la música, a las canciones, a la poesía de los trovadores y al pensamiento libre que caracterizaba a su madre. Era su hijo hasta la médula, y la acaudalada sociedad de la corte de Poitiers reflejaba fielmente el carácter y las costumbres de ambos.

Al emprender el polvoriento y atestado camino de Hastings a Londres, Josse pensó en el cambio espectacular que se había obrado con él, simplemente por haber obedecido a un capricho repentino, por haberse unido al grupo que había cabalgado con Ricardo, aquel día, en Normandía. No se vanagloriaba, no creía que Ricardo lo hubiese escogido para esta delicada misión por los puntos fuertes que pudiera poseer. Sólo un vanidoso sin remedio lo creería. ¡Vamos! Si incluso había tenido que recordarle quién era.

No. Se trataba únicamente de que se había encontrado en el lugar apropiado en el momento oportuno.

Algo, reconoció Josse modestamente ante sí mismo, que quienquiera que fuera el ángel de la guarda que guiaba sus pasos había arreglado muy bien.

Se sentía, eso sí, muy contento de que Ricardo le hubiese encomendado la tarea. Le había dado todos los detalles, o aquellos detalles con que contaba, pues sólo podía sustentarlos en el primer informe de su madre. Lo que más había impresionado a Josse de la conversación era que a Ricardo parecía preocuparle de verdad la posibilidad de que su magnánimo gesto, el de liberar a los presos, se considerara injustificado. Que lo interpretaran mal.

«Por otra parte —se dijo Josse al poner su caballo al galope y rebasar una sobrecargada carreta que lo ahogaba con las nubes de polvo que levantaba—. A mí siempre me pareció una idea peregrina. Estoy de acuerdo con el canónigo agustino de Yorkshire... ¿cómo se llamaba? ¿Guillermo de Newburg?... quien comentó que, gracias a la supuesta clemencia de este nuevo rey, una nueva multitud de azotes había caído sobre un sufrido pueblo, libres para cometer crímenes aún peores en el futuro».

Pero quizá el nuevo rey y su madre, esa buena dama, no estaban tan familiarizados como Josse con la escoria que solía languidecer en las cárceles

inglesas. A Josse no lo sorprendía en absoluto que uno de esos criminales liberados hubiese regresado a sus antiguas costumbres. Lo que sí lo asombraba, de hecho, era que no todos lo hubiesen hecho.

Según transcurría el largo y soleado día, Josse se iba sintiendo más acalorado, sucio, sediento, sudoroso y malhumorado. A media tarde empezaba a desear haberse encontrado en cualquier otro lugar cuando al rey se le había ocurrido la idea de enviar a alguien a investigar el asesinato.

—Ojalá me hallara de vuelta en Aquitania —musitó al espolear a su agotado caballo para que ascendiera la suave pero larga pendiente hacia las alturas de la zona arbolada—. Estaría relajándome en un patio sombreado, con un jarrón de buen vino junto al codo, aire perfumado en la nariz, suave música en los oídos y la perspectiva de una velada entretenida. Y una cena bonísima. Y esa bonita viuda, la de la sonrisa secreta y el hoyuelo irresistible, a quien buscaría y perseguiría...

No. Mejor no fantasear con ella, puesto que en ausencia de Josse sin duda ya habría vuelto su tentador hoyuelo hacia otro.

Así pues, dirigió sus pensamientos a sus propias tierras, a Acquin y a su sólido hogar familiar. Quizá los edificios chatos y el patio rodeado de gruesos muros no fuesen muy elegantes, pero eran seguros. Las puertas eran de roble sólido con barras de hierro. En épocas de peligro, en el espacioso patio cabían no sólo la familia, sino también la mayoría de los labriegos que tenían derecho a pedir protección a su señor. No es que esto ocurriera a menudo, pues, oculto en un pliegue del protegido valle del río Aa, Acquin se encontraba lo bastante alejado de los caminos trillados para que, por lo general, el peligro pasara de largo.

Ocupado pensando en sus hermanos, sus cuñadas y sus numerosos sobrinos y sobrinas, Josse se sorprendió al descubrir que se hallaba en la cima del bajo monte por el que había ascendido tan laboriosamente. Tiró de las riendas y oteó el valle de Medway, que se abría frente a sus ojos. Allá, a su izquierda, en el lindero del gran bosque, lo esperaba su destino, la abadía de Hawkenlye, junto con su abadesa. Ricardo había dado la impresión de tenerle miedo a la abadesa. La repentina proximidad, tanto de la abadía como de su ama, despejó la mente de Josse con rápida eficacia. Se enderezó, azuzó a su adormilada montura y apretó el paso a un enérgico trote, camino abajo, hacia Tonbridge.

Había decidido no acudir a la abadía antes de averiguar lo que decía la gente sobre el asesinato. Primero quería conocer las conclusiones a que estaba llegando la población en general, y comprobar si Ricardo tenía razón al suponer que se culpaba a uno de los malditos presos liberados. El propio Josse tenía que reconocer que esto parecía lo más probable. Era lo que él habría pensado si no hubieran acabado de ascenderlo al puesto de investigador, vedándole así un juicio tan precipitado y superficial.

Aunque más bullicioso y más poblado, Tonbridge estaba más o menos como lo recordaba, de una breve visita hacía más de una década. El elegante castillo, situado en la loma con vistas al cruce de Medway, pertenecía aún a la familia del hombre que lo había construido: Ricardo, señor de Bienfaite y de Orbec. Este Ricardo —bisnieto de otro Ricardo, duque de Normandía— había luchado junto a su primo Guillermo de Normandía en la batalla de Hastings. Su recompensa, cuando Guillermo ascendió al trono, fue realmente generosa: los castillos de Tonbridge y de Clare, en el condado de Suffolk, no eran sino una mínima parte de las dos centenas de feudos ingleses conquistados.

Ya fuera por el deseo de estar a la moda o por falta de imaginación, la familia seguía con entusiasmo la nueva costumbre de dar a los sucesivos primogénitos el nombre de su padre. De modo que un forastero ignorante que llegara a Tonbridge y deseara preguntar por su señor, no se equivocaría si preguntaba por Ricardo. Ricardo FitzRoger, el señor actual, había heredado el título y el dominio de su padre en 1183. Ahora, al cabo de seis años, Josse observó las obvias señales de que la familia seguía prosperando.

Al entrar en la ciudad vio que el tráfico se incrementaba. Una recua de mulas mal cargadas había dejado caer el contenido de un fardo que, por el olor que desprendía, debía de contener pieles mal curtidas. Los dos chicos que la llevaban iban perdiendo rápidamente los estribos y el control de la recua. Sorteando el obstáculo, Josse se preguntó cuánto tardarían en restablecer el orden y qué castigo les impondrían por el caos. Acaso tuvieran suerte y se librarán con un par de sopapos.

La ventaja de tener una familia poderosa como señores de la región significaba que habitualmente la ley y el orden se mantenían mejor aquí que en algunas de las zonas menos vigiladas del reino. A Josse le habría gustado saber qué pensaban el señor y su séquito del asesinato en Hawkenlye. ¿Estarían llevando a cabo una investigación propia? ¿No sería preferible morderse la lengua y ocultar el hecho de que venía de parte del nuevo rey?

Sí, decidió. Sin duda. No se le ocurría nada que pudiera despertar más el resentimiento y la animosidad del amo y señor del castillo de Tonbridge que la llegada de un usurpador convencido de saber más acerca de los lugareños que alguien nacido y criado allí. Y, para colmo, un usurpador forastero. Josse no se hacía muchas ilusiones acerca del valor que podía tener el hecho de que su madre fuese inglesa.

Adoptó, pues, la costumbre que solía adoptar cuando viajaba: se acercó a la posada en la que vio más ires y venires. Situados a unos cincuenta o sesenta pasos de la orilla del río, los altos portones que daban a la calle se encontraban abiertos de par en par, y Josse distinguió el patio. Había señales de que, aunque fuera un poco tarde, los criados del hostel estaban limpiando la fila de establos.

Cuando Josse pidió alojamiento, un hombre de rostro enjuto que llevaba un biello

bien cargado lo saludó con un preocupado gesto de la cabeza. Dejando el biello, cogió el caballo de Josse y le señaló una puerta, al otro lado del patio, cuyo escalón de piedra habían desgastado miles de pares de pies. En el interior, en un largo pasillo con baldosas de piedra, una mujer bien dotada que apenas pasaba la mediana edad gritaba órdenes a dos atemorizadas mozas.

—... y no tardéis todo el día. ¡Hay mucho por hacer aquí! ¿Sí?

Al darse cuenta de que el «¿sí?» se lo había dirigido a él, Josse contestó:

—Tengo entendido que podéis ofrecerme alojamiento para la noche y una comida, ¿verdad, señora?

La mujer lo miró de arriba abajo.

—No sois de por aquí, ¿verdad?

—No.

Josse se preguntó cómo lo sabía. Aunque no hablaba inglés a menudo, estaba seguro de que su acento foráneo no era muy pronunciado.

—Eso pensé. —La posadera asintió, como felicitándose, y señaló la túnica de Josse con una mano enrojecida—. Por aquí no conseguimos tintes tan vivos, eso seguro, por muy cerca que estemos de Londres y el buen gusto de sus habitantes. —Alzó sus penetrantes ojos castaños y los clavó en el rostro de Josse—. Yo diría que habéis estado viajando por el sur.

—Tendríais razón. —Josse se pasó los dedos por el ribete bordado—. De hecho, estoy bastante complacido con este trabajo.

—Mmm. —Ahora lo miraba con expresión extrañada, como si el apreciar una bonita tela no fuese nada viril—. Bueno, tengo un cuarto. Pero tendréis que pagarlo por adelantado. ¡No quiero forasteros que se largan con el amanecer y desaparecen sin pagar su cuenta!

Forastero. Efectivamente, Josse no se había equivocado. Sonrió y sacó su bolsa de dinero.

—¿Cuánto quiere?

La habitación era adecuada, aunque contenía dos camastros más. Si la posada abría sus puertas a más huéspedes esa noche, tendría que compartir el cuarto. No es que le molestara, en realidad, con tal de que no roncaran.

Una de las mozas le llevó una jofaina y una jarra de agua —no podría haber dicho que estaba caliente, precisamente—, y Josse se dedicó a quitarse el polvo del viaje. Luego, en vista de que había viajado sin parar durante varios días, se permitió el lujo de dormir una hora. Por suerte, poseía la capacidad habitual en los soldados de conciliar el sueño casi a voluntad, pues en la posada retumbaba la algarabía de una velada ajetreada y el camino parecía invadido por carretas de ruedas rechinantes y personas que no sabían hablar, si no era a gritos.

Al despertar se sentía mucho mejor. Con la mente alerta e impaciente, bajó a

mezclarse con los lugareños.

—En mi opinión, no tiene sentido esta liberación en masa de ladrones, matones, violadores y otros... Sí, gracias, me gustaría.

En respuesta a la mirada inquisitiva de Josse y al dedo que señalaba la jarra de cerveza vacía, el hombre la empujó hacia el muchacho encargado de la barra para que se la volviera a llenar. Era la primera persona con quien Josse había trabado conversación, y no le había hecho falta mucho para empezar a hablar. Acaso si lo lubricaba con una segunda jarra de cerveza podría sonsacarle algunas revelaciones interesantes.

—Veréis, es como le dije a mi mujer. —El hombre se apoyó en la pared y se acomodó, diríase que preparándose para una larga sesión—. No sirve de nada esperar que la gente cambie, ¿no os parece? Quiero decir, un ladrón no cambia de condición: ése es mi lema.

—Bueno, es una manera de verlo —aceptó Josse—. Pero estamos hablando de un asesinato, ¿no? ¿De verdad es seguro que a la monja la mató un preso liberado, cuando la mayoría de los que salieron libres estaban presos por delitos menores? Por violación de las leyes forestales, eso es lo que yo he oído.

El hombre lo miró con expresión de lástima.

—Me gustaría saber quién más habría hecho algo tan mezquino. Vamos, tiene sentido, ¿no?

—Sí, supongo que sí —respondió Josse, que no lo suponía en absoluto.

—Decidme si no es probable —continuó el hombre, ya metido de lleno en la conversación— que a uno de esos rufianes se le subiera la libertad a la cabeza... y a otras partes, ya me entendéis —dirigió una mirada de soslayo a Josse y se puso un dedo junto a la nariz—. Al toparse con una cosita en hábito caminando sola en plena noche, no puede resistirse y se abalanza sobre ella, le levanta las faldas, revela toda esa suave carne joven, luego los muslos blancos y regordetes, y luego hace con ella todas las maldades que se le antojan. —Los ojos del hombre casi se le salían de pura lujuria; la prominente nuez de su delgado cuello se movió rápidamente un par de veces, de arriba abajo, mientras tragaba—. Luego, cuando empieza a gritar pidiendo socorro, le corta el gaznate, tanto para hacerla callar como para que no pueda señalarlo y culparlo. Ahí lo tenéis, señor, eso fue lo que pasó. —Tomó otro largo trago de cerveza, eructó y añadió—: Exactamente eso.

—Mmm, me imagino que estáis en lo cierto. —Josse dominó su disgusto y se apoyó amistosamente en el trozo adjunto de pared—. Supongo, entonces, que la clemencia del rey Ricardo no ha caído muy bien por aquí, ¿eh? Sobre todo ahora que ha ocurrido ese brutal asesinato.

—Yo no sé nada de ese rey Ricardo. El rey Enrique, ése sí que estuvo bien, y su reina es una mujer preciosa. Una pena que no sea esa pareja la que lleve las riendas

todavía, eso es lo que yo digo.

—Se habla muy bien del rey Ricardo.

—¿Quién? —espetó el hombre—. Nadie sabe nada de él. Al menos no por aquí. Preguntádselo a quien queráis. —Hizo un gesto que parecía querer abarcar a todos los parroquianos—. Es un desconocido, ¡eso es lo que es!

—Matthew tiene razón —declaró un recién llegado que esperaba a que lo sirvieran, y varios bebedores cercanos gruñeron su aprobación y asintieron con la cabeza—. Está muy bien que la reina Leonor ande por el país diciéndonos lo buen rey que va a ser, y no la culpo... Después de todo, es su hijo...

—Dios bendiga a la reina Leonor —dijo alguien, y algunos se unieron lealmente a sus alabanzas.

—De todos modos, a mime parece que no hemos pensado bien en lo que ha pasado aquí —agregó el recién llegado y acercó más la cabeza a la de Josse, como si temiera que unos oídos nada amistosos captaran sus palabras—. No tenemos pruebas, y yo no soy de los que condenan a alguien antes de que lo juzguen, pero...

—Antes de que lo hayan detenido —interpuso otra voz, acompañada por unas cuantas y breves carcajadas.

—... pero es sospechoso, ¿no? Una pacífica comunidad, la de Hawkenlye, allá arriba; pacífica, sin problemas, sin violencia durante más años de los que podemos contar, y de repente se abren las puertas de todas las cárceles del país, y a una monja que no se mete con nadie, que no amenaza a nadie, ¡la violan y la asesinan y le cortan el gaznate de oreja a oreja como si fuera un cerdo! —Se cruzó de brazos, como si su conclusión no pudiese rebatirse—. Vamos, ¿quién más querría matar a una monja?

Efectivamente, ¿quién?, se preguntó Josse.

—No parece tan mal que un nuevo rey, y, como decís, uno que es casi un desconocido, empiece su reinado con un gesto de clemencia, ¿no? —sugirió, tanteando el ambiente—. Un gesto muy cristiano. ¿Acaso Cristo, nuestro Señor, no condenó a los que no visitaban a los enfermos y a los prisioneros?

Uno o dos de los más piadosos se persignaron y alguien murmuró:

—Amén.

—Visitarlos es una cosa —alegó otra voz en tono hosco—, pero no es sensato soltarlos a todos, ¡ni siquiera para un cristiano!

—Y no es muy justo para con nosotros —añadió la mujer rechoncha que había franqueado el paso a Josse. Había aparecido detrás de la barra y estaba llenando una enorme jarra de cerveza—. Nosotras, las mujeres, no nos sentiremos seguras de noche en nuestras camas sabiendo que ese villano anda por ahí suelto. ¿Quién será la siguiente? —Miró a todos los presentes con los ojos abiertos de par en par, como si temiera que un violador asesino estuviese a punto de asaltarla—. ¡Eso digo yo!

—Tendría que estar desesperado —rezongó alguien detrás de Josse, aunque

demasiado bajo para que ella lo oyera. Sin embargo, algunos hombres sí lo oyeron y soltaron risillas socarronas.

—Primero tendría que encontrar el camino —dijo un ronco susurro—. Tendría que echarse una ventosidad para que lo encontrara, supongo.

—Sería un camino muy trillado cuando lo encontrara —añadió otro—. Nuestra querida Anne no se ganó el dinero para este lugar cosiendo ropa ni vendiendo sus mercancías en el mercado de Tonbridge.

—Las vendía detrás del mercado de Tonbridge —dijo el primero—. ¡Boca arriba entre los arbustos!

Josse se unió a las risas. Sin duda a Anne no se le había escapado del todo la obscenidad, aunque no pareció molestarla. Quizá, pese al respetable trabajo de posadera que ahora ostentaba, no prescindía de alguna que otra incursión en su antigua profesión. Josse le echó una ojeada. Era guapa aún, si bien un tanto entradita en carnes. En cualquier caso, le deseó buena suerte.

Se apartó de la barra y encontró un lugar en el largo banco que contorneaba tres paredes de la cervecería. Los parroquianos ya habían perdido las inhibiciones; después de todo, había sido un día cálido y polvoriento, y no había nada como una cerveza para aliviar una garganta reseca y rasposa. Josse escuchó, pues, varias conversaciones a su alrededor.

Más tarde pensó que parecía como si nunca antes se hubiera producido ningún asesinato por allí. No podía ser algo tan poco corriente, ¿o sí? Tonbridge era un pueblo ajetreado y siempre lo había sido. El mercado atraía a todo tipo de gentes, y además estaba el río, así como el principal camino a Londres, que cruzaba en pleno centro del pueblo. Para colmo, estaba el bosque de Wealden, y, como todo el mundo sabía, allí sucedían toda suerte de cosas raras. Hasta Josse, cuyas estancias en Inglaterra, cuando era mozalbete, transcurrían a una treintena de kilómetros de allí, conocía la negra reputación del bosque. Era como todos los lugares antiguos: sus numerosos habitantes anteriores lo habían llenado con sus propios misterios y leyendas, y nadie estaba dispuesto a separar los hechos de la imaginación.

La abadía de Hawkenlye se hallaba justo en las afueras del bosque. ¿Tendrían razón estos hombres? ¿Sería este asesinato sencillamente obra de un criminal liberado, que se había abalanzado sobre la primera mujer con quien se había topado, para luego huir al refugio del gran terreno boscoso?

Tal vez sí.

«Pero no estoy aquí para formarme un juicio al respecto —se dijo Josse—. Mi misión consiste en cortar de cuajo este triste ultraje al inicio del reinado del rey Ricardo».

«Y sólo Dios sabe cómo voy a conseguirlo, sólo el buen Dios lo sabe».

Siguió sentado otra hora, bebiendo el contenido de la misma jarra, pues no

deseaba enturbiar su mente con otra cerveza, por muy tentador que fuera. Hiciera lo que hiciera la posadera una vez apagadas las lámparas y sin que nadie mirara, sabía cómo aguantar la cerveza.

Por fin, los parroquianos se dispersaron. Pocos estaban borrachos perdidos, pero casi todos habían consumido suficiente para volverse parlanchines. Y, cosa que deprimió a Josse, pocos tenían algo bueno que decir en cuanto a las perspectivas de su nuevo rey.

¿Cuan acertados eran como indicio los chismes de cervecería? ¿Reflejaban lo que pensaba la población en su conjunto, o acaso los más cultos y capaces de reflexionar se reservaban el juicio?

Esta idea supuso una lucecita de esperanza, aunque Josse la descartó casi en cuanto se le ocurrió. Quizá hubiese algunos hombres sabios y prudentes, sí, pero sin duda eran pocos. Los hombres que habían estado en la cervecería esa noche representaban a la gran masa del pueblo inglés, aquélla a la que el gesto de Leonor y Ricardo pretendía impresionar.

Josse apartó esta deprimente conclusión y se concentró en un plan de acción para el día siguiente. ¿Quedarse en Tonbridge y hacer más preguntas? Su presencia y su interés podrían llegar a oídos de los Clare. ¿Era esto lo que quería?

No. Si había de satisfacer las esperanzas del rey, no debía dejarse ver demasiado. Debía trabajar tras bambalinas. De haber deseado una investigación pública, Ricardo no habría encomendado la misión a un forastero como Josse, sino que habría encargado a los Clare que lo resolvieran.

Dejó, pues, su jarra vacía, se puso en pie y se despidió con un gesto de la cabeza de los escasos bebedores que quedaban. Subió a su habitación y se alegró al ver que los otros dos camastros se encontraban vacíos. Se quitó las botas y, una vez desnudo, se metió en la cama y se tapó con la ligera manta.

Entonces apagó la vela y cerró los ojos.

Sabía lo que iba a hacer por la mañana. Subiría a la loma y se encaminaría a la abadía de Hawkenlye. A una de las monjas del convento la habían asesinado, y él ya estaba preparado para ir a la escena del crimen.

Los hombres con los que había hablado y a los que había escuchado esa noche le habían planteado, sin saberlo, varias preguntas, a las que no respondía su versión apresurada y simplista de lo que debía de haber ocurrido. Josse dejó que las preguntas flotaran unos minutos en su mente, les dio vueltas y conjeturó algunas posibles conclusiones.

Pero era demasiado pronto, sí, demasiado pronto, para hallar soluciones.

De modo que puso la mente en blanco, se volvió de lado y no tardó nada en conciliar el sueño.

Capítulo tres

La monja difunta se llamaba Gunnora. Habían llevado su cuerpo de vuelta a la abadía de Hawkenlye, y la encargada de la enfermería había hecho todo lo posible por disfrazar el modo en que había fallecido. Con el griñón en su lugar ya no se le veía el horrible cuello cortado, pero para ocultar la expresión aterrorizada de la finada habría hecho falta más habilidad de la que poseía la hermana enfermera.

Al salir de la iglesia de la abadía tras su tercera sesión de vigilia, arrodillada junto al cadáver, la abadesa Helewise deseó que la familia de la moza muerta se apresurara a mandarle decir lo que quería que hiciera con el cuerpo. Afortunadamente, ya habían sellado la tapa del ataúd, pero con el calor el hedor de la muerte parecía haber corrompido la iglesia entera, la abadía entera.

«No es bueno para el buen ánimo de la abadía —se dijo con firmeza al atravesar el patio a buen paso—. Tendré que hacer algo al respecto».

Por supuesto, debía tratar con tacto y compasión a la pesarosa familia... si es que de veras sentían pesar, algo nada seguro, concluyó. Había detectado actitudes extrañas en sus tratos con ellos cuando habían hablado sobre el ingreso de Gunnora en el convento. «Me he contenido y no les he pedido su decisión —pensó Helewise—, pues es posible que, conmocionados por esta repentina muerte, ellos mismos no sepan todavía qué hacer, si conviene llevarse a su hija a casa o dejarla con sus hermanas en Dios».

Sin embargo, debía tener en cuenta a otras personas. Tenía a cargo un convento lleno de monjas vivas, esto sin contar los monjes que residían en las dependencias cercanas y todos los desdichados de diferentes condiciones sociales que, por la razón que fuera, se alojaban provisionalmente en Hawkenlye. No podía dejar que la muerte siguiera corrompiendo el aire que respiraban. Además, visto desde un punto de vista práctico —y Helewise poseía una gran capacidad para ver las cosas de ese modo—, cuanto antes enterraran decentemente a Gunnora, antes podrían superar todos el horror del asesinato y continuar con su existencia habitual.

Helewise agachó la cabeza y dejó atrás el sol del patio; cruzó el claustro y traspuso el umbral de la puerta del rincón que llevaba a la pequeña habitación donde se ocupaba de la administración del convento, o más bien de la abadía de Hawkenlye en su conjunto, pues no sólo era la madre superiora de sus monjas, sino también la de un reducido grupo de monjes que vivían junto al manantial sagrado en el pequeño valle de abajo, a casi una legua del convento.

Hacía cinco años que ocupaba el puesto. Sabía que ella era conveniente para la abadía (la falsa modestia no era una de sus características) y que la abadía le convenía a ella.

Ceñuda, se sentó a la larga mesa de roble que, con considerable esfuerzo y a un

gran precio, había traído consigo de su vida anterior. Se centró y empezó a repasar con lógica el inquietante asunto de la vida y la muerte de la difunta Gunnora de Winnowlands.

Los cimientos de Hawkenlye eran recientes, nuevos en lo que respectaba a la construcción de una importante abadía, por lo que todavía suponía un bendito alivio haberse librado de carpinteros, albañiles y la interminable multitud de artesanos que parecían resueltos a convertirse en elementos tan permanentes como las propias monjas y monjes. La construcción se había iniciado en 1153, según órdenes directas de la nueva reina de Inglaterra, Leonor de Aquitania, y como resultado de un auténtico milagro acaecido en ese mismísimo lugar.

Desde el inicio de los tiempos no había habido en Hawkenlye más que un montón de chozas entre la escasa arboleda de los límites del extenso bosque. El bosque era un lugar solitario y muchos lo creían hechizado; se oían relatos de extraños ruidos que venían de la antigua forja de hierro en la que habían trabajado hombres antes del principio de la historia, y más de un viajero perdido en un sendero largo tiempo olvidado hablaba de un grupo fantasmal de soldados romanos que parecía marchar por una arboleda de abedules atravesando los troncos como si éstos no existieran...

Desde que los romanos habían abandonado la antigua forja de hierro, poco uso se había dado al bosque, aparte del engorde de cerdos en la abundante alfombra de bellotas de roble y de hayas que cubría el suelo en otoño. La única época del año en que se podía decir que había cierto ajetreo era el período de siete semanas entre el equinoccio otoñal y la fiesta de San Martín, durante las cuales el bosque se hallaba atestado de personas que engordaban a sus rebaños antes de matarlos para contar con provisiones en invierno.

En este extraño y despoblado lugar, en un caluroso día de principios de verano, un grupo de mercaderes franceses que iban de Hastings a Londres sufrió una misteriosa enfermedad. Se sintieron mal en la travesía desde Francia, pero, como creían que se trataba sólo de mareo, siguieron su camino hacia Londres. Sin embargo, al llegar a la loma que corona el valle de Medway, los cinco galos se sintieron incapaces de proseguir. Deliraban, padecían terribles dolores en las extremidades y dos de ellos tenían la ingle hinchada. Sus compañeros, temiendo que los contagiaran, les procuraron el escaso refugio que proporcionaba el primitivo asentamiento de Hawkenlye y los abandonaron.

Los franceses estaban a punto de rendirse y ponerse en manos del Todopoderoso, cuando, para su gran asombro, empezaron a curarse. Habían bebido agua de un pequeño manantial que brotaba en el valle, cerca de donde los habían dejado, un manantial de agua rojiza y ligeramente estancada. El menos enfermo de los mercaderes, que había tomado sobre sí la tarea de llevar agua a sus compañeros, tuvo una visión. Todavía ardiendo bajo los efectos de la fiebre, con la cabeza palpitante y

la vista borrosa, creyó ver a una mujer de pie, en el aire, a orillas del manantial. Vestía de azul y en las largas manos blancas llevaba azucenas. Sonrió al mercader, y él creyó oírle alabarle por el cuidado que dispensaba a sus amigos. Darles el agua del manantial, le dijo, constituía la mejor cura.

Naturalmente, los mercaderes difundieron la noticia por todas partes. Los más aventureros de cuantos los oyeron fueron a Hawkenlye, y pronto se creó un enérgico comercio de frascos de agua milagrosa. La Iglesia, alarmada tanto por la irreverencia que demostraban ante un auténtico milagro como por la posible pérdida de ganancias, construyó un santuario junto al manantial y, cerca de allí, aposentos para los monjes que lo atenderían.

Los rumores de la milagrosa aparición de la Virgen María a un desconocido en el lejano bosque llegaron a la gran abadía de Fontevraud, a orillas del Loira, cerca de Poitiers, la ciudad de la reina Leonor. Los fuertes vínculos de la reina con Fontevraud la incitaron a crear comunidades similares en otros lugares; así, cuando la coronaron en mayo de 1152, ya estaba haciendo planes para la construcción de la primera abadía inglesa, tomando Fontevraud como modelo.

El sincronismo es un extraño fenómeno, con un poder intrínseco que a menudo conduce a la creencia irresistible de que ciertas cosas están predestinadas. Esto le ocurrió a Leonor, a la que Fontevraud presionó para que, en nombre de la casa madre, apadrinara esta comunidad recién creada en Hawkenlye. ¿Acaso no era lo más indicado, ya que Fontevraud también estaba dedicada a la Virgen? Y esto, justo en el momento en que, como acababan de coronarla reina de Enrique II, tenía suficiente poder para hacerlo.

La abadía de Hawkenlye era espectacular. Tanto Leonor como la comunidad de Fontevraud se encargaron de que así fuera. La iglesia y la casa de las monjas, en la cima de la loma, las había diseñado un arquitecto francés y las construyeron albañiles franceses; la *pièce de résistance* del maestro de obras fue el tímpano sobre el portón principal de la iglesia. Al igual que muchos otros artesanos, pidió y recibió autorización para adoptar el Último Juicio como tema, y eran pocos los que contemplaban esta creación sin conmoverse.

En el centro del espacio en forma de cúpula se encontraba sentado Cristo en toda su majestad, con la mano agujereada levantada y una expresión mezcla de tristeza y severidad. Los bendecidos avanzaban hacia Él por la derecha; la Virgen María los precedía y san Pedro los guiaba suavemente desde atrás; el sol, la luna y las estrellas los bañaban con la celestial luz de la rectitud; unos ángeles tocaban la trompeta, como si dieran la bienvenida a los bondadosos que llegaban a recibir su recompensa, la de encontrarse eternamente en presencia de Dios.

A la izquierda de Cristo se hallaban los condenados.

Si las alegrías prometidas del Cielo no bastaban para convencer a los pecadores

de que se enmendaran, lo habría conseguido el infierno representado en el tímpano de Hawkenlye. El reino de Satanás, visto por el maestro de obras, era un lugar de increíbles tormentos; reservaba una tortura concreta para cada uno de los siete pecados mortales. El orgullo lo personificaba un rey, desnudo salvo por la corona, al que dos demonios, horca en mano, obligaban a andar sobre carbones ardientes. La lujuria era una curvilínea mujer a la que unas ratas mordisqueaban los pechos mientras unas serpientes se deslizaban hacia el interior de sus partes pudendas. La glotonería, rotunda y de grueso trasero, tenía la cabeza sumida en un barril de excrementos. Unos diablos jorobados abrían el cráneo y sorbían los sesos de la ira, cuyo rostro deformaban la rabia y el tormento. La envidia y la avaricia, tan ocupadas anhelando las riquezas inútiles de los demás que no cuidaban su espalda, estaban a punto de ser azotadas por un cuarteto de demonios que llevaban cuerdas y afilados cuchillos en sus largas garras. A la pereza, dormida sobre un montón de leños, la estaba atando un diablo colmilludo, mientras otro prendía fuego a su hoguera.

Haciendo gala de tacto, los fundadores de la abadía también contrataron a artesanos locales además de a los franceses. Tallistas de madera ingleses trabajaron el sólido roble inglés y embellecieron el interior de la iglesia con su trabajo; se decía que la propia Leonor había donado una talla de marfil de morsa que representaba al difunto Cristo apoyado en José de Arimatea, hecha por un artesano inglés y guardada bajo llave en la tesorería. También recibió amorosa atención el santuario del valle, y hasta los sencillos aposentos de monjes y monjas eran bastante cómodos.

Una abadesa iba a administrar la nueva abadía.

Este novedoso concepto topó con considerable oposición, y no fue la menor la de los monjes del valle. Sin embargo, ya existía un precedente, y, para colmo, en la comunidad de Fontevraud. Fundada por el reformador bretón Robert d'Abrissel, que, entre otras ideas revolucionarias, creía en la supremacía de las mujeres, Fontevraud había luchado casi un siglo antes por el derecho a nombrar abadesa y había ganado. Y D'Abrissel tuvo razón. ¿Acaso las mujeres no eran mucho mejores organizadoras que los hombres, gracias a su experiencia criando a los hijos y administrando el hogar? Entonces, ¿a qué venía tanta sorpresa al ver que para el manejo de una abadía se requerían las mismas habilidades que poseía una aristócrata en el manejo de los grandes dominios de su marido?

La oposición en Hawkenlye no tenía muchas posibilidades de triunfar y acabó por desaparecer cuando la reina Leonor visitó la abadía. Le habían sugerido a un puñado de monjas maduras que poseían el talante y la experiencia necesarias para el manejo de su nueva abadía, y ella había hecho su elección con su acostumbrada rapidez y firmeza. La primera abadesa que nombró fue todo un éxito, como lo fue la segunda. En 1184, cuando hizo falta elegir a una cuarta abadesa, el precedente ya se había establecido. Leonor encontró tiempo en su ocupada agenda para regresar a

Hawkenlye y examinar a las monjas que le habían propuesto. A los pocos instantes de conocer a una de ellas la escogió.

Helewise Warin, de treinta y dos años, estaba tan encantada con Leonor como ésta lo estaba con ella. Desde el momento en que fue nombrada, decidió que sería la abadesa más eficiente y más eficaz que hubiese tenido Hawkenlye.

Esta resolución se debía en gran parte a un loable deseo de no fallarle a la reina, de que no lamentara ni un solo momento haberla escogido.

Pero también se debía a su propio orgullo.

Sabía que en una monja no cabía el orgullo. ¿Y acaso no recordaba el castigo cada vez que entraba en la iglesia y miraba el tímpano del Juicio Final? «Sin embargo —razonaba su intelecto (otra costumbre que una monja debía abandonar, sobre todo cuando se oponía a la obediencia y a la humildad)—, ya no soy una mera monja. Soy una abadesa; de mí depende una comunidad inmediata de casi cien hermanas, quince monjes y veinte hermanos legos, sin contar la población de esta pequeña pero próspera villa».

Si el orgullo le permitía hacer bien su trabajo, concluyó, entonces sería orgullosa. La comunidad se beneficiaría sin duda de su decisión de no fallar ni a la reina ni a sí misma. Y si ese orgullo constituía una fea mancha en su alma, una mancha que le acarrearía andar desnuda por toda la eternidad sobre las llamas del purgatorio, ése era el precio que tendría que pagar.

Quizá una alma caritativa la recordara en sus oraciones o mandara celebrar un par de misas para ella.

A Josse le indicaron cómo llegar a la abadía de Hawkenlye. Aunque las señas se le habían antojado algo imprecisas, al alcanzar la cima de la loma se percató de que eran adecuadas. Desde allí veía el alto tejado inclinado de la iglesia de la abadía, y a partir de allí el camino le resultó fácil.

Cerca de la entrada miró alrededor. A su izquierda, el bosque se había extendido hasta casi topar con el camino, si bien a la derecha habían cortado árboles y matorrales. Una parte del terreno estaba cultivado y otra se dedicaba al pastoreo. Los corderos de un reducido rebaño levantaron nerviosamente la cabeza al paso de Josse, y éste distinguió, atada a un poste, una cabra y su cría, ya crecida, correteando en torno a ella. A lo lejos, donde el terreno despejado cedía nuevamente el paso al bosque circundante, vislumbró unas casas agrupadas, desde una de las cuales ascendía una fina espiral de humo en el aire quieto de la mañana.

El pastoreo descendía hacia un estrecho valle, donde Josse vio el tejado de un edificio pequeño con una gran cruz en un extremo. Al lado de esta construcción se hallaba otra, más larga y achaparrada. Por lo que le habían dicho de la comunidad de Hawkenlye, supuso que se trataba del santuario de Nuestra Señora en el manantial y de la casa de los monjes.

Se iba aproximando al imponente portón de la abadía. Al llegar él a la altura del muro periférico, una monja salió de una pequeña estancia en una torre rinconera y le preguntó cómo se llamaba y qué lo llevaba allí.

Josse estaba preparado para esto. Nadie exigía que uno se identificara ni inquiriera por sus motivos cuando uno se registraba en una posada de una villa de mercado, pero en un convento la situación era distinta. Metió la mano debajo de la túnica y sacó los papeles que le había dado el secretario del rey, uno de los cuales ostentaba el sello personal del mismísimo Ricardo.

Esto bastó a la portera, que hizo una especie de reverencia y dijo:

—Me imagino que querréis hablar con la abadesa Helewise. —Señaló un patio enclaustrado adjunto a la gran iglesia—. La encontraréis allí. Que una de ellas os enseñe el camino.

Ellas, según se percató Josse, eran un grupo de tres monjas que se dirigían, casi como deslizándose, del claustro al templo. Con un gesto de la cabeza dio las gracias a la portera, desmontó y, guiando al caballo, se acercó hacia las monjas. Una de ellas cogió las riendas con una mano poco firme y a todas luces renuente, mientras otra se ofrecía a llevarlo al despacho de la abadesa.

Josse la siguió, observándolo todo, aunque intentaba que no resultara demasiado evidente.

Su guía le susurró:

—¿Quién le digo que la busca?

Él se lo dijo.

La monja se adelantó con un ligero ademán de disculpa, pasó debajo del arco para entrar en el patio y, atravesando el claustro, abrió una puerta. Josse le oyó murmurar algo a la ocupante de la estancia, aunque no pudo captar las palabras, tras lo cual la monja le hizo un gesto para que se adentrara y, una vez cumplida su misión, pasó a su lado casi furtivamente y cerró la puerta.

La abadesa Helewise había alzado la vista mientras la monja hablaba. Inmóvil en su silla, estudió a Josse, que se había quedado de pie delante de ella. Su rostro, enmarcado por una almidonada tela blanca debajo de un velo negro, era de rasgos firmes, cejas bien dibujadas, grandes ojos grises y boca ancha que parecía sonreír con facilidad.

Sin embargo, de momento no sonreía.

De no haber sabido que era imposible, Josse habría dicho que lo esperaba: su rostro calmado no denotaba sorpresa, ni se veía curiosidad alguna en sus ojos.

—Josse d'Acquin —dijo la abadesa, repitiendo sin duda lo que le había dicho la monja—. ¿Y qué es lo que deseáis de nosotras, Josse d'Acquin?

Él le entregó los papeles y dejó que hablaran por él. Si el sello real impresionó tanto a la abadesa Helewise como a su portera, no lo demostró, sino que lo rompió,

abrió la carta y la leyó de principio a fin.

Entonces la dobló y la alisó con una mano sorprendentemente cuadrada y fuerte (Josse siempre se había imaginado que las manos de las monjas eran pálidas y largas, más propias para las oraciones que para cascar nueces), y lo miró.

—Supuse que tarde o temprano llegaría alguien como vos. No me cabe duda de que deseáis que os explique lo que sé de Gunnora de Winnowlands. ¿Es así?

—Sí, señora. —¿Acaso debía dirigirse así a una abadesa? En todo caso, ella no pareció molestarse.

La cara de la abadesa, tensada por un esfuerzo interior, se relajó de repente y durante un instante casi pareció que iba a sonreír.

—Sentaos, milord. ¿Puedo ofreceros algo para refrescaros? —Posó una mano sobre una campanita de latón—. Es un largo camino desde la corte del rey Ricardo. —La sonrisa resultaba ya inconfundible.

—No he venido directamente de allí. —Josse correspondió a la sonrisa, tiró de la silla que le indicaba y se sentó—. Pero, sí, os agradecería algo con que refrescarme.

Otra de las costumbres castrenses de Josse consistía en nunca rechazar comida y bebida cuando se las ofrecían, puesto que nunca se sabía cuándo iban a ofrecerle más.

La abadesa Helewise tocó la campanita y pidió cerveza y pan a la monja que se presentó. Una vez servido el refrigerio —el pan aún caliente e inesperadamente sabroso y un trozo de fuerte queso que Josse supuso sería de cabra—, la abadesa tomó la palabra.

—Gunnora llevaba poco menos de un año con nosotras y no puedo decir que su aceptación en la comunidad fuese un éxito total. En nuestro primer encuentro parecía devota y declaró con fervor que estaba segura de su vocación. Pero... —Las oscuras cejas se juntaron—. Pero faltaba algo; algo sonaba falso. —Eché una ojeada a Josse y esbozó de nuevo una sonrisilla—. Sin duda me pediréis que os lo explique mejor, mas me temo que no puedo hacerlo. Sólo puedo decir que Gunnora poseía, en general, un talante que no se adecuaba a la vida en un convento. Decía lo que debía decir, pero no le salía del corazón. Como resultado, no encajaba y, naturalmente, como se daba cuenta, no era feliz. —Se corrigió de inmediato—. Diría más bien que no parecía feliz, ya que no confió ni en mí, ni, que yo sepa, en ninguna de las demás hermanas.

—Ya veo. —Josse trató en vano de absorber el rápido y esquemático esbozo de la monja muerta. Le costaba adaptarse, pues hasta ese momento no era más que eso, una monja muerta, y ahora, de pronto, se convertía en persona. Una persona que no era muy feliz—. ¿Tenía alguna amiga aquí? —preguntó, más por decir algo que por interés real. Después de todo, ¿importaba?

—No. —La abadesa Helewise no dudó—. Bueno, no hasta...

La interrumpió una llamada a la puerta, seguida casi de inmediato por la entrada de una monja regordeta de unos cincuenta años.

—Abadesa Helewise, siento irrumpir así, pero... ¡Oh! Lo siento.

Con la cara roja de vergüenza, la monja retrocedió y salió.

—¿Puedo presentaros a la encargada de la enfermería, sor Eufemia? —dijo la abadesa con tranquilidad—. Eufemia, entrad. Os presento a Josse d'Acquin. —Josse se puso en pie y se inclinó—. Ha venido de la corte de los Plantagenet. Quiere oír todo lo que podamos decirle sobre la pobre Gunnora.

—¿Ah, sí? —Los ojos de sor Eufemia se abrieron de par en par—. ¿Para qué?

La abadesa Helewise echó una mirada a Josse, en la que le preguntaba: «¿Se lo digo yo o se lo decís vos?». Al no recibir respuesta, dijo:

—Porque el rey Ricardo tiene una doble necesidad de entender lo que yace tras el asesinato, Eufemia. Por una parte, ella formaba parte de nuestra comunidad de Hawkenlye y la madre del rey, la reina Leonor, tiene vínculos muy estrechos con esta casa. Por otra, fue con el fin de dar a conocer la reputación de bondad y clemencia de nuestro nuevo soberano que liberaron a cierto número de presos, uno de los cuales es probable que haya cometido esta ignominia con nuestra hermana.

Josse no recordaba que los documentos de la corte de Ricardo expresaran ninguna de estas razones, y esto elevó notablemente su opinión sobre la abadesa Helewise.

La encargada de la enfermería parecía cada vez más turbada.

—¡Abadesa, es justamente de nuestra pobre doncella que he de hablar con vos! Sólo que... —exclamó, y miró intencionadamente a Josse.

—Esperaré fuera —sugirió éste.

—No —contestó la abadesa, en un tono que daba a entender que estaba acostumbrada a que la obedecieran—. Sea lo que sea que tenga que decir Eufemia, tendré que repetíroslo. Es mejor que lo escuchéis directamente de ella. Eufemia...

Josse sintió pena por la hermana, que obviamente no esperaba ni deseaba más público que la abadesa.

—No es fácil... —empezó, dando largas.

—De eso estoy segura. —La abadesa se mostró inflexible—. Por favor, intentadlo.

—Sé que no debí hacerlo —soltó de sopetón la hermana—, y me ha pesado en la conciencia desde entonces. No puedo soportarlo, de verdad, ¡ya no lo aguanto, creedme! Tengo que decírselo a alguien. Confesaré y haré penitencia, no me importa, me sentiré aliviada. Haré de buena gana cualquier cosa que se me diga, ¡por muy duro que sea!

—Bien —repuso la abadesa cuando la encargada de la enfermería se interrumpió por fin para respirar—. Ahora, ¿qué es lo que no deberíais haber hecho?

—No debí examinarla. Mis intenciones eran buenas, de veras. De todos modos, me dejé dominar por la curiosidad.

—¿Cómo? —preguntó con paciencia la abadesa—. Creo que debéis explicaros,

Eufemia. ¿Os referís a Gunnora?

—¡Por supuesto! Eso he dicho, ¿no? Estaba preparándola... ¡Oh, fue terrible! Esa horrible herida en su cuello... me hizo llorar, os lo aseguro.

—Habéis hecho bien —le dijo la abadesa en tono más afable—. No pudo haber sido una tarea fácil.

—¡No lo fue, eso seguro! De todos modos, una vez que acabé de arreglar la parte superior, se me ocurrió que debía... —Con delicadeza hizo una pausa.

—Seguid, Eufemia. Nuestro visitante conoce, estoy segura, la otra indignidad perpetrada en nuestra difunta hermana. Decíais que ibais a lavar las heridas y magulladuras causadas por la violación y...

—De eso se trata, justamente. ¡No hubo violación! —la interrumpió la encargada de la enfermería.

—¿Qué? —La abadesa y Josse hablaron al unísono.

—Tuvo que haberla —prosiguió la abadesa—. Los muslos y la ingle estaban empapados en sangre.

—Sin duda os equivocáis —comentó con gentileza Josse—. Es muy comprensible, sor Eufemia. Después de todo, debió de ser un trabajo espeluznante.

—No me equivoco. —Eufemia habló con dignidad—. Puede que no sepa mucho, milord, pero sí conozco los genitales femeninos. Fui comadrona antes de entrar en el claustro y he visto más vaginas que vos cenas calientes. ¡Oh! —Habiendo recordado dónde se encontraba, se sonrojó y se cubrió la boca con una mano—. Perdonadme, abadesa Helewise —murmuró—, no pretendía ser grosera.

—Claro que no —respondió afablemente la abadesa—. Continúa. Nos estabais explicando que estáis familiarizada con las partes pudendas de la anatomía femenina.

—Sí, eso es. Veréis, el himen estaba intacto. Completamente intacto. —Eufemia guardó un silencio que nadie llenó—. Estaba *virgo intacta* al morir —añadió—. Nadie la había violado, ni durante el asalto ni nunca.

—Pero ¿y la sangre? —preguntó Josse—. ¿Qué hay de la sangre?

—Supongo que era de la garganta —repuso Eufemia en voz baja—. Quienquiera que la haya asesinado, cogió sangre de su garganta y se la untó, se la untó allí abajo. La dejó ahí, con las faldas subidas, las piernas abiertas, cubierta de sangre.

Sobre la habitación descendió un silencio, en tanto todos pensaban en esta afirmación.

—Alguien la mató —dijo por fin la abadesa—, e hizo que pareciera que también la había violado.

—Porque el asesinato —agregó Josse— y el asesinato con violación son dos crímenes distintos.

La mirada de la abadesa se encontró con la de él. Asintió pausadamente con la cabeza.

—Dos crímenes muy distintos —convino.

Capítulo cuatro

Y ahora, por favor, abadesa Helewise —dijo Josse cuando se encontraron de nuevo a solas, ya que sor Eufemia había regresado a la enfermería—, os agradecería que me contarais todo lo que recordáis de las últimas horas de Gunnora.

Helewise se preguntó si pretendía parecer tan pomposo. Lo estudió, observó la ligera tensión evidente en su modo de inclinarse y decidió en su favor. Se sentía nervioso, acaso turbado por encontrarse en un convento... cosa que solía afectar a la gente, sobre todo a los hombres... y la intranquilidad había provocado ese tono exageradamente formal.

También se percató de que era demasiado corpulento para la delicada sillita en que se había sentado. De hecho, no era mucho más que un taburete; servía para una mujer de complexión más menuda, pero no para soportar a un hombre alto de anchos hombros, uno que, para colmo, parecía poseer una inquietud tan innata que se le notaba perfectamente el esfuerzo que le suponía tratar de permanecer quieto en un asiento tan inadecuado.

Le correspondía a ella, decidió, hacer que se sintiera cómodo. Con esto en mente, compuso una expresión que su difunto esposo solía llamar la de déspota tras una buena cena. Dirigió a su visitante una sonrisa benévola y observó en él un fugaz destello de alarma, sustituido por una sonrisita.

Cielos, quizá el querido Ivo tenía razón al tildarla de déspota.

—¿Cuánto sabéis acerca de la rutina cotidiana en un convento, caballero D'Acquin? Os lo pregunto porque, sin tener un conocimiento básico de nuestras costumbres, os costaría más percibir actitudes extrañas en los últimos días de Gunnora.

—Lo entiendo. Señora, sé poco, aparte de que vuestras horas las determinan las misas y de que en vuestras oraciones intercedéis ante Dios por el bien de toda la humanidad.

«Bien dicho», pensó Helewise, y en agradecimiento inclinó la cabeza.

—Efectivamente, seguimos la disciplina de nuestros divinos oficios durante las veinticuatro horas del día. Nuestro reglamento, como el de la gran fundación en Fontevraud, tiene por modelo el reglamento benedictino, si bien con ciertas modificaciones importantes. Sin embargo, no somos una orden estrictamente enclaustrada, en el sentido de que la oración no constituye nuestra única ocupación. Servimos a la comunidad de otras maneras.

—Cuando me acompañaron, vi a una hermana ayudando a un hombre a acostumbrarse a andar con muletas. Y puede que me equivoque, pero me pareció oír a un niño llorar.

Un hombre observador, el tal Josse d'Acquin, se dijo Helewise. Había observado

mucho en los breves segundos que tardó en llegar del portón al claustro.

—No os equivocasteis. Tenemos un hospital, en la larga ala junto a la iglesia. Sor Beata, a quien visteis, ha estado cuidando a un cazador furtivo que perdió el pie en una trampa para hombres. También contamos con una ala para la rehabilitación de prostitutas arrepentidas. Quizá os sorprenda, señor, saber cuántas mujerzuelas se redimen con la maternidad y acaban deseando una vida más pura.

—Me alegra oírlo. —Josse debía de haber detectado en su voz un reproche, por lo demás no intencionado, pues prosiguió—: No pretendía fisgar, abadesa Helewise, cuando mencioné al bebé... Es sólo que el sonido me sorprendió. —«En un convento». Estas palabras no expresadas permanecieron suspendidas en el aire.

—Por favor, no hacen falta las explicaciones. —Helewise volvió a sonreírle, ahora con mayor sinceridad—. Una de las mozas a las que cuidamos dio a luz la semana pasada. Nosotras mismas nos asombramos a veces al oír los dulces sonidos de su bebé.

—Un hospital y un reformatorio. —Josse se relajó visiblemente—. Tenéis mucho trabajo en Hawkenlye.

«Más de lo que creéis», pensó Helewise. ¿Parecería orgullosa si le hablaba del resto? Tal vez. Por otro lado, estaría hablando por sus hermanas; ellas eran las que hacían el trabajo duro. Ellas, las que se merecían el reconocimiento.

—También manejamos una casa de retiro para monjes y monjas ancianos o enfermos, así como una pequeña leprosería. —Al oír esto último, Josse reaccionó como solían hacerlo las gentes, y la abadesa añadió lo que solía añadir para tranquilizarlas—: No os alarméis, milord. La leprosería está aislada de la comunidad y tenemos la suerte de que tres hermanas hayan decidido, por voluntad propia, encerrarse con los enfermos. Ellas, y aquellos que pueden, participan de la vida espiritual de la comunidad mediante un pasaje cerrado que lleva a una capilla aparte, adjunta a un pasillo lateral de la iglesia. No corréis más peligro de contagiarnos aquí que en el ancho mundo; menos, quizá, pues nuestras hermanas enfermeras saben descubrir los primeros síntomas de la lepra. A la menor sospecha, introducen al paciente en un pabellón separado hasta... —no, no hacía falta entrar en los detalles clínicos—, bien, hasta que lo ven con certeza.

Josse había estado agitando la cabeza durante los últimos segundos de este discurso.

—Abadesa, me habéis malinterpretado. Mi reacción a lo que decíais no era de miedo o de horror. —Se interrumpió y se corrigió—. Bueno, no del todo. No puedo decir que sea más inmune que otras personas al miedo a la enfermedad, pero lo que estaba pensando es que vos y vuestras hermanas tenéis una pesada carga. Una enorme responsabilidad.

Helewise lo estudió atentamente y no detectó ni falta de sinceridad, ni intento de

adularla o de ganársela.

—Mis monjas y yo recibimos mucha ayuda de los hermanos legos que viven con los monjes junto al santuario —dijo. Había que dar el crédito a quien lo merecía—. Son hombres buenos, incultos, pero fuertes y dispuestos. Evitan que nos cansemos con las tareas más pesadas.

—No conocía su existencia. Sólo me hablaron de los monjes que, según tengo entendido, se encargan del manantial del que mana el agua milagrosa.

—Así es.

La abadesa mantuvo un tono neutral. ¿Para qué revelar a este visitante tan perspicaz que uno de los problemas más persistentes a que se enfrentaba eran los quince monjes que vivían en el valle? Diríase que creían que el solo hecho de vivir tan cerca del santuario de la Virgen les otorgaba una aura de santidad que todo el mundo debía reverenciar. Una santidad que, al menos esto parecían pensar, los eximía del trabajo duro. Eran, en palabras del propio fray Fermín, las Marías, que adoraban a Nuestro Señor, o, en este caso, a su Santa Madre, mientras que las Martas, o sea, Helewise y sus monjas, debían «encargarse de muchas cosas».

—¿Conocéis, milord D'Acquin, la razón por la cual tenemos hospitales y hogares? —preguntó, en lugar de referirse a los monjes.

—Sí. Tenéis un manantial curativo en la abadía.

—Sí. Y, de acuerdo con la tradición, el mercader enfermo al que la Virgen se apareció... ¿conocéis la historia? —Josse asintió con la cabeza y Helewise prosiguió —: El mercader, pues, dijo que Nuestra Señora lo alabó por dar el agua del manantial a sus compañeros enfermos y le dijo que esa agua constituía la mejor cura de todas.

—Los monjes, entonces, cuidan el manantial —resumió Josse.

—Sí. Atienden a las necesidades más inmediatas de quienes vienen a tomar el agua. Proporcionan un refugio del sol y la lluvia, un fuego caliente cuando hace frío, bancos en los que sentarse, un alojamiento sencillo para quienes desean pernoctar. Recogen el agua en jarras y la sirven a los peregrinos en las tazas que traen. También dan consejos espirituales a quienes los han de menester.

La mirada de Josse se encontró con la suya, y ella supo lo que iba a decir aun antes de que lo expresara en voz alta.

—Me parece una vida poco exigente, comparada con la de las hermanas.

Había captado lo que ella tanto había intentado ocultar. «He de ser aún más cuidadosa —se dijo—. No debo permitir que se me note el resentimiento».

—Los monjes trabajan con devoción —manifestó en tono sincero.

Josse seguía mirándola y sus ojos castaños denotaban cierta compasión.

—No lo dudo.

Se produjo un momento de silencio, durante el cual Helewise percibió el principio de una corriente de simpatía entre ellos.

Luego, Josse d'Acquin dijo:

—Me habéis dado una imagen sumamente clara de la vida en la abadía de Hawkenlye. Ahora, abadesa, creo que puedo intentar entenderos si me habláis de las últimas horas de Gunnora aquí.

Helewise se acomodó en su silla y, tras tomarse un momento para ordenar sus pensamientos, evocó ese día, extraordinario sin duda, porque, pese a ser el último de Gunnora en esta Tierra y el precursor de aquella terrible muerte, había sido extraordinariamente ordinario.

—Creo haberos dicho que Gunnora llevaba con nosotros menos de un año —empezó a decir—. Esto significa que era una novicia. Durante el primer año, preferimos que nuestras hermanas pasen más tiempo con sus devociones que con el trabajo práctico... Nos parece importante que estén firmemente adaptadas a la vida espiritual de la comunidad. Las esperan muchas pruebas y muchos rigores, y deseamos darles las armas con que afrontarlos ayudándolas a sentirse seguras en el Señor.

—Entiendo. Me parece muy sensato. Además, un año no es largo...

—Efectivamente. Las novicias tienen mucho que aprender.

Josse se removió en el delicado asiento e hizo ademán de cruzar las piernas. De nuevo, Helewise tuvo la viva impresión de ver una gran dosis de energía bajo control. El taburete protestó con un rechinado y Josse detuvo el ademán y, lenta y cuidadosamente, volvió a colocar el pie en el suelo. No sin dificultad, Helewise se concentró en el asunto que los ocupaba y lo oyó decir:

—También habéis comentado que Gunnora no estaba hecha para la vida en el convento. ¿Podrías explicármelo?

—No pretendía ser crítica —repuso rápidamente la abadesa, pero, por Dios, lo parecía—. Es sólo que tenía la sensación de que Gunnora luchaba más que la mayoría de nosotras con las normas de la existencia de una monja. —En el rostro de Josse se notaba aún una expresión interrogante—. La pobreza, la obediencia, la castidad —añadió Helewise—. Cada hermana tiene problemas con alguna de las tres. Las mozas de menos de veinte años y las que apenas los sobrepasan han de luchar contra su natural inclinación hacia las poderosas exigencias de la carne; por su parte, a las mayores que entran tras ser esposas de hombres ricos les cuesta dormir sobre un camastro de madera y vestir el sencillo hábito negro. Para muchas de nosotras, si no para todas, la obediencia constante e incondicional supone una pesada cruz. —Hizo una pausa—. Aunque no creo que Gunnora, que en paz descansa, tuviese problemas con la castidad, nunca dejó de luchar contra la pobreza y la obediencia. Tan repetida era su desobediencia a la regla que me resulta casi imposible decir, con toda sinceridad, que hubiese hecho algún progreso en esos doce meses. —Su mirada se encontró con la de Josse—. Pronto le iba a tocar pronunciar el primero de sus votos y

yo no pensaba permitírsele. Iba a decirle, con la mayor amabilidad posible, que no creía que estuviese preparada. —Volvió a vacilar. ¿Sería desleal si continuaba? Pero, bueno, Gunnora había muerto, y para averiguar cómo y por qué, este hombre necesitaba saber toda la verdad. De modo que agregó, casi en un susurro—: Y que, en mi opinión, nunca lo estaría.

Josse lo aceptó sin comentarios. Pero ella sabía que había escuchado y entendido la importancia de esta afirmación. El silencio meditabundo de Josse duró un momento.

—Y me figuro que el último día estuvo repleto de violaciones de la regla, ¿verdad? —preguntó por fin.

—Supongo que sí, aunque no me habría enterado de todas en seguida, a menos de percibir las por azar. Gunnora asistió a las misas. Sin embargo, como siempre, dio la impresión, la fuerte impresión de que su mente estaba ausente. —Helewise se inclinó hacia Josse en un intento por transmitir lo que había visto en Gunnora, con palabras que pudiera entender alguien que no conocía a la moza—. Milord, estaba aquí por voluntad propia y, no obstante, una siempre sentía que creía estar haciéndonos un gran favor con su presencia. Cuando las cosas le iban bien... y sería un grave error sugerir que nunca le iban bien... adoptaba una expresión extraña, una sonrisa superior, como diciéndonos: ¿lo veis? Puedo hacerlo cuando quiero. Y, si una de las hermanas mayores la reprendía, por suavemente que fuera, Gunnora recibía la reprimenda con cara pétrea; su inmovilidad misma traslucía resentimiento.

Josse asintió con la cabeza.

—Sí, es lo que en un soldado llamaríamos insubordinación muda.

—¡Eso! —La frase encajaba a la perfección.

—Creo que dijisteis que tenía pocas amigas, ¿no?

—Lo dije, aunque, a decir verdad, aquí no aceptamos el concepto de amistad. Se desalientan ciertas relaciones, pues resulta demasiado fácil para un grupo de dos o tres amigas íntimas excluir a las demás y pasar por alto las necesidades sociales de las hermanas menos comunicativas. Sin embargo, lo que usted dice es esencialmente correcto. A Gunnora casi nadie la buscaba durante las horas de descanso, y rara vez era la primera a la que escogían como compañera en una excursión fuera de la abadía. Hasta poco antes de su muerte, yo habría pensado que pasaba casi todo su tiempo en la intimidad de sus propios pensamientos, y que ése era, precisamente, el lugar donde prefería encontrarse.

—¿Qué ocurrió para cambiarlo? —la animó Josse.

—La llegada de una nueva postulante. Ella y Gunnora se entendieron, aunque cuesta imaginar la razón, porque eran muy distintas. Elvera es una joven alegre y de momento tengo dudas en cuanto a si lo suyo es realmente una vocación o la romántica idea de que se ve muy bien con el hábito, administrando agua bendita a los

agradecidos enfermos. —Sus miradas se encontraron y compartieron una sonrisa—. Sucede a veces. De las numerosas doncellas y mujeres que solicitan ser admitidas, al menos una cuarta parte acaba por decidir que su vocación existía únicamente en su imaginación.

—¿Qué hacéis con ellas?

Josse parecía en verdad interesado. Si tenía hombres a su mando, y esto parecía probable, lo lógico sería que le interesara un asunto administrativo tan delicado.

—A todas las que llaman a nuestra puerta las dejamos entrar, pero primero han de pasar un período de prueba de seis semanas, durante las cuales son libres de marcharse en cuanto lo deseen. Las que no encajan en absoluto suelen durar menos de un par de semanas. Acabadas las seis semanas, a las que siguen con nosotras las aceptamos como postulantes y empieza su educación. Seis meses después pronuncian una versión simplificada de sus votos y se convierten en novicias. Si todo ha ido bien durante un año, entonces pronuncian el primero de sus votos permanentes.

—¿Y cuánto tiempo le dais a la tal Elvera, abadesa?

Ésta se permitió una pequeña carcajada.

—Puede que no dure más allá de hoy.

—No la dejéis marchar hasta que yo haya hablado con ella —apremió Josse—. Si es que me lo permitís, claro.

—Sí.

Helewise no veía motivo para preguntarle por qué deseaba hablar con Elvera. Sin duda se lo diría.

Y tenía razón.

—¿Decís que eran amigas, ellas dos? —Helewise asintió con la cabeza—. O sea, que una mujer que se ha sentido bastante satisfecha con su propia compañía durante casi doce meses, de repente se entiende con una recién llegada que al parecer no encaja en absoluto. ¿Cuánto tiempo llevaba aquí?

—Llegó hace casi un mes. Ella y Gunnora se conocieron hace poco más de una semana.

—Un tiempo muy corto para que nazca un vínculo tan improbable.

—Sí. Y aun así tuve que recordar varias veces a Gunnora que no la buscara tan abiertamente. Y la mañana del día en que Gunnora murió, las oí reír.

—¿Reír?

Algo en su tono sugería que lo había interpretado mal.

—No prohibimos la risa. Pero, como en todo en la vida, hay un momento y un lugar para la risa. ¿No os parece?

—Sí, evidentemente.

—Y el hospital, fuera de la habitación donde un hombre se encuentra sentado al lado de su esposa moribunda, no es un lugar para las risitas juveniles.

—No, claro que no. —Josse parecía pasmado—. Gunnora, al menos, debería haber ejercido un mayor control. ¿No llevaba tiempo suficiente con vos para ello?

—Sí.

El incidente, pequeño pero inquietante, constituía en opinión de Helewise un ejemplo perfecto de lo que intentaba transmitir. Gunnora seguía sus propias reglas. Vivía en el interior de su cabeza y no parecía advertir las necesidades de los demás.

Josse estaba murmurando algo. Al notar su vista clavada en él, inquirió:

—¿La reprendisteis por las risas?

—Yo no. Pero sor Bea salió corriendo a hacerlo, a alejarlas, y sor Eufemia oyó el alboroto. Tengo entendido que les dio una buena reprimenda. Le importan mucho sus pacientes, señor, así como la reputación del hospital.

—No lo dudo. ¿Qué ocurrió el resto del día?

—Gunnora puso su expresión más pétrea y había un dramático aire de sufrimiento en su modo de distanciarse de Elvera, de todas nosotras. Resulta extraordinario... —Helewise se sorprendió a sí misma al reconocerlo abiertamente—, pero tenía el don de hacer que quien la acusaba se sintiera culpable, aun cuando, como en este caso, fuera ella la que estaba en falta, y aun cuando quien la había reprendido lo hubiese hecho con toda razón.

—¿Así que no habló con nadie esa velada?

—Creo que no. No puedo referirme a la velada entera, pues no la observé todo el tiempo. Pero me senté cerca de ella durante la cena y frente a ella durante el descanso. Rechazó completamente todo intento de conversar. De hecho, pareció sentirse aliviada cuando la campana nos llamó a completas y, justo después, a la cama.

—¿Y nadie habla nunca después de acostarse?

—No. Nunca. En el dormitorio no se permite el contacto entre hermanas.

No hacía falta explicar por qué, de esto estaba segura.

—¿Y nadie se levanta nunca, anda por ahí y sale del dormitorio?

—No. Cada hermana hace sus necesidades detrás de su propia cortina.

—Ya... —Josse se sonrojó ligeramente—. Abadesa, me disculpo por estas preguntas que se refieren a asuntos tan privados en vuestra comunidad, pero...

—Entiendo que son necesarias. Continúa.

—¿Alguien lo habría oído si una hermana se hubiese levantado de la cama?, ¿si hubiera salido del dormitorio?

Helewise reflexionó.

—Yo diría que sí, pero quizá me equivoque. Nuestros días son largos, milord, y la mayoría de nosotras nos dormimos pronto y nos quedamos dormidas hasta la medianoche, para maitines y, después, hasta el amanecer para la prima.

—¿Gunnora estuvo presente a medianoche?

—Sí. Y ausente en la prima. Fue cuando se dio la alarma y mandamos partidas de búsqueda.

—Se marchó, pues, de madrugada. —Josse cerró los ojos, sin duda para visualizar la escena—. Digamos que, con la intención de llevar a cabo la expedición nocturna, regresó a su cama tras la misa de medianoche y permaneció despierta. Acaso se acostó completamente vestida, a fin de no hacer ruido al levantarse de nuevo. ¿Alguien lo habría advertido?

—No. No nos asomamos a las camas de las otras. Además, apagamos las velas en cuanto regresamos al dormitorio.

—O sea, que Gunnora aguardó a que todas estuviesen dormidas y anduvo en silencio por el dormitorio, pasó ante las hermanas dormidas y...

—No ante todas. Su cubículo era el tercero a partir de la puerta.

—Entiendo. Abrió la puerta y...

—No, la puerta estaba entreabierta. Hacía mucho calor y habíamos decidido dejarla abierta para tener más aire en el dormitorio.

—Ah. Mmm. —Josse volvió a cerrar los ojos—. Abadesa, ¿me permitiríais visitar el dormitorio?

Helewise sabía que se lo pediría.

—Sí —contestó llanamente.

Helewise adivinó de antemano lo que iba a hacer. Él le pidió que ordenara la larga habitación, ahora vacía tal como había estado esa noche. Lo hizo: mantuvo la puerta entreabierta con la misma piedra y tapó los primeros cubículos con sus respectivas y vaporosas cortinas. Al ver la limpieza y el immaculado orden que tanto le agradaban, se alegró de que no fuera uno de esos días en que, en sus prisas, alguna hermana hubiese dejado la cama desordenada, aunque fuese ligeramente. Entonces le enseñó dónde dormía Gunnora. Josse entró en el cubículo adyacente y dejó caer la delgada cortina.

—Ahora, ¿tendríais la amabilidad de...?

Helewise entró en el cubículo de Gunnora. Qué inquietante, ver el lugar donde la moza había pasado sus últimas y solitarias horas. Se quitó los zapatos y aguardó, obligándose a contar hasta cincuenta. Luego, tan silenciosamente como pudo, levantó ligeramente la cortina, se deslizó debajo de ella y, andando de puntillas, salió del dormitorio. Sabía, al igual que todas las monjas, que el tercer escalón de madera crujía, de modo que pasó directamente del segundo al cuarto. Finalmente, todavía con exagerada cautela, descendió a la planta baja.

Unos minutos después, cuando acababa de ponerse los zapatos, Josse apareció en lo alto del corto tramo de escalera.

—No os he oído —dijo—. Tenía los ojos cerrados y os llamé; como no contestasteis supe que os habíais ido. No he oído absolutamente nada —repitió— ¡y

estaba despierto! ¡Estaba escuchando!

—Lo sé. —Helewise se sentía extrañamente emocionada, afectada por el pequeño descubrimiento de que era perfectamente posible que alguien saliera del dormitorio sin que la oyeran—. Y ahora, ¿qué? —preguntó con genuino interés.

El color desapareció del rostro de Josse, quien pidió en tono sombrío:

—Ahora, por favor, enseñadme el lugar donde la encontraron.

Salieron por la puerta trasera del convento, la cual daba al sendero que descendía serpenteando al valle. A los pocos metros, los tejados del santuario y de la casa de los frailes aparecieron a la vista. Pasado un rato, Helewise enfíló un camino menos trillado, cuya pendiente se iba acentuando conforme se aproximaban al fondo del valle.

La abadesa no lo había bajado desde que habían hallado a Gunnora.

—Estaba allí —señaló—. A un lado del sendero. A plena vista, cosa que se me antojó rara.

—Sí —convino Josse—. Lo normal es que quienquiera que la matara intentara ocultar el cuerpo. Sin duda le habría convenido que tardaran en descubrir el asesinato, aunque sólo fuera para darle más tiempo en su huida.

—Se trataba de algo más complejo —comentó Helewise pausadamente—. Daba toda la impresión de que el asesino estaba resuelto a que la encontraran. La había... arreglado. —Ésta era la mejor definición que se le ocurría.

—Arreglado —repitió Josse.

—Sus piernas y brazos formaban un dibujo como de estrella. —¡Ay, qué duro era recordarlo!—. Parecía que se habían esmerado en perfeccionar la figura.

—Horrible —murmuró Josse—. Desalmado, realmente espantoso. Aunque no deseaba hacerlo, la abadesa sabía que debía contarle el resto.

—Sus faldas estaban levantadas y dobladas con mucho cuidado. Me fijé en ello. —Al percatarse de la omisión, continuó—: Yo no la encontré... La encontraron dos hermanos legos, escasos minutos después de que hubimos empezado la búsqueda. Yo estaba bajando de la abadía y los oí gritar. Fui la tercera persona en verla.

—Entiendo. —La voz de Josse contenía un deje de compasión—. Seguid. Me estabais hablando de su falda.

—Sí. —Helewise tragó saliva—. Habían doblado la falda y la enagua como si fueran una, las habían doblado en tres. El primer doblez llegaba hasta las rodillas, el segundo, hasta los muslos y el tercero hasta el vientre. Como sabéis, Gunnora estaba desnuda de cintura para abajo. Y cubierta de sangre.

Le temblaba la voz. Apretó los dientes con la esperanza de que él le diera tiempo de recuperar la ecuanimidad antes de hacerle más preguntas.

Y así fue. Josse anduvo lentamente por el lugar. Resultaba imposible —hasta para quien la había visto, como Helewise— saber exactamente dónde había estado

tendida. Las numerosas suelas de botas y zapatos que habían pisado el lugar del crimen habían borrado la escasa sangre que había goteado sobre la hierba. Por lo tanto, Helewise no entendía lo que Josse buscaba. Acaso le estuviese dando tiempo para recuperarse.

Al cabo de un rato, el hombre regresó a su lado.

—Había algo acerca de una cruz, ¿no? Una cruz con una piedra preciosa.

—Sí. La encontraron allí, donde el sendero dobla.

—Una violación que no fue violación y una cruz robada arrojada al suelo... aunque no entiendo por qué, a menos que fuera accidental, puesto que nadie estaba persiguiendo al asesino.

—Nosotros no, pero es posible que alguien lo viera.

—¿Alguien que prefiere que no se sepa que andaba por aquí en plena noche?

—Exacto.

—Mmm. —Josse volvió a alejarse unos pasos—. Mmm.

—Acerca de la cruz...

Josse se volvió hacia Helewise y clavó en ella una mirada alerta.

—¿Sí?

—No era de Gunnora. Era muy parecida a la suya. El mismo engaste de oro, el rubí del mismo tamaño y color. Pero Gunnora me dio la suya hace unos meses y pidió ponerse una cruz de madera.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Eso era fácil de contestar.

—Como prueba de pobreza, creo.

Una prueba muy ostentosa, había pensado Helewise a la sazón, y que no servía de gran cosa, pues Gunnora le había pedido que pusiera la suya a buen recaudo. Habría resultado más convincente si le hubiese pedido que la vendiera y usara el dinero para los pobres.

—¿Así que no llevaba su propia cruz al morir?

—No. —La cruz de Gunnora se hallaba todavía en la cajonera de Helewise. Lo había comprobado. Y ahora junto a esta cruz se encontraba la otra, la que habían hallado al lado del cuerpo—. Todavía llevaba puesta la cruz de madera, pero se le había metido debajo del escapulario. Lo más probable es que sólo otra monja hubiese pensado en buscarla allí.

—Una violación que no fue tal —repitió Josse en tono meditabundo— y, ahora, un robo que no fue tal. —Miró fijamente a Helewise—. Abadesa, parece que lo único que nos queda es un asesinato.

Capítulo cinco

Ascendieron uno al lado del otro, de vuelta a la cima, hacia el extremo donde se encontraba la abadía. Josse no tuvo que acortar demasiado los pasos, pues ella era una mujer alta.

Vista desde este lado, la abadía no parecía tan inaccesible. Comprensible, pensó Josse. La entrada por la que había llegado la primera vez daba al camino y, aunque hubiese poco tráfico, los edificios del tamaño y el prestigio de Hawkenlye solían proteger su territorio detrás de altos muros y un sólido portón que podía cerrarse con llave y atrancarse de noche.

Sin embargo, al aproximarse desde el placentero valle verde cuya tranquilidad había sido tan recientemente violada, la abadía parecía menos formidable y el portón no daba la impresión de suponer un gran obstáculo para quien deseara franquearlo. Eso también se entendía, puesto que una parte de la comunidad de la abadía residía en el valle y seguro que precisaba acceso libre y frecuente al conjunto principal.

No obstante, debía reflexionar al respecto.

Conforme se acercaban al portón observó la abadía. Ahora que había estado en el interior era capaz de visualizar la disposición de los diversos edificios. Desde aquí, al igual que desde el camino, el tejado de la iglesia dominaba; a un lado de la iglesia estaba, ahora lo sabía, el ala del hospital. Al otro lado se hallaba la larga estancia donde dormían las monjas, ligeramente más alta que el hospital. Evocó el corto tramo de escalera que él y la abadesa habían subido para llegar a la puerta del dormitorio. Supuso que habría una escalera que llevara directamente de esta habitación a la iglesia, escalera para uso exclusivo de las hermanas cuando se despertaban para asistir a las misas nocturnas.

El grupo de edificios que formaban tres lados de una plaza en torno al patio enclaustrado incluía el pequeño despacho de la abadesa Helewise así como, supuso, el refectorio y el reformatorio. Al entrar por el portón principal había visto, a su derecha, unos establos y lo que parecían talleres y almacenes, y, a su izquierda, la casilla de la portera.

Observó los restantes edificios. Situados muy cerca del muro trasero de la abadía, se alzaban ante él y dominaban todo su campo de visión. Ambos se habían construido a la izquierda de la iglesia y muy próximos a ésta; de hecho, diríase que uno estaba pegado a ella, mientras que el otro, ligeramente más pequeño, se hallaba algo apartado, justo donde la pared lateral y la trasera se juntaban en la esquina de la abadía.

Dada su posición, supuso que era la leprosería. De ser así, desde allí partía el pasaje sellado que llevaba a la capilla reservada para los leprosos y las hermanas que los cuidaban. Era una zona que Josse esperaba con fervor no tener que investigar.

Satisfecho, ahora que se había formado un plano mental de los edificios de la abadía, dejó que sus pensamientos regresaran al asesinato.

Volvió a dar vueltas en su cabeza a la nueva revelación que le había hecho la abadesa. Una cruz enjorjada, dejada en la escena... no, colocada aposta en la escena, pues no pertenecía a la muerte... ¿Constituiría otro intento de confundir, de hacer que el asesinato de Gunnora pareciera un robo chapucero? Al fin y al cabo, el asesino se había empeñado también en que pareciera una violación.

Ya no podía pasar por alto la profunda convicción de que quien había cortado el cuello de Gunnora, quienquiera que fuera, no formaba parte de la chusma soltada de la cárcel local. A menos, claro, que esta cárcel hubiese encerrado igualmente a alguien de mente más compleja que la de un cazador furtivo, un ratero, un ladrón de corderos o un borracho cualquiera que dejara que sus puños prevalecieran sobre su sentido común.

«Mi tarea aquí ha terminado —se dijo en tanto él y la abadesa llegaban a los muros del convento—. Podría regresar a Tonbridge, informar a las autoridades locales del resultado de mi investigación, y ya nadie creería que el gesto humano del rey Ricardo ha acarreado una muerte brutal. Sin duda aceptarán, como yo, que hay en este crimen mucho más que un ataque espontáneo que se le fue de las manos al asaltante».

Sin embargo, sabía que no iba a regresar a Tonbridge todavía. Si, aparte de descubrir quién no había cometido el crimen, lograba averiguar quién lo había perpetrado, su tarea resultaría mucho más minuciosa, mucho más digna de encomio.

Bueno, si iba a continuar, y todo en él lo urgía a hacerlo, el siguiente paso resultaba obvio. Desagradable, sumamente desagradable en vista del constante calor, pero obvio.

—Abadesa Helewise...

Ni él ni ella habían hablado desde que habían abandonado el lugar donde habían encontrado a Gunnora. Se dijo que una monja constituía una compañera admirable si uno debía analizar algo mentalmente. Sobre todo, y con esto se volvió y la miró, una cuya ancha frente y penetrante mirada denotaban tan evidente inteligencia.

—¿Sí? —Con una ligera inclinación de cabeza, Helewise le agradeció la cortesía con que dio un paso atrás y le permitió entrar primero.

—Abadesa, he de pedir permiso para llevar a cabo una tarea que ojalá no fuese necesaria.

Josse se interrumpió. ¡Ay, Señor! ¿Tendría razón? ¿De verdad era necesario? Deseó, y no por primera vez, tener más experiencia en materia de asesinatos. Deseó que este caso no fuera su prueba de fuego en el arte de la investigación.

Mas, aun cuando fuese novato en la investigación de crímenes brutales, poseía sensatez y lógica, y ambas le decían que lo que estaba a punto de pedir era vital. Así

pues, prosiguió, antes de poder cambiar de opinión.

—Señora, he de ver el cuerpo.

La abadesa no contestó en seguida, aunque Josse se percató de que de repente parecía dirigir sus pasos hacia la iglesia, encima de cuyo portón observó un tímpano especialmente bien tallado.

—Han transcurrido más o menos dos semanas desde que la encontraron —dijo la abadesa por fin.

—Sí, lo sé.

—Y estamos en julio, milord. Un julio extraordinariamente caluroso.

—Sí.

Permanecieron de pie a la entrada de la iglesia. Helewise lo estudiaba, protegiéndose los ojos con una mano a modo de visera. Él le devolvió la mirada, negándose a ceder a la tentación de agachar la cabeza como si lo avergonzara que lo pillaran pensando algo libidinoso. No fue capaz de interpretar la expresión de la mujer. Era como si se hubiera alisado el rostro: no había rastro de esa sonrisa que hacía temblar la ancha boca y levantaba las bien formadas mejillas; sólo ahora, con su ausencia, Josse se dio cuenta de que ya empezaba a reconocerla como típica de ella.

Estaba a punto de insistir, de explicar sus razones, cuando la abadesa alargó el brazo y levantó el pesado picaporte.

—Os mostraré el camino —dijo en voz baja.

Josse la siguió. Bajaron un corto tramo de escalera y se adentraron en la iglesia. Ella hizo la genuflexión —él la imitó—, recorrió la nave central y pasó ante lo que parecía una capilla totalmente cerrada, ¿la de los leprosos? A unos cinco pasos frente al altar dobló a la izquierda y abrió otra puerta mucho más pequeña. Ésta también daba a una escalera, aunque en este caso no era de piedra ni de unos pocos escalones, sino una estrecha y empinada escalera de caracol de madera.

El olor, que apenas se percibía en el templo, se hizo diez veces más potente al abrirse la puerta.

La abadesa bajó con cuidado. Por encima de sus hombros, Josse vislumbró la suave iluminación de una vela. Salieron a una cripta baja, cuyo techo abovedado sostenían unos enormes pilares de piedra. Tuvo la súbita impresión de encontrarse enterrado muy profundamente, impresión acompañada por el alarmante reconocimiento del increíble peso de la piedra que había encima de ellos y que parecía presionarlo. Experimentó un ataque de atávico terror, y el vello de la nuca se le puso de punta.

—Hace mucho frío en la cripta, incluso en pleno verano. —El tono tranquilo y práctico de la abadesa lo devolvió a la realidad—. Se nos ocurrió que convenía dejarla aquí mientras esperábamos las instrucciones de su familia para el entierro.

Holgaban las explicaciones. A él también le habría costado concentrarse en las

oraciones con esta silenciosa y apestosa compañera. Mejor para él, mucho mejor, que la hubiesen puesto en el frío de la cripta.

Josse tragó saliva y dio un paso hacia el ataúd, colocado sobre sencillas andas. Estaba hecho de burdas tablas, más ensambladas y clavadas que cuidadosamente ajustadas. Seis clavos mantenían sujeta la tapa. Buscó algo para hacer palanca —¡qué tonto, no se le había ocurrido antes!— y estaba a punto de anunciar que tendría que ir a buscar algo cuando la abadesa le indicó silenciosamente un rincón. A la persona que había armado el féretro le habían sobrado tablas, y las había amontonado ordenadamente debajo de la escalera.

Josse escogió una, presumiblemente rechazada por ser demasiado gruesa. Tratando de controlar su propia fuerza para que ni féretro ni andas acabaran en el suelo, metió el extremo más grueso debajo de la tapa y golpeó hasta haber formado un hueco lo bastante ancho para que cupiera la extremidad más delgada. Percatándose del problema, la abadesa, una mujer práctica, fue a aguantar la cabecera.

Ahora Josse podía usar todo su peso. Se apoyó, pues, sobre la extremidad gruesa de la tabla y la empujó fuertemente hacia abajo. Oyeron un ominoso crujido y la tabla empezó a doblarse. De reojo, Josse vio que la abadesa asía la caja con mayor energía, como previendo y preparándose para el siguiente movimiento. Josse colocó las manos más cerca de lo alto de su palanca, inspiró hondo, flexionó los músculos de hombros y brazos y empujó con todas sus fuerzas.

El féretro se ladeó y casi se cayó, mas la abadesa lo agarró y lo enderezó. No hacía falta ver si Josse había tenido éxito: el hedor por sí solo se lo indicó.

La abadesa se tapó la cara con un doblar de la ancha manga, cogió a Josse del brazo y tiró de él hasta el fondo de la cripta.

—Dejad que el aire viciado se disipe unos momentos —dijo, casi en un susurro.

Tenía sentido. Parecía haber suficiente aire en la cripta, pues una ligera corriente hacía bailar la llama de la vela. De pie junto a la abadesa, Josse observó el ataúd. La tapa se había levantado un palmo del lado en que había hecho palanca y resultaría fácil arrancarla.

En cuanto el hedor se redujo —«O eso, o me estoy acostumbrando», pensó con ironía—, regresó al féretro con la abadesa Helewise y arrojó la tapa a un lado.

En realidad, no sabía qué esperar. Ya antes había visto muertos, muchos muertos; había visto las terribles mutilaciones causadas por la guerra, cuerpos hinchados que permanecían demasiado tiempo en los soleados campos de batalla, carne medio podrida repleta de gusanos. Estaba preparado para eso.

La muerte no había cambiado demasiado el cuerpo de Gunnora, aunque a todas luces se había iniciado la primera fase de la descomposición. La blanca piel de sus manos y rostro, la única piel visible, había adquirido un tono verdoso, y las principales vías sanguíneas de la mano derecha, colocada encima de la izquierda,

habían perdido su color.

Alguien le había cerrado los ojos, si bien la parte inferior del rostro, retorcido aún en una mueca de terror, compensaba con creces la ausencia de expresión que pudiera haber en los ojos muertos.

—Su muerte fue dura —murmuró Josse.

—Sí. —La abadesa también habló en voz baja—. Querréis ver la herida que la causó.

—Sí.

De nuevo lo ayudó el tono de Helewise, carente de dramatismo.

Observó cómo la abadesa levantaba rápidamente el velo y desataba la impla que rodeaba la frente lisa, para revelar las puntas del griñón, cuidadosamente atado encima del corto cabello.

Helewise bajó el griñón y lo posó sobre el pecho quieto.

La enorme cuchillada que había puesto fin a la vida de Gunnora quedó al descubierto.

Josse sintió un momentáneo mareo, y la dura piedra bajo sus pies se le antojó de repente una pendiente peligrosa. Se obligó a serenarse. «Está muerta —se dijo con firmeza—. Muerta. Y lo mejor que puedo hacer por ella ahora es encontrar a su asesino».

Se inclinó, acercándose más al cuerpo. La herida iba de oreja a oreja, un corte limpio, simétrico, que había partido las vías sanguíneas y causado estragos en la tráquea. Una parte distante de la mente de Josse hizo conjeturas sobre si la muerte se debía a la pérdida de sangre o a la asfixia. Estudió los extremos del corte. Interesante.

Había visto a muchos hombres con heridas de espada. Normalmente se podía discriminar, sobre todo tratándose de un espadachín experto, si el asaltante había usado la mano derecha o la izquierda. Una herida solía ser más profunda en el punto de incisión, punto que recibía toda la fuerza del ataque.

La herida en el fino cuello de Gunnora, sin embargo, era tan simétrica, tan perfecta como una luna menguante. Alguien se había esmerado, la había hecho con arte. Qué cosa más extraordinaria.

Esto lo impulsó a estudiar las manos de la moza. Apartó los holgados puños, tratando de doblarlos con el mismo cuidado que había mostrado la abadesa con el velo y el griñón. Aunque él hubiese ordenado esta perturbación del último sueño de la difunta, al menos podía manifestarle su respeto. Sintió que la abadesa lo miraba, si bien no intervino, y, con la sensación de haberse ganado unos puntos, se inclinó sobre las manos y los antebrazos de Gunnora.

Un rasguño en la muñeca izquierda parecía antiguo, pues se le había formado una costra, ahora parcialmente caída. No habría sido así si hubiese ocurrido en el momento de la muerte. Tenía las uñas carcomidas y un padraastro arrancado en el

índice derecho tenía una desagradable consistencia. Aparte de esto, las manos no presentaban heridas.

—Mirad, abadesa, mirad sus manos.

La abadesa obedeció.

—No luchó —comentó.

—Exactamente. De haber luchado, si hubiese tratado de protegerse de un cuchillo, se le notaría en las manos.

Josse frunció el entrecejo en un esfuerzo por entender lo que esto significaba. O bien había perdido el conocimiento cuando la atacaron o estaba dormida... o... ¿o qué?

O la había atacado más de una persona.

Regresó a las mangas y las empujó hacia arriba, con mayor apremio; examinó el brazo... y encontró lo que buscaba.

—Mirad —señaló.

En la blanca piel había pequeñas magulladuras: dos en el brazo derecho y cuatro en el izquierdo. Sin detenerse a pensar en el decoro, se puso detrás de la abadesa y la asió de los brazos.

—¿Veis? La cogieron así, desde atrás. Lo bastante fuerte para que los dedos del asaltante la magullaran.

—Un hombre la sostenía mientras otro le cortaba el cuello —dijo la abadesa, con un tono de infinita compasión.

Teniéndolo tan cerca, Josse sintió cómo el cuerpo de la abadesa se volvía laxo. Luego, como si ambos se percataran simultáneamente de lo indecoroso de su posición, dio un paso atrás, y ella, uno adelante. Él dejó caer los brazos y estaba a punto de disculparse, cuando Helewise habló.

—¿Deseáis ver algo más en el cadáver? —preguntó en tono enérgico.

El cadáver. Acaso resultara más fácil referirse a Gunnora como un cadáver.

—No, creo que no. Aceptaré la palabra de vuestra hermana enfermera sobre el intento de hacer que pareciera una violación. —Dicho esto, percibió el alivio de la abadesa.

Rodeó lentamente el ataúd. Tenía que comprobar algo más. Pero ¿qué? Con expresión distante observó cómo la abadesa ordenaba la ropa de la difunta, colocaba el sencillo crucifijo de madera entre sus manos, le alisaba el velo...

¡Ajá! Eso era.

—¿Puedo ver sus pies?

La abadesa no expresó en voz alta el interrogante que apareció en sus ojos, sino que levantó el dobladillo del hábito y reveló unos pies pequeños metidos en estrechos zapatos de cuero.

Las suelas estaban frías. Josse presionó la piel con un dedo y detectó humedad.

Pues claro que el rocío le habría mojado los zapatos. Al fin y al cabo, había estado fuera en plena noche. Inspeccionó los pies, los tobillos. Estaban limpios.

—¿Habrán lavado su cuerpo?

—Naturalmente. Por la sangre.

—Sí, claro. Me refería a sus pies, a las pantorrillas.

La abadesa se encogió de hombros.

—No lo sé con certeza. Me imagino que sí. —Y entonces, aunque Josse percibió su renuencia, la abadesa inquirió—: ¿Por qué?

—Me pregunto, abadesa, y no he dejado de preguntármelo, qué hacía una monja fuera del dormitorio, fuera del convento, en plena noche. ¿Habría ido lejos? Su muerte sucedió cerca, sí, pero ¿iba o venía? Pregunto por sus pies y piernas porque, de haberse salido del camino... y habría tenido que hacerlo si fue más allá del santuario, habría caminado entre hierba crecida. Lo más normal sería encontrar señales de esto en sus piernas, en el dobladillo de su hábito. Y sus zapatos estarían empapados.

La abadesa hizo un rápido asentimiento con la cabeza.

—Sí, sí, ya veo. Tenéis razón... Los caminos sólo llegan al santuario y a la casa de los monjes y al pequeño charco que se forma al pie del santuario. El sendero, el sendero en que la encontraron, es más corto y estrecho y no se usa mucho.

Ahí tenía, pues, la respuesta a una pregunta. Fuera cual fuera la misión que la había sacado esa noche de su habitación, Gunnora no había llegado lejos. Sin embargo, una pregunta acarreaba otras preguntas, cosa que parecía suceder cada vez más. ¿Había hecho lo que se había propuesto o la habían matado cuando iba a hacerlo?

Josse observó a la abadesa, que volvía a arreglar las prendas de la difunta.

Entonces Helewise se acercó a él y, con la vista fija en la moza muerta, ambos guardaron silencio.

Josse ya no tenía la impresión de que podía averiguar más cosas con el cuerpo. Había llegado el momento de dejarlo en paz. Dio un paso adelante, recogió la tapa del féretro y la colocó en su sitio. Metió las puntas de los clavos en sus respectivos agujeros y los clavó con la tabla de madera que había usado antes.

Se detuvo nuevamente al lado de la abadesa. Después, como si ambos hubiesen esperado una inaudible señal de despedida, se volvieron y regresaron a la escalera de caracol.

—He intentado que siempre haya alguien velando el cuerpo —dijo la abadesa al salir de la iglesia, que, al igual que cuando habían entrado, se hallaba llamativamente vacía—. Pero ha pasado mucho tiempo y me he dado cuenta de que mis monjas se angustiaban y que, al seguir turnándose para acompañar a la pobre Gunnora, el terrible acontecimiento permanecía siempre en su mente. —Se encogió ligeramente de hombros—. Así que ya no insisto en ello.

—Si se me permite decirlo, me parece sensato. Sin duda la impresión de que ha sido abandonada, el que nadie de la familia haya venido a buscarla, las conmueve aún más.

—Efectivamente. Milord D'Acquin, es extraño, ¿verdad?, que no hayan respondido. Se lo mandé decir, claro, en cuanto pude, y el hogar de la familia se encuentra a un día de aquí, como mucho. Además, sé que recibieron el mensaje, pues quien lo llevó me lo dijo.

—¿La persona que llevó la noticia os dijo cómo habían reaccionado? Con conmoción y angustia, sin duda, pero...

—Él... fue uno de los hermanos legos... me dijo que el padre estaba conmocionado, sí, pero también que lo extraño era que lo parecía aun antes de que se apeara del caballo.

—¿Creéis que lo adivinó? ¿Que se figuró que una persona que llegara en un caballo agotado sólo podía traer malas noticias de la abadía donde residía su hija?

—Tal vez. —Helewise frunció el entrecejo—. Sí, probablemente fuese eso. Pero es extraño...

Josse aguardó.

—¿Qué?

Otro encogimiento de hombros.

—El hermano tuvo la fuerte impresión de que el padre ni siquiera se había enterado de la noticia. Se esforzó por repetirle el breve relato de lo que había ocurrido, pero ya en presencia de dos de los criados.

—¿Y no obtuvo mayor reacción la segunda vez?

La abadesa esbozó una sonrisita, como si a ella misma le costara creer lo que estaba dando a entender.

—Eso es lo más raro. El padre, según dice el hermano lego, pareció descartarlo; dio la impresión de que algo más le preocupaba, que esta terrible noticia sobre su hija no era sino una distracción.

—Una distracción —repitió Josse. Todo muy raro—. ¿Puede fiarse de lo que dice el hermano lego? ¿No es de los que adornan los relatos para darles mayor dramatismo?

—Nada de eso —contestó con vehemencia Helewise—. El hermano Saúl es un hombre excelente, de fiar y observador. —Le dirigió una mirada acusadora, como queriendo decir: «¿Por qué creéis que lo escogí?».

—Muy bien. Entonces debemos preguntarnos por qué un padre trataría la noticia de la muerte de su hija... de su asesinato... como si fuese un estorbo, algo que lo apartara de asuntos más importantes.

—Asuntos que ya le causaban angustia.

—Sí, eso también.

Se habían alejado de la iglesia y se habían detenido a la sombra del claustro. Josse estaba seguro de que ella sentía tanto alivio como él al respirar el limpio y cálido aire. La abadesa se encaminó hacia una puerta en el ala del edificio a su izquierda y, con un gesto de la mano, propuso:

—Reflexionemos sobre esto mientras vamos al refectorio para la comida del mediodía.

Capítulo seis

Dieron cuenta en silencio de la comida, consistente en más del excelente pan y un estofado de verduras con unos cuantos trozos de cordero, un silencio roto únicamente por la melodiosa voz de una monja que leía un pasaje de las Escrituras. Era la parábola de los talentos, y Josse decidió que tenía un significado especial para él. La exhortación a utilizar los talentos que uno posee, además de ser oportuna, alentó su debilitada confianza en sí mismo y le hizo recordar que, por muy inexperto que fuese, contaba con su ingenio.

Y, mientras comía, puso el ingenio a trabajar.

Tratando de que no se le notara, echó una ojeada a las comensales. Contó 68 monjas sentadas a la larga mesa principal, y otras diecisiete sentadas a una mesa más pequeña y separada del refectorio por un biombo. Sumadas a la abadesa y a la monja que leía las Escrituras, eran 87; además de las tres que habían elegido aislarse en la leprosería y, una decena o una docena de hermanas que estarían de guardia en el hospital mientras el resto de la comunidad comía. Sería, pues, un total de cien, más o menos.

¿Sería una de ellas la asesina?

Imposible creerlo, mirando los rostros uno por uno. De las mujeres que pudo estudiar, aparte de una o dos que tenían la cabeza agachada, por lo que el velo les ocultaba el rostro, ninguna mostraba una expresión que no fuera tranquila y agradable, por no decir serena. Había mujeres de todas las edades, desde las monjas de mediana edad que ya habían pronunciado todos sus votos y lucían velo negro hasta las obviamente jóvenes que lucían el velo blanco de las novicias, o, en el caso de una moza que apenas sobrepasaba la adolescencia, el sencillo vestido negro de las postulantes. ¿Sería ésta la inadecuada Elvera que había hecho amistad con la monja muerta? De todas las mujeres que Josse observó, era la única que daba muestras de angustia; sus ojos estaban ligeramente enrojecidos y la pilló echándole un fugaz vistazo, aunque bajó la mirada en cuanto se dio cuenta de que la observaba.

El que al menos una persona llorara por Gunnora lo animó.

Cuando acabaron de comer, se levantó para rezar con las monjas. Ya había decidido cuál sería su próximo paso.

Al abandonar el refectorio, la abadesa Helewise no pareció sorprenderse ante el anuncio de que pretendía hablar con la familia de Gunnora, si es que ella estaba dispuesta a decirle dónde se encontraba su casa.

—Lo haré. Seguidme a mi despacho y os diré dónde viven y cómo llegar. Creo —añadió, hablando por encima del hombro— que estáis dando el paso más lógico.

Una vez en la intimidad del pequeño despacho, Josse inquirió:

—¿Puedo haceros otra pregunta, abadesa?

Ella inclinó la cabeza, cosa que él tomó por una autorización.

—Las monjas que estaban sentadas aparte durante la comida... no se me ocurre por qué.

Helewise esbozó una breve sonrisa.

—¿Y os preguntáis si existe una explicación espeluznante? ¿Si han caído en desgracia por una espantosa transgresión? ¿Contaminadas, quizá, por haber cuidado a apestados o a enfermos de viruela?

—¡Nada de eso! —protestó Josse, no del todo verazmente.

—Son nuestras monjas vírgenes. —Todo rastro de diversión había desaparecido del rostro de la abadesa—. Al igual que en la abadía de Fontevraud, nuestra comunidad se divide y hay alojamientos separados para las hermanas, según la forma en que deciden entregar su vida a Dios. La mayoría elige la existencia más fácil del convento de las magdalenas... Muchas de nosotras tuvimos una vida plena antes de venir aquí y no nos consideramos dignas de una vida en la única compañía de Dios. En cambio, aquellas que tuvieron una existencia ejemplar y que, aun antes de tomar el velo, vivían de modo sosegado, casto y célibe pueden optar por encerrarse en la casa de las vírgenes, donde pasan el día y gran parte de la noche en contemplación y comunicación con Nuestro Señor.

Josse asentía con aire sincero, aun cuando una parte de él pensaba: ¡qué vida!

—Y esas hermanas, las monjas vírgenes, ¿no se unen a vosotras, ni siquiera para las comidas?

—No. La regla considera que es mejor para ellas no rozarse demasiado con las que tenemos un pie en el mundo. También están segregadas en la capilla, y tienen su propio alojamiento, una casa pequeña adjunta a la capilla. —La mirada de Helewise se encontró con la de Josse y, anticipándose a su siguiente pregunta, añadió—:

Gunnora no pudo tener contacto alguno con ninguna de las hermanas vírgenes y podéis estar seguro de que ninguna de ellas sabe siquiera quién era.

«Así que borrad a esas diecisiete mujeres de vuestra lista de sospechosos», pareció agregar implícitamente.

—Gracias, abadesa. Eso haré —respondió Josse en tono solemne.

Se despidió de él en su despacho, tras desearle que Dios lo acompañara en su viaje de regreso. Luego, con la agradable sensación de haberse ganado su aprobación pese a sus indiscretas preguntas, Josse fue en busca de su caballo.

Una monja con un delantal de arpillera sobre el hábito trabajaba en los establos; sus mangas arremangadas revelaban unos antebrazos que cualquier marinero le habría envidiado. El tranquilo ritmo con que usaba la horca para sacar la paja sucia denotaba su familiaridad con esa faena.

—He dado de comer a vuestro caballo —le dijo cuando él la saludó y anunció que estaba a punto de marcharse—. Lo cepillé y todo. Me figuré que no pensabais volver

a trabajar hoy. Sin duda lo encontraréis lleno de energía. —Sonrió, poniendo al descubierto la falta de algunos dientes laterales—. Estaba a punto de sacarlo con los nuestros. Habría parecido un rey entre ellos.

Josse miró hacia el potrero que le señalaba, donde una jaca, estoica pero de expresión afable, alzó la cabeza. Había también un potro de aspecto más delicado pero de patas cortas, sin duda demasiado bajo salvo para las hermanas más menudas, y una mula. Sí, captó lo que quería decir la monja.

—Gracias por haberlo cuidado. —En cualquier otra cuadra habría ofrecido una o dos monedas, pero no se le antojó adecuado hacerlo en un convento. De modo que, en su lugar, le hizo un cumplido—: Dirigís una cuadra perfumada y bien cuidada, sor...

—Sor Marta. Gracias, milord.

—Josse d'Acquin.

La monja sonrió de nuevo.

—Lo sé. Sé también a qué habéis venido y, en cuanto a dónde vais, me lo imagino.

La sonrisa se desvaneció y la mujer se acercó más a él con expresión intensa.

—Encentradlo, milord. Gunnora no me gustaba mucho, que Dios me castigue por mi falta de caridad, pero ninguna criatura merece ese fin.

La mirada de Josse se encontró con la de sus ojos azules.

—Haré todo lo que pueda, sor Marta. Os doy mi palabra.

Con una enfática inclinación de cabeza que daba a entender que la palabra de un caballero le bastaba, sor Marta reanudó su faena.

Las tierras del padre de Gunnora se hallaban a unas seis leguas al sureste de Hawkenlye y, al salir a la una de la tarde, Josse llegaría al atardecer. Pensaba formarse una impresión de la casa de Gunnora antes de alojarse en una posada en Newenden, una aldea bastante cercana al dominio. Se presentaría ante la familia por la mañana del día siguiente.

De camino se le ocurrió que no le convenía llamar la atención. Se detuvo, pues, desmontó, sacó de su fardo una ligera y gastada capa, se quitó la túnica bordada y la guardó. Sostuvo la capa a distancia y la estudió con mirada crítica. Por muy gastada que estuviese, parecía de sospechosa buena calidad. Soltando un suspiro, la arrojó al suelo y la pisoteó en el polvo, para luego sacudirla y ponérsela. Se tapó la cabeza con la capucha, cuyo borde le ocultó parte de la cara: el sol de la tarde seguía pegando con fuerza.

Las indicaciones que le había dado la abadesa Helewise le sirvieron y encontró Winnowlands después de preguntar por el camino una sola vez. «Extraño —pensó, al alejarse del grupo de casitas donde había consultado a un anciano que extraía laboriosamente agua de un pozo—. El viejo parecía bastante amistoso cuando entré

en el patio. Hasta creí que iba a ofrecerme agua; pero, en cuanto mencioné Winnowlands, su actitud cambió».

Tratando de descartar los prejuicios de un anciano posiblemente chiflado y de mantener la mente abierta, prosiguió su camino.

Winnowlands, según se dio cuenta con un solo vistazo, era un dominio acaudalado. Las tierras, en el borde de una pendiente que se elevaba hacia el norte del gran pantano, eran buenas y les daban usos muy variados. Manadas de vacas pastaban en un verde prado, y rebaños de corderos se engordaban con la hierba más escasa cercana al pantano. La tierra bajo el arado lucía bien cuidada y fértil, y sus franjas, ordenadas y cercadas. Al inspeccionar uno de varios grupos de chozas, visible desde el camino, Josse se fijó en que los tejados de junco parecían sólidos. En una o dos pequeñas parcelas cultivadas próximas a las casitas abundaban coles, zanahorias y cebollas, y en una de ellas alguien había plantado diminutas flores rosas. En un corral cercado, una cerda y sus lechones hurgaban con el hocico en la tierra.

A todas luces, la tierra proporcionaba una buena vida y éste debería haber sido un lugar feliz.

¿A qué se debía, entonces, su aire de desdicha?, se preguntó Josse al avanzar lentamente. Las pocas personas a las que había visto —por cierto, ¿por qué eran tan pocas? ¿Dónde estaba todo el mundo?— casi no parecían reparar en la presencia de un forastero. Esto en sí ¿no resultaba raro? Josse había recorrido incontables leguas por toda clase de tierras extranjeras, y el único factor constante en todos los pueblos con que había topado, sobre todo entre gentes de zonas rurales, era la curiosidad. Comprensible. La suya era una existencia limitada; probablemente nunca fueran más allá de los límites del señorío donde habían nacido y donde, en su momento, morirían. Veían exactamente las mismas caras, año tras año. Un forastero constituía una rareza, alguien a quien mirar fijamente, alguien de cuya procedencia y de cuyo propósito hablarían y harían conjeturas durante días, si no semanas.

Pero estas personas que trabajaban en los acres de Winnowlands parecían preocupadas. «Desanimadas no sería un término desacertado», pensó Josse. ¿Podría ser que compartieran el pesar de la familia por una hija muerta? Podía ser, aunque sin duda una respuesta tan exagerada era improbable; para sufrir mucho uno tenía que haber conocido bien a la muerta, y ¿acaso estos siervos trabajando los campos habrían conocido a Gunnora, como no fuera una vaga y distante presencia? Más distante aún en el último año de su vida.

Y, siguió pensando a medida que se acercaba a la casa solariega, ¿acaso no había dicho la abadesa que el hermano lego había detectado un profundo pesar en estas gentes, aun antes de hablarles del asesinato de Gunnora?

No. Algo más había ocurrido aquí. Algo tan malo que afectaba a todas estas personas cuya seguridad dependía del feudo de Winnowlands. Y, fuese lo que fuese,

era anterior a la muerte de Gunnora.

Tiró de las riendas en la cima de un montecillo que se alzaba al otro lado del camino de la casa solariega. A la dorada luz de esa tarde ya avanzada, observó el que había sido el hogar de Gunnora.

Se trataba de una construcción sólida, de generosas dimensiones, a todas luces la de una familia rica. Recios escalones de piedra llevaban del patio amurallado a la entrada, a la planta baja. Había espacio para una vasta sala. En el fondo, al oeste, en un montículo, se erigía lo que parecía una capilla privada. Dos extensiones con torreta sugerían que el edificio original se había ampliado, quizá para dar cabida a una familia creciente. Debajo de los aposentos se extendía un amplio sótano cuya estrecha puerta estaba entreabierta, y Josse distinguió una profusión de provisiones en sus oscuras profundidades.

En tanto que él observaba, un hombre que vestía jubón de cuero sobre calzas remetidas en sólidas botas apareció desde detrás de la casa. Contestó a gritos a alguien que desde el interior parecía haberle pedido leña, pues desapareció en el sótano y salió con un cesto lleno de pequeños leños.

¿Un fuego? ¿Con el calor que hacía?

Un fuego para cocinar, se dijo Josse. La persona en el interior quería seguir cocinando la cena del amo. Sin embargo, advirtió que una columna de humo surgía de una abertura en el tejado. No era la clase de humo que viene de un fuego afianzado, de los que se conservan el día entero para cocinar o calentar agua, sino el tipo de humo que sale de un fuego recién encendido.

Alguien, pues, había ordenado al hombre del jubón que encendiera un fuego, y esto cuando todavía hacía tanto calor que Josse sentía las gotas de sudor correrle por la espalda, incluso cuando se quedaba quieto.

Oyó un caballo que se le aproximaba desde la derecha. El hombre del jubón también lo oyó y bajó lentamente la escalera de la entrada para esperar al recién llegado. Josse azuzó silenciosamente su montura para que diera marcha atrás y se ocultó detrás del montecillo; se mirara como se mirara, no le parecía prudente dejarse ver espiando lo que hacían en Winnowlands. Desmontó y avanzó arrastrándose a fin de ver el patio, allí abajo.

El recién llegado era un joven delgado y elegantemente vestido a la última moda. Se había acortado la túnica hasta la mitad de los muslos y el dobladillo ricamente bordado incluía exageradas aberturas a los lados que revelaban los músculos de las nalgas enfundadas en calzas sumamente ceñidas. Llevaba zapatos de suave piel, sin duda inadecuados para montar, con punteras alargadas. El flequillo del rubio cabello perfectamente cortado formaba una línea recta en la frente ancha, a excepción de un rizo muy cuidado. Dijo algo al del jubón. Éste, que parecía ser un criado de alto rango, negó con la cabeza. El joven se inclinó desde lo alto del caballo y habló más

fuerte. Josse captó un par de palabras:

—... he de verlo... insisto... desde tan lejos... ¡... autoridad para negarme el paso!

La respuesta del hombre mayor se oyó también, incluso más pues gritaba:

—¡Sé muy bien a qué habéis venido y el amo también lo sabe! Os lo repito, joven señor, ¡no quiere veros!

—¡Pues claro que lo veré! ¡Estoy en mi derecho!

—Se os dará entrada cuando el amo esté preparado, y ni un minuto antes. Ahora, es mejor que os marchéis, Milon, ¡antes de que el amo os oiga y salga en persona a echaros!

El hombre más joven dejó escapar una carcajada desagradable y socarrona.

—¿Ése? ¿Salir? ¡Ja! ¡Sería la primera vez en mucho tiempo, Will, y lo sabes!

—No os dejaré entrar, Milon, no sirve de nada que os quedéis por aquí. —El hombre del jubón, Will, avanzó hacia el joven y Josse percibió, aun desde su distante posición, la amenaza en su rostro—. ¡Largaos! Se os informará cuando haya algo que deciros.

Milon hizo girar su caballo con un violento tirón de las riendas. Con una mirada airada dijo la última palabra:

—Regresaré, ¡asqueroso labriego! ¡Espera y verás!

Will observó cómo azuzaba su caballo a un furioso galope y, alzando nubes de polvo, reemprendía el camino por donde había llegado. Luego, con una expresión de asco en la tosca cara, lanzó un escupitajo en la dirección que había tomado. No podía haber más elocuente gesto de despedida, pensó Josse.

Esperó a que Will entrara de nuevo, le dio unos minutos por si acaso volvía a salir, pues no le apetecía tener que darle explicaciones en ese preciso momento; después de un buen rato montó, bajó del montecillo y retornó a Newenden y a una cama.

Volvió por la mañana. Había encontrado alojamiento en una posada aceptable, había dado cuenta de una buena cena y hasta lo habían provisto de agua caliente para quitarse el polvo y el sudor del viaje. Ahora lucía sus prendas más elegantes, como correspondía a un emisario de la abadesa de Hawkenlye. Él y Helewise habían acordado que éste sería su papel y que, como razón para su visita al padre de Gunnora, alegraría que a la abadía le urgía saber qué deseaba hacer con el cuerpo de su hija.

Llegó a la casa solariega y estaba a punto de anunciar su presencia cuando el mismo hombre, Will, salió del sótano.

—¿Milord? —preguntó, haciendo visera con la mano para ver a Josse.

—Soy Josse d'Acquin. Vengo de Hawkenlye. Debo tratar un asunto de naturaleza personal con el señor de Winnowlands. ¿Puedo verlo, por favor?

Will siguió contemplándolo y, luego, agitó lentamente la cabeza. No obstante, más que un rechazo a la solicitud de Josse, parecía una manifestación de inquietud por la situación en sí.

—Sí —dijo, y suspiró—. Mal asunto. He tratado de decirle, pero con suavidad, que ha de tomar una decisión y hacerla saber. Sin duda no resulta agradable para los de la abadía quedarse con un cuerpo que no pueden ni devolver ni enterrar. A mí tampoco me gustaría. —Había resumido el dilema con admirable brevedad—. Pero no es tan fácil, milord. No me hace caso, no hace caso de nadie. Está... —Se interrumpió, y se rascó la cabeza, diríase que perplejo, incapaz de describir el estado de ánimo de su amo.

—¿Alterado? ¿Mal de la cabeza? —propuso Josse con la esperanza de que no lo ofendería con tal franqueza.

Mas, en lugar de ofenderse, Will aceptó las palabras, al parecer con alivio.

—Eso. Mal de la cabeza. Sí, milord, eso es. Mal del cuerpo también, pero de eso hace muchos años. Ha empeorado, claro. Muchísimo. —Volvió a agitar la cabeza con tristeza—. Pero esto... lo de que esté mal de la cabeza... es con lo que más me cuesta lidiar, mi señor. No puedo decirle lo que debe hacer, ¿verdad? En mi posición es imposible. Pero alguien debería hacerlo. No está bien. Nada de esto está bien.

En esta ocasión los gestos negativos de la cabeza duraron un buen rato.

—¿Puedo desmontar? —inquirió Josse con suavidad, y Will alzó la cabeza con expresión alarmada.

—Disculpadme, milord, ¡de verdad que lo siento! Claro, claro, dejadme ayudaros. —Se apresuró a coger las riendas, y Josse se apeó de la silla—. Lo pondré aquí, en este agradable lugar sombreado. —Siendo, como era, un hombre eficiente, actuaba mientras hablaba—. Y le quitaré la silla. Te gustaría un poco de agua, ¿eh, amigo? —Dio unas cariñosas palmadas al caballo—. ¡Apuesto a que sí!

Una vez atado el caballo, Will volvió con Josse. Parecía que, después de haber dado vueltas al asunto en su cabeza, había tomado una decisión.

—Venid conmigo a ver al amo, por favor, milord. Eso no puede hacerle ningún daño. Nada puede empeorarlo, ya no. Ni mejorarlo, por lo que se ve. —Su expresión se ensombreció brevemente—. A su manera, era un buen hombre —dijo con tono sincero—. No os dejéis engañar por su aspecto, milord. Tiene sus fallos, como todos nosotros, pero nunca fue del todo malo.

Con esta ambigua introducción dándole vueltas en la cabeza, Josse siguió a Will y fue a encontrarse con el señor de Winnowlands.

De inmediato resultó obvio que el padre de Gunnora estaba moribundo. Yacía en una cama tan cerca de la gran chimenea como era posible, pese a que aún no habían encendido el fuego en la sala calentada por el sol. Aparte de volver la cabeza hacia ellos, apenas se movió cuando Will le habló en voz baja:

—*Sir Alard*, ¿estáis despierto? —y le anunció la presencia de Josse.

El enfermo llevaba una bata de gruesa lana adornada con pieles, sobre la cual habían colocado una manta. Se le veía el cuello de un camisón de lino bastante limpio. Puede que se estuviera muriendo, pero quienes lo atendían lo hacían con devoción.

De su pálido rostro sin el menor indicio de color había desaparecido toda la carne, lo que resaltaba su prominente nariz. De tan hundidos, los ojos parecían aún más oscuros. A medida que sus propios ojos se iban ajustando a la mortecina luz tras el brillo del sol, a Josse se le antojó que estaba mirando una calavera.

—¿Qué queréis, Josse d'Acquin? —preguntó *Alard de Winnowlands* con una voz que se quebraba con cada palabra.

—He venido desde *Hawkenlye*, *sir Alard*. De parte de la abadesa *Helewise*, que quiere saber qué deseáis hacer con el cuerpo de vuestra difunta hija, *Gunnora*.

—Mi difunta hija *Gunnora* —repitió *Alard*, palabras que, cosa asombrosa, rezumaban una amarga y socarrona ironía—. Mi difunta hija. —Tras una pausa añadió, ahora sin inflexiones y en voz más baja—: Con *Gunnora* haced lo que os plazca. Enterradla con las monjas. Deseaba estar con ellas en vida, que se quede con ellas en la muerte.

—Gracias, mi señor. Será un alivio para la abadesa *Helewise* y sus monjas contar con vuestra decisión. —*Josse vaciló*—. Mi señor, ¿podría...?

—Fuera. —Al principio *Josse* no captó la orden, pronunciada con la misma falta de inflexión, y, como permaneció donde estaba, *Alard* se incorporó ligeramente, clavó en él sus ardientes ojos negros y gritó—: ¡Fuera!

Apenas si *Josse* empezaba a hacer ademán de retirarse cuando se inició la tos. Al principio casi silenciosa, creció y alcanzó tan pronto su violento y prolongado clímax que *Will* casi no tuvo tiempo de taponarle los labios con un trozo cuadrado de lino antes de que escupiera sangre. Nuevas manchas de sangre acompañaron pronto las viejas manchas de la tela, lavada y alisada. *Josse* observó, petrificado e impotente, en tanto que el amo de *Winnowlands* escupía otra parte de lo que quedaba de sus pulmones.

Un poco más tarde, *Will* se reunió con *Josse*.

—Qué pena que hayáis tenido que presenciar eso —dijo y se detuvo junto a *Josse*, que se hallaba apoyado en la soleada fachada de la casa. De unos arbustos que crecían contra el sótano les llegó el aroma a lavanda; *Josse* había estado aspirando el agradable y limpio aire.

—Sí. ¿Ha estado así mucho tiempo?

—La enfermedad creció lentamente —contestó *Will*—. Al principio no era más que una tos persistente, que empeoró poco a poco hasta atosigarlo constantemente. Empezó a debilitarse. No quería comer. Luego, el invierno pasado comenzó a toser sangre.

—Ah.

Josse sabía que esto significaba invariablemente que la vida no duraría mucho más.

—Habría muerto antes —agregó Will—. Pero es muy fuerte. Lo era, en todo caso. Había mucho en él que podía desgastarse, ¿me entiende?

—Sí.

Josse había visto ocurrirle lo mismo a otros hombres.

—Además, no puede irse todavía.

Will se interrumpió y echó una mirada de refilón a Josse, como preguntándose cuánto más podía revelar a este extraño sobre los asuntos de la familia.

—¿Ah, no? —Josse intentó parecer desinteresado.

La rápida sonrisa de Will le indicó que éste no se había dejado engañar, aunque continuó hablando.

—No. No puede morir, no antes de haber decidido.

—¿Decidido?

—No le queda mucho tiempo en este mundo, y bien lo sabe, con el cura y el médico a cada lado, con sus caras largas, diciéndoselo todo el tiempo. Preparad vuestra alma, le dice el cura, haced una buena confesión, arreglad vuestros asuntos en esta Tierra para tener crédito en el Cielo. Pero no es tan fácil, ¿verdad, milord?

—No —convino Josse, a quien no le pareció sensato preguntarle qué no era tan fácil.

—Y hay que pensar en los vivos, aparte del crédito en el Cielo, ¿verdad? Los vivos también tienen necesidades.

—Cierto.

—Veréis, hace un año más o menos todo parecía muy claro y sencillo —dijo Will en tono confidencial, inclinándose más hacia Josse.

—¿Antes de que Gunnora entrara en el convento? —adivinó Josse.

—Sí, eso también, pero la cosa no empezó ahí. —Will agitó la cabeza de nuevo—. Milord, os digo con franqueza que me alegro de ser un hombre simple. Tengo mi casita, mi mujer y nada más. Mi casa no es mía y no puedo dejársela a nadie y, por lo demás, lo que llevo puesto es casi todo lo que tengo.

—Sí, entiendo. —Y era cierto: Josse comenzaba a entender hacia dónde quería ir a parar Will. Y las piezas empezaron a encajar.

—Había dos —soltó Will de repente—. Gunnora, la primogénita, y Dillian. Preciosa moza, Dillian, pero era la benjamina. Gunnora tenía que ser la primera, así debe ser, y por eso *sir* Alard la ofreció en matrimonio. Pero, milord, ¡ella no lo quiso! No quiso casarse con él, y ningún razonamiento, ninguna amenaza, ningún castigo la hizo cambiar de opinión. Así que *sir* Alard le dijo: «¡Bueno, pues vete a tu convento! ¡Pero ya no serás hija mía!». Y entonces fue el turno de Dillian, porque no se puede

decir que uno ha pasado por alto a una hermana mayor, ¿verdad?, cuando se lo ha ofrecido y ella ha dicho que no, gracias, voy a ser monja.

—No, claro que no.

—Pues, entonces, Dillian es la que se casa con milord Brice. —Will se detuvo de pronto. Una profunda emoción le provocó una mueca. Pasado un momento, se recuperó y agregó—: Lo siento, milord, de verdad que lo siento, pero es un pesar muy reciente. Todavía pienso que voy a verla venir por el sendero como solía hacer, gritando, haciéndonos sus jugarretas; sólo que no lo hizo, claro, todo eso se acabó cuando se casó con él. —Agitó la cabeza tristemente—. Naturalmente, todo el mundo dice que fue un accidente. Se cayó del caballo, eso seguro, y sé que hay testigos que lo confirman, buenas almas honradas que no pretenden hacer ningún daño, que sólo dicen la verdad. Pero ¿por qué se subió a esa enorme bestia y por qué se fue galopando? ¡Eso es lo que yo quisiera saber! Y lo conozco, milord, conozco a ese tal Brice. Creedme, no culpo a *milady* Gunnora por rechazarlo. Ojalá mi preciosa Dillian hubiese sido lo bastante sensata para hacer lo mismo. Pero, ya ve... —Dejó escapar un profundo y largo suspiro—. Las mujeres siempre han sido un misterio, ¿verdad? Siempre lo serán, supongo.

No parecía haber nada que añadir a ese comentario, con el que Josse se sentía tentado de estar de acuerdo. Respetando el evidente pesar de Will, dejó que el silencio se prolongara. De todos modos, no tenía prisa. Ya no, ahora que había adivinado lo sucedido. Ahora que conocía, o eso creía, lo que había causado la pena que embargaba a Winnowlands.

No se debía a la muerte de una hija mayor, una mujer poco agraciada cuya entrada en un convento no había angustiado a nadie, sino a la de su hermana. «Mi preciosa Dillian», con su risa y sus bromas.

—¿Así que las perdió a las dos? —lo animó a continuar.

—¿Mmm? —Diríase que Will había olvidado su presencia—. Sí. Una detrás de otra. Y ni siquiera pasó una semana entre las dos muertes. —Otro profundo suspiro—. No más hijas. Ninguna heredera bien casada con un buen hombre. —Will levantó la cabeza y su mirada se encontró con la de Josse—. Y cada aliento del amo puede ser el último. ¿Qué va a ser de todos nosotros, milord? ¡Eso es lo que yo quisiera saber!

—Claro —respondió Josse en tono ausente.

Su mente trabajaba a marchas forzadas y, pese a lo deprimente de las circunstancias, experimentaba cierta exaltación por haber llegado a la conclusión correcta.

Resumió rápidamente el dilema de *sir* Alard. Ambas hijas muertas, una inmediatamente después de la otra. No había más hijos, y al parecer Dillian tampoco los había tenido. Y un yerno, de quien se creía, según Will, que había sido, en el mejor de los casos, un mal esposo, y en el peor, el responsable de la muerte de su

joven esposa. La clase de hombre al que un suegro estaba poco dispuesto a legar su indudable riqueza.

No era de extrañar que los labriegos parecieran tan tristes y desolados. Según la experiencia de Josse, no había nada que socavara más los ánimos que la incertidumbre acerca del futuro.

Y, con la sucesión de Winnowlands en el aire, probablemente por largo tiempo, ¿podía el futuro en este dominio ser más incierto?

Capítulo siete

Sumido en sus propias preocupaciones, Will casi no levantó la cabeza cuando Josse le preguntó desenfadadamente dónde encontrar a lord Brice. Le dio unas breves instrucciones, que resultaron muy precisas y fáciles de seguir, y, como si se le ocurriera de repente, mencionó que probablemente no lo encontraría en su casa, pues según los rumores Brice de Rotherbridge había ido a Canterbury.

—Pero encontraréis a su hermano —añadió, con un gesto que podía interpretarse como desdeñoso—. El joven lord Olivar suele andar por ahí. —Will le dirigió una significativa mirada—. Podría decirse que vigilando.

Como sospechaba que ya no averiguaría nada más, y de hecho Will había girado sobre los talones y volvía a la tarea que lo ocupaba en el sótano, Josse fue en busca de cualquiera de los hermanos Rotherbridge, o de ambos.

Los dominios de Rotherbridge limitaban con los de Winnowlands en el este y en el sur. Brice poseía una buena zona de pastoreo y de terrenos arables, pero la mayor parte del dominio consistía en terrenos pantanosos; sin duda poseía suficientes corderos para ser un hombre muy acaudalado, reflexionó Josse. La lana inglesa empezaba a adquirir fama en los mercados de Francia y de Flandes, por lo que con ella se podía hacer fortuna y, a juzgar por la casa solariega recién ampliada, Brice de Rotherbridge estaba ocupado construyendo la suya.

«No es de sorprender —pensó al avanzar por el sendero que llevaba a la casa— que Alard quisiera aliarse con este hombre. No sólo son vecinos, y acaso Alard haya echado una que otra mirada codiciosa a los pastizales de Brice, sino que Brice es la suerte de marido que un padre querría para su hija... al menos en lo referente a la posición social y a la riqueza». ¿Le habría importado a Alard que otros aspectos lo hicieran menos deseable? ¿Conocía estos aspectos, si no era por las habladurías de los criados?

Sí. Seguro que los conocía. Gunnora debía de habérselo dicho. Sin duda durante una de esas largas discusiones entre el padre furioso y resuelto y la hija obstinada, le habría dicho algo como «no voy a casarme con él, es una bestia».

Tal vez no se lo dijera, pues no había hecho falta presionar a Dillian para que se casara con él.

Había algo allí, pensó Josse al entrar en el sombreado patio de la casa solariega. Y con suerte algo se lo explicaría.

—¡Hola! —gritó, sin desmontar—. ¡Milord Brice! ¡Milord Olivar!

Nadie contestó durante un rato, aunque le pareció oír a alguien moverse en el interior.

—¡Hola! —volvió a gritar.

—Ya voy, ya voy —contestó una voz femenina, de repente alta en la quietud del

calor—. No puedo hacer dos cosas a la vez, y ese bobo lo echará todo a perder si no le digo exactamente cómo hacerlo. Debería ser más listo, pero ahí lo tiene. Algunos nacen idiotas y se quedan idiotas. Ahora, milord, ¿qué puedo hacer por vos?

Había salido de la casa hablando y continuó haciéndolo al acercarse a Josse. De edad relativamente avanzada, entrada en carnes, cojeaba de tal modo que con cada paso se echaba hacia la derecha. Llevaba un sencillo vestido pardo y, encima de éste, un delantal blanco con el que se secaba las manos, endurecidas por el trabajo.

Con la ferviente esperanza de que el flujo ininterrumpido de palabras indicara un talante dispuesto a departir con los extraños, Josse respondió:

—He venido en busca de Brice de Rotherbridge. —E, improvisando, agregó—: A expresarle mis condolencias por la muerte de su esposa.

El curtido rostro, que hasta ese momento lucía un rictus de inquisitivo interés, se llenó de tristeza.

—Sí, sí —murmuró la mujer, que soltó un largo suspiro y repitió—: Sí.

Josse aguardó. ¿Convendría alentarla un poco?

—He venido de Winnowlands... y...

—¡Ese pobre viejo! —exclamó la mujer—. ¡Primero Dillian y luego Gunnora! Si esta doble tragedia no lo lleva a la tumba, quisiera saber qué lo hará. ¿Cómo está, milord?

—No está bien. Él...

—No, claro. Ni lo estarán los que tienen la mala suerte de depender de él. El amo no está aquí —añadió, cambiando de pronto a un tema práctico—. Ha ido a Canterbury, milord.

No dio más explicaciones. De hecho, pensó Josse, ¿por qué habría de darlas? De modo que repitió, con un tono de delicada interrogación:

—¿Canterbury?

—Eso es. Para desnudar su alma con los buenos frailes, hacer penitencia, recibir su castigo y que celebren una misa para ella, que en paz descanse.

—Amén. —¿Por qué hacía penitencia Brice?, se preguntó Josse. No convenía preguntarlo. Además, si fingía saber de qué se trataba, la anciana seguramente le confiaría más secretos—. Me imagino que se sentirá más tranquilo después.

Ella le dirigió una mirada de reojo, como si se preguntara cuánto sabía de verdad y cuánto adivinaba. Tras una pausa bastante incómoda en que los hundidos ojos castaños lo observaron con expresión penetrante, pareció aceptar el engaño.

—Supongo que sí —convino de mala gana—. Aunque no sé cómo afectan estas cosas a los hombres, eso digo yo.

Otra larga mirada escrutadora, bajo la cual Josse hizo lo posible por conservar una expresión afable y sincera y mostrar lo que esperaba fuera la imagen de un angustiado amigo de la familia que acudía a dar el pésame.

Debió de convencerla pues, volviéndose hacia la casa, gritó:

—¡Ossie! ¡Ven aquí ahora mismo, mozo!

Demasiado pronto para no haber estado espiando, apareció un muchacho de unos catorce años, larguirucho, con espinillas en la cara y madejas de cabello grasiento cayéndole sobre la frente baja, la personificación misma del despuntar de la adolescencia.

—Coge la montura del caballero —le ordenó la mujer—. ¡Ocúpate de ello! —A todas luces otorgaba escasa importancia al género del equino—. Y regresa a la estufa. ¡No te atrevas a dejar que se pegue porque serás tú el que lave mi olla!

—No, Matilde.

El chico esbozó una fugaz y picara sonrisa para beneficio de Josse. Éste observó un diente roto y descolorido que sin duda pronto le causaría un dolor terrible, si es que no se lo provocaba ya. Desmontó y le dio las riendas.

Y, con un gesto de la cabeza, Matilde precedió a Josse a la fresca sala de la casa solariega de los Rotherbridge.

—¿Os sirvo cerveza, milord? —ofreció, a la vez que se dirigía hacia un recipiente de peltre cubierto que se hallaba sobre una larga mesa lateral. Hospitalaria, aquella casa.

—Sí, gracias.

La mujer llenó una jarra y observó cómo bebía el líquido.

—Es un día que da mucha sed —comentó—. ¿Venís de lejos?

Lo estaba sondeando, decidió Josse.

—Dormí en Newenden anoche.

—Mmm. ¿Encontrasteis allí un lugar donde reposar la cabeza que no os pusiera la piel de gallina? —Y, antes de que Josse tuviera ocasión de contestar, preguntó a bocajarro—: ¿Conocíais bien a *milady* Dillian?

—No, no la conocía —fue la verídica respuesta—. A quien conocía era a Gunnora. —Esto ya no era tan verídico. De hecho, no lo era en absoluto.

—Gunnora. —Matilde asintió con la cabeza—. Entró en un convento.

—Sí, en la abadía de Hawkenlye. Conozco a la abadesa. —Esto sí que era verídico—. Mi misión era, ante todo, la de hablar con *sir* Alard sobre qué hacer con el cuerpo de la pobre moza.

—Seguro que os habrá dicho que hagáis lo que os plazca —repuso Matilde con devastadora precisión.

—Más o menos —convino Josse, y se arriesgó—: Una pena, que no hayan hecho las paces antes de que muriera.

—Sí. Sí. —No se había equivocado de camino—. Nadie debería morir cuando hay desavenencias entre él y los suyos, ¿verdad, milord?

—No —aceptó Josse en tono solemne.

—Aunque no fue todo culpa de él. Era una criatura difícil, esa Gunnora. No me habría gustado tener que estar en su servicio, os lo aseguro. ¡Qué diferencia con Dillian! —La expresión del arrugado rostro se suavizó.

En opinión de Josse, Matilde se encontraba en esa etapa del luto en que se necesita hablar sin parar del difunto, de cantar sus alabanzas como si esto pudiera contar en el delicado trámite del juicio de su alma. Como una oración constante para las almas en el purgatorio.

Mas él no estaba allí para hablar de Dillian, al menos no sólo de ella.

Cuando Matilde se interrumpió para respirar, y no parecía que necesitara respirar muy a menudo, él interpuso con suavidad:

—Gunnora tenía... ¿qué?... dos años más, ¿verdad?

—Cuatro. —Respondió Matilde, tragándose el anzuelo—. Pero yo diría que parecía tener más. Era como una vieja. También es cierto que la cargaron de responsabilidades desde muy niña, habiendo perdido a su madre como la perdió.

—Claro. —Josse asintió con la cabeza, como si supiera cómo la había perdido—. Nunca es fácil para una moza perder a su madre.

—No, no lo es. —Matilde se inclinó y casi susurró—: Pero era una criatura extraña, aun antes de que ocurriera. Y nunca dejó que él la consintiera como consintió a su hermana. No me extrañaría que lo culpara a él... y a su riqueza... por la muerte de su madre. Tiene sentido. *Lady Margaret* no debió tener otro hijo, pero así son las cosas. Los hombres quieren herederos varones y no hay más que decir. Sólo que no fue un varón, sino Dillian. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Dillian nunca lo culpó, pero era muy pequeña cuando perdió a su madre. No contaba ni un año, y seguro que no tenía más recuerdos de *lady Margaret* que los que le han contado. En Gunnora, en cambio, la pérdida hizo que repudiara todo lo que él podía darle. Y, claro, por eso no quiso casarse con Brice. Para empezar, se trataba de otro plan de su padre, algo que ella no iba a sufrir, y, además, habría sido más de lo mismo. De ser hija de rico habría pasado a ser esposa de rico. Y ella creía que eso era lo que había matado a su madre.

Efectivamente. Un razonamiento sólido, el de esta mujer tan observadora.

—Pobre Gunnora —murmuró.

—¿Pobre? —Matilde ladeó la cabeza, diríase que meditándolo—. Sí, pobre por haber muerto a manos de un asesino. Pero, si se hubiese casado con lord Brice, milord, habría muerto como su hermana. De hecho, Dillian murió en su lugar.

Y esto era imperdonable en opinión de la anciana, pensó Josse al ver el resentimiento en su cara.

—¿Cómo murió Dillian?

Si a Matilde la sorprendió que no lo supiera, no lo demostró.

—Habían vuelto a reñir, ella y Brice —dijo en voz queda—. Siempre reñían. Él lo

empezó. —Miró a Josse de reojo, como para ver cómo reaccionaría al oír a una criada criticar a su amo, pero él le sonrió, alentador—. Odio decirlo —continuó, obviamente nada dispuesta a callar—, pero ya no era la misma que cuando se casó. El amo es un hombre duro, le gusta que las cosas se hagan a su modo. Tiene por costumbre que lo obedezcan y, como era mucho mayor que Dillian, creía que con sólo decirle que saltara, ella saltaría. No aceptaba su carácter. Ella le siguió la corriente al principio. Yo creo, milord, que lo quería, o al menos creía amarlo, que es lo mismo, y se esforzaba en darle gusto en todo. Pero él no daba su brazo a torcer. Sólo ella daba y renunciaba, y cuando empezó a hacerle frente, pues... —Otro suspiro—. Cuando se dio cuenta de cómo era el amo, se escandalizó y al cambiar lo escandalizó a él. Comenzaron a gritarse y él empezó a golpearla. Muchas veces le he curado heridas y cardenales, pobre moza. Y... —echó una ojeada alrededor para asegurarse de que estuvieran solos— solía forzarla, ¿sabéis? —Josse, por desgracia, sabía a qué se refería—. Quería un hijo. Un hijo varón. Y a ella, pobre Dillian, aunque le hubiese gustado tener un hijo, no le gustaba hacer lo que engendra a los niños, al menos no con él. Por eso reñían esa mañana. Ella salió corriendo de su dormitorio envuelta en una capa, con el cabello revuelto, marcas de dedos en las pobres mejillas pálidas porque le había dado un cachete, y gritando: «¡No voy a quedarme aquí con vos! ¡Os odio!». Bajó volando hasta el patio y, por mala fortuna, el primer caballo que vio fue el del amo, que se encontraba allí todavía después de que el amo había ido a cabalgar esa mañana... Le gustaba cabalgar temprano, antes de desayunar, y después subía con Dillian.

—Entiendo.

—Así que lleva el caballo hasta el montador, echa la pierna desnuda sobre el lomo, coge las riendas y le da un puntapié en el ijar con los talones. Bueno, el caballo estaba ahí, sin meterse en nada, esperando comer un poco, me imagino, cuando de pronto esta vocinglera criatura se pone a sobarlo, y al caballo no le gusta. Levanta la cabeza, echa coces y galopa, atraviesa el portal. Pero cuando la bestia saltó esa acequia ahí abajo, milord, Dillian se cayó.

El eco de la triste voz de Matilde murió. Josse se imaginó la escena, evocó la menuda figura envuelta en una capa, tratando de aferrarse con las piernas desnudas a un caballo demasiado grande y fuerte para ella.

—¿Fue... fue aprisa? —preguntó.

Le parecía importante saber que Dillian no había sufrido.

—Sí. Murió en seguida, dicen. Se rompió el pescuezo. Trajeron su pobre cuerpo a casa como un fardo. Lo pusieron aquí, junto al hogar.

Josse miró el punto que le indicaba Matilde.

—Y Brice ¿qué hizo?

—Se llenó de ira al principio. No dejaba de pegar gritos contra su insensatez.

Luego, cuando se dio cuenta de que había muerto, sintió remordimientos. No es un hombre malo, milord —dijo con sinceridad, repitiendo, sin saberlo, lo que Will había dicho sobre Alard—. Es arrebatado, como todos en su familia, y piensa más en sus propias necesidades que en las de los otros, pero, a ver, enséñeme un hombre que no sea así. —Josse podría haberle enseñado bastantes, mas guardó un prudente silencio—. De todos modos, ahora se arrepiente. Se culpa a sí mismo, dice que no debió ser tan brutal con ella y que si no lo hubiese sido, si no le hubiese levantado la mano y hubiese sido más bueno con ella, nunca habría salido tan aprisa y estaría viva. Por eso ha ido a Canterbury. Tiene sentido. Un hombre como él, lleno de vigor, no sentirá que se ha limpiado bien el alma hasta que alguien le saque el pecado con azotes. Seguro que lo están azotando ahora mismo, y esos monjes lo hacen con toda la fuerza del brazo derecho.

No daba la impresión de lamentarlo, más bien al contrario.

Matilde se fijó en la jarra vacía de Josse y le sirvió más cerveza.

—Gracias —dijo Josse y, tras tomar un sorbo, preguntó—: ¿Está aquí lord Olivar? Quizá pueda darle a él mi mensaje.

—Sí que podría, si se encontrara en casa. Pero no está. Ha ido a Canterbury también.

—¿También tiene una muerte en la conciencia? —inquirió Josse en tono ligeramente jocosos, y Matilde le sonrió.

—No. Ha ido a acompañar a su hermano, para asegurarse de que no haga demasiada penitencia. Al menos eso es lo que quiere que pensemos. —Le guiñó un ojo—. El hecho es que nuestro joven lord Olivar va a la ciudad siempre que puede. Tiene la sangre caliente, no sé si me entendéis.

Otro guiño, y Josse pensó que la entendía perfectamente.

—Ya veo.

Tomó un poco más de cerveza, una buena cerveza, bien fresca por haber permanecido en la sala. Repasó mentalmente la conversación. Había averiguado mucho, pero ¿habría algo más que pudiera sonsacarle a su espontánea confidente?

Tal vez.

—Así que, muertas Gunnora y Dillian, *sir* Alard no tiene herederos —manifestó—. ¿Dejará sus dominios a Brice?

Matilde lo negó con vehemencia.

—No, no lo hará. La sangre tira. Además, seguro que ha oído las habladurías. La gente habla, ¿sabéis, milord?, y todo el mundo de por aquí sabía que Brice usaba los puños con demasiada facilidad cuando se trataba de su esposa. *Sir* Alard la quería, a su manera. No, me imagino que todo irá a Elanor y ese inútil que acaba de tomar por marido.

—¡Oh!

¿Elanor? Josse contuvo la pregunta. Matilde no iría a decepcionarlo ahora, ¿verdad?

Y no lo hizo.

—*Sir Alard* está rodeado de mujeres —continuó ella con una sonrisa maliciosa—. Dos hijas, dos hermanas y sólo una de éstas muerta. Y la superviviente tuvo hijas, como su hermano. Sólo una. Y, como si esto no bastara, esta hija se ha casado con un hombre como Milon d'Arcy. ¡Y la necia de su madre se lo permitió! ¡Imaginaos!

Milon. ¡Milon! ¡Claro! Josse evocó al joven con el rizo en la mejilla y las calzas tan ceñidas. ¡Así que estaba casado con la sobrina de Alard! Ahora entendía a qué había ido a casa de Alard. No era de sorprender que Will le hubiese enseñado la puerta.

Se le ocurrió que podría acabar sus visitas a la familia de Gunnora con una a la prima y su marido. Aunque no veía de qué le serviría, aparte de ampliar lo que ya sabía sobre las circunstancias de Gunnora. Estaba preguntándose dónde encontrar a la tal Elanor y al tal Milon cuando Matilde habló.

—*Sir Alard* quiere a Elanor. Cuesta no quererla, porque es una chica muy alegre. Alegre y divertida.

—Más parecida a Dillian que a Gunnora —comentó Josse, convencido de que pisaba terreno seguro.

—Sí, aunque no posee la bondad de Dillian. Hay en ella algo cruel debajo de la risa y la alegría. De esto estoy convencida. Siempre ha tenido un ojo puesto en lo mejor e hizo lo posible por estar a mano cuando *sir Alard* hacía gala de generosidad. Vaya, si él hasta había hecho costumbre de tratarla como a una hija al dar regalos. Cuando mandó hacer las cruces para sus hijas no dudó en pedir una también para Elanor. Y ahora ella podría heredarlo todo. —Matilde agitó la cabeza, como si tan inesperada buena suerte le resultara incomprensible—. Pues que tenga suerte. No me cabe duda de que ese jovencuelo con el que se ha casado se lo acabará en un abrir y cerrar de ojos.

Dejó escapar una sonora carcajada.

—Acaso tenga menester de consejos —sugirió Josse, aprovechando la oportunidad—. He visto cosas similares en mi propia familia —improvisó—. Podría ayudarla, ¿no te parece?

Matilde lo examinó largo rato y dijo en tono neutral:

—Tal vez podáis, milord. Sólo que Elanor no está en casa, desde hace más de un mes. Está en casa de un pariente de su marido, dicen, por ahí por Hastings.

—Oh.

Josse percibió la suspicacia de Matilde. ¿Estaría lamentando su franqueza? ¿Crearía que tramaba hacerse con una parte de la fortuna de Winnowlands por medios tortuosos? No estaba seguro, si bien le pareció el momento indicado para

recordarle con suavidad el motivo por el que estaba allí y de dónde venía.

Se levantó, pues, y dejó la jarra vacía en la mesa lateral.

—He de irme. Qué pena que no encontré a *sir* Brice. Gracias por la cerveza, Matilde, me ha refrescado, y mi largo viaje a la abadía de Hawkenlye me parecerá menos duro. Sin duda la abadesa espera con ansias las noticias que le llevo.

¡Funcionó! La expresión de Matilde se despejó. La mujer se levantó de un brinco del banco en que se había acomodado y lo acompañó a la puerta.

El chico, Ossie, había atado el caballo de Josse en un rincón del patio. De repente, al ver el montador, imaginó a Dillian montando de un salto el caballo de su marido y emprendiendo el camino de su muerte.

Experimentó considerable alivio al alejarse de Rotherbridge, sintiendo en la espalda la intensa mirada de Matilde.

Capítulo ocho

Josse llegó a la abadía de Hawkenlye ya avanzada la tarde. No se había apresurado: por una parte, hacía demasiado calor y, por otra, tenía mucho en que pensar.

No había nadie a la vista cuando llegó al portón, que estaba cerrado. Sin embargo, al oír los cascos de un caballo, un hermano lego salió de las cuadras y se apresuró a abrir la pesada cadena. Al parecer reconoció a Josse, lo cual, aunque inesperado, resultó muy útil, pues Josse no lo reconoció a él. Cogió la cabalgadura en cuanto Josse desmontó y le informó que las hermanas estaban practicando sus devociones.

A Josse se le fue el alma a los pies. Se sentía cansado, hambriento, sediento y en las últimas dos leguas no había pensado más que en la posibilidad de sentarse con la abadesa en su fresco y pacífico despacho y explayarse sobre los antecedentes familiares de la difunta Gunnora de Winnowlands, mientras la abadesa, tras ofrecerle un frío y delicioso vino y un trozo de pan, lo escuchaba embelesada.

Bueno, de todos modos era una imagen bastante improbable... pero un hombre podía soñar, ¿no?

Con tiempo en las manos, decidió que era un momento oportuno para ir al valle y echar un vistazo al manantial sagrado.

Siguió el sendero que él y la abadesa habían tomado el día anterior. El sol calentaba todavía lo suficiente para suprimir toda actividad de animales e insectos en la larga hierba a ambos lados del sendero. No obstante, al detenerse un momento a escuchar, oyó un suave y lejano zumbido, como de mil abejas ajetreadas a la sombra y fuera de la vista.

En esta ocasión permaneció en el sendero principal y, al cabo de escasos minutos, se encontró frente al edificio donde residían los monjes, pequeño y relativamente humilde. La casa achaparrada y bastante exigua, hecha de adobe, se hallaba entre las sombras bajo su tejado de paja. Las ramas que un trío de castaños extendían sobre ella aumentaban la sensación de penumbra. Como en la abadía, no había nadie: era de suponer que los monjes estaban rezando con las hermanas.

Dejándose dominar por la curiosidad, Josse se asomó por la puerta abierta. El suelo era de tierra batida y el mobiliario consistía en bancos a ambos lados de una tosca mesa. Una colgadura, corrida de día, separaba esta estancia del dormitorio, a su vez dividido, sin duda para que los monjes no durmieran junto a los hermanos legos. Tanto los primeros como los segundos dormían en delgados jergones de paja y diríase que las mantas cuidadosamente dobladas proporcionarían poco calor y ninguna suavidad. *** NO HAY *** ahora, en pleno verano caliente, la habitación se sentía húmeda y olía ligeramente a moho. Debajo del moho subyacía otro olor aún más desagradable. O bien los monjes no habían situado el retrete lo bastante lejos del

dormitorio o el hedor de los excrementos se mezclaba con el adobe de las paredes.

Debía de ser todavía peor en invierno, se dijo Josse al retroceder, sobre todo para los monjes que padecieran el paralizante dolor que engendra la humedad en las articulaciones. Y en aquel verde y sombreado valle tan cerca del manantial, el aire no estaría nunca seco.

Avanzó hacia el santuario y el sencillo cobertizo adjunto que servía de refugio. Dentro de éste distinguió bancos, un reducido hogar, de momento barrido y vacío, y, sobre un estante de madera, burdas tazas y jarras de barro. Fuera del camino, debajo de uno de los bancos, había más jergones, enrollados en este caso y bien atados. A los peregrinos, observó Josse, se los atendía bien pero sin el menor lujo. Bueno, sin duda quienes acudían a suplicar, sinceros de corazón y devotos, no esperarían más. ¿Acaso no bastarían los poderes curativos del agua bendita?

Al oír a Josse aproximarse, otro hermano lego salió de detrás del cobertizo, escoba en mano, descalzo, con las mangas arremangadas y el largo hábito pardo recogido. Él también pareció reconocerlo; en todo caso, no le preguntó qué lo había llevado allí ni lo tomó por un peregrino necesitado del agua milagrosa, sino que, con un gesto vagamente aprobador de la cabeza, se limitó a decir:

—Querréis ver el interior del santuario de Nuestra Señora. Adelante, milord, es todo vuestro. —Y al punto regresó a la sucia tarea de barrer la inmundicia que se había acumulado detrás del cobertizo.

Josse descendió por el trillado camino. Aunque no sabía lo que buscaba, tenía la fuerte impresión de que debía mantenerse alerta, aguzar todos los sentidos.

Permaneció un rato delante del pequeño edificio con la vista fija en la alta cruz de madera del tejado y viendo cómo se había construido el santuario. El manantial, al parecer, surgía de una pequeña y profunda depresión en el suelo y el santuario constaba apenas de un tejado y dos paredes; las otras dos las conformaba el rocoso afloramiento que flanqueaba el manantial. Eran paredes hechas económicamente de adobe; pero, a diferencia de las de la casita de los monjes, las sostenían unos pilares de piedra y una puerta de madera con dintel de aspecto sólido, que en este momento se hallaba entreabierta.

Josse la empujó y penetró en el húmedo frescor del santuario.

De pie en el umbral, obstruía casi enteramente la única luz, que entraba por la puerta. Esperó a que sus ojos se ajustaran a la oscuridad y avanzó un par de pasos. Bajo sus pies, el suelo era de la misma tierra batida que el de la casita de los monjes y diríase que no habían alisado las paredes de roca; como resultado, el santuario daba una sensación de naturalidad, un efecto agradable que parecía decir: éste es el hogar de la Santa Virgen y nosotros no hacemos más que atenderlo.

El agua rezumaba de una grieta en el fondo del santuario, donde se juntaban los dos muros de roca. En los incontables años que llevaba manando del suelo, había

formado un pequeño estanque; el sonido del agua resultaba soporífero, relajante, y durante un breve instante Josse se sintió tentado de apoyarse en la pared y descansar.

No. Tenía cosas que hacer.

Avanzó de nuevo y distinguió un corto tramo de escalones que llevaba al borde del estanque. Habían tallado los escalones en la roca y la condensación los mantenía húmedos. Al empezar a bajar, Josse se percató de que resultaban sumamente resbaladizos. Apoyó una mano en la pared para mantener el equilibrio y experimentó una fugaz sensación de compañerismo con los incontables visitantes que, habiendo perdido pie como él, se habían aferrado al mismo lugar.

Se detuvo en el antepenúltimo escalón y contempló la estatua de la Virgen.

Alguien había hecho lo posible para que éste, el único elemento del santuario fabricado por humanos, fuese bello. Y, efectivamente, la talla de madera oscura lo era. Encima del manantial, con los pies a la altura de los ojos del visitante y las manos tendidas con las palmas hacia arriba, la Virgen parecía invitar: «Ven, bebe mi agua curativa». Su delgada y grácil silueta estaba envuelta en una elegante capa con capucha, y tenía la cabeza inclinada con una sonrisa distante pero acogedora. Encima de su cabeza, un halo, un círculo perfecto de generosas proporciones, hacía resaltar su santidad.

Mientras miraba a la Virgen, Josse se fijó en el astuto diseño de la plataforma sobre la que se hallaba: su forma copiaba la del halo y su superficie era como un espejo; diríase que la Virgen podía ver en el manantial su propio rostro enmarcado por el halo, un rostro que correspondía a su sonrisa.

Un concepto muy original y convincente, sin duda. Josse salvó los últimos escalones y la examinó mejor. La plataforma encajada en la roca sobresalía unos cuatro o cinco palmos; para aguantar el peso de la estatua la habían fijado por abajo, aunque desde arriba no se notaba. Estaba hecha de la misma madera oscura que la estatua, pero una capa de plata recubría la superficie superior. Los delicados pies desnudos de la Virgen formaban un agradable contraste con el brillante metal. Josse se dio cuenta de que tenía la vista clavada en los dedos de estos pies y no se sorprendió al tomar conciencia de que sonreía.

Un lugar impresionante, este santuario, decidió al volver a subir. Se entendía que hubiese impulsado a los hombres a sentir reverencia; allí resultaba fácil creer que la Santa Madre había deseado la creación de este nuevo e importante centro de curación. Conmovido, se detuvo en lo alto de la escalera, se volvió nuevamente hacia la Virgen y, dejándose caer de rodillas, empezó a rezar.

Esa tarde, durante las devociones, Helewise padeció una nada característica incapacidad para concentrarse. En realidad, no era que su cerebro no fuera capaz de concentrarse, sino que se negaba a concentrarse en las oraciones. Con un gran esfuerzo arrojó implacablemente al fondo de su mente todos los inquietantes asuntos

que clamaban por su atención y se obligó a escuchar al coro de monjas.

Después, al salir de la capilla, se sintió más animada, con la mente de pronto más perspicaz, como si se tratase de una recompensa divina por su empeño. Mientras pasaba bajo el arco del claustro, el hermano lego Michael salió de las cuadras y le informó que Josse d'Acquin había regresado y había ido al santuario.

Helewise le dio las gracias, se dirigió con paso medurado a un lugar sombreado a poniente del claustro y, dejándose caer sobre el banco de piedra pegado a todo lo largo del interior del muro, puso orden en sus pensamientos con toda presteza.

Josse le llevaría información, de eso no había duda. Como mínimo, un mensaje del padre de Gunnora. Pero habría más, pues se había dado cuenta de que Josse d'Acquin era de los que no quedaban satisfechos con lo que las personas decidieran decirles si existía una posibilidad, por remota que fuera, de sonsacarles algo más.

«Y yo ¿qué tengo que decirle?», se preguntó.

Ahora que podía volver a los asuntos que distraían su atención en la iglesia, los ordenó.

Lo primero y más importante era la postulante Elvera, que había cambiado desde la muerte de Gunnora. Aunque al principio había resultado casi imperceptible, el ritmo del cambio se había acelerado de repente, hasta que, en las últimas veinticuatro horas, la joven parecía otra persona.

«Lo habría entendido —se dijo Helewise— si esta transformación se hubiese producido en cuanto nos enteramos de la muerte de Gunnora». Después de todo, se caían bien y ¿qué había más comprensible que el que a Elvera la embargaran el pesar y el horror por el asesinato de su amiga? Si bien no parecía ser la clase de persona que necesitaba apoyarse en alguien —Helewise habría dicho más bien que era todo lo contrario—, no siempre se sabía. Era posible que lo extraño de su nueva vida entre las paredes de la abadía la hiciera comportarse de una manera que no encajaba con su carácter, la hiciera padecer una rara sensación de encontrarse perdida, de necesitar la influencia estabilizadora de una hermana más segura en la vida religiosa.

Sólo que, si ése fuese el caso, Elvera se habría aferrado a una de las hermanas que diera muestras de poseer esta seguridad. Una muchacha con su inteligencia, y a todas luces Elvera estaba dotada con una inteligencia considerable, no habría escogido a Gunnora.

Apartando de la mente esta curiosa distracción, Helewise volvió a centrarse en el cambio de actitud de Elvera.

No. Durante una semana después del asesinato, más de una semana, había actuado como siempre. Horrorizada como todas, claro. Sin embargo, de haber tenido que valorar su reacción, Helewise habría dicho que era menor de lo que se habría esperado de ella. Había suprimido la risa, si bien Helewise tenía la fuerte impresión de que era más para guardar las formas, dado que nadie había esbozado la más débil

de las sonrisas desde la muerte de Gunnora.

La situación no era la misma ahora. Ahora Elvera estaba pálida y distraída, y su joven y lisa frente, ceñuda. Casi podía decirse, pensaba Helewise, que hasta ahora no había captado la realidad de lo ocurrido.

¿Se trataba de eso? ¿Acaso se trataba sencillamente de un efecto retardado? Helewise ya había visto este fenómeno, después de daños físicos o de la pérdida de un ser querido.

Negó lentamente con la cabeza. No, ésta no era la respuesta, de eso estaba segura, por mucho que la tentara aceptarla y abandonar el asunto. No. Algo había trastornado a Elvera, algo que había tenido lugar tras la muerte de Gunnora.

Hacía veinticuatro horas que Elvera se había transformado. Y hacía veinticuatro horas que Josse d'Acquin había irrumpido en sus vidas y partido con la misma rapidez. Y en la abadía todos sabían a qué había venido y adonde había ido.

Demasiada coincidencia para descartarla. A todas luces, debía concluir que algo en Josse la había trastornado o, más bien, algo en su misión ante la familia de Gunnora.

¿Por qué la angustiaba lo uno o lo otro? ¿Por qué a Elvera, entre todas las personas? La más joven de las hermanas, la más recientemente llegada, la única a quien se habría podido calificar de amiga de Gunnora, aun en la acepción más imprecisa del término. Helewise restó importancia a un incomprensible presentimiento. «Estoy siendo inútilmente dramática —se dijo—. Me estoy dejando llevar por la imaginación, creyendo que existe un misterio, una intriga, cuando lo más probable es que Elvera sufra sencillamente de una reacción a lo que fue, después de todo, un hecho horrible. Y, claro, de cierta aprensión, pues, siendo tan inteligente, ha de haber deducido que tarde o temprano tendría que hablar con el hombre que ha venido a investigar la muerte de Gunnora».

«Sí, Josse dijo que quería hablar con la moza —recordó Helewise—. Cuando le comenté que probablemente no duraría mucho en la abadía, dijo: “No la dejéis marchar hasta que haya hablado con ella”. No pudo hacerlo antes de ir a Winnowlands, pero ahora tendrá mucho tiempo».

Se puso de pie, abandonó el claustro y fue a la entrada trasera de la abadía. Avanzó sobre el sendero hasta poder ver el valle y distinguió una figura familiar que emprendía la caminata de vuelta a la abadía.

Sonrió para sí misma y desanduvo su camino. Al regresar a su despacho, llamó a una de las novicias.

—Sor Ana.

Sor Ana hizo una reverencia bastante patosa.

—¿Sí, abadesa?

—Busca a la postulante Elvera. Creo que estará con sor Beata en el herbolario.

Cuando la encuentres, dile que venga a verme.

—¿A quién?

Sor Ana, se dijo con resignación Helewise, no era la más lista de las mujeres.

—A Elvera, sor Ana. —Se reprochó su momentánea irritación y se obligó a sonreír—. Ten la amabilidad.

Sor Ana consiguió parecer tan interesada como escandalizada. Una convocatoria de la abadesa era, o podía ser, grave. ¡Y que mandara llamar a una postulante! ¿Qué podría haber hecho? Helewise se imaginó las espeluznantes posibilidades que daban vueltas en la mente de sor Ana.

Ya había suficiente chismorreo y especulación en la abadía, de modo que, con una mirada reprobadora, dijo:

—Esto no interesa más que a Elvera y a mí, sor Ana. Ahora, ve a buscarla.

—Tenéis razón, abadesa. —Sor Ana no parecía muy contrita—. Disculpadme, abadesa.

Helewise observó cómo se alejaba rápidamente, con el velo blanco agitándose y los grandes pies resbalándose en los zuecos de madera. La manera que tenía sor Ana de servir a Dios en la comunidad de Hawkenlye consistía en atender el huerto. Bueno, se dijo Helewise, producir una grande y sabrosa col era tan importante y sin duda tan agradable a los ojos del Señor como pasar gran parte del día especulando en vano sobre los motivos de una pobre postulante inocente.

Descartó tanto las coles de sor Ana como sus propios tristes pensamientos, dio media vuelta y se encaminó hacia su despacho. Seguro que Josse la buscaría allí. Sería interesante observar la reacción de Elvera cuando se encontraran cara a cara.

Capítulo nueve

Cuando Josse acudió, Helewise llevaba escasos momentos aguardándolo, sentada detrás de la mesa de roble. Inclino la cabeza en respuesta a su saludo. Antes de que pudiera invitarlo a acomodarse, él anunció que había visto al padre de Gunnora, quien había dado su permiso para enterrarla en Hawkenlye.

—Gracias a Dios —murmuró Helewise con fervor. Aunque mentalmente se centró de inmediato en los detalles del funeral y del lugar donde la enterrarían, se distrajo al darse cuenta de que Josse tenía más que decirle—. Disculpadme —añadió con una sonrisa presta—. ¿Qué otra nueva me traéis?

Él se lo contó.

—Su hermana muerta también, ¡y con tan mala fortuna! —exclamó Helewise. No se acordaba de si sabía que tenía una hermana, pues la entrada de Gunnora al convento la había tratado con el padre y la tía. Lo que sí recordó fue que durante la breve visita el padre, aunque agotado por el viaje, había hecho gala de suficiente energía para echar severas y casi brutales reprimendas a la hermana y a la hija.

—¿Cómo se encuentra *sir* Alard?

—Moribundo —contestó Josse con la verdad desnuda—. Lo está consumiendo la podredumbre de los pulmones. Me temo que no le queda mucho tiempo.

—Y con ambas hijas muertas no hay nadie a quien dejar sus bienes.

No debería de haber ido directamente a las cuestiones prácticas, se reprendió Helewise, sino haber dedicado unas cuantas palabras al pobre hombre cuya enfermedad había agravado la pérdida de sus dos hijas. Tendría que haber elevado por él una breve y compasiva plegaria.

Sin embargo, Josse no pareció fijarse.

—Iba a preguntaros si en algún momento se dijo que *sir* Alard legaría su dinero a la abadía —dijo éste—. Me imagino que hubo una dote, pero me preguntaba si querría conseguir la gracia de Dios con un legado al convento.

—Nos entregó la dote de Gunnora, aunque tuve la sensación de que lo hacía de mala gana.

Helewise evocó la escena que había tenido lugar en aquella misma estancia. Hacía un año, *sir* Alard parecía gravemente enfermo, tanto que a Helewise se le antojó una imprudencia que hubiese hecho el viaje. No es que fuera la clase de hombre al que se le pudiesen decir esas cosas, aun teniendo la oportunidad de hacerlo. Había entrado penosamente, apoyado en la tía de Gunnora y en un pesado bastón; había arrojado una bolsa de monedas sobre la mesa, había deseado a Helewise y a sus monjas suerte con Gunnora y se había alejado, malhumorado, con paso igualmente pesado. Saliendo de su abstracción, la abadesa prosiguió:

—Pero nunca se dijo nada de un legado. —Reflexionó un momento—. No me

parece que lo haría, y menos ahora que la muerte ha sacado a su hija de nuestra comunidad.

—¿No es un hombre capaz de gestos magnánimos? —sugirió Josse.

Helewise vaciló. No deseaba hablar mal de un moribundo, pero Josse quería la verdad. Además, no creía que pensara mal de ella si hablaba con franqueza.

—A mí no me lo pareció.

—Mmm —musitó Josse, ceñudo, y Helewise aguardó, a sabiendas de que tarde o temprano le diría lo que estaba pensando—. Todo apunta a que la heredad y el dinero irán a una sobrina. Está recién desposada con un mozo elegante que parece demasiado impaciente por echar mano de la fortuna del tío.

—¿Los conocisteis?

—No. Según me dijeron, la sobrina se encuentra en casa de la familia de su marido, cerca de Hastings. Sin embargo, a él, al esposo, sí lo vi. —Soltó una corta carcajada—. No me causó mucha admiración.

—Es muy poco solícito, ¿no creéis? —comentó Helewise, meditabunda—, que una sobrina que puede heredar los dominios de su tío no esté presente cuando éste se está muriendo.

—Estoy de acuerdo —contestó Josse, ligeramente indignado—. Lo menos que podría hacer, creo, es mostrar cierta deferencia, aunque no derramase lágrimas de sincero pesar.

Helewise estaba a punto de preguntarle qué impresión le habían causado la familia y los antecedentes de Gunnora, cuando recordó un asunto más apremiante.

—No quisiera interrumpiros, pero he mandado llamar a Elvera.

Josse la miró con expresión momentáneamente en blanco.

—¡Ah, sí! La joven postulante, la amiga de Gunnora —exclamó.

—Expresasteis el deseo de hablar con ella.

—Cierto. —Josse le dirigió una sonrisa picara—. Gracias, abadesa.

—He de deciros, antes de que llegue, que se está comportando de modo extraño.

—¿Extraño?

—Distraída, pálida, con los párpados pesados, como si no durmiera bien.

—Sí, yo también me fijé en sus ojos inyectados en sangre.

«¿Ah, sí? —pensó Helewise—. No he de olvidar jamás, ni por un instante, que sois muy observador, Josse d'Acquin».

—¿Creéis que se debe al pesar por su amiga? —estaba preguntando éste.

—Tal vez. Eso, al menos, es lo que me estaba diciendo.

—Pero no os habéis convencido. —De nuevo, la sonrisa—. ¿Por qué no, abadesa?

—Porque su angustia empezó cuando vos llegasteis, *sir* Josse.

La mirada de Josse se encontró con la suya y ella percibió que pensaba lo mismo

que ella.

—Así que no es el asesinato lo que le causa pesar, sino la investigación.

—Sí.

Antes de que pudieran hacer otro comentario, oyeron pasos que se aproximaban, seguidos rápidamente por una llamada a la puerta.

—Adelante.

Sor Ana se asomó.

—Aquí está Elvera —dijo y, apartándose, franqueó el paso a la postulante—. Entra, moza, ¡no va a comerte!

Helewise se percató de que la puerta ocultaba a Josse, quien había empujado su silla hacia atrás. Sor Ana y, más importante aún, Elvera creerían que la abadesa se encontraba a solas.

Elvera dio un paso adelante y sor Ana la siguió.

—Gracias, sor Ana —la despachó Helewise.

—¡Oh, pero...!

Mientras la monja buscaba un pretexto para quedarse, Helewise añadió:

—Estoy segura de que tienes cosas que reclaman tu atención.

Sor Ana echó una última ojeada a Elvera, se volvió y salió, cerrando la puerta con exagerado cuidado.

Elvera permaneció de pie frente a Helewise. Ésta estudió su pálido rostro y su postura tensa. Sí, definitivamente, algo le pasaba. ¿Estaría enferma? ¿Experimentaría algún dolor? Pero, de ser cierto, ¿no se lo habría dicho?

Había un solo modo de averiguarlo. Sosteniendo la mirada de la muchacha, dijo:

—Aquí hay alguien que desea conocerte, Elvera. Te presento a Josse d'Acquin, que viene de parte de nuestro nuevo rey con órdenes de investigar el asesinato de Gunnora.

La primera reacción de Elvera consistió en cerrar los ojos con fuerza y agitar la cabeza, como si bastara con negar la presencia de Josse para hacerlo desaparecer. Mientras Helewise la observaba, abrió lentamente los ojos y se volvió hacia él.

«No carece de valor», pensó Helewise.

—Elvera, como amiga de Gunnora, puedes ayudar a *sir* Josse diciéndole todo lo que se te ocurra sobre sus últimos días de su vida. Por ejemplo, si algo parecía preocuparla... Si te confió sus angustias secretas.

—O sus esperanzas secretas —agregó Josse, quien, según vio Helewise, miraba a la muchacha con expresión bondadosa—. No te alarmes, Elvera. Me doy cuenta de que perder así a una buena amiga ha de causarte mucha angustia, pero...

—¡No era mi amiga! —espetó Elvera, aferrada a los holgados dobleces del hábito negro sobre sus redondos pechos. La toca negra, que habría afeado a casi cualquier jovencita o mujer, no lograba borrar el vivido atractivo de su rostro, ni siquiera en su

estado actual—. ¡Casi no la conocía! ¡Yo sólo llevaba una semana aquí cuando ella murió! ¡No éramos buenas amigas!

—Está bien, Elvera. —No estaba bien en absoluto, pero Helewise no creía que pudieran sacar nada de provecho si no la hacían abandonar ese estado rayano en el pánico—. Entonces, como miembro de esta comunidad, ¿puedes ayudarnos en algo?

—¿Por qué me lo preguntáis a mí? —espetó la muchacha—. Esas viejas monjas ya están hablando de mí, diciendo que qué raro, ¿no?, que Gunnora y yo fuésemos tan amigas. ¡Cualquiera diría que ya nos conocíamos de antes! Por Dios, tenían los ojos bien abiertos cuando sor Ana ha venido a buscarme hace un momento, dando saltos de alegría por encima de sus dichosas coles. —Se interrumpió para recuperar el aliento y, con voz quebrada y el pálido rostro perlado de sudor, agregó—: ¡No mandáis llamar a ninguna de ellas para que el investigador del rey les haga horribles preguntas!

De repente Helewise supo lo que le sucedía: estaba aterrorizada.

Pero, por muy aterrorizada que se sintiera, una postulante no debía hablar a su abadesa en ese tono.

—Elvera, olvidas tu lugar —la reprendió con frialdad—. No eres quién para juzgar mis actos. Has jurado ser obediente.

—Yo... —Elvera libraba una batalla interior. A todas luces deseaba lanzarle una impertinencia, pero algo la detuvo. Bajó los ojos, cambió de expresión y respondió modosamente—: Sí, abadesa.

Su actitud resultaba tan obviamente falsa que casi daba risa.

Josse se puso en pie y fue a pararse junto a Helewise, detrás de la mesa y frente a Elvera.

—Que fuerais amigas o no —observó con afabilidad—, varias personas se dieron cuenta de que tú y Gunnora os llevabais bien. Que reíais juntas, que ella te buscaba a veces y...

—¡No es cierto!

—Elvera, sabemos que lo hacía —interpuso Helewise con gentileza—. Os buscabais la una a la otra. Es un hecho. No tiene sentido negar cosas que más de una persona ha visto y comentado.

—Pues no era culpa mía que viniera a buscarme —alegó Elvera en tono triunfante—. ¿Verdad?

—No —reconoció Josse—. Supongo que no.

—No había hecho amigas en todo el tiempo que llevaba aquí —continuó Elvera, con el aspecto de alguien que ha hallado una salida y se apresura a alcanzarla—. Se sentía sola. Se agarró a mí porque... porque... —De pronto un fruncimiento de ceño oscureció el joven rostro y se borró con igual rapidez—. ¡Porque yo era nueva!

—Porque eras nueva —repitió Helewise.

—¡Sí! ¡Era nueva y no estaba contra ella como todas las demás!

—No deberías hablar así de tus hermanas —dijo Helewise—. Nadie estaba contra Gunnora. Ella misma había elegido pensar sólo en sí misma.

«Dios Santísimo —pensó la abadesa—, estoy juzgándola y, lo que es peor, estoy expresándolo frente a esta moza inquieta».

Como si entendiera sus razones para dejar de hablar, Josse sugirió:

—Elvera, míralo así: Gunnora creía que eras su amiga, le gustaba tu compañía, tu alegría. Seguro que es un consuelo saber que quizá alegraste sus últimos días y...

—¡No!

La palabra pareció escaparse de los labios de la postulante, como si con ella pudiera expresar su tormento. Mientras Helewise y Josse la observaban, cerró los ojos de nuevo y dos lágrimas aparecieron debajo de sus párpados y se escurrieron por sus pálidas mejillas.

Josse, al parecer, no sabía cómo seguir. Por su parte, Helewise tampoco estaba muy segura, pero en su propio despacho y en su propia abadía le correspondía hacer algo.

—Elvera, entiendo tu dolor, mas tienes que decirnos todo lo que pueda ayudarnos —le pidió con suavidad—. Piensa un momento en ese último día. Os oyeron a ti y a Gunnora reír fuera de la enfermería. Y sor Eufemia...

—Salió furiosa de su hospital y nos reprendió con severidad —manifestó Elvera, malhumorada—. Sobre todo a Gunnora, porque era mayor que yo. Pero también a mí... me reprendió. Me dijo que era una niña, que tenía que crecer.

—Olvídalo —la interrumpió Helewise—. ¿Volviste a ver a Gunnora ese día?

—Claro que sí. En el refectorio, en las misas, aquí y allí en la abadía.

—Quiero decir que si la viste a solas. —No cabía duda de que Elvera la había entendido.

—No. —Elvera levantó la cabeza y miró directamente a los ojos de Helewise, con una expresión extrañamente pagada de sí misma—. Le dijisteis que no debíamos vernos, ¿verdad?

—¡Ese día no! —exclamó Helewise. Seguro que eso también lo sabía. ¡Ay, la entrevista no hacía más que dar vueltas!—. Respetamos tus sentimientos, Elvera, y sabemos lo que estás pasando, pero...

—No, no lo sabéis. —Elvera habló tan bajito que la abadesa casi no la oyó—. No podríais saberlo.

—Queremos ayudar —interpuso Josse—. Hemos de encontrar a su asesino, Elvera. Debe ser juzgado y castigado por su crimen.

Josse, de esto se daba perfecta cuenta la abadesa, trataba de tranquilizar a la muchacha, alentarla para que se uniera a ellos en la búsqueda del asesino.

Pero, cuando Elvera volvió a levantar la cabeza, no parecía ni más tranquila ni

alentada. Diríase más bien que había envejecido diez años.

—Lo sé —respondió sin inflexión.

Y, sin esperar a que le dieran permiso, giró sobre los talones y salió silenciosamente.

Helewise se quedó mirando la puerta y sintió que Josse se movía a sus espaldas, regresaba a su silla.

—¿Qué os pareció eso? —preguntó él.

—Tiene miedo.

—Sin duda.

—Sabe mucho más de lo que nos ha dicho.

—¡No nos ha dicho nada!

Helewise percibió su frustración.

—Lo siento, *sir* Josse. Como decís, nos ayudó bien poco.

—Es lista, no cabe duda —musitó Josse—. No tanto como cree, pero no es de las que dejan que la obliguen a contar sus secretos sólo porque se lo ordene alguien con autoridad.

—He hecho cuanto he podido.

Josse sonrió.

—Sí y os lo agradezco, abadesa. —En su rostro volvió a aparecer el entrecejo fruncido—. ¿Por qué niega la amistad? ¿Creéis que la explicación es que era Gunnora la que la buscaba y ella le seguía la corriente?

—De eso nada. Para empezar, no sucedió así... Vi con mis propios ojos que Elvera iba detrás de ella. Además, Gunnora no era de las que tratan de caer en gracia a otras personas.

—Mmm. Entonces, ¿por qué mentir?

—Se horrorizó cuando os vio escondido detrás de la puerta —comentó Helewise.

—Muchas personas reaccionan así. —Sonrió—. Antes decían que de joven era buen mozo.

De modo absurdo y nada decoroso, Helewise tuvo que contener el deseo de reír. Recuperó la compostura y preguntó:

—¿Observasteis su cara cuando dijisteis que había dado un poco de felicidad a Gunnora en sus últimos días de vida? ¿Y luego su expresión cuando hablasteis del asesino de Gunnora?

—Sí. —Josse asintió con la cabeza—. Continúa.

Aunque la abadesa tuvo la sensación de que ya sabía lo que iba a decir, prosiguió:

—Creo, *sir* Josse, que nuestra pequeña Elvera lleva una pesada carga de culpa.

Todavía asintiendo con la cabeza, Josse contestó:

—Excepcionalmente pesada.

Entre completas y maitines, cuando la mayoría de las hermanas gozaba del primer

sueño que viene después de una ajetreada jornada y de una conciencia limpia, alguien andaba por ahí.

Al igual que Gunnora la noche de su muerte, alguien cruzó a hurtadillas el dormitorio y bajó por la escalera, evitando el tercer peldaño. Se abrió paso entre las sombras hasta el portón trasero, deslizó los pestillos y salió al sendero.

La delgada figura se quitó el corto y feo velo y la suave luz de la luna destelló en su cabello, libre aún de griñón e impla. La chica respiró hondo, andando a buen paso sobre la corta hierba, diríase que feliz de encontrarse fuera del confinamiento de los muros del convento y lejos un ratito de la vista de las chismosas y vigilantes monjas.

No había nada vacilante en su andar; un observador habría supuesto que lo había hecho antes, y habría acertado. La única manera de tener un encuentro privado con alguien de fuera del convento consistía en salir de noche. Y ella deseaba estos encuentros. ¡Cómo los deseaba! Los deseaba, los necesitaba, por más de una razón.

Al acercarse al lugar del encuentro, oculta por los matorrales a un lado del sendero, echó a correr, «¡Ojalá esté allí! ¡Tiene que estarlo! ¡Es el día de la semana en que siempre espera!».

Salió del sendero y se metió en los arbustos. Lo llamó suavemente, esperó una respuesta.

Nada.

Volvió a llamarlo, se adentró aún más entre los arbustos.

Y entonces, totalmente quieta para oír bien, percibió unos pasos.

Se volvió con una sonrisa de alivio y de amor.

Y, mientras él se aproximaba, corrió a arrojarse en sus brazos.

La segunda muerte

Capítulo diez

A Josse le habían ofrecido alojamiento en el refugio del valle donde descansaban los peregrinos que acudían al santuario. Como sospechaba, no era muy cómodo, pero habían barrido el suelo y la paja del relleno del jergón era razonablemente fresca.

Que fuera o no porque se hubiesen extendido los rumores sobre el asesinato, el caso era que no había visitantes en el santuario; pocos peregrinos acudían en esos largos y calurosos días veraniegos a tomar las aguas milagrosas y ciertamente ninguno pedía pernoctar.

Josse era propenso a irritarse con todo aquél, hombre o mujer, que dejara que un miedo irracional y supersticioso le impidiera buscar una cura para la enfermedad o el problema que padecía. ¡Pero vamos! Hasta el más tonto del reino tenía que darse cuenta de que no se trataba de un crimen fortuito. Que quienquiera que hubiese asesinado a Gunnora estaba involucrado en su complicada vida llena de secretos.

No, se corrigió, claro que no lo veían. Josse sólo había compartido sus especulaciones con la abadesa y estaba convencido de que ella no las había difundido.

No. Para el mundo exterior, este asesinato seguía siendo lo que había sido desde un principio: un crimen fortuito perpetrado por un preso liberado.

Se azuzó mentalmente y se juró empeñarse más para probar de una buena vez lo contrario.

Adaptándose lo mejor que podía en su solitaria incomodidad, cerró los ojos y se obligó a relajarse.

No durmió bien. Molesto por los sueños de violencia y la convicción de que unos seres vivos ocultos en la paja estaban resueltos a alimentarse con su sangre, sintió alivio cuando el grisáceo amanecer tino el cielo por levante.

Se levantó y, rascándose, salió y salvó la corta distancia que lo separaba de la letrina oculta detrás de una empalizada. Contuvo el aliento mientras hacía sus necesidades: todo indicaba que hacía tiempo que habían cavado la trinchera, cuyo contenido se acercaba al nivel del suelo. Cruzó hasta el abrevadero pegado a la pared trasera del refugio. Zambulló la cabeza en el agua, se frotó el corto cabello y se mojó la nuca. Esto lo despertó del todo, si bien no lo hizo sentirse mucho más limpio. Se fijó en que sus muñecas lucían varios pequeños círculos de picadas. Estaba seguro de que no las tenía antes de acostarse.

«Me estoy ablandando —se dijo mientras contemplaba la escena que se presentaba ante su vista y cuyos detalles resaltaban a medida que el día clareaba. Agitó la cabeza para sacarse el agua de las orejas—. Chinchas, piojos, un jergón duro y el hedor constante de la mierda, ¿acaso debían molestar a un exsoldado? Estoy demasiado hecho a las comodidades de la corte, se dijo, al placer de la limpieza. Al

dulce perfume de las damas de Aquitania. He de hacerme a otra forma de vida aquí».

Fuera del reducido mundo del convento, estaba descubriendo que los ingleses apestaban.

Sus pensamientos cesaron de golpe cuando su mirada se detuvo en algo que yacía en el sendero. El sendero más estrecho, el que llevaba al estanque.

El sendero donde habían encontrado a Gunnora.

Sin perder tiempo en dar la alarma, echó a correr a toda velocidad. Pero algo le decía que era demasiado tarde para las prisas.

Se hallaba boca abajo, con la cabeza y los hombros en el agua. Josse la cogió de los brazos, la arrastró hacia atrás y, poniéndola boca arriba, acercó la mejilla a su boca entreabierta.

No percibió el menor asomo de aliento.

Tenía la cara muy pálida y los labios azulados. Su lengua, ligeramente salida, parecía hinchada. La hizo rodar boca abajo de nuevo, puso las manos en su espalda, a la altura de los pulmones, y la presionó con todo el peso de su cuerpo. En una ocasión había visto cómo salvaban así la vida de un hombre, cómo la presión sacaba el agua del cuerpo, devolvía a la víctima de la inminente muerte, haciéndola toser y escupir la porquería que tenía atascada en la garganta e inspirar, reanimándose...

Pero ese hombre llevaba apenas unos minutos bajo el agua, y esta moza, esta pobre moza, tuvo que reconocer Josse, llevaba horas inmersa.

Muerta.

Se sentó sobre los talones con la vista clavada en ella. Sintió las lágrimas rodar por sus mejillas y se las secó.

Su cabello, reparó como ausente, era rojizo. Rizado, esponjoso. Qué triste habría sido, llegado el día, tener que cortarlo para que se pusiera el griñón y la impla. Ayer no se había fijado... No, claro que no. Ayer llevaba el corto velo negro de las postulantes.

Se quitó la túnica y le cubrió la cabeza y la parte superior del cuerpo. Luego, con el torso desnudo, fue en busca de la abadesa Helewise para decirle que Elvera se había ahogado.

Si se sorprendió al ver que un hombre medio desnudo la buscaba antes de primas, la abadesa no lo demostró. Muy poco después de que Josse hubo localizado a una de las hermanas del turno de noche en el hospital y le hubo dado los breves detalles de su urgente misión, Helewise se había presentado, bajando, casi deslizándose, por la escalera desde el dormitorio, completamente vestida y seguida de un ligero aroma a lavanda.

Sin duda, pensó Josse, Helewise era una excepción. Olía tan bien como una dama de Aquitania.

—Buenos días, *sir* Josse. Según me dice sor Bea, fuisteis vos quien la encontró,

¿no es así?

—Sí, *milady*.

—Ahogada.

—Sí. Ahogada.

Por su mente cruzaban los mismos horribles pensamientos; Josse lo leyó en sus ojos. Helewise miró por encima del hombro, mas sor Beata había regresado al hospital, como diciendo que las postulantes ahogadas no eran asunto suyo, al menos no mientras tuviese enfermos y dolientes a los que atender.

—¿Creéis que murió por voluntad propia? —preguntó Helewise en voz queda.

Josse se encogió de hombros.

—No lo sé. Puede ser.

La abadesa asentía lentamente con la cabeza.

—Ambos advertimos ayer su estado de ánimo —prosiguió con el mismo tono quedo y controlado, aunque Josse se fijó en las manos agitadas, en los fuertes dedos que tiraban los unos de los otros. Como si se diera cuenta de ello, Helewise las entrelazó y las ocultó dentro de las mangas—. Debí quedarme con ella, debí consolarla. Si se quitó la vida, yo soy la culpable.

Josse deseaba zarandearla. Decirle que a fin de cuentas cada hombre y mujer en esta Tierra de Dios es responsable de sus propios actos, que si una alma está resuelta a destruirse, es algo que sólo ella decide.

—Si se quitó su propia vida, abadesa, es porque las cosas se habían puesto tan malas que ya no le parecía que valiera la pena vivir. Y eso, sin duda estaréis de acuerdo conmigo, no es algo por lo que debáis culparos.

La abadesa tardó en contestar. Tras un corto suspiro, dijo:

—Tendríamos que hacer arreglos para que la traigan a la abadía.

—Todavía no. —Josse percibió el apremio en su propia voz—. Apenas la miré. Regresemos juntos. Puede que averigüemos algo.

Ella lo observó, como si no lo oyera, y Josse se preguntó si estaba conmocionada. De repente, la mujer se sacudió.

—Claro. Os sigo.

Helewise se desvió para ir a la casita de los hermanos legos, y Josse la oyó hablar con uno de ellos de la última muerte.

—Venid de aquí a un rato y traed algo en que cargarla.

El hermano lego miró a Josse de refilón, hizo un comentario y desapareció en la casita. Volvió a salir con un hábito pardo en la mano e indicó a Josse con un gesto de la cabeza.

De vuelta a su lado, la abadesa le dio el hábito.

—De parte del hermano Saúl.

—Disculpadme por presentarme así ante vos —pidió Josse tardíamente, y se puso

el hábito—. Mi túnica cubre la cara de la moza.

La abadesa asintió con la cabeza.

Entonces, en silencio, avanzaron hacia donde se encontraba Elvera.

Fue la abadesa Helewise la que reparó en las marcas en el cuello de Elvera, simplemente porque, por decoro, Josse le había dejado la tarea de desabrochar el hábito y revelar la suave y blanca piel.

Él, por su parte, había inspeccionado las manos de la muchacha. La derecha, que había estado en el agua, estaba pálida y arrugada; la izquierda, sin embargo, había quedado sobre la tierra seca. Josse estaba a punto de mostrar algo a la abadesa cuando se dio cuenta de su inmovilidad.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

Helewise lo enseñó.

Elvera poseía un cuello largo, fino y grácil. Al frente, una al lado de la otra, se hallaban dos marcas de pulgar y, descendiendo por la suave piel detrás de cada oreja, dos filas de marcas de dedos.

En tanto Josse observaba, Helewise puso la mano sobre las marcas: quienquiera que lo hubiese hecho tenía manos mucho más grandes que ella.

—La estrangularon —susurró Josse—. Yo diría que fue un hombre.

Helewise acariciaba con ternura el cuello magullado, como si con ello pudiese aliviar el dolor.

—La estrangularon —repitió, alzó los ojos y se encontró con la mirada de Josse—. Que Dios me ayude, pero me alegro. Me temía que se hubiese quitado la propia vida —soltó sin pararse a pensar.

Josse la entendía. Y, por muy poco que hiciera que la conocía, supo que con el tiempo se daría cuenta de lo que acababa de decir.

No tuvo que esperar mucho. La abadesa dejó escapar un jadeo e interrumpió sus caricias, se tapó la cara con ambas manos y exclamó:

—¿Qué he dicho? ¡Santo Dios, disculpadme, Dios mío!

Josse observó su angustia y la sintió como si fuera propia. No sabía qué hacer. Mejor no hacer nada, decidió, fingir que no lo había notado. Esbozó una sonrisa, burlándose de sí mismo. Eso sería imposible.

Al cabo de un momento, comentó:

—Abadesa, no quisiera interrumpiros, pero el hermano Saúl...

Helewise se quitó las manos de la cara. Estaba sumamente pálida y la angustia que Josse percibió en sus ojos le llegó al corazón.

—Gracias por recordármelo —dijo en voz muy baja la abadesa. Con visible esfuerzo, recuperó la compostura, se arrodilló junto al cuerpo de Elvera y, como si remetiera las mantas de una niña dormida, arregló la túnica sobre su cabeza. Se levantó y se volvió para ver el santuario, sendero arriba—. El hermano Saúl viene de

camino —añadió, con lo que parecía su tono normal.

Josse también miró.

—Sí.

De repente recordó la cantidad de huellas que habían ocultado todo rastro del asesino de Gunnora y, dirigiéndose a toda prisa hacia Saúl, habló con él. A continuación, muy consciente de la mirada de Saúl y de Helewise, echó a andar muy lentamente por el sendero, en la dirección opuesta.

Probablemente no encontraría nada, puesto que la corta hierba estaba muy seca, y la tierra, endurecida por el sol. Sin embargo, en la hierba más alta entre el sendero y el estanque algo llamó su atención: diríase que alguien había dado un traspie y resbalado hacia el suelo más blando a orillas del estanque.

Sin apenas esperanza, se arrodilló y avanzó a gatas.

Con mucha suavidad apartó la alta hierba... y distinguió muy claramente las huellas de pies corriendo. Fuera quien fuera, había dado tres... cuatro... cinco pasos en el suelo más blando, acaso mirando por encima del hombro lo que había dejado atrás y sin darse cuenta de que ya no corría por el sendero. Lo seguro era que corría, de eso no cabía duda. Eran huellas de la parte frontal de unos zapatos, cuya punta se había hundido en la tierra, como si el hombre se esforzara al máximo.

Josse examinó las huellas.

Y en ese momento algunas piezas del rompecabezas empezaron a encajar.

Se puso en pie y regresó con la abadesa, indicando al hermano Saúl que se aproximara. Ya no supondría un problema que él o un sinnúmero de personas removiera el suelo, con tal de que nadie borrara esas delatadoras huellas a orillas del estanque. Al menos hasta que Josse encontrara el modo de hacer un molde con ellas.

Helewise ascendió la pendiente hacia la abadía detrás de Josse y el hermano Saúl, a quienes no parecía pesarles su triste carga. La habían tendido sobre una tabla de madera. ¿Sería la misma en que habían llevado a Gunnora?, se preguntó Helewise. Tanto Saúl, a la cabeza, como Josse, a los pies, parecían sumidos en la tristeza.

Entraron en el recinto y el hermano Saúl se volvió hacia ella.

—¿A la enfermería, abadesa?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí. Esperad, Saúl, preguntaré a sor Eufemia dónde debemos ponerla.

Se adelantó, y sor Eufemia salió a recibirla. Con un enérgico gesto de la cabeza indicó un reducido pabellón lateral, poco más que una alcoba separada por una cortina. Eufemia, bien lo sabía Helewise, siempre se enfrentaba al dolor con ostentosa eficiencia.

—Aquí, por favor.

Allí habían tendido a Gunnora.

Helewise observó cómo los hombres colocaban el cuerpo de Elvera en el estrecho

camastro. Estaban volviéndose para marcharse cuando ella le quitó la túnica al cadáver y se la dio en silencio a Josse. Éste la miró fijamente un momento, y ella se sintió incapaz de leer su expresión. Entonces, con su habitual ligera reverencia, el hombre se fue.

«No merezco una reverencia —pensó Helewise—. Al menos, no esta mañana».

La culpa la agobiaba todavía. Experimentaba una fuerte necesidad de emprender una faena desagradable, de obligarse, por caridad, a hacer algo que odiaba.

Inspiró hondo y dijo a sor Eufemia:

—No es justo que vos sola carguéis con la preparación de una segunda joven víctima, Eufemia. Si me lo permitís, os ayudaré.

Los ojos redondos de sor Eufemia reflejaron asombro.

—Pero, abadesa, vos... —Se interrumpió de golpe, demasiado educada para cuestionar a su superiora, incluso si sabía que Helewise era propensa a las náuseas—. Muy bien —dijo pues—. Lo primero es quitarle el hábito a la pobre moza... está mojado casi hasta la cintura. Le pondremos uno seco para el entierro.

Helewise obligó a sus renuentes manos a ponerse a la obra. Desató la túnica negra y despojó de ella al frío cuerpo de la muerta que Eufemia mantenía incorporada. Las magulladuras del cuello se habían vuelto lívidas y resaltaban aún más que junto al estanque. Cuando la prenda reveló los pechos, Eufemia dejó escapar una exclamación.

—¿Qué pasa? —preguntó Helewise.

Eufemia no contestó, sino que cogió la prenda por el cuello con ambas manos y, con mayor rapidez que Helewise, la bajó hasta los muslos de la muchacha. A continuación desató la ropa interior y también se la quitó.

Entonces, puso una mano sobre el vientre de la muerta, muy abajo, por encima del pubis. Ceñuda, se detuvo un momento y exploró la zona con la mano.

—Abadesa, he de hacer un reconocimiento interno. Disculpadme, pero es necesario.

Helewise abrió la boca para protestar, la cerró y asintió con la cabeza.

No fue capaz de observar.

Al cabo de un rato, Eufemia dijo:

—Ya podéis abrir los ojos. He acabado.

Helewise los abrió y vio con alivio que Eufemia había tapado a Elvera de muslos a hombros con una sábana y estaba quitándole la ropa por debajo de ésta.

Luego, sin mirar a Helewise, explicó:

—Estaba encinta. De unos tres meses, me imagino, puede que algo más. Eso creí cuando vi sus pechos. El pezón oscurecido es una indicación bastante fiable, porque las mozas suelen tenerlos rosados, sobre todo las pelirrojas como ella. Pero, cuando le palpé el vientre, lo supe. Lo noté agrandado.

Conmocionada hasta lo más hondo e incapaz de pronunciar palabra, Helewise clavó la mirada en Eufemia.

Eufemia interpretó erróneamente su expresión.

—Estoy segura, abadesa. No hay duda.

—No dudaba de vuestra palabra. —A Helewise le costaba hablar con la boca de repente seca—. De tres meses, decís.

—Acaso más. El vientre se asoma justo por encima del hueso.

Helewise asintió con aire ausente. Un par de semanas más o menos... daba igual. Lo importante, al menos para Helewise, era que Elvera estaba embarazada antes de entrar en el convento. De al menos dos meses.

—¿Lo sabía... podía saberlo?

—¡Oh, sí! —Con la cabeza, Eufemia subrayó la exclamación—. No podía no saberlo, a menos que fuese del todo inocente, y lo dudo. —Dirigió una mirada afectuosa al cuerpo tendido en el camastro—. Era una pequeña parlanchina y muchas veces había tenido que reprocharle su ligereza, aun en el poco tiempo que llevaba con nosotros. Pero no habría dicho que era la clase de moza que no conoce los hechos de la vida. Habría tenido dos o tres faltas, le habrían dolido los pechos, habría tenido que orinar más de lo normal. Probablemente se habría sentido mareada algunas veces y a veces se habría sentido agotada.

Helewise recordaba bien los síntomas del principio del embarazo.

—Sí.

Su mente se afanaba, tratando de recordar todos los detalles de su pasado que Elvera le había relatado al ser admitida como postulante.

Un pasado que, según se daba cuenta ahora, era mera invención. Pues, aunque no lograba rememorar algunos aspectos, lo que sí recordaba, porque la joven lo había repetido al menos una vez, era que no le interesaban los hombres y que no se imaginaba con hijos.

En vista de este alarmante descubrimiento, ambas declaraciones eran una mentira pura y dura.

Capítulo once

Aunque impaciente por hablar con la abadesa, Josse sabía que, por respeto, no debía molestarla mientras preparaba a la difunta para el entierro, tarea que, según había observado, no le agradaba en absoluto. En cambio, entendía por qué lo hacía. Entendía su sentimiento de culpa. ¿Acaso no experimentaba la misma abrasadora emoción, él, que había estado rascándose las picaduras de chinches y durmiendo, inquieto, a unos cien pasos de donde yacía Elvera?

Para matar el tiempo, regresó al refugio en el valle y se puso su túnica. Devolvió el hábito al hermano Saúl, agradeciéndoselo, y le preguntó dónde conseguir algo con que hacer un molde.

—Un molde —repitió Saúl en tono dubitativo.

Josse se lo explicó y la expresión del hermano lego se despejó. Tiró ligeramente de su manga.

—Seguidme.

Lo precedió hacia un cobertizo pegado a la parte trasera del refugio. En él se hallaba un surtido de vasijas agrietadas, bancos que esperaban a que los repararan, objetos que los peregrinos habían dejado atrás. Y velas. Largas velas votivas. Y, en una caja en el suelo, docenas y docenas de cabos de velas.

—¡Hermano Saúl, sois brillante!

Josse cogió la caja. Estaba a punto de irse sendero abajo, cuando Saúl volvió a tirar de su manga y, esta vez sin hablar pero con una sonrisita, le entregó una piedra de chispa.

Josse descubrió que no era nada sencillo hacer un molde satisfactorio. Le costó muchísimo fundir suficiente cera para llenar al menos la mitad delantera de la huella, y finalmente hubo de encender una pequeña hoguera sobre la tierra seca del sendero. Pero por fin acabó y, una vez bien apagado el fuego con los pies y devuelta la caja con los cabos al cobertizo, subió a la abadía a ver a la abadesa Helewise. Ésta ya había abandonado la enfermería y, según sor Eufemia, se encontraba en su despacho. Con el molde cuidadosamente envuelto, Josse fue a buscarla.

Se hallaba sentada detrás de su mesa, entrelazadas las manos sobre la pulida madera. No quedaba ningún rastro de la pálida mujer conmocionada que se había arrodillado junto a la difunta y se había tapado la cara con las manos. Estaba como siempre: calmada, controlada, ligeramente distante; daba la impresión de que siempre lo estaría, fuera lo que fuese lo que el día le deparara. No obstante, Josse, que había visto su angustia, sabía que no era así y le agradó aún más por haber entrevisto su falibilidad.

—Bien, abadesa, vos y sor Eufemia habéis preparado a Elvera para el entierro —dijo en respuesta a su invitación para sentarse, dándose cuenta de que se sentía

agotado, pese a que la jornada acababa de empezar.

—Sí, milord. Sor Eufemia está completamente de acuerdo en que la mataron estrangulándola —contestó sin inflexión en la voz.

Josse vaciló. ¿Debía decir lo que más lo preocupaba? Sus miradas se encontraron. Le pareció que ella le leía el pensamiento, pues volvió la cabeza bruscamente y clavó la vista en algo a su izquierda. Quién sabía en qué, pensó Josse, al seguir su mirada y ver que sólo había una pared de piedra sin adornos.

«Pero tengo que expresarlo en voz alta —se dijo—. Aunque la abadesa no tenga ganas de hablar de ello».

—No se quitó la vida —comentó, pues, en voz baja—. Abadesa, no cabe duda de que nosotros no la empujamos a su muerte. De todos modos, teníamos que hablar con ella, forzosamente. Era amiga de Gunnora y aún debemos...

—¿Cómo podéis decir eso? —lo interrumpió Helewise con acritud—. Que nosotros no la empujamos a la muerte. Muy bien, no metió la cabeza bajo el agua para ahogarse, ¡eso lo acepto! Pero ¿de verdad creéis que habría abandonado la seguridad del convento en plena noche, para correr los peligros que presenta un lugar solitario en la oscuridad, si no la hubiésemos obligado a hacerlo?

—¡No fuimos nosotros quienes la forzamos! —Josse alzó la voz—. Abadesa, preguntaos esto: de haber sido inocente, de haber tenido la conciencia limpia, ¿por qué la habrían alterado tanto nuestras preguntas? Y la interrogamos con gentileza, bien lo sabéis. Ni vos ni yo acosamos a la pobre niña.

—¡Pero sabíamos... yo sabía... que ya estaba alterada! ¡Debí prohibir la entrevista! Entonces se habría quedado en la seguridad del dormitorio, y a este segundo asesino le habríamos robado su víctima.

Josse se levantó de un brinco.

—¿Segundo asesino? ¡No! Abadesa, no es así. Dos monjas de la misma comunidad, asesinadas brutalmente a unas semanas la una de la otra, ¿y me decís que no existe relación entre ambas muertes?

—Una relación, sí, claro. Pero no creo que las haya matado la misma persona. —La expresión de Helewise era dubitativa, como si a ella misma la sorprendieran sus propias conclusiones.

—Pero... —Josse no daba crédito a lo que oía. Contuvo su furiosa frustración y añadió—: ¿Podéis explicármelo?

—Lo dudo —murmuró Helewise y, con visible esfuerzo, continuó—: *Sir Josse*, pensad en los métodos. A Gunnora la sujetaron por atrás mientras un segundo asaltante le cortaba el cuello. Con gran precisión. Luego la tendieron en el suelo, le levantaron las faldas en torno a la cintura y le colocaron piernas y brazos simétricamente. Le untaron los muslos con su propia sangre, para que el crimen se confundiera con una violación. A Elvera, en cambio, la estrangularon. Con las manos.

Ambos hemos visto las marcas de los dedos y los pulgares, sabemos que el asesino no usó más armas que sus manos. —Arqueó las cejas, como si acabara de ocurrírsele algo—. Quizá —aventuró— el hecho de que no llevara armas quiera decir que no hubo premeditación.

—¿La mató en un ataque de furia apasionada? —musitó Josse—. Sí, puede ser, pero no por eso hemos de sospechar que no se trata del mismo hombre que mató a Gunnora. ¡Tiene que serlo, abadesa! —¿Cómo iba a convencerla de que abandonara este razonamiento tan irracional?—. Supongamos que Elvera tuvo algo que ver con la muerte de Gunnora, cosa posible porque tanto vos como yo observamos su angustia cuando acudí y empecé a hacer preguntas. Salió al encuentro de su cómplice y le habló del terror que sentía, del miedo que le causaba el interrogatorio por un investigador del rey. «Para ti no es nada», me imagino que diría, «porque tú estás fuera y nadie sabe de tu presencia. ¡Tú no tienes que enfrentarte a los comadrees y a las acusaciones, no tienes que hacerte el fuerte para responder a preguntas de personas que parecen saber mucho más de esto de lo que te gustaría!». Y, presa de la histeria, acaso le dijera que ya no podía continuar así. «¡Tú la mataste! ¡Y yo soy la que tiene que soportarlo todo!». —Impulsado por su imaginación, Josse se inclinó y el taburete crujió ominosamente. No hizo caso—. Ella le dice que ha de confesar — prosiguió, entusiasmado—, le dice que cualquier cosa, cualquier castigo, es mejor que esa terrible espera. Está llorando, está haciendo ruido, y él tiene miedo de que la oigan. «¡Calla!», le exige. Ella no le hace caso. «¡Cállate!», insiste él, y la coge del brazo. Ella se resiste, abre la boca para gritar y él le rodea el cuello con las manos. Antes de que se dé cuenta de lo que ocurre, ella ha muerto, se le cae de los brazos al suelo, con la cabeza en el estanque. Y ahora él carga con dos muertes. Pasmado, se deja llevar por el pánico. Huye, apenas si se detiene para mirar un segundo por encima del hombro y desaparece, regresa al lugar que ha estado usando como refugio.

Helewise esperó a que dijera algo más. Al ver que no lo hacía, inspiró hondo, contuvo el aliento y dijo:

—Sí, parece lógico. Pero ¿qué pruebas tenéis?

—Una, las marcas en su cuello. La precisión de las marcas, como si hubiese colocado las manos con la misma intención de simetría con que arregló el cuerpo de Gunnora. —Ante la expresión escéptica de la abadesa, prosiguió—: Dos, encontré las huellas de sus pies.

Dicho esto, Josse desenvolvió el molde de cera y lo dejó con cuidado sobre la mesa.

Helewise lo estudió.

—Es la punta de un zapato.

—La encontré en una fila de una media docena, muy espaciadas.

Helewise asintió con la cabeza.

—De allí vuestra conclusión de que alguien huyó corriendo.

—Sí, y... —No, era demasiado pronto. Debía presentar los hechos como los había descubierto—. Abadesa, supongo que Elvera se presentó en Hawkenlye como virgen soltera, ¿no?

La abadesa abrió los ojos de par en par, como si la pregunta la sorprendiera.

—Sí, aunque... Sí. ¿Por qué?

—Porque no lo era. Bueno, sólo puedo suponer que no era virgen, pero sé que estaba casada. En la base del tercer dedo de su mano izquierda había una clara marca. Hasta hace muy poco, llevaba anillo de casada.

Había esperado asombro. Pero en lugar de esto, Helewise dijo entono pausado:

—Casada. Una pregunta contestada y, sin embargo, muchas más que se plantean.

—¿Lo sospechabais?

Sus miradas se encontraron.

—Estaba encinta. De unos tres meses, dice sor Eufemia. Yo, naturalmente, especulé acerca de las circunstancias de esta concepción y por qué elegiría un camino tan extraño como entrar en un convento si sabía que esperaba un hijo. Al menos ahora sé que su marido lo engendró, aunque esto no nos ayuda mucho, pues no tenemos la menor idea de quién es.

—Pero sí la tenemos —respondió Josse en voz queda y, cuando ella arqueó las cejas, interrogante, acarició el molde de cera.

—¿Cómo lo sabéis? —murmuró la abadesa.

Él siguió con el dedo la punta alargada de la huella.

—Puede que no lo sepa, pero puedo imaginármelo, porque he visto a alguien que llevaba zapatos como éste. Yo diría que son corrientes en los círculos de moda en Londres, pero por aquí la gente no se viste como en la corte.

—No —reconoció la monja, si bien fruncía el entrecejo, como si no estuviese del todo de acuerdo con él—. Si damos por sentado que esta huella la hizo el zapato que visteis, ¿quién creéis que la hizo?

—Se llama Milon d'Arcy. También creo conocer la identidad de la muerta en vuestra enfermería. Creo que era su esposa, Elanor, sobrina de Alard de Winnowlands y prima de Gunnora.

—¡Esto es demasiado! —exclamó la abadesa—. De repente, con sólo unas cuantas huellas, y ni siquiera enteras, y un dedo, que, según decís, llevaba una alianza, ¡me presentáis la identidad tanto del asesino como de la víctima! *Sir Josse*, ¡por mucho que quisiera creerlos, no puedo!

«Entonces, he de convencerlos», pensó Josse.

Pero ¿cómo?

—Abadesa, ¿me permitís mirar las posesiones de Elvera? ¿Vendréis conmigo a su cama en el dormitorio?

—Las monjas tienen pocas posesiones. ¿Qué esperáis hallar?

Dos cosas, podría haber contestado Josse, aunque se contuvo y comentó en tono evasivo:

—Cualquier cosa que pueda ayudarnos.

Ella lo observó largo rato, al cabo del cual dijo:

—Muy bien.

La cama de Elvera se encontraba hacia la mitad del dormitorio. De nuevo, las mantas cuidadosamente dobladas, las delgadas colgaduras corridas y sujetadas y, como dijera la abadesa, pocas posesiones personales.

Josse se agachó y miró debajo de la cama. Nada, ni siquiera polvo: las monjas mantenían el dormitorio muy limpio. Se levantó y pasó la mano debajo del delgado jergón. Nada. Empezaba a pensar que lo habría ocultado en otro lugar, pero seguro que...

Su mano topó con un paquetito, algo duro envuelto en un cuadrado de lino.

Lo extrajo y lo puso sobre la cama. Desdobló la tela y reveló una alianza que centelleaba débilmente a la luz de la mañana y una cruz con piedras preciosas engastadas.

De vuelta en el despacho de Helewise, compararon la cruz de Elvera con la de Gunnora y con la que habían hallado junto al cuerpo de ésta. Eran casi idénticas, aparte del hecho de que los rubíes en la cruz de Gunnora y la que descubrieron a su lado eran mayores que los de la cruz de Elvera. Y era de esperar que así fuera, meditó Josse, puesto que Gunnora era hija de Alard de Winnowlands, y Elvera, sólo su sobrina.

—Vuestra postulante Elvera os dio un nombre falso y se inventó una identidad — explicó a Helewise, que sostenía la cruz de Elvera—. Era Elanor, esposa de Milon. Su tío le regaló la cruz cuando les regaló las suyas a sus hijas.

En su mente evocó las palabras de Matilde: «*Sir Alard quiere a Elanor. Cuesta no quererla, porque es una chica muy alegre. Alegre y divertida*». Su mente se fue por la tangente: ¿a quién —se preguntó— le tocaría la triste tarea de informar al moribundo que, habiendo perdido a ambas hijas, ahora su bonita y vivaz sobrina también había muerto?

«Señor que no sea yo —rezó—. Os lo ruego, tened piedad, que no sea yo».

Helewise había dejado la cruz y estaba probándose la alianza.

—Demasiado pequeña para mí. ¿Creéis que debería probársela a la difunta?

—Si deseáis, aunque no creo que tenga mucho sentido.

La abadesa dejó el anillo junto a las tres cruces y se dispuso a envolverlo todo con el lino.

—La de Gunnora —señaló— y la de Elvera... mejor dicho, Elanor. ¿Y ésta? — señaló la que habían dejado junto al cadáver de Gunnora.

—Sólo puede ser de su hermana Dillian. Aunque sabe Dios cómo acabó aquí. Helewise lo contemplaba con sus desconcertantes y penetrantes ojos grises.

—Sabe Dios, sí —contestó en tono neutral—. Tendremos que averiguarlo.

Josse intentaba pensar, poner en orden todos los nuevos hechos que daban vueltas en su mente, un orden que empezó a tener sentido.

Transcurrido un buen momento, dijo:

—El padre de Gunnora se está muriendo. Tiene dos hijas, una de las cuales ha entrado en un convento y que sin duda ha perdido el derecho a heredar su indudable riqueza. Parece que lo heredará todo su otra hija, Dillian, casada con un hombre escogido por Alard como muy adecuado para una de sus hijas, pero ella también muere, sin hijos. Y todo indica que su marido tiene algo que ver con su muerte, aunque sea de forma indirecta. Entonces, ¿a quién podrá dejar su fortuna? Gunnora es la candidata obvia. Es lo único que le queda. Pero ¿qué hay de la sobrina con la que, por lo que tengo entendido, fue siempre muy generoso? ¿A la que regaló una cruz apenas menor que la que regaló a sus hijas? —Cada vez más entusiasmado, Josse apoyó las manos en la mesa de Helewise y acercó la cara a la de ella—. Abadesa, ¿y si esta sobrina se cree la heredera más directa y si, en una visita que hace para ver cuánto falta para que el tío muera, el lechuguino de su marido se entera de que el tío está pensando en cambiar su testamento? ¿En incluir de nuevo a la hija que lo rechazó y se entregó a Dios? ¿Qué haría un hombre tan codicioso y carente de escrúpulos?

—Sólo es una conjetura eso de que es codicioso y carente de escrúpulos —apuntó Helewise.

—Sí, puede que sí. Pero ¿acaso no tendría el mejor motivo para deshacerse de Gunnora... para que su esposa, la sobrina Elanor, herede?

—Puede que sí.

—Abadesa, existen dos motivos para el asesinato, la lujuria y la sed de dinero. Al parecer nadie sentía lujuria por Gunnora... Vos misma me dijisteis que no la molestaba la castidad. Además, sabemos que no la violaron, que nunca... —Josse se interrumpió, tratando de encontrar el modo más delicado de decirlo... que nunca probó los frutos del amor. —Se percató de una ligerísima y rápidamente contenida distensión en los labios de la abadesa—. Murió virgen —añadió, contundente—. Así que, descartada la lujuria, sólo nos queda el dinero.

—¡Simplificáis demasiado! —exclamó la abadesa—. Además, por muy lógico que sea vuestro razonamiento a primera vista, ¿qué hay de los detalles?

—¿Como cuáles?

—Como, por ejemplo, ¿cómo convenció a Gunnora de que saliera del convento esa noche? ¿Y por qué no reconoció a su prima Elanor en Elvera?

—¿Quién ha dicho que no la reconoció? —contraatacó Josse—. La mismísima

Elvera se quejó, en esta misma habitación, de que las monjas decían que ella y Gunnora se entendían tan bien que parecía que se conocían de antes. No es de sorprender... pues era cierto.

—Entonces, ¿por qué no reveló que Elvera estaba casada?

—¡Oh!

Efectivamente, ¿por qué? Entonces Josse volvió a oír las palabras de Matilde: «Ese inútil que acaba de tomar por marido». Para colmo, aunque esto no suponía una prueba incontestable, Elvera estaba embarazada de sólo tres meses. ¿Un joven y apasionado marido que se acuesta con su mujer cada noche y la deja encinta poco después de la boda?

—Porque no lo sabía —afirmó, triunfante—. Elvera y Milon se casaron después de que Gunnora entró en el convento. Y Elvera se había quitado la alianza.

Helewise asintió lentamente con la cabeza.

—¿Cómo supisteis lo de la cruz? —preguntó de golpe.

—Tenía que estar escondida en alguna parte. No la llevaba cuando murió.

La abadesa dejó escapar un bufido exasperado.

—No, quiero decir que cómo supisteis que tenía una cruz.

—Si era Elanor, tenía que tenerla. Y sabía que la tenía... la vi.

—¿La visteis?

—Bueno, no exactamente. Lo adiviné. ¿Os acordáis de cuando hablamos con ella? Aferraba la tela del hábito... así. —Y lo demostró—. En ese momento pensé que era por los nervios y sólo después se me ocurrió que podría haber estado agarrando su propio talismán, escondido bajo el hábito.

La expresión de Helewise se volvió distante, como si estuviese analizando algo a fondo.

—Presentáis un buen caso, milord —dijo, a la larga—. Pero de nuevo os pido pruebas. Oh, no sobre la identidad de Elvera... Creo que hemos de aceptar que en esto tenéis razón.

—Podemos comprobarlo —contestó Josse, entusiasmado—. Puedo regresar a ver a mi informadora en la casa de *sir* Brice y preguntar por Elanor. Ir a casa de Milon, a la de los parientes donde, según me dijeron, ha ido Elanor.

—¿Y si la encontráis sana y a salvo?

—Entonces tendré que aceptar que me he equivocado.

—No os equivocáis —manifestó la abadesa en voz queda—. Me temo que no encontraréis a Elanor. Es Elvera, y está muerta en mi enfermería. —Fruunció el entrecejo—. Pero estos hechos por sí solos no prueban quién mató a mis monjas, *sir* Josse. Y no sé dónde podemos buscar las pruebas.

—Iré en busca de Milon. Iré ahora a su casa. Si no se encuentra allí... —Estaba casi seguro de que se hallaría en cualquier otro lugar—, lo buscaré donde sea.

La abadesa lo miró con expresión interrogante.

—Inglaterra es un gran país —comentó—. Con muchos lugares solitarios y desolados en los que un fugitivo puede esconderse.

—Todavía no se ha fugado —afirmó Josse.

Y, antes de que ella pudiera preguntarle cómo lo sabía, hizo una reverencia, salió de la estancia y fue a buscar su caballo.

Capítulo doce

Josse había decidido que, camino de Rotherbridge, visitaría a *sir* Alard. Necesitaba que confirmara que había regalado cruces con piedras preciosas a sus hijas y a su sobrina. Probablemente fuese innecesario, se dijo al aproximarse a los dominios, pero no debía pasar por alto ninguna prueba que pudiera conseguir con relativa facilidad, al menos si quería tener argumentos convincentes con los que respaldar sus teorías.

Sin embargo, al llegar a Winnowlands descubrió que *sir* Alard había muerto el día anterior: mientras él hacía su lento y caluroso camino de vuelta a la abadía de Hawkenlye, Alard de Winnowlands había perdido por fin su larga lucha contra la muerte.

Josse lo supo. Aun antes de que se lo dijeran, lo supo. Había algo distinto en el ambiente. No es que los dominios fuesen alegres antes; pero, si bien los labriegos que había visto tenían la mirada apagada y parecían desolados, ahora vio en ellos indicios más claros de angustia. Un hombre se hallaba sentado frente a una choza, sin hacer nada, con la mirada clavada en las manos inertes entre las piernas, como si la situación fuese tan terrible que todo lo que tuviera que ver con la vida normal se hubiese detenido de golpe. Del interior de otra choza, mejor cuidada, a Josse le llegaron los sollozos de una mujer, unos sollozos tan violentos que sospechó que estaba casi histérica.

En una situación normal, habría sido un caso de «el rey ha muerto, viva el rey». El nuevo señor sustituiría al padre, y no se esperarían grandes cambios que alteraran la suerte de quienes dependían del feudo para su subsistencia. No obstante, aquí no había un nuevo señor...

Will, que salió al patio al oír que Josse se acercaba, le dio la noticia.

—Está muerto —dijo en tono monocorde, sin concretar de quién hablaba—. Fue anoche. Después de cenar. Lo esperaba una buena tarta. —De repente, las lágrimas brillaron en sus ojos y parpadeó. Josse, que ya antes había observado que solían ser minucias las que más conmovían a quienes acababan de perder a un ser querido, murmuró algo en tono compasivo—. Empezó a toser y la sangre fluyó —continuó Will—. No paraba. Mi señor se ahogó, no podía respirar. Es normal, no le quedaba nada en donde meter el aliento, con el pecho echado a perder. —Se sorbió los mocos, se secó la nariz con el dorso de la mano y agregó, en voz más baja—: Lo sostuve hasta que se fue. Lo mantuve incorporado, como siempre. Al cabo de un rato, supe que había muerto. Lo dejé en paz durante la noche. Lo acosté bien con el fuego ardiendo y una vela encendida. Y esta mañana avisé. El cura ya ha venido —añadió en tono prosaico.

Josse asintió con la cabeza. Se fijó en que el propio Will tenía mala cara.

Demacrado. Un enfermizo tono amarillento de piel. Tenía todo el aspecto de alguien que ha pasado demasiado tiempo junto a la cama de su amo, que ha respirado demasiado aire contaminado. Rezando para que este leal criado no sucumbiera también a la enfermedad, Josse desmontó y le dio unas torpes palmaditas en el hombro.

—Estoy seguro de que hiciste todo lo que pudiste para que muriera con poco dolor —dijo, esperando consolarlo—. Nadie habría podido atenderlo mejor, Will, de eso estoy seguro.

—No lo hice por lo que pudiera sacarle, ¡da igual lo que digan! —soltó Will a bocajarro, sorprendiendo a Josse—. Lo hice por él. Por los viejos tiempos. Llevábamos mucho tiempo juntos, el amo y yo.

—Claro, Will. —Y, tratando de que pareciera que conversaba con cortesía, Josse añadió—: Te dejó algo, ¿eh? Es una buena recompensa para tu lealtad.

Will le lanzó una rápida mirada suspicaz.

—Me dejó una buena suma, gracias, milord —contestó fríamente, y Josse percibió la pregunta implícita: «Y a vos ¿qué os importa?»—. El cura vino a primera hora de la mañana, como os decía, junto con la hermana del amo. Habían conseguido el testamento y lo leyeron en voz alta.

—¿Ah, sí?

Josse fingió ocuparse desenmarañando un nudo en la crin de su caballo.

—Sí. Todo para la sobrina, salvo una que otra pequeña suma, como sospechaban. La madre de la moza estaba muy contenta, os lo aseguro.

—Y el joven milord D'Arcy, ¿cómo reaccionó?

Otra mirada suspicaz. Josse se percató, demasiado tarde, de que no debía haberlo nombrado.

—Vaya, recordáis su nombre —dijo Will con un tono despreocupado que no engañó a Josse—. Pues no reaccionó en absoluto, milord, porque no estaba aquí.

—¿No? Qué sorpresa, teniendo en cuenta que tenía tantas ganas de saber cuáles eran las intenciones del tío de su esposa, ¿verdad?

Will se encogió de hombros.

—Puede que sí. Pero la madre de la esposa llegó a toda prisa, como os he dicho. Supongo que ya le habrá dado la buena noticia.

Josse lo dudaba. Pero tenía una ventaja sobre Will, quien no tenía modo de saber que Elvera estaba muerta y que Milon, si Josse no se equivocaba, seguía al acecho en los lindes del bosque cerca de Hawkenlye.

—He de irme —anunció—. Siento la muerte de tu amo, Will. —Clavó la mirada en los ojos de Will. Estas últimas palabras, al menos, eran sinceras.

—Gracias, milord.

—Voy a hacer otra visita a Rotherbridge —añadió Josse, volviéndose hacia su

caballo—. Quizá ahora encuentre a *sir* Brice en su casa. Buenos días, Will.

—Milord.

Josse sintió la mirada del sirviente clavada en su espalda al salir cabalgando del patio. No era una sensación grata.

Camino de Rotherbridge, distinguió un caballo y su jinete detenidos junto a un tramo en que el río Rother corría, rápido y poco profundo, sobre un lecho de piedras. Era un buen caballo, y la elegante túnica y las botas de suave piel del hombre indicaban que se trataba de una persona acaudalada. No llevaba sombrero, y una mecha blanca recorría su oscuro cabello desde la sien izquierda hasta detrás de la oreja. Josse estaba pensando que esta curva del río sería buena para pescar salmón, cuando oyó unos sollozos.

El hombre, de pie junto a su caballo, tenía la cara pegada al cuello del animal y los dedos de las fuertes manos le retorcían la crin. Su actitud entera hablaba con elocuencia de desesperación, y sus hombros subían y bajaban violentamente al compás del pesar. Oculto el rostro no vio a Josse camino arriba.

Éste se sintió culpable, como si hubiese decidido espiar adrede la angustia de otra persona. El hombre había escogido un lugar aislado y era realmente mala suerte que alguien llegara por el solitario sendero a irrumpir en su intimidad.

Como no deseaba someter al desconocido a la incomodidad de sentirse observado, Josse siguió de largo antes de que el hombre pudiera levantar la cabeza.

Como la otra vez, fue Matilde la que salió a recibirlo en Rotherbridge.

—El amo ha regresado, pero no está en casa —le informó.

—¡Oh! ¿Lo esperas pronto?

—Puede ser. —Le lanzó la misma mirada suspicaz con ojos entornados—. Ha salido a cabalgar. Quiere estar solo, dice. La echa de menos. A *milady*. Ha hecho penitencia, como un buen cristiano, pero no parece que le haya bastado. —Matilde dejó escapar un profundo suspiro—. Sin duda se le pasará, pero probablemente tarde un tiempo.

El que lloraba junto al río, pensó Josse, debía de ser Brice.

Pobre hombre.

—Quiero saber dónde encontrar a Milon d'Arcy.

—Claro, como la última vez que vinisteis —comentó la mujer, que al parecer no tenía ninguna prisa por divulgar la información.

Sin embargo, Josse se había preparado.

—Vengo de Winnowlands, donde...

—Se ha ido por fin —lo interrumpió Matilde—. Que en paz descanse.

—Amén. —«Las noticias vuelan por aquí», se dijo Josse—. ¿Cómo lo supiste?

Ella se encogió de hombros.

—La mujer de Will se lo contó a la madre de Ossie anoche. Dijo que Will estaba

muy angustiado, que no quería dejar solo el cuerpo del viejo. —Le echó una mirada penetrante—. Supongo que habrá mucho más que lo angustie ahora, a él y a todos los de Winnowlands. ¿Os han contado qué va a pasar?

—Will me habló del legado de *sir* Alard a su sobrina, sí, y que la madre de la moza fue a escuchar las disposiciones del testamento.

Ahora, más que dispuesta a hablar, Matilde parecía haber vencido sus reservas; al fin y al cabo, era más divertido chismorrear acerca de la muerte y el testamento de su vecino que escuchar los pretextos de Josse.

—Sí, como decía, va a ser todo un problema —dijo, y asintió con la cabeza.

—¿El que la sobrina de *sir* Alard herede los dominios?

—No tanto ella, no es mala moza; es una cabeza de chorlito, le importa demasiado su propia comodidad y está un poco demasiado dispuesta a pisar a otros para conseguir lo que quiere, pero eso no es algo tan fuera de lo normal, ¿verdad?

—No —reconoció Josse.

—No, el que va a causar problemas es el tal Milon d'Arcy —predijo Matilde en tono sombrío—. No tiene más que aire entre las orejas; sólo piensa en la última moda, el mejor vino, los platos más delicados. —Agitó la cabeza—. ¿Creéis que tiene suficiente sentido común para administrar un dominio grande como Winnowlands? No sabe nada ni es lo bastante listo para pedir consejo a quien se los pueda dar. Los va a arruinar a todos. —Entrecerró los ojos al mirar a Josse—. Ya lo veréis, milord, los de Winnowlands tienen toda la razón al preocuparse.

—Sí —convino Josse—. Pobre Will.

—De todos modos —prosiguió Matilde, con expresión más alegre—, hay que ver lo bueno en todo, eso es lo que digo. La joven Elanor será feliz cuando se lo digan. Vaya noticia para una moza bonita, ¿verdad?

—¿Todavía no ha vuelto a casa? —inquirió Josse en tono desenfadado.

—Que yo sepa, no. Viven al otro lado del siguiente monte, ella y el señorito Milon; una casa chiquita pero elegante, al otro lado del puente... aunque me han dicho que no hay nadie allí ahora. Supongo que ella sigue con su nueva familia en Hastings, y él puede que vaya a reunirse con ella.

—Y la familia, ¿vive en...?

Matilde se lo explicó de forma tan abreviada que tuvo que pedirle que fuese más explícita. A todas luces tenía ganas de volver al tema de lo maravilloso que debía de ser para una mujer de menos de veinte años heredar una fortuna. ¡Cuántas cosas habría hecho Matilde a los veinte años, en su lugar! Virgen santísima, habría tenido joyas, vestidos elegantes, alguien que cocinara e hiciera la limpieza y no habría pasado la vida penando para otros, eso, seguro.

—No, claro que no —murmuró Josse, aunque no creía que lo escuchara.

Iba camino del portón, después de haberse alejado todo lo rápido que pudo, que

no era mucho, cuando Matilde dejó sus fantasías y le gritó:

—¿Se lo diréis, caballero?

—¿Decirles qué? —preguntó Josse, aunque conocía la respuesta.

Ella chasqueó la lengua.

—¡Lo de la fortuna, claro! Y lo de la muerte del pobre viejo —añadió, tratando en vano de poner expresión compungida.

Josse vaciló.

—Oh, no, no creo que fuese adecuado. No me corresponde a mí, como extraño a la familia, darles esa noticia.

Matilde lo observaba con expresión suspicaz. Temiendo que fuese a preguntarle por qué, si era un extraño, se entrometía tanto en los asuntos de la familia, Josse se despidió, azuzó su cabalgadura y emprendió el camino de la casa de la familia del esposo de Elvera... Elanor.

No se encontraba allí.

Obviamente, quienquiera que hubiese inventado la prolongada visita a casa de la familia de su marido no contaba con que alguien Fuera a comprobarlo. El criado que salió a recibir a Josse le informó que ella no se hallaba allí y anunció que iría a preguntar a su señora, por si la esperaba y no había avisado a los criados. Regresó, no sólo con su señora, sino también con el señor y otros tres o cuatro miembros de la familia. Los parientes de Milon, pensó Josse distraído, eran de un molde muy distinto del de Milon, y costaba creer que esta familia seria y vestida con sencillez hubiese producido al delicado joven de cabellos rubios.

Elanor no sólo no se encontraba allí, sino que nadie sabía nada de una visita prevista. Mirándose mutuamente con el entrecejo fruncido de perplejidad lo repitieron varias veces. Que ellos supieran, Elanor d'Arcy se hallaba a gusto en casa con su marido y tenía planeado quedarse allí.

Josse se sentía como un estúpido porque casi todos lo miraban como si fuese poco menos que idiota; también se sentía desagradablemente culpable, pues sabía que Elanor había muerto y no resultaba grato oírlos hablar como si estuviese viva. Sin duda se había equivocado, dijo. Se disculpó por haberlos molestado, se despidió y reemprendió el largo camino de vuelta a Hawkenlye.

Llegó cuando el ocaso se convertía en noche. Acalorado, sucio, muerto de hambre y rendido, lo único que le apetecía era comer y dormir. El hermano Saúl lo atendió con eficacia y discreción. Sin hacerle preguntas le hizo un resumen de los sucesos en Hawkenlye desde su partida esa mañana.

—La mozueta está tendida en la cripta donde pusieron a sor Gunnora —informó al servirle un plato repleto de un fragante y humeante cocido—. La abadesa ha estado velándola todo el día.

Josse percibió su preocupación.

—Se lo está tomando muy mal —comentó.

El hermano Saúl agitó la cabeza con tristeza.

—Como todos nosotros, milord, como todos nosotros. —Ceñudo, clavó la vista en el santuario—. Este triste asunto ha hecho que la gente no quiera venir a las aguas, y eso no está bien. Los que tienen problemas necesitan la cura, pero estas terribles muertes los han espantado.

Éste era el aspecto de los asesinatos que más afectaba al hermano Saúl, según se percató Josse. Lo examinó y advirtió la expresión angustiada en su rostro, bondadoso y abierto.

—Encontraremos al responsable, Saúl —susurró—, y lo llevaremos ante la justicia. Os lo prometo.

Saúl se volvió hacia él y una breve sonrisa le iluminó los rasgos.

—Sí, milord. Sé que lo haréis. —Josse empezaba a sentir una cálida sensación de placer por la fe que depositaba en él el hermano lego, cuando éste puso la guinda, al añadir—: Igual que la abadesa.

Josse durmió diez horas y despertó bien despejado. Su mente debía de haber funcionado mientras dormía, pues sabía exactamente lo que tenía que hacer.

Tras el ligero desayuno que le dio el hermano Saúl, recorrió el corto camino, sendero abajo, hasta la zona donde habían encontrado a las dos muertas. Se paró primero en un lugar y luego en el otro; describió un lento círculo y estudió las inmediaciones. Hecho esto, tomó una decisión e inició una minuciosa inspección de los matorrales que creían junto al sendero.

Según su razonamiento, todo indicaba que Milon había hecho al menos dos visitas nocturnas al pequeño valle y, por tanto, sin duda tenía un escondite. No mucha gente —probablemente ninguna— andaría por allí de noche. Pese a esto no era probable que alguien con intenciones nefastas se sintiera lo bastante confiado para dejarse ver.

Recorrió paso a paso el sendero, examinando atentamente cada palmo de matorral, en busca de cualquier huella. Nada. ¡Nada! Terriblemente desilusionado, estaba a punto de volverse, a poca distancia de donde los arbustos se acababan, cuando lo vio.

Uno habría tenido que buscarlo expresamente, claro. «Qué joven tan listo: te has abierto camino por donde los matorrales son más resistentes. Pero no eres tan astuto como para comprobar que no has dejado pistas».

Se abrió paso entre el frondoso follaje, mas evitó cuidadosamente dos ramitas medio quebradas, la única señal de que Milon había pasado por allí, una prueba que acaso tuviera que enseñar para respaldar su teoría.

Ya fuera del sendero, el joven se había mostrado menos prudente y a Josse le resultó más fácil seguirle la pista. Al cabo de unos quince pasos se encontró en un

minúsculo claro, en medio de los matojos. Alguien había pisado la corta hierba, aplastándola, y había construido un burdo refugio hecho de ramas rotas. Era de suponer que Milon hubiese tenido que esperar al menos una noche bajo la lluvia.

Algo le llamó la atención: un pequeño objeto medio oculto debajo de unas hojas muertas. Se arrodilló y lo destapó. Eran las dos mitades de una concha de ostra, la una encima de la otra; levantó la de arriba y descubrió una diminuta perla.

Ya antes había visto algo parecido. Hurgó en su memoria y se le presentó de repente la imagen de su vieja niñera orando tras la boda del hermano menor de Josse. Había rezado por la fertilidad de los recién casados y, al acabar, metió una perla en el interior de una concha de ostra. Funcionó, y el primogénito de la cuñada de Josse llegó al mundo once meses más tarde, seguido rápidamente por dos niñas y otro varón.

«Esos otros recién casados se encontraban aquí a menudo —se dijo de repente—. Andaban en la oscuridad, con las manos entrelazadas, se tumbaban en el suelo y hacían el amor. ¿Cuál de ellos trajo este objeto? —se preguntó—. ¿Milon, ansioso por tener un heredero para la fortuna que esperaba obtener, o Elanor, que sentía un amor apasionado por su recién estrenado esposo, desesperadamente deseosa de complacerlo con un embarazo?».

Como había ocurrido con la cuñada de Josse, el amuleto había funcionado.

De pronto entristecido, volvió a poner la concha en su escondite. El pequeño claro se hallaba impregnado por el espíritu de los amantes, de esos dos jóvenes, y por primera vez experimentó auténtico desagrado por lo que debía hacer.

«Pero, si no me equivoco, Milon la mató —se recordó a sí mismo—. Y ambos eran lo bastante avariciosos y envidiosos para tramar el asesinato de Gunnora».

Firmemente resuelto a guardar la compasión para quienes la merecieran, regresó al sendero.

Encontró un lugar tranquilo a orillas del estanque, a unos cincuenta pasos del escondite secreto, y se sentó a reflexionar. Estaba profundamente convencido de que Milon se hallaba todavía cerca; tenía que estarlo, pues le quedaba un asunto pendiente en la abadía.

Según las deducciones de Josse, sólo una cosa vinculaba definitivamente a Milon con el asesinato de Elanor, y a éste con el de Gunnora. Y esa cosa, aunque Milon no lo supiera ni tuviera modo de saberlo, se hallaba bien guardada en la cómoda de la abadesa Helewise. ¿Dónde se imaginaría el joven que estaba? Qué momento tan terrible para Milon, cuando descubrió que su esposa no la llevaba. Josse se preguntó por qué no. Estaba casi seguro de que la llevaba bajo el hábito cuando la entrevistó el día antes de su muerte, entonces, ¿por qué se la había quitado antes de salir esa noche? ¿Por qué la había envuelto tan cuidadosamente con su alianza, para ocultarla luego debajo de su jergón? Se le antojaba muy raro.

De momento no tenía importancia.

Así pues, Milon se había quedado sin la cruz. Se habría dado cuenta de que Elanor la había dejado en el convento. Habría adivinado que debía de haberla escondido en el único lugar que una monja podía considerar suyo. A saber, su cama en el dormitorio.

¡Tenía que volver a buscarla! ¡Tenía que hacerlo! ¡Y rápido!, antes de que asignaran la cama de Elanor a otra postulante que pudiera descubrir lo que había ocultado allí. «Yo, en su lugar, no perdería un momento —pensó Josse—. Revela la verdadera identidad de la postulante Elvera y, cuando se sepa que era Elanor d'Arcy, Milon será el primer sospechoso».

Evocó de nuevo las otras dos cruces, las de Gunnora y Dillian. Milon debía de haberse hecho con la de Dillian. ¿Acaso se la habían dado a la tía de la joven, la suegra de Milon, cuando Dillian murió? Era probable, pues era la única mujer superviviente de la familia, aparte de Elanor, que ya tenía una. Fuera como fuera, había sabido qué hacer con ella: la había dejado al lado del cadáver de Gunnora, como si a un ladrón, presa del pánico, se le hubiese caído en su huida. Así, quienes la encontraran creerían que la habían matado mientras trataban de robarle.

Sin embargo, no lo habían creído. En efecto, la abadesa Helewise sabía que la cruz de Gunnora se encontraba a buen recaudo, pues ella la había guardado.

La mente de Josse se llenó de confusión. «He de hacer algo —se dijo—. Algo positivo y útil para llenar el día».

Reflexionó un rato y decidió ir a Tonbridge. Tal vez, si hacía unas cuantas preguntas, se enterara del paradero de Milon. No pasaría desapercibido con su ropa elegante y su corte de pelo. Probablemente no osara hospedarse en una posada, pero tenía que comer y había muy pocos lugares que vendieran comida en esa zona.

«Iré a Tonbridge —pensó—. Me obsequiaré con una cena decente y unas cuantas jarras de la excelente cerveza de Anne, y cuando anochezca regresaré aquí y esperaré a Milon».

Capítulo trece

Tonbridge estaba lleno de gente, y Josse advirtió que era día de mercado.

Toda la actividad se centraba en torno a la iglesia. Josse la observó y se percató de que en un pasado relativamente reciente la habían ampliado; un nuevo indicio, se dijo, de la creciente prosperidad del pueblo. Tres costados de la iglesia estaban rodeados de puestos, como si mercaderes y dueños de puestos buscaran refugio junto a los muros de piedra arenisca. Se oían risas y conversaciones, trueques y chismes.

Era una ocasión para intercambiar tanto noticias como productos y siervos.

¿Estarían hablando de los asesinatos en la abadía?

Claro que sí. Josse no se engañaba: sin duda sería el principal tema de conversación, y cualquier cosa que se dijera allí se repetiría sin duda en círculos más influyentes en Londres.

Prometiéndose que, en cuanto pudiera, presentaría una solución satisfactoria al rey, se abrió paso hacia el mercado.

En muchos de los puestos se vendían productos locales, incluyendo, en la periferia, ganado. También había puestos de artesanos donde, de haberlo deseado, habría podido adquirir un cinturón nuevo o un bonito banquillo para ordeñar. Un puñado de puestos con artículos más exóticos —lino fino, especias, joyas que, en opinión de Josse, perderían su brillo en menos de un mes— reflejaban la proximidad del pueblo a la principal ruta que, desde Hastings y Winchelsea, conducía a Londres.

Captando un ligero aroma a especias que lo transportó instantáneamente al Languedoc, dio resueltamente la espalda a las delicias del mercado y se abrió paso a codazos entre la multitud para regresar al puente.

La posada se encontraba igualmente llena, y Anne estaba haciendo buen negocio con comida y bebidas.

Saludó a Josse como si fuera un cliente habitual que se hubiese ausentado inexplicablemente durante meses.

—¡Habéis llegado! —exclamó—. ¿Cómo estáis? Espero que bien. ¿Una jarra de cerveza en este día tan caliente? ¡Eso! ¡Eso es!

Josse se preguntó si en su anterior negocio había tratado a sus clientes habituales con el mismo entusiasmo afectuoso. De ser así, no le sorprendía en absoluto que hubiese ganado suficiente dinero para hacerse con una posada.

—Estoy bien, gracias —contestó cuando ella se lo permitió—. Muy agradecido por vuestra buena cerveza y más hambriento que diez hombres juntos.

—¿Qué comeréis? —La posadera servía cerveza para otro cliente mientras hablaba—. Como es día de mercado, tengo mucho de donde escoger.

—Ya lo veo. —Josse observó los platos de los clientes que había a su lado: carpa en salsa, anguilas, cocido de cordero, liebre, lo que parecía un pastel de venado...

Diríase que este último tenía más éxito—. Una porción de vuestro pastel, por favor.

Anne llenó un plato, cortó con pericia un trozo de pan y lo equilibró encima del pastel y, con un golpe, lo puso frente a Josse.

—Comed —le ordenó, con una ojeada crítica a su cuerpo—. Un hombre con un cuerpo grande y elegante como el vuestro necesita siempre una buena cantidad de comida. —Ladeó la cabeza y lo inspeccionó—. Eso sin hablar de sus otros apetitos.

¿Se lo había imaginado, o es que la mujer había arqueado la ceja?

Pues, aunque lo hubiese hecho, y aunque a él le apeteciera un buen revolcón, no tenía tiempo. Ella seguía mirándolo. Por muchas que fueran las exigencias de su anterior profesión, no la habían afectado de modo demasiado adverso: tenía una tez lozana todavía y conservaba casi todos los dientes. Además, poseía unos pechos realmente preciosos...

Qué suerte que lo hubiese llevado allí un asunto importante, pensó Josse con un encogimiento casi imperceptible de los hombros y centrándose en el delicioso pastel.

Cuando Anne se hubo marchado —con un contoneo que parecía decirle «¡No sabéis lo que os perdéis!»—, Josse echó un vistazo alrededor para ver si había alguno de los hombres con los que había coincidido el otro día. Acabó de comer y fue a hablar con uno en quien creyó reconocer a Matthew.

Efectivamente, lo era.

—Buenos días, forastero —lo saludó el hombre—. ¿Venís de compras al mercado? ¿O habéis venido a vender vuestras aves? —Le dirigió una sonrisa picara, pues Josse no iba vestido como un granjero.

—He venido a buscar a alguien.

¿Qué daño habría en preguntar a un par de personas si habían visto a Milon? Éste no se sorprendería si se enteraba de que Josse le seguía la pista. Esto es, si Josse tenía razón en cuanto a su culpa.

Y de eso no le cabía la menor duda.

—¿Ah, sí?

—Un joven, poco más que un mozo. Delgado, vestido con elegancia, cabello rubio con flequillo y un rizo en la frente.

Matthew murmuró algo como:

—Suenas como un mozo muy bonito. —Frunció el entrecejo, concentrándose, y añadió—: Me suena, sí. Creo que vi a un mozo así, pero hace tiempo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Lo vi. Me acuerdo de que lo vi pasar a caballo, por ahí, por Castle Hill. Subía hacia ese cerro.

«¡El cerro de Castle Ridge! —pensó Josse—. Está entre Tonbridge y Hawkenlye». Si la memoria no engañaba a Matthew, ésta sí que era una noticia.

—Claro que os he dado una descripción muy poco precisa —dijo en un tono que

quería desenfadado—. Debe de haber una docena de mozos que encajan con ella. Gentes de Londres que vienen al castillo, mercaderes que pasan por el pueblo.

—El mozo en el que estoy pensando no era un mercader y no iba al castillo —afirmó Matthew con contundencia.

—¿Por qué estáis tan seguro?

—Porque no estaba cerca del castillo ni del mercado. —Matthew suspiró, como diciendo: «¿No es obvio?»—. Como decía, iba rumbo al cerro. Bueno, al menos la primera vez que lo vi. La segunda, andaba detrás de la casa del panadero. Hambriento, me imaginé.

—Lo visteis dos veces.

—Sí. —Matthew hizo girar lo poco que quedaba de cerveza en el fondo de la jarra—. Da mucha sed, eso de hacer memoria —observó.

Josse atrapó la mirada del camarero. Cuando hubo tomado la espuma de su cerveza, Matthew comentó:

—Parece que muchas personas lo vieron. Vuestro niño bonito nos hizo reír a todos. —Dejó escapar una risita evocativa.

A Josse no se le ocurría qué podía haber causado las burlas.

—¿Por qué?

—¡Esos zapatos! —Matthew se rió de nuevo—. ¡Habría tenido que pasar esas ridículas puntas por los estribos como una mujer que mete el hilo en la aguja!

Tratando de no demostrar su entusiasmo, Josse preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace de esto?

Matthew volvió a fruncir el entrecejo.

—Ah, eso sí que es difícil. No fue el último día de mercado, ni el de antes. ¿O sí? —Josse aguardó—. Hace quince días —anunció Matthew con firmeza—. Más o menos.

—¿Más o menos cuánto?

—Ah. Mmm. Uno o dos días.

Probablemente no tenía sentido tratar de que fuese más preciso. «En todo caso —pensó Josse—, tengo la información que necesito. Milon d'Arcy se encontraba por aquí cuando Gunnora murió».

—Supongo que lo reconoceríais si lo vierais —dijo Josse, como si nada. Quizá fuera importante tener un testigo de la presencia de Milon en Tonbridge.

—Depende.

—¿De qué?

Con una expresión indignada que sugería que no deseaba que lo acusaran de ser descuidado con la verdad, Matthew explicó:

—Es que me fijé más en el peinado que en la cara. Y, como he dicho, en los zapatos. Y en la túnica, ya que estamos. Para congelar el culo, esa túnica. —Esbozó

una sonrisa traviesa—. Si el mozuelo regresara con los mismos trapos, lo reconocería. Pero si llevara una buena capucha y una capa vieja, me imagino que podría convidarme a cerveza toda la noche y no lo reconocería. ¿Entendéis? —acabó con sinceridad, diríase que desesperado por probar su integridad—. No es fácil con los forasteros.

—No, es cierto. —Matthew tenía razón, tuvo que aceptar Josse—. Bien, gracias por vuestro tiempo, Matthew. —Dejó discretamente un par de monedas en la mesa—. Por si no habéis satisfecho toda vuestra sed.

—Sí, sí, siempre es posible. —Una mano mugrienta salió disparada, cual una rata de un escondrijo, y las monedas desaparecieron—. Muchas gracias, milord.

Convencido de que había hecho todo lo que podía para asegurarse la colaboración de Matthew en el futuro, caso de ser necesaria, Josse pagó su cuenta y se marchó.

De vuelta al mercado, Josse recorrió los puestos un rato, mas no encontró a nadie que se asemejara mínimamente a Milon, ni siquiera disfrazado con una capucha y una capa. Renunció, pues, y, encantado de dar la espalda a la multitud que no dejaba de empujar, regresó a Hawkenlye.

Se detuvo en lo alto del cerro. Era un día caluroso, el sol brillaba en el despejado cielo azul y había poca sombra en el largo ascenso desde el valle. Dejó que su caballo encontrara una fresca franja de hierba debajo de un roble, se relajó en la silla de montar y oteó el camino que había tomado.

Desde arriba se distinguían bien los contornos de la tierra. Esa tarde había buena visibilidad, y Josse distinguió a lo lejos el perfil de las lomas. Su vista siguió el curso del río Medway, en el fondo del valle, y enfocó un momento el gran castillo y el puente que dominaba. Desde allí arriba, Tonbridge se le antojaba pequeño, insignificante, por muy atestado y hormigueante que le pareciera cuando estaba en él. Su existencia entera se debía a que allí se cruzaban el camino principal y el río.

En torno al pueblo, en una zona claramente definida en el interior del bosque que lo rodeaba, se hallaban las heredades agrícolas. Ahora, en el apogeo del verano, la rica tierra aluvial estaba repleta de cereales, frutas y lúpulos maduros.

No era de sorprender, se dijo Josse, tirando de las riendas del caballo para llevarlo al camino, que hubiese tanta gente en el mercado.

Todavía le quedaba tiempo para vagar. El camino a Hawkenlye serpenteaba alrededor del bosque de Wealden. De repente, tomó una decisión: encontró un espacio con matojos ralos, acaso un sendero de tejones o de venados, y se adentró en la arboleda.

Incluso en esa brillante tarde de julio, el bosque resultaba fresco y oscuro, y Josse entendió cómo había adquirido su siniestra reputación. Mientras avanzaba por la arboleda, cada vez más espesa, tuvo que luchar contra el impulso de mirar constantemente por encima del hombro.

Predominaban los robles, entremezclados con abedules y hayas. A Josse se le ocurrió que algunos de los gigantes robles contarían siglos de existencia. De enorme circunferencia, sus ramas más altas se juntaban y formaban un espeso dosel que eclipsaba toda luz. Muchos de ellos estaban envueltos por gruesas hiedras que descendían al suelo y, mezclándose con zarzas, avellanos, acebos y plantas espinosas, constituían una impenetrable espesura.

Se topó con senderos mejor definidos, algunos de los cuales, a juzgar por la altura de sus márgenes, debían de ser tan antiguos como los viejos robles. ¿Vestigios acaso de los caminos hechos por los romanos, rectos y sólidos, construidos para durar? ¿O bien lo que quedaba de caminos hechos por hombres antes de los principios de la historia? Hombres que conocían el bosque como si fuese un hermano, que entendían su naturaleza y eran capaces de penetrar hasta su mismísimo corazón, hombres que adoraban el roble, en cuyo nombre perpetraban actos de violencia indecible.

Y que, según algunos, seguían haciéndolo...

No era el mejor momento para dejar correr la imaginación, se dijo Josse, ya aprensivo.

Al llegar a un claro, tiró de las riendas y miró alrededor. Por primera vez desde que había abandonado la luz del sol del mundo exterior, encontraba indicios de una población humana. No era gran cosa, por supuesto, sólo un montón de chozas de aspecto lastimoso, de construcción sencilla, apenas más que un marco de madera cubierto por ramas y turba. Acaso bastaran para protegerse de la lluvia. Se notaba que habían quemado carbón, aunque no recientemente, pues los lugares donde habían hecho las hogueras ya no estaban desnudos del todo, sino cubiertos por los verdes zarcillos con que la naturaleza empezaba a tomar nuevamente posesión de lo suyo.

Josse desmontó, ató su caballo y se acercó a la choza mayor. Agachó la cabeza y entró. Habían hecho un pequeño fuego en el interior. Puso la mano encima y detectó cierto calor. En un montículo había un jergón de helechos... recién cortados.

Podría haber sido cualquiera, pensó al volver a montar. Fugitivos e itinerantes de toda clase conocerían estas viejas chozas, y sin duda ocurría a menudo que se alojaran allí unos días mientras se calmaban las emociones y planeaban su próxima etapa.

No tenía por qué ser Milon.

Sin embargo, camino de vuelta al mundo exterior al bosque —perspectiva que, tuvo que reconocerlo, rara vez se le había antojado tan atractiva—, Josse no pudo evitar estar seguro de que era Milon.

Explicó a la abadesa lo que tenía en mente. Percibió su reacción instintiva antes de que pudiera disimularla: no quería que lo hiciera.

—No os preocupéis —dijo en voz baja. ¿Sería una impertinencia dar por sentado que se preocupaba por él?—. Puedo con milord Milon. Y es posible que no se

presente. —Trató de reír.

—Es un asesino —contestó Helewise en voz igualmente baja. Diríase que ni el uno ni la otra deseaban hablar de estos asuntos en la santidad del convento—. Si tenéis razón, ha matado. Y, si lo ha hecho una vez, no creo que le cueste nada hacerlo de nuevo.

A Josse le sorprendió su perspicacia; le sorprendió que una monja poseyera suficiente experiencia para leer la mente de un asesino.

—Es cierto, abadesa, a menudo se ha dicho que el asesinato es fácil después de la primera vez. —De repente, Josse se dio cuenta de lo que estaban diciendo—. ¡Pero estamos hablando de un solo asesinato y ha habido dos!

—Dos muertes, sí. —Helewise lo miró de reojo—. Pero aún no sabemos si ambas fueron víctimas del mismo asesino.

«¡Sí que lo sabemos!», quería gritar Josse, aunque contuvo el impulso.

—Que las haya matado a ambas o no, abadesa, estoy resuelto a hacerlo.

—Lo sé. —Helewise le dirigió una sonrisita—. Lo veo. Pero, *sir* Josse, ¿me dejaréis al menos que mande a unos hermanos legos para que esperen con vos?

—No —fue la inmediata respuesta. A Josse le agradaba trabajar a solas—. Sois muy benévola, abadesa, pero lo que más necesitareé es el silencio. Si algo le advierte que lo esperan, echará a correr.

La abadesa chasqueó la lengua.

—No pretendo mandar a un grupo de viejos monjes chismosos que no dejan de moverse y quejarse del dolor de huesos y de gimotear porque los han sacado de la cama, aunque a algunos les convendría el sacrificio. No, lo que propongo es que pidáis ayuda al hermano Saúl y tal vez a otro hermano lego que él mismo escoja. Él sabe quién goza de buena salud física y de mente clara, no lo dudéis.

—Estoy seguro de que lo sabe. —A Josse lo había impresionado el hermano Saúl—. Pero...

Estaba a punto de rehusar el ofrecimiento cuando se le ocurrió que lo que decía la abadesa tenía sentido. Aterrorizado ante la posibilidad de que lo desenmascararan por el asesinato de Gunnora, Milon no había dudado en matar de nuevo. Aunque la mujer a la que tenía que eliminar fuese su propia esposa. Dadas las circunstancias, ¿acaso lo perjudicaría la compañía de Saúl durante la espera?

No. De hecho, se le antojó una muy buena idea.

—Gracias, abadesa. ¿Puedo preguntar al hermano Saúl si está dispuesto a ayudarme?

Helewise estaba a punto de mencionar a un segundo hermano, según se percató Josse. Mas, dándose cuenta de que ya le había sacado todas las concesiones que él estaba dispuesto a hacer, se limitó a asentir con la cabeza y a decir:

—Mandaré llamar al hermano Saúl. Y ahora, *sir* Josse, he pedido que os traigan

comida. Al menos puedo asegurarme de que empecéis la noche con el estómago lleno.

Producto de un hogar acomodado, Milon d'Arcy había sido muy consentido por su madre, que siempre lo había preferido a sus otros hijos, más dignos. Pero en este momento vivía una pesadilla.

Lo que amenazaba con hacerle perder la cabeza no era el miedo al grande y siniestro bosque donde se había escondido —al menos conseguía convencerse más o menos de ello—, ni tampoco la necesidad que tienen los fugitivos de sobrevivir a base de ingenio; al fin y al cabo, una barra de pan robada aquí, un grueso pollo sacado del asador allá, una manzana birlada mientras nadie miraba constituían para él pequeños triunfos de los que se sentía bastante orgulloso.

Resultaba muy bueno en eso de cuidar de sí mismo, se aseguraba no pocas veces.

En ocasiones olvidaba. Hasta logró sentirse feliz una mañana entera; tumbado boca abajo junto a un transparente arroyuelo en el linde del bosque, con la vista clavada en el agua y tratando de pescar con los dedos algún diminuto y resbaloso pececillo plateado, había creído que se encontraba de vuelta en esa vida que antaño había sido suya, y cuando se levantó y se quitó las hojas y el polvo de la fina túnica, ahora húmeda, manchada y decididamente desgastada, había estado a punto de pensar alegremente en lo que le esperaba en la mesa para la comida.

El recuerdo, en ese preciso momento, resultó cruelmente doloroso.

Su mente se apartaba cada vez más del dolor. Sabía que le costaba cada vez menos no recordar, seguir viviendo en esa agradable tierra donde era siempre casi la hora de la comida y donde Elanor lo esperaba.

Elanor.

Cabello rojizo, fuerte, indisciplinado, lleno de vida... como ella misma. Lujuriosa y apasionada. Su ardor se equiparaba al de él, de tal modo que cuando la familia y los amigos decían que hacían muy buena pareja, que eran el uno para el otro, ellos volvían la cabeza y se burlaban.

Eso, su deseo mutuo, lo habían descubierto en seguida. Sin embargo, existían otros rasgos compatibles que tardaron más en salir a la superficie, como su profundo convencimiento de lo que era suyo por derecho propio, algo que, si no se lo entregaban en bandeja, eran capaces de coger con sus propias manos.

¡Qué mente tan lista, la de su Elanor! ¡Qué excelente cómplice! ¡Cuánto se habían divertido juntos! Hasta que...

No.

Su mente se cerró. Se negó a dejarla seguir por esos derroteros.

Cuando esto ocurría, regresaba a su arroyuelo y se ocupaba en algo útil, como limpiar y afilar su cuchillo. O regresaba a su escondite. No obstante, allí tenía que enfrentarse muy a menudo a nuevos ataques de terror.

Porque una noche, poco después de llegar a aquel lugar, una noche de cielos despejados y luna brillante, había visto a un hombre. Creía haber visto a un hombre, se corregía constantemente. Un hombre que vestía una larga túnica blanca y llevaba una hoz en la mano. Un hombre que hablaba con los árboles.

Encogido en el fondo de su lastimoso refugio, tembloroso, muerto de miedo, Milon había observado cómo el hombre daba vueltas alrededor del claro, cantando con suave e hipnótica monotonía.

Cuando por fin el hombre se aproximó al montón de chozas, Milon había cerrado los ojos y se había cubierto la cabeza con los brazos. Sus entrañas se le habían vuelto líquidas por el terror.

Cuando, después de lo que se le antojó una eternidad, hizo acopio del poco valor que le quedaba, el hombre había desaparecido.

Había sido un sueño, se decía, esa noche y muchas otras desde entonces. Sólo un sueño.

A veces, sin embargo, cuando estaba muy cansado y muy abatido, cuando la luz de la luna se filtraba a través de las ramas recortadas contra el cielo nocturno, creía ver nuevamente al hombre.

Y cada vez tardaba más en superar el terror.

De momento, él ganaba. Si se concentraba en el pasado, lleno de sol y de gente que era amable con él, lograba hacer desaparecer el terror y, al cabo de un rato, volvía a abrirse la puerta de la tierra acogedora.

En ocasiones se incorporaba, sobresaltado, y se preguntaba lo que hacía allí. Se estaba bien, claro, era una aventura eso de valérselas por sí mismo en su propio campamento, pero ¿por qué no regresar a casa? ¿Por qué no regresar con Elanor, que lo esperaba en su cama, Elanor, con sus pechos blancos y sus suaves y redondeadas caderas, tan lista como él para hacer el amor, humedeciéndose los labios, con las piernas lánguidamente separadas y los brazos abiertos...?

Pero, por supuesto, no lo esperaba. Al menos no en la cama. Ni en ningún lado.

Y él no podía ir a casa. Tenía algo que hacer, algo importante.

Si se concentraba mucho se obligaba a recordar lo que era.

Pero le costaba cada vez más. Ese día, por ejemplo, tumbado junto al arroyuelo, cayéndole en la espalda los escasos rayos de sol que acertaban a penetrar a través de los árboles, apenas si conseguía concentrarse. El agua era tan fresca, tan bonita; corría sobre el lecho y...

«¡Piensa!».

No.

«¡Sí! ¡Piensa!».

De mala gana y gimiendo en voz alta, pensó. Y, cuando recordó, deseó no haberlo hecho.

No obstante, debía actuar, antes de que descendiera la susurrante oscuridad y de que el mágico lugar de ensoñación que lo protegía de esta oscuridad se convirtiera en realidad.

Debía hacerlo en seguida.

Esa misma noche.

Entonces podría irse a casa y Elanor lo recibiría en su cama.

Cuando Milon llegó, Josse y el hermano Saúl llevaban lo que les parecía casi toda la noche escondidos en los matorrales.

Josse estaba de guardia. Al ver la frágil figura acercarse cautelosamente por el sendero que bordeaba el estanque, al principio creyó que sufría visiones. No sería la primera vez en esas largas horas. Mas no se trataba de un truco de la luz: era Milon, efectivamente.

Se movía bien, observó Josse, con cautela, en silencio, usando todo lo disponible para cubrirse, manteniéndose en las sombras más oscuras. Había escogido una noche nublada. A Josse lo sorprendió la habilidad del joven, pese a su aspecto de bobo superficial e inútil, con esos zapatos puntiagudos y esa ropa elegante. Con una parte de la mente, Josse se preguntó qué necesidad desesperada había hecho que aprendiera estas habilidades de supervivencia, habilidades que incluían el asesinato como último recurso cuando alguien le suponía un escollo.

Regresó silenciosamente al pequeño claro. Saúl se encontraba acostado en el suelo; sin dormir, al parecer, dada la presteza con que se levantó cuando Josse le indicó que lo acompañara. Josse señaló el sendero y regresó al borde de los matorrales, percibiendo la presencia de Saúl, que lo seguía sin hacer ruido.

Permanecieron codo con codo en el borde del sendero, bajo la densa sombra de un gigantesco roble.

Y Milon, que quería ocultarse bajo la misma sombra, se topó con ellos.

Cuando los brazos de Josse lo rodearon, dejó escapar un chillido de terror. Luchando con él —que trataba de alcanzar el cinturón, donde sin duda tenía un cuchillo—, durante un momento Josse experimentó compasión. ¡Qué terrible, andar a hurtadillas, muerto de miedo, y que alguien te cogiera! No era de sorprender que su corazón latiera como un tambor, con tanta fuerza que Josse lo sentía.

Sin duda Saúl había visto el arma de Milon, pues soltó un jadeo repentino y alargó rápidamente el brazo. Josse se dio cuenta de que luchaban con decisión, gruñendo por el esfuerzo. Al cabo de un rato, Saúl alzó algo.

Un cuchillo.

De filo largo y bastante ancho, se iba estrechando hasta formar una malévola punta. De doble filo, como supo Saúl al probarlo con los vellos de su antebrazo, a todas luces afilado hasta el máximo.

A Josse no le cupo duda de que estaba mirando el arma que había cortado el

cuello de Gunnora. La compasión que sentía por el joven desapareció como si no hubiese existido nunca.

—Sois Milon d'Arcy, si no me equivoco —dijo en tono hosco, y le retorció los brazos en la espalda para sujetarle las muñecas—. ¿Qué estáis haciendo, andando a hurtadillas por aquí en plena noche?

—¡No tenéis derecho a aprehenderme así! —gritó Milon con una vocecita chillona y aterrorizada—. Estoy regresando a mi campamento. ¡No he hecho nada malo!

—¿Que no habéis hecho nada malo?

Josse se enojó tanto que tiró con violencia de las muñecas del mozo y lo hizo gritar de dolor.

—¡Tranquilo! —murmuró el hermano Saúl, y Josse aflojó un poco.

—¿Dónde está ese campamento? —exigió saber.

—En el bosque. Donde van los que hacen carbón de leña.

—Sí, lo conozco. ¿Y qué hacéis vos allí?

—He venido a ver a un amigo —contestó Milon con asombrosa dignidad. A todas luces había recuperado parte de su valor—. Y vos, quienquiera que seáis —trató de girarse para ver a Josse—, no tenéis derecho a impedírmelo.

—Tengo todo el derecho del mundo. El hermano Saúl y yo hemos venido por deseo expreso de la abadesa de Hawkenlye. Un trocito de legua más, mi elegante mozo, y estaréis subiendo hacia los muros de su convento.

—¿Ah, sí?

El intento de Milon de aparentar inocencia no resultó convincente.

—Sí. Como bien sabéis. —Josse vaciló, apenas un instante, y añadió—: Debió de ser duro, ¿verdad?, ver a una hermosa y joven recién desposada introducirse tras esos muros y fingir que quería tomar los hábitos.

Como todavía lo tenía aferrado, se encontraba lo bastante cerca para sentir la súbita tensión de Milon. Sin embargo, éste era mejor actor de lo que habría creído Josse.

—Una esposa... mi esposa... ¿tomando los hábitos? —repitió con tranquilidad—. Creo que os equivocáis, milord. Mi esposa no haría nada tan bobo, y menos ahora que es mi esposa. —Imposible pasar por alto la insinuación sexual. Recuperando rápidamente la confianza, Milon agregó—: Y, si sabéis quién soy, milord, es posible que hayáis ido a buscarme en mi casa, donde estoy seguro de que os habrán dicho que mi esposa está con unos parientes míos, cerca de...

—Cerca de Hastings. Sí, eso me dijeron.

Milon soltó un suspiro exagerado, como diciendo: «¿Y bien?».

—En ese caso, ¿me permitís continuar mi camino?

—Fui a casa de vuestros parientes en Hastings —respondió Josse sin inflexiones

—. No sabían nada de una visita. Elanor d'Arcy no se encontraba con ellos ni la esperaban.

—¡Os equivocasteis de lugar! —exclamó Milon—. ¡Idiota! —Se retorció de nuevo—. ¡Regresad, milord! ¡Os diré *** NO HAY *** debéis ir y podréis comprobarlo! Estará allí, mi pequeña Elanor, sentada en el patio, esperándome; es preciosa como un día de verano, ¿sabéis? Ningún hombre ha tenido novia más hermosa. —Se retorció y acercó más la cara a la de Josse—. Y, en nuestra cama, cuando apagamos las velas, milord... Si os digo que no he dormido una noche entera desde que mi Elanor y yo nos casamos, sé que no os harán falta más detalles para formaros una imagen.

¿Estaría loco? Josse se sintió extrañamente intranquilo, como si estuviese en presencia de la locura y de la maldad.

—Basta, Milon —ordenó—. De nada os servirá. Vuestra esposa Elanor d'Arcy vino al convento como postulante, con una identidad falsa, haciéndose pasar por una tal Elvera. Se reunió con su prima Gunnora que, una vez muerta Dillian, era una amenaza para que heredara la fortuna de Alard de Winnowlands.

—¡No! —protestó Milon—. ¡Oh, no!

—Entre vosotros dos —continuó Josse, inflexible— planeasteis y llevasteis a cabo el brutal asesinato de Gunnora. Cuando yo llegué, Elanor se espantó y, temiendo que os descubriera, la estrangulasteis. —Tan cerca de un hombre que había eliminado sin piedad a dos mujeres indefensas, Josse perdió los estribos. Zarandeo a Milon como haría un terrier con una rata, y gritó—: ¡Cabrón! ¡Asqueroso cabrón asesino!

Chillando por el dolor que le causaban los dos brazos retorcidos en la espalda, Milon se revolvió como un pez atrapado en el anzuelo y se liberó de las manos de Josse. Se volvió hacia él con rostro enfurecido y chilló:

—¡No me llaméis asesino!

Y se desplomó, sollozando.

Capítulo catorce

Atónitos y sin mediar palabra, Josse y el hermano Saúl observaron a Milon. Entonces, Saúl dijo:

—Supongo que deberíamos llevarlo a la abadía, milord. No hay ningún lugar aquí en el valle donde podamos guardar a un prisionero.

«Un prisionero, sí —pensó Josse—. Eso es a partir de ahora. Y, una vez que lo hayan juzgado y condenado, su encarcelamiento tendrá un único final».

—Levantémoslo —dijo, y él y Saúl lo cogieron cada uno de un brazo.

Cuando lo ponían en pie se desgarró la fina y delgada tela de la camisa del joven, y Josse experimentó de nuevo la dolorosa mezcla de emociones encontradas. Tan ufano de su aspecto, tan preocupado por su ropa elegante... y ahora no era más que un ser lastimoso, sucio y maloliente, con la atrevida túnica llena de cardos y manchada de hierba y una manga de la camisa casi arrancada...

Enojado consigo mismo —¡al fin y al cabo el mozo había cometido dos asesinatos!—, Josse tuvo que luchar nuevamente contra la compasión.

Así pues, ascendieron a la abadía. Milon no se resistía e iba tan silencioso como si caminase en sueños.

Rompía el alba cuando encerraron a Milon. Saúl había sugerido que lo metieran en una cámara de la cripta, debajo de la enfermería; la cámara, aunque vacía, contaba con un sólido candado.

El joven no habló hasta que descendieron los escalones hacia la húmeda cripta; pero, en cuanto la oscuridad los envolvió, empezó a emitir un agudo chillido, un sonido horrible que puso de punta los pelos de la nuca de Josse.

—Una luz, hermano Saúl —ordenó en tono hosco—. No podemos encerrarlo aquí en la más absoluta oscuridad, como a un animal.

Saúl fue en busca de una antorcha, la encendió y la introdujo en un soporte en la pared del pasaje.

Sin embargo, la puerta de la celda de Milon sólo tenía una rejilla a la altura de los ojos, por lo que le llegaría muy poco de la cálida y consoladora luz.

—¿Está limpia? —preguntó Josse en tanto Saúl cerraba con la pesada llave.

Con un ligero deje de reproche, Saúl contestó:

—Lo está, milord. La abadesa Helewise no permite que hagamos mal los quehaceres en ninguna parte de la abadía.

Josse le tocó el brazo a modo de disculpa, tanto por haber sugerido que la celda pudiese estar sucia como por la acusación subyacente de que, si lo estaba, el hermano Saúl pudiera haber metido allí a un prisionero.

Prisionero.

La palabra no dejaba de retumbarle en la cabeza.

—Si ya no me necesitáis, milord —Saúl intentó en vano contener un bostezo—, ¿me permitís ir a dormir unas cuantas horas?

—¿Qué? —Su voz hizo que Josse abandonara los inquietantes caminos que su mente había estado recorriendo—. Claro, hermano Saúl, y muchas gracias por vuestra compañía y vuestra ayuda en esta larga noche.

Saúl inclinó la cabeza.

—No diré que fue un placer, milord. Pero, de todos modos, de nada. —Hizo una pausa y Josse estuvo seguro de que tenía algo más que decir—. Es culpable, ¿verdad, *sir* Josse? ¿Sin la menor sombra de duda?

—No soy yo el que tiene que juzgarlo, Saúl —respondió Josse con suavidad—. Será juzgado por un tribunal. Mas a mí no me cabe la menor duda.

El hermano Saúl asintió con la cabeza.

—Eso me temía. Lo ahorcarán —dijo en tono desolado.

—¡Es casi seguro que mató a dos mujeres jóvenes, Saúl! ¡Monjas que no le habían hecho más daño que evitar que consiguiera una fortuna!

—Lo sé, milord —manifestó Saúl con dignidad—. Es sólo que...

No acabó. Suspiró como si el asunto sobrepasara su capacidad de comprensión, levantó una mano a modo de despedida y regresó al refugio en el valle.

Tras un momento de indecisión, Josse entró en el claustro y se sentó a esperar a la abadesa.

Sería una larga espera, lo sabía, pero no tenía nada más que hacer.

Helewise lo vio al ir a su despacho después de primas.

Se encontraba en el suelo, sentado en un rincón, y, aunque su postura parecía terriblemente incómoda, dormía a pierna suelta.

Su anguloso rostro estaba pálido, y profundas arrugas lo surcaban desde la nariz hasta las comisuras de los labios; tenía las espesas cejas juntas y el entrecejo fruncido, como si aun en sueños lo persiguieran las preocupaciones. «Pobre hombre —pensó la abadesa—. Qué noche la suya».

Mientras iba a misa en la iglesia le habían dado la noticia de la detención de Milon d'Arcy: el hermano Saúl había hablado con el hermano Fermín, y éste le había llevado la información en seguida.

Había tenido que hacer acopio de casi todo su dominio de sí misma para proseguir con las devociones, cuando todo lo mundano en ella —y había mucho— la impulsaba a ir directamente a la cripta y exigir respuestas al asesino.

Ahora, sin embargo, se alegraba de haberse obligado a rezar. La dignidad, el poder y el ambiente de la iglesia de la abadía siempre la conmovían a primeras horas de la mañana, momento en que obtenía mayor consuelo y fuerza. Quizá por esto en el primer servicio del día se sentía más cerca del Señor. A menudo pensaba que tal vez Dios también disfrutara de la inocencia del mundo al iniciarse un nuevo día. Que,

como la abadesa —si es que la comparación no resultaba demasiado sacrílega—, gozaba de la pureza de la mañana, antes de que pudieran mancillarla las preocupaciones de quienes poblaban sus dos dominios, el de Dios, tan vasto, y el de ella, tan pequeño.

Más animosa, más fuerte por haber comulgado con el Señor, atravesó el claustro, se acercó a Josse y le tocó el hombro.

Él se despertó de golpe; su mano se dirigió hacia donde sin duda solía llevar la espada, y miró a Helewise con expresión amenazadora.

Al ver quién era, se relajó.

—Buenos días, abadesa.

—Buenos días, *sir* Josse.

—Os lo habrán contado. —Era más una afirmación que una pregunta.

—Sí. Vos y el hermano Saúl habéis obrado bien. Os felicito por lo certero de vuestra predicción. Dijisteis que Milon regresaría en busca de la cruz, y así fue.

—No sabemos con seguridad a qué vino. —Josse se estiró y soltó un enorme bostezo al hablar, recordando taparse la boca a medio bostezo—. Disculpadme, abadesa.

—No hay cuidado. ¿Cuándo hablaremos con él?

Josse se puso en pie y se rascó la barba de un día.

—¿Qué os parece ahora mismo?

Helewise no se había dado cuenta de que había estado conteniendo el aliento y, con un inmenso alivio, pues no creía haber sido capaz de aguantar un retraso, dijo:

—Muy bien.

Mientras bajaban a la cripta, percibió en él una nueva tensión. Estaba a punto de hablar, cuando se percató del ruido.

¿Sería esto lo que inquietaba a Josse? No era de sorprender. El sonido era horrible, como el de un animal pillado en una trampa; contenía dolor, mas predominaba la desesperación.

Como si él también precisara luz en este lugar súbitamente terrible, Josse cogió una antorcha del soporte en la pared y, sosteniéndola con la mano izquierda mientras abría la puerta de la improvisada cárcel, la llevó consigo cuando entraron en la celda.

Aunque se encontraba encogido en un rincón del fondo, Helewise lo vio de inmediato. La luz de la antorcha lo bañó y su rostro se relajó. Esbozó una sonrisa, una sonrisa que desapareció al momento, pues, en cuanto vio quién la acompañaba, lanzó un gemido y se dejó caer de nuevo contra la pared, como si intentara que se lo tragara la tierra.

Helewise miró por encima del hombro y vio que Josse había apoyado la espalda contra la puerta y parecía desafiar al preso a retarlo. Su cara, a la luz de la antorcha, resultaba severa. Ahora veía, pensó la abadesa, al hombre de acción, al emisario del

rey que se aseguraba de que un sospechoso de asesinato no intentara fugarse.

El joven se había sentado con las piernas dobladas, pegadas al pecho, y la cabeza apoyada en las rodillas. Josse avanzó y, con una gentileza que la sorprendió, le dijo:

—Milon, levantaos. La abadesa Helewise ha llegado y debéis mostrarle vuestro respeto.

Lentamente, el joven hizo lo que se le ordenaba. Por primera vez, Helewise se encontró cara a cara con el marido de la difunta postulante, Elanor d'Arcy, conocida en esta comunidad como Elvera.

No sabía qué esperaba, aunque no era este joven de rostro pálido con la elegante y fina ropa manchada de lodo y rota, y en cuyos ojos se veía una expresión que, si bien no sabía interpretarla todavía, le heló la sangre.

Un joven que a todas luces había estado llorando.

Como no encontró un modo mejor de empezar, la abadesa preguntó sin ambages:

—¿Matasteis a vuestra esposa, Milon?

Oyó una breve exclamación a su espalda. Al parecer, Josse no aprobaba un interrogatorio tan franco; pero, tras un momento de tensión, Milon asintió lentamente con la cabeza.

—¿Y por qué lo hicisteis? —continuó ella con el mismo tono tranquilo.

—No pretendía hacerlo —susurró Milon. Sollozó, se sorbió los mocos y se limpió la nariz con la manga. Miró a Helewise y respondió con voz apremiante—: Vino a mí esa noche, a nuestro lugar secreto. Como siempre lo hacía los miércoles. Yo la esperaba esas noches en la cama que había preparado para nosotros entre los matorrales. Nos acostábamos juntos hasta que despuntaba el alba, y ella regresaba corriendo al dormitorio y fingía dormir cuando tocaban maitines.

—Prima —lo corrigió automáticamente Helewise.

—¿Eso era? —Milon le dirigió una fugaz sonrisa, incongruente en ese horrible lugar—. Ella dijo que eran maitines.

—Bueno, era una recién llegada al convento, —¡Santo Dios, qué difícil, este interrogatorio!—. Así que fue a veros esa noche, Milon, y vosotros... vosotros estuvisteis juntos.

—Hicimos el amor —manifestó Milon—. Hacíamos mucho el amor desde que nos casamos. —Esa fugaz sonrisa otra vez—. Antes de eso, lo hicimos una vez, aunque no se lo dijimos a nadie. Muchas, muchas veces desde que éramos marido y mujer, y cuando podíamos. Ella estaba encinta. —En su voz se percibía el evidente orgullo—. ¿Lo sabíais, abadesa?

Ésta asintió con la cabeza.

—Sí, Milon, lo sabía.

—Qué maravilla, ¿verdad? —prosiguió Milon a toda prisa—, que estuviese encinta tan pronto después de nuestra boda. Claro que no se lo dijo a Gunnora. Ni

siquiera le dijo que estábamos casados. Así que, aparte de mí, no había nadie con quien conversar de lo feliz, lo emocionada que se siente. —Frunció el entrecejo—. Qué triste. Siempre necesita compartir con alguien las cosas buenas que le ocurren. Por eso le cuesta... le costaba tanto estar en la abadía. —Miró alrededor como si acabara de recordar dónde se hallaba—. Estar aquí —añadió en un susurro.

Helewise se preguntó si Josse se había percatado también de la confusión entre el presente y el pasado. Se volvió hacia él y notó que su profunda mueca de desaprobación se había aligerado y que, mezclada con la indignación y la ira, había compasión.

«Sí —pensó—. Lo ha notado. Y, como yo, lucha entre condenar a este mozo por lo que ha hecho y sentir compasión por la fragilidad de su estado mental».

No obstante, no era el momento indicado para que la compasión predominara sobre la justicia.

—El hijo... el hijo vuestro y de Elanor... habría sido rico, ¿verdad? —inquirió—. Habría nacido rico.

Milon volvió a asentir con la cabeza.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Habría nacido con cuchara de plata! Por eso fue, ya lo veis. —Entusiasmado, miró de Helewise a Josse, como si les pidiera comprensión—. Al principio sólo pensamos en nosotros mismos, no lo niego; creíamos que era muy injusto que, con Dillian muerta, el viejo bobo estuviese pensando en cambiar su testamento y dejárselo todo a Gunnora. ¡Y ella ni siquiera quería sus riquezas! —Abrió la boca, como diciendo: ¡imaginad!—. ¡Qué estupidez! Odiaba la riqueza y todo lo que tuviera que ver con la riqueza. Por eso ella tuvo que venir aquí... Formaba parte de su plan. Iba a...

Josse lo interrumpió.

—Y no soportabais que la riqueza del tío de Elanor fuera a parar a la abadía de Hawkenlye, ¿verdad? Así que la matasteis.

—¡No! —La negación contenía tal grado de angustia que Helewise empezó a pensar que tal vez su intuición no la había engañado.

—No tiene sentido que sigáis negándolo cuando... —empezó a decir Josse, furioso.

—*Sir Josse*, por favor —le pidió Helewise y, con visible esfuerzo, él se contuvo.

Ella se volvió hacia Milon.

—Así que Elanor se hizo pasar por la postulante Elvera, entró en el convento y se encontró con su prima. ¿Cómo explicó su presencia?

Milon sonrió.

—Le dijo que era por una apuesta. Que yo le había apostado una moneda de oro a que no podría hacer que creyeran que de verdad quería ser monja, y ella había dicho que sí podía y que me lo demostraría. Claro, dijo que no sería por mucho tiempo, que

pronto fingiría haber cambiado de parecer y se marcharía. ¡Antes de que amenazaran con cortarle el cabello, eso, seguro!

Su risa, alegre, feliz, como si no tuviera un solo problema, se le antojó a Helewise casi tan horrible como sus gemidos.

La miró a los ojos, como si le confiara un gran secreto.

—Tiene un cabello precioso, ¿verdad?

Por suerte para Helewise, que en ese momento se sentía incapaz de continuar, Josse tomó la palabra.

—¿Y Gunnora creyó esta estúpida broma? —Diríase que no daba crédito a sus oídos—. ¿No le pareció muy irreverente, cuando ella misma estaba a punto de pronunciar sus votos?

Pero no lo estaba, pensó Helewise, y empezaba a entender por qué.

—Sí —dijo, con un suspiro—. Gunnora se tragó el cuento. Creyó todo lo que le decía Elanor, ¿verdad, Milon?

—Sí. —Milon sonreía con picardía—. Le siguió la corriente. Le pareció tan gracioso como a Elanor.

—Pero la presencia de Elanor aquí tenía un motivo mucho más siniestro —comentó Josse—. Vos y vuestra esposa planeabais matar a Gunnora.

—¡Ya os he dicho que no fue así! —exclamó Milon—. Sólo queríamos que fuera nuestra amiga, caerle bien para que, cuando recibiera el dinero de su padre, nos lo diera a nosotros y no a la abadía.

—¿Creíais que lo necesitabais más que la abadía? —dijo Helewise con una buena dosis de ironía.

Milon se volvió hacia ella.

—No —contestó, con expresión ofendida—. No fue por eso.

—¿Entonces, por qué? —exigió saber Josse.

Milon miró nuevamente a sus dos interrogadores. La atormentada expresión de sus ojos entornados le recordó a Helewise un animal salvaje arrinconado por perros de caza.

Pero Milon hizo entonces acopio de los últimos vestigios de orgullo que conservaba en una reserva insospechada, se enderezó, cuadró los hombros y alzó la barbilla.

—Porque soy su hijo —explicó con tranquila dignidad.

Se produjo un silencio absoluto en la fría y pequeña estancia.

—Su hijo —repitió Josse.

La mente de Helewise saltó a un asunto crucial. «Una tontería —se dijo—, cuando hay tanto en juego».

—Vuestro matrimonio no era legal, si *sir* Alard era realmente vuestro padre. Están prohibidos los enlaces entre primos hermanos.

Milon bajó los ojos.

—Lo sé, pero Elanor no lo sabía. No quería angustiarla cuando nos queríamos tanto. Casarnos fue lo único que podíamos hacer... No nos habrían permitido estar juntos si no nos casábamos. Así que nunca le dije quién era yo de verdad.

—¡Pero *sir* Alard se lo debería haber dicho! —protestó Josse—. Dios Todopoderoso, ¡debió ser más responsable, y no dejar que esa boda se celebrara! Aunque vosotros la desearais.

Milon aguardó a que acabara de dar rienda suelta a su furia. «Josse debe de estar fuera de sí para blasfemar así», pensó Helewise, aunque la provocación lo hacía comprensible.

—Alard no pudo habérselo dicho porque él mismo no lo sabía.

—Entonces, ¿cómo lo sabéis vos?

—Mi madre me lo dijo. Cuando se estaba muriendo quiso tenerme a su lado. —Le dirigió una breve e irónica sonrisa—. Eso no les gustó nada a mis hermanos, que siempre me han tenido celos. Yo era diferente. Mi aspecto era diferente y mi madre siempre me prefirió. Aun cuando se unían todos contra mí, ella me cuidaba. —Milon suspiró y luego, como si regresara al presente, continuó—: No le quedaba mucho tiempo de vida, todos lo decían, así que hice lo que pedía y subí a su dormitorio. —Frunció la nariz—. Apestaba. Ella apestaba. No me gustaba estar allí, quería regresar con Elanor, pero cuando mi madre me dijo que tenía que ir a buscar a mi padre y le dije: «Sí, voy a buscarlo», ella me cogió del brazo y me dijo que no se refería a él, sino a mi verdadero padre.

—Habría sido una gran sorpresa —comentó Helewise sin inflexiones.

—¡Oh, sí! Muy grande. Claro que, cuando lo entendí, me di cuenta de que explicaba mucho de lo que había ocurrido durante mi infancia. Entonces me interesé y le pedí que me hablara de él... de mi padre.

Helewise se imaginó la escena. La mujer moribunda, deseosa de compartir con su hijo preferido un secreto largo tiempo guardado. Y el hijo que la escuchaba, no por amor, sino porque le «interesaba».

—Me dijo: «Ve, encuéntralo y sácale tu herencia» —explicó Milon—. Estaba muy amargada, ¿sabéis? Siempre lo había estado, pero hasta entonces no supe por qué. Por lo que dijo... y dijo mucho para una moribunda, creedme... me figuré que se había imaginado que tener un hijo con un rico la consolaría, que mejoraría su estado aunque no se casara con él. Y, cuando el hijo resultó varón, fue aún más importante, pues el hombre sólo tenía hijas. Pero no sucedió así. Ni siquiera consiguió contárselo... Él le devolvió todas sus cartas sin abrir. Según mi madre, no quería que su esposa, *lady* Margaret, supiera que había tenido relaciones con otra mujer. Ella... mi madre... no pudo insistir porque, si armaba demasiado escándalo, su marido se enteraría. ¡Y sólo se había acostado con Alard una vez!

«¡Qué relato! —pensó Helewise—. Dios Santísimo, qué relato de avaricia y deshonra».

Sin embargo, no todo estaba dicho.

—¿Así que vuestra madre os ordenó que tratarais de obtener lo que, según ella, os era debido? —inquirió—. Habiéndoos dicho adonde ir, ¿os dejó que os anunciarais vos mismo, sin más?, ¿para convencer a *sir* Alard de que erais su hijo?

—Sí. —Milon sonrió ligeramente—. Intimidante, ¿verdad? Si, como dijo mi madre, sólo se había acostado con ella una vez, ¿se acordaría siquiera? Me pareció poco probable. ¿Y si se lo decía y se negaba a creerme? Habría perdido toda posibilidad y sin duda me habría echado y le habría dicho a su maldito criado que no me dejara aparecer nunca más en su puerta. ¡Es que no tenía pruebas!

—Sí, lo entiendo —murmuró Helewise.

—La alternativa... mi plan de casarme con Elanor... era lo mejor que se me ocurría —prosiguió Milon—. Me figuré que era ella o nada. Gunnora no habría mirado a un hombre y Dillian estaba enamorada de Brice. Así que fui en busca de la sobrina de mi padre.

Se interrumpió y el silencio continuó un buen rato, al cabo del cual añadió:

—Pero me enamoré de ella. Ya no se trataba del dinero, o no sólo el dinero. —Su mirada se encontró con la de Helewise—. De verdad la quería.

Al parecer esto exasperó a Josse.

—La amabais tanto que le rodeasteis el cuello con las manos y le quitasteis la vida —espetó—. ¡Bonito amor!

Acaso Josse no se percataba de que Milon lloraba, pero Helewise sí reparó en ello.

—¿Podéis decirnos lo que sucedió, Milon —preguntó con gentileza—, la noche en que Elanor murió?

El joven levantó el rostro mojado y la miró.

—Habíamos estado haciendo el amor, como he dicho. Con cuidado porque estaba encinta, pero fue tan bueno como siempre. Luego, después, empezó a hablarme de él, de *sir* Josse. —Diríase que se había olvidado de que Josse se hallaba en la celda con ellos—. Le tenía miedo, miedo a sus preguntas sobre Gunnora, y quería que yo la dejara irse conmigo en ese mismo momento, pero le dije que no, que sería peor, que lo único que tenía que hacer era aguantar y seguir negándolo todo. Entonces dijo que no podía, que estaba cansada y harta y que me necesitaba, y me enojé con ella, ¡porque ya casi lo habíamos conseguido! Mi padre estaba a punto de morir y todo acabaría muy pronto; ella heredaría y podríamos irnos y vivir felices para siempre jamás.

«Felices para siempre jamás —pensó Helewise. Como en un cuento de hadas». Qué adecuado, considerando que el hombre y su esposa eran como un par de críos.

—Os enojasteis —repitió—. Perdisteis los estribos.

—¡Me asustó oírle decir que quería contárselo todo! ¿Qué habríais pensado? Él no habría creído que yo no la maté, ¡ninguno de vosotros lo habría creído!

—Pero sí la matasteis —profirió Josse con frialdad—. La estrangulasteis.

Milon dejó escapar un suspiro exasperado.

—¡Sí, lo sé! No pretendía hacerlo, pero me dejé llevar por la ira. Sólo trataba de evitar que gritara tan fuerte. Pero no me refería a Elanor. No hablo de Elanor.

En su interior, Helewise lanzó una exclamación, una moderada exclamación de triunfo. «Lo sabía —pensó—. ¡Lo sabía!». Y se preguntó lo que estaría pensando Josse.

—Elanor —murmuró Milon, sonriendo y canturreando—. Es mi esposa, ¿sabéis? —declaró a la estancia—. Mi amorosa, lista y bonita mujer. Va a tener mi bebé. Voy a regresar a casa con ella, pronto, muy pronto, y va a llevarme a la cama y darme calor otra vez. Va a encender todas las velas y hacer desaparecer la oscuridad y las sombras.

Helewise se obligó a hacer caso omiso.

¿Se habría dado cuenta Josse? ¿Sabría, antes de exigir a Milon que le contestara, cuál sería su respuesta?

—Milon —dijo con suavidad—. Milon, escuchadme. Si no hablabais de Elanor, ¿de quién hablabais?

—Quería decir... —Milon le habló como si fuera una niña corta de entendederas — que no maté a Gunnora.

Helewise dio unos pasos atrás, y Josse tomó la palabra.

«No aguanto más —pensó la abadesa mientras Josse se hacía cargo del interrogatorio—. No soporto ver cómo lanza tan brutalmente estas palabras a alguien que ya está quebrado. Además, sé que, aunque *sir* Josse siga hasta las Navidades, Milon no cambiará su historia. Porque nos está diciendo la verdad y tenemos que buscar al verdadero asesino de Gunnora».

—¿Nos pedís que creamos —decía Josse con profundo sarcasmo que, si bien reconocéis que vos y Elanor tramasteis separar a Gunnora de su herencia, sois inocente de su asesinato? ¿Cuando sabemos que os encontrabais en las inmediaciones en el momento de su muerte y cuando murió a unos palmos de vuestro escondite secreto? ¿Con las marcas en los brazos de cuando Elanor la sostuvo, y el tajo en el cuello que vos le hicisteis con ese gran cuchillo vuestro? Milon, ¡no tenemos tan poco sentido común!

—¡Es cierto! —gritó Milon por cuarta vez—. ¡Estaba muerta cuando la encontramos!

—¿Nos estáis diciendo que vos y vuestra esposa... ¡sus propios primos!... la encontrasteis tumbada y con el cuello cortado y no hicisteis nada por ella?

—¡Estaba muerta! ¿Qué podíamos hacer?

—¡Podrías haber corrido en busca de ayuda! ¡Haber ido a llamar a los hermanos del santuario, haber subido a la abadía y alertado a la abadesa! ¡Haber cubierto a la pobre moza! ¡Cualquier cosa!

—Pero habrías pensado que nosotros la matamos —protestó Milon.

De repente, Helewise evocó la imagen del cuerpo de Gunnora. Las faldas, tan cuidadosamente dobladas.

—Elanor la arregló. Arregló las faldas de Gunnora, como nos enseñan a las monjas a doblar la ropa de cama, y luego le untó los muslos de sangre... ¿verdad? —dejó escapar.

Milon se volvió hacia ella. Diríase que había palidecido aún más. Sus ojos pedían socorro.

—Sí, abadesa. Nos sentíamos mal, ambos nos sentíamos mal, pero ella dijo que, si hacíamos pensar que habían violado a Gunnora, nadie pensaría que nosotros, que sólo queríamos su dinero, la habíamos matado. Si la hubiesen violado y luego asesinado, no podríamos haber sido nosotros.

Meditabunda, Helewise asintió con la cabeza.

—Gracias, Milon. Lo entiendo.

Josse agitaba la cabeza, boquiabierto.

—¿Elanor lo hizo? —preguntó, como si no diera crédito a lo que oía—. ¿La propia prima de Gunnora lo hizo? ¿Levantó y dobló las faldas de la pobre mujer y le untó su propia sangre? ¡Santo Dios! ¿Qué clase de moza era?

—Una moza desesperada —murmuró Helewise.

Una moza que, al recordar las enseñanzas que le daban en el convento —«siempre debéis doblar la ropa de cama así, doblarla de nuevo y otra vez, así»—, había intentado arreglar la ropa de su prima con cuidado, como para apaciguarla.

—¿Qué hay de la cruz? —espetó Josse—. No era la de Gunnora, ni la de Elanor. La de Elanor era más pequeña. ¿La dejasteis caer junto a su cuerpo?

—Sí.

—¿La trajisteis con vos? ¿Dónde la conseguisteis?

—¡No la traje! ¡Era de Gunnora! Tenía que serlo, porque la llevaba en el cuello. Elanor dijo que la quería porque los rubíes eran mejores que los de su propia cruz, pero no dejé que la cogiera. Se dio cuenta, en cuanto se lo dije, que sería una sandez, que si la veían con la cruz de Gunnora sospecharían inmediatamente de nosotros. Así que la tiramos allí. —Se sorbió los mocos—. Para eso he vuelto, por la cruz de Elanor. No la tenía puesta cuando... No la tenía puesta esa noche o, en todo caso, no la encontré. Iba a buscarla de nuevo junto a nuestro escondite; luego iba a seguir el sendero por el que había venido del dormitorio, sin dejar de buscar. No es que esperara de veras encontrarla allí. Iba a ir a la abadía y tratar de entrar en el

dormitorio y luego mirar en su cama. —De pronto pareció desplomarse—. Tenía que conseguirla —añadió en tono cansado—. Habríais sabido quién era si la hubieseis hallado. Y habríais venido a buscarme directamente.

Josse le dio la espalda, regresó a la puerta de la celda y permaneció con los brazos cruzados, el hombro apoyado en la pared y la vista fija en el suelo polvoriento.

Helewise observó a Milon. Al parecer sorprendido ante el súbito cese del interrogatorio, paseó la mirada de Helewise a Josse y de éste a Helewise.

—¿Qué va a ser de mí?

Helewise echó una ojeada a Josse, pero éste no parecía dispuesto a contestar.

—Os quedaréis aquí hasta que acudan el sheriff y sus hombres. Entonces os escoltarán a la cárcel del pueblo y, en su momento, os juzgarán por asesinato.

—No fue un asesinato —musito Milon tan bajo que apenas si se le oía—. No pretendía matarla. La quería. Llevaba mi bebé.

Y rompió a llorar nuevamente.

Capítulo quince

Josse y la abadesa regresaron juntos al despacho. Parecía que ni el uno ni la otra deseaban romper el silencio.

Josse se preguntó si ella experimentaba lo mismo que él. A juzgar por lo que veía de su rostro y por sus hombros hundidos, normalmente alzados, supuso que sí.

Sentía... No habría sabido qué nombre dar a la emoción que ardía en él. Era una mezcla, una mezcla de elementos que no solían casar bien. Ira, sí, ira todavía. Pero también una compasión creciente que minaba la ira. Y, para angustia de Josse, culpabilidad; por más que luchara contra ella, por más que evocara una y otra vez los dos patéticos cadáveres, tenía la incómoda sensación de que al maltratar a Milon, al llevarlo a la abadía y echarlo en la celda, había actuado como un bruto.

Lo que lo perturbaba tanto eran los sollozos del mozo. Maldita fuera, ni siquiera podían llamarse sollozos; no se parecían a ningún sollozo que Josse hubiese escuchado nunca. Era un sonido apagado pero agudo, punzante, como el viento que sopla entre juncos.

Si bien la celda y la cripta habían quedado ya muy atrás, todavía tenía la impresión de oírlo.

Casi habían llegado al despacho cuando rompió el silencio, más que nada para ahogar el eco de ese sonido.

—De todos modos, creo que él lo hizo. Que mató a Gunnora y a Elanor. Diga lo que diga.

Percibió el leve gesto de exasperación de la abadesa.

—No lo hizo —afirmó ella—. Soy la primera en reconocer que sería una buena solución que él fuese el responsable de ambas muertes, pero no lo es.

—¿Por qué estáis tan segura? —exclamó Josse, enojado. ¡Qué mujer tan terca!

—Yo... —Helewise rodeó lentamente el escritorio, se sentó con igual lentitud y le indicó que hiciera lo propio. Josse sospechó que estaba ganando tiempo para ordenar sus argumentos, una idea bastante intimidante—. No cuadra —manifestó por fin la mujer—. Puedo imaginarlo rodeándole el cuello a Elanor y apretando demasiado. Digamos que tiene miedo; está desesperado y preocupado porque parece que su plan se está echando a perder. Y, según él mismo ha reconocido, está enojado con ella. No las tiene todas consigo. Acaban de hacer el amor y esto puede dejar a la gente en una situación emocional muy vulnerable, sobre todo a los jóvenes.

A Josse lo sorprendió que hablara del tema con tal franqueza e igualmente se sorprendió de que lo hiciera con tal precisión.

Se percató de que lo observaba con una ligera luz de ironía en los grandes ojos, como si supiera lo que pensaba.

—Pero —continuó la abadesa—, por mucho que lo intento, no logro creer que le

haya puesto el cuchillo en el cuello a Gunnora y se lo haya cortado de modo tan despiadado y frío.

—Yo sí —exclamó Josse, acalorado.

¿De verdad lo creía? Ahora que ella le presentaba el caso tan racionalmente, empezaba a dudar. ¿Creía en la culpabilidad de Milon, o es que resultaba muy cómodo que el joven hubiese matado a ambas mujeres? ¿Cómodo, porque así no tendría que buscar a otro asesino?

La abadesa interrumpió sus reflexiones.

—¿Podrías comer, *sir* Josse? Es la hora del desayuno.

—¿Y vos? —preguntó Josse, con la vista clavada en sus ojos grises.

Éstos se encontraron con los suyos.

—No, pero voy a obligarme a hacerlo. —Frunció el ancho entrecejo—. Debemos conservar las fuerzas, vos y yo, y no comer no nos va a ayudar. —Dejó escapar un leve suspiro—. Este asunto no ha terminado.

Después de desayunar, Josse bajó a su alojamiento en el valle. Se acostó en el duro jergón y se quedó dormido casi de inmediato. Lo despertó un golpecito en el hombro y vio al hermano Saúl y, junto a él, bastante sucio y con la ropa manchada por el viaje, a Ossie, el mozo de Rotherbridge.

—Lamento despertaros, *sir* Josse —dijo Saúl—, pero el mensajero dijo que era urgente.

Josse se incorporó y se frotó los ojos, que sentía como si alguien les hubiese arrojado un puñado de afilados granitos de arena.

—Gracias, Saúl. —Se puso en pie con dificultad—. Ossie, buenos días.

—Milord —murmuró el muchacho, que se quitó la gorra y la retorció entre las manos.

—¿Tienes un mensaje para mí?

Ossie hizo una mueca de concentración.

—Milord Brice de Rotherbridge manda saludos a *sir* Josse d'Acquin, que se aloja de momento con las hermanas en Hawkenlye. —Hizo una pausa y continuó—: Milord dice que *sir* Josse fue a verlo dos veces mientras estaba fuera de casa. ¿Podría intentarlo una tercera vez, ahora que milord está aquí? —El ceño se profundizó—. Ahora que está allí —se corrigió.

Josse le sonrió.

—Gracias, Ossie. Me has dado bien el mensaje. Sí, iré.

Ossie le dirigió una rápida sonrisa de picardía.

—Iré a decírselo al amo. —E hizo ademán de marcharse.

—Te seguiré en el camino —le gritó Josse.

La curiosidad iluminaba el rostro de Saúl, que seguía allí.

—¿Podéis traerme agua para asearme y afeitarme, hermano Saúl? —le pidió

Josse—. Parece que tengo que hacer otro viaje.

Hizo las ya familiares leguas en buen tiempo; el aire había refrescado, por lo que hacía una mañana muy agradable para montar.

Al cruzar el río donde había vuelto la cabeza con tacto para no presenciar el pesar de Brice, se preguntó cómo se sentiría ahora. ¿Estaría acostumbrándose a la trágica muerte de su esposa? ¿Estaría empezando a creer que existe el perdón para quien se arrepiente de verdad? Con toda el alma Josse deseó que sí, pues no resultaba muy halagüeña la perspectiva de ser huésped de un hombre tan abrumado como Brice aquel día.

Llegó a la casa solariega de Rotherbridge y entró en el patio. No fue Matilde quien salió a recibirlo, sino un hombre bien vestido con prendas sencillas pero de buena calidad, desde la túnica y las calzas hasta las botas. Había en él cierto aire que recordaba a Brice, si bien el cabello de Brice lucía un mechón blanco mientras que el de aquel hombre era todo castaño oscuro.

Debía de ser el hermano. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí.

—Buenos días, milord Olivar —saludó—. He venido por invitación de vuestro hermano Brice... Soy Josse d'Acquin. Vuestro hermano me mandó llamar a la abadía de Hawkenlye, donde me alojo con los monjes en el valle, y...

El hombre sonreía.

—Sé quién sois —lo interrumpió—. Por favor, *sir* Josse, desmontad. Ossie se encargará de vuestro caballo. ¡Ossie!

El muchacho, se dijo Josse, tenía una mañana muy ajetreada; salió de las cuadras, escoba en mano, saludó a Josse con un gesto de la cabeza y se llevó su caballo.

—Venid a tomar algo refrescante —sugirió el hombre.

Lo precedió escaleras arriba y en la gran sala le indicó la silla donde Josse se había sentado la vez anterior, cuando había hablado con Matilde. De ella, por cierto, no había señales; sin duda estaría muy ocupada en la cocina, ahora que el amo y su hermano habían vuelto a casa.

—¿Tenéis idea, milord Olivar, de por qué desea verme vuestro hermano? —preguntó Josse, más para conversar que por un ardiente deseo de saberlo. Obviamente, si lo había mandado llamar, Brice llegaría pronto y se lo explicaría en persona.

El hombre moreno sonrió de nuevo, como si le hiciera gracia un chiste privado. Ofreció a Josse una jarra de cerveza.

—Creo, *sir* Josse, que he de corregiros. Por alguna razón os habéis equivocado. —Levantó su propia jarra a modo de brindis, bebió y añadió—: No soy Olivar, soy Brice.

Josse se sintió impulsado a decir: «¡No es verdad! No es posible. Vi a Brice con mis propios ojos, junto al río, ¡profundamente angustiado por la muerte de su joven

esposa!».

Se contuvo. A todas luces, se había equivocado, había sacado una conclusión precipitada basándose únicamente en pruebas circunstanciales. ¡Mal hecho!

Pero, bueno, si este hombre era Brice, ¿quién era el que lloraba? Se parecían, sí... Podrían muy bien ser hermanos.

—Milord Brice, os pido disculpas —dijo. Brice quitó importancia al asunto agitando la cabeza y sin dejar de sonreír—. Si no es demasiado impertinente, ¿podría preguntaros si vuestro hermano Olivar se parece a vos?

—Eso dicen, sí, aunque yo no lo veo. Ambos somos morenos, sólo que él tiene un mechón blanco, justo aquí —se señaló la parte encima de la oreja izquierda—. Lo tiene desde los quince años. Le creció después de caer del caballo cuando cazábamos. El médico dijo que era por la conmoción, pero yo siempre lo he dudado. Hace falta más que una caída para conmocionar a mi hermano, *sir* Josse.

—Ah. Oh. Sí, ya veo.

Josse meditaba mientras daba las respuestas adecuadas. ¿No era un hombre que se conmocionara fácilmente? Tal vez no, cuando se trataba de fortaleza física. Pero el hombre que Josse había visto junto al río sí que sufría una conmoción. Estaba llorando tanto que parecía que nunca acabaría.

Así pues, Olivar de Rotherbridge tenía el corazón roto y, al parecer, ni siquiera su hermano mayor lo sabía.

—Os pedí que me visitarais porque deseo hacer un donativo a la abadía de Hawkenlye.

—¿Ah, sí? —Con esfuerzo, Josse regresó a la conversación.

—Sí. Pensaba visitar a la abadesa Helewise, pero algunos asuntos aquí en Rotherbridge requieren mi atención y ya llevo demasiado tiempo fuera.

—Claro.

—Estuve con los hermanos de Canterbury —prosiguió Brice—. Haciendo penitencia.

—Sí, lo sé —se sintió obligado a reconocer Josse. No hacía falta que el hombre se castigara aún más dando detalles a un extraño.

Sin embargo, diríase que Brice deseaba darlos.

—Amaba a Dillian —dijo, se inclinó y clavó en Josse una mirada sincera de sus ojos castaños—. Teníamos problemas, como todos los matrimonios, sin duda. ¿Estáis casado? —Josse negó con la cabeza—. Podía llegar a ser caprichosa y demasiado frívola y no atendía a asuntos importantes, pero yo no estoy libre de culpas. Supongo que era demasiado viejo y serio para ella, que en paz descanse, y reconozco que no siempre fui amable con ella.

Lo relataba con una facilidad que, en opinión de Josse, sugería aceptación. De ser así, los azotes de los monjes habían hecho un buen trabajo.

—Murió por un accidente, según me han dicho —comentó Josse.

—Un accidente, sí. Lo sé. Pero fue mi furia lo que lo provocó. Me he confesado y he hecho penitencia. —Esbozó una sonrisa triste como si el recuerdo lo emocionara—. Me han dicho quienes lo saben que seguir echándome cenizas sobre la cabeza sería falta de moderación por mi parte y que sólo debo ponerme el cilicio los domingos.

En esta ocasión, la sonrisa resultó franca, sin cortapisas. A pesar de que se preguntaba si Brice se proponía camelarlo, a Josse le caía bien. Y, si se había ganado el perdón de Dios por la parte que le correspondía en la muerte de su esposa, ¿quién era Josse para condenarlo?

—Mencionasteis un don para la abadía.

—Sí. Os estaba explicando por qué os pedí que vinierais, y es meramente porque, como no puedo viajar a Hawkenlye y no puedo pedir a la abadesa que se desplace hasta aquí, os lo he pedido a vos, *sir* Josse.

Era razonable.

—No tengo nada en contra.

—Bien, en ese caso vayamos al grano. Mi difunta cuñada, Gunnora de Winnowlands, habría heredado la mayor parte de la fortuna de su padre si ella y el viejo hubiesen vivido más tiempo. Él la desheredó cuando entró en Hawkenlye; quería que se casara conmigo... Era un matrimonio sensato. Ambas familias se habrían beneficiado y yo estaba dispuesto, pero ella me rechazó, *sir* Josse. A quien quisiera escucharla le gritaba que prefería ser monja que esposa mía, que mi reputación estaba mancillada, por lo que pude entender. Pero tenía sus motivos. —Brice hablaba como si nada, y Josse no detectó ni dolor ni resentimiento—. Ésa era su explicación —murmuró más para sí mismo que para Josse—, y por Dios que necesitaba una buena. Así que Alard nombró heredera a Dillian. —Volvía a dirigirse a Josse—. Pero, cuando Dillian murió, Alard tuvo que cambiar de idea. Al principio se lo dejó todo a su sobrina Elanor y a ese estúpido niño, su marido, aunque me dicen que estaba a punto de reconsiderarlo. Me imagino que es probable que, *** NO HAY *** muerta Gunnora, habría legado algo a Hawkenlye. Sin embargo, la muerte intervino y su testamento se mantiene sin cambios. Elanor heredará. La espera una buena noticia cuando regrese de visitar a la familia.

Así que en Rotherbridge no sabían lo de la muerte de Elanor. Y ¿cómo iban a saberlo si, para el resto del mundo, la segunda víctima de Hawkenlye era una postulante llamada Elvera? Josse se preguntó un momento quién heredaría la fortuna de Alard. ¿Milon, por ser marido de Elanor? Aunque ¿no existía una antigua ley, una ley del pasado remoto, que prohibía que un criminal se beneficiara de su crimen?

Quedaba por ver cómo se resolvería el asunto.

—Deseo —estaba asegurando Brice— hacer a Hawkenlye un donativo para

compensar en parte lo que les habría legado el padre de mi difunta esposa de haber vivido un par de días más. Es un regalo que hago de buena gana, si bien confieso que los buenos hermanos de Canterbury me lo sugirieron.

—Seguro que lo hicieron —murmuró Josse.

Brice cogió una pequeña bolsa de piel que colgaba de su cinturón.

—¿Podrías dar esto a la abadesa, *sir* Josse? De Brice de Rotherbridge en nombre de sor Gunnora.

—Claro, con gusto.

Josse tendió la mano y Brice dejó caer la bolsita en ella, una bolsita muy pesada.

—¿Cómo avanza la búsqueda de su asesino? —preguntó Brice que, sentado de nuevo, levantó su jarra—. Me dicen que el nuevo rey os ha autorizado a investigar el asesinato.

—Es cierto.

—Me preguntaba por qué Ricardo Plantagenet se preocupaba por un asesinato en el campo hasta que caí en la cuenta. Me figuro que tenéis por misión convencernos de que a Gunnora no la mató uno de los criminales que él ha estado sacando de las cárceles del país.

—Y no la mató uno de ellos. Eso lo sé desde el principio.

—Claro. No me imagino que alguien con un mínimo de buen sentido lo hubiese creído. Los presos de estas partes pueden ser malvados, apestosos, unos casos perdidos, pero pocos son asesinos.

Josse sonrió.

—El problema es que el hombre común que se gasta bebiendo en la posada todo lo que tanto le cuesta ganar no tiene muy buen sentido.

Brice se rió.

—¿Así pues, os quedáis para satisfacer vuestra propia curiosidad?

—Sí.

«Y me falta mucho para satisfacerla», se dijo Josse, cansado.

Estaba bebiendo su cerveza y pensando que era hora de levantarse y regresar a Hawkenlye —no convenía andar en la oscuridad con una bolsa llena de oro en la túnica—, cuando se le ocurrió algo. Quizá no se habría atrevido a preguntarlo, de no ser porque en la última hora él y Brice habían estado conversando largo y tendido acerca de los últimos días de Enrique II y de la posibilidad de que la vida fuese también buena durante el reinado de su hijo. Esto los había puesto en un nuevo nivel de intimidad. Acaso fuese gracias a la cerveza y a la excelente comida que Matilde había servido al mediodía. Fuera como fuese, se lanzó e hizo la pregunta.

—Vuestro hermano, Olivar...

—Mi hermano. —Brice suspiró, estiró las piernas y contempló sus botas. Como si él también se sintiese ya capaz de hablar de asuntos personales, añadió—: Mi pobre

hermano que sufre tanto.

¡Así que sí conocía el pesar de Olivar!

—¿Sufre? —repitió Josse en tono inocente.

—Y cómo. La llora en todo momento. Todas sus esperanzas perdidas, después de tanto esperar y rezar durante más de tres años. —Dejó escapar otro suspiro—. La culpo a ella, aunque sé que no se debe hablar mal de los muertos. Pero era una mujer fría, calculadora, y nunca se sabía si tenía motivos honrados para hacer lo que hacía. Siento reconocerlo, pero yo siempre sospechaba lo contrario. Era una mujer taimada. No entiendo por qué lo atraía, pero lo atraía. La adoraba.

—¿Sus esperanzas?

Josse no entendía de qué hablaba. ¿Acaso Olivar ocultaba un amor secreto por Dillian? ¿Acaso esperaba, aunque sin duda fuese imposible, que un día se la ganaría? No, no podía ser, nadie había sugerido que Dillian fuese fría. Más bien al contrario. Además, si Brice se refería a su difunta esposa, ¿lo haría con tanta indiferencia?

—Sí. —Brice frunció el entrecejo—. Creí que lo sabíais. Creí que os lo habrían dicho. —El ceño se profundizó—. No, claro que no. No lo sabían. Nadie lo sabía, sólo nosotros tres.

—Tres. —Brice, Olivar y...

—Se lo ocultaron a todo el mundo. Yo sólo lo supe porque Olivar me lo confió. Creo que se sentía mal porque ella me rechazó. ¡No es que me importara! —Soltó una breve carcajada—. Sólo hirió mi orgullo. Estaba dispuesto a casarme con ella, como ya os he dicho. Pero, para ser sincero, nunca me agradó.

—Tres —reiteró Josse. Ojalá no hubiese bebido tanta cerveza. Ahora que necesitaba todo su ingenio, tenía la mente hecha un lío.

—Sí. —Los oscuros ojos de Brice se volvieron a posar en él—. Mi hermano, yo y, naturalmente, ella. —Entonces, como si a Josse pudiera quedarle alguna duda, agregó—: Gunnora.

Capítulo dieciséis

Como si se diera cuenta de que este nuevo tema significaba que su huésped tendría que soportar un buen rato sentado y escuchándolo, Brice se levantó y volvió a llenar la jarra de Josse.

—Antes de que nos conociéramos —preguntó—, ¿os habíais formado una impresión de Gunnora de Winnowlands?

Josse, que había apartado su jarra silenciosa y discretamente, reflexionó.

—Hasta cierto punto. Por lo que me han dicho, tengo la impresión de que era huraña, manipuladora y carente de calidez.

—Qué perspicaz —murmuró Brice—. Era todo eso. La conozco desde que éramos niños... Las tierras de mi padre lindan con las de Alard y era inevitable que las dos familias intimaran. Gunnora era varios años menor que yo, pero con ella aprendí a bailar, con ella cantaba cuando nos mandaban entonar villancicos para nuestros padres.

—No os resultaba simpática —comentó Josse.

—No mucho. La respetaba, porque era inteligente y, cuando se empeñaba, capaz. Pero... —las tupidas cejas se fruncieron en una expresión de intensa meditación— siempre había en ella un aire de superioridad, como si pensara: «Soy mejor que tú; sólo participo en estas actividades inútiles porque de momento me apetece hacerlo». —Brice echó una ojeada a Josse—. Podía ser cruel. Una de las criadas de su padre se había enamorado de un mozo de las caballerizas... un mozo guapo pero sin seso y varios años menor que ella, y él la abandonó. Fingiendo consolar a la pobre desdichada, Gunnora le dijo que con sus años y su aspecto debería buscarse a alguien de su propia edad.

—Un consejo sabio, ¿no?

Brice sonrió sin humor.

—Por supuesto. Sólo que no se contentó con esto. A continuación le sugirió un hombre adecuado, un viejo bobo medio ciego, gordo, apestoso e indolente. Le dijo que necesitaba que lo cuidaran y que ella, Catherine, como se llamaba la mujer, podía hacerlo.

—Un poco desalmada.

—Más que un poco. Si hubieseis visto a los dos hombres, uno tan atractivo y el otro tan asqueroso... Gunnora dejó claro que consideraba que Cat se parecía más al viejo.

—Empiezo a entender lo que queréis decir. —Qué claro ejemplo de inquina gratuita—. Y Gunnora ¿era hermosa?

Josse la había visto muerta y sus rasgos parecían bastante regulares, pero en un rostro muerto no se ve cómo fue en vida, cuando lo animaban y cruzaban docenas de

emociones y...

—Podría haberlo sido —contestó Brice—. Tenía el cabello espeso y oscuro, la tez perfecta y los ojos grandes y de un azul profundo, como los de su hermana. Pero su barbilla era demasiado pequeña. Esto por sí solo no la habría afeado mucho; sin embargo, no podía pasarse por alto pues se le añadían unos labios siempre fruncidos y apretados.

—La estudiasteis muy atentamente.

De nuevo la rápida sonrisa.

—Se suponía que sería mi esposa.

—Pero estaba enamorada de vuestro hermano y no os aceptó.

Brice meditó un instante.

—Mi hermano sí que estaba enamorado de ella, no cabe duda. En cuanto a ella...

—Parecía no encontrar las palabras indicadas.

—¿Cuándo comenzó todo? —lo alentó Josse. Había observado que la gente a menudo contaba las cosas mejor cuando se le pedía que empezara por el principio.

—Pues, cuando ella cumplió dieciocho años, su padre le dijo que era hora de que se formalizara su compromiso conmigo. Hacía tiempo que mi difunto padre me había convencido de que el matrimonio me convenía, puesto que, en cuanto heredara Rotherbridge, una alianza con Gunnora uniría nuestros dominios a Winnowlands. La sugerencia tenía sentido y yo lo sabía. En cuanto a casarme con Gunnora, no me iba ni me venía. No estaba enamorado de otra mujer, aunque de todos modos esto no habría cambiado nada, y, como he dicho, era inteligente, bonita y capaz. —Miró a Josse con expresión astuta—. ¿Qué más se puede pedir de una esposa?

—Sí, ¿qué más? —murmuró Josse.

—Pero Gunnora se negó rotundamente. Actuó como si fuese una gran sorpresa, y no podía serlo. Luego dijo que no quería casarse conmigo, y, cuando su padre le exigió una razón, dijo que no me quería por marido. Eso no le bastó a Alard, que inició una campaña para hacerla cambiar de opinión. La encerró en su cuarto, amenazó con azotarla, le quitó su ropa bonita y la dejó con pura ropa vieja. Ella lo aceptó todo con una especie de retorcido deleite, como un autocastigo, como si fuese una santa a quien le enseñan el camino del martirio. Era lo bastante lista para darse cuenta de que, si fingía que el castigo satisfacía un extraño y perverso deseo en lugar de obligarla a rendirse del todo, Alard probablemente cedería. Y así sucedió. Alard era un hombre simple, un pobre necio incapaz de vérselas con su hija mayor.

—¿Y creéis que su razón para rechazaros fue que estaba enamorada de vuestro hermano?

Brice puso expresión desconcertada.

—No lo sé. Debía de serlo, ¿no? Dijese lo que dijese de que no quería ser esposa y juguete de un rico... y para entonces yo ya era rico, porque mi padre había

muerto... sus razones tenían que ser más poderosas. ¡Me conocía lo bastante bien para saber que no pretendía convertirla en juguete! —exclamó de repente—. Puede que no la amara, pero la respetaba, y la vida de la esposa de un rico es, os lo aseguro, mejor que la de cualquier otra mujer.

—No hace falta que os esforcéis por convencerme. ¿Por qué no dijo que prefería casarse con Olivar? Si es que él se lo había pedido.

—Lo hizo, y varias veces. Ella le contestó que su padre no lo aceptaría, que sólo aceptaría al hijo mayor, el heredero... eso o nada.

—¿Era cierto?

Brice se encogió de hombros.

—No lo sé. Me figuro que sí. En todo caso, me harté de ese asunto tan exasperante. Una noche de verano llevé a Dillian a pasear a la luz de la luna... Fue después de una celebración familiar, y todos habíamos bebido demasiado para ser discretos. Ella estaba preciosa y los alhelíes perfumaban el aire y un ruiseñor cantaba, sólo para nosotros... —Brice se interrumpió, y una sonrisa se dibujó en su rostro—. Antes de que supiera lo que ocurría, nos estábamos besando. Creo que ella lo instigó más que yo, aunque sea poco caballeroso decirlo. —La sonrisa se profundizó—. Era una moza encantadora, *sir* Josse. Me sentí incapaz de resistirme a ella y no es que me empeñara mucho en ello. Me pareció una buena solución para todos que nos casáramos, y nos casamos. El resto lo sabéis.

La sonrisa desapareció de súbito. Brice dio la espalda a Josse y se apoyó con un brazo en la chimenea. Al observar sus hombros encogidos, a Josse le pareció que sería cruel insistir sobre esa parte de la historia.

Al cabo de lo que se le antojó una pausa adecuada, preguntó:

—¿Fue entonces cuando Gunnora entró en Hawkenlye?

—No. —Brice suspiró—. Ya se había ido. Según ella, era el único modo de evitar que su padre la atosigara. «Voy a ser monja», le dijo, «¡y entonces no tendré que responder ante nadie!». Alard le señaló que tendría que responder ante Dios y la abadesa, y ella le contestó que eso era cosa suya, de nadie más.

—¿Qué sintió Olivar al ver que la mujer a la que amaba se convertía en monja?

—Él me dijo que sólo lo hacía para no tener que casarse conmigo. Visto lo que pasó, fue una tontería. Si hubiese esperado un poco más no habría tenido que preocuparse, porque yo me casé con su hermana. En todo caso, según el plan, ella se quedaría un año en Hawkenlye y luego, llegado el momento de pronunciar sus primeros votos permanentes, diría que había cambiado de opinión. Iba a empezar su vida de monja llena de devoción y entusiasmo y poco a poco se mostraría menos dispuesta a colaborar, menos obediente. Estaba segura de que, si lo hacía así, la abadía estaría encantada de deshacerse de ella.

Y lo logró, pensó Josse. Con brillantez.

—¿Entonces iba a regresar y encontrarse con Olivar?

—Ésa era la idea. Había adivinado lo que sucedería aquí, que, una vez fuera ella, yo me casaría con Dillian. Quizá hasta supiera que a Dillian le agradaba la idea. Probablemente se diera cuenta de ello... No se le escapaban muchas cosas.

Josse se repantigó en su silla. Santo Dios, pensó, Brice tenía razón al decir que Gunnora era manipuladora. ¿Cuántas vidas había afectado, afectado profundamente, con sus tramas? Su padre, su hermana, Brice, Olivar; esto sin hablar de la abadesa y sus monjas, que la habían recibido de buena fe, habían creído en su vocación y hecho todo lo posible para que se adaptara a la vida religiosa.

Josse estaba empezando a comprender que alguien le hubiese cortado el cuello.

—Pero ahora está muerta —decía Brice— y mi hermano tiene el corazón destrozado.

—¿Se encuentra en casa vuestro hermano?

—Lo estaba. Fue conmigo a Canterbury. Fue todo un pilar para mí durante mis tormentos. Me acompañó a casa de nuevo, pero parecía intranquilo. Creo que nuestra estancia en Canterbury le proporcionó tanto consuelo como a mí, acaso más. El nuevo santuario de Santo Tomás es muy conmovedor... ¿Lo habéis visto?

—Todavía no.

—Lo recomiendo a cualquiera que esté angustiado. Sea como sea, Oliver dijo que iba a regresar a Canterbury. Lo alenté... Un hombre ha de aceptar todo el consuelo que se le presente.

—Amén.

Siguió un corto y meditabundo silencio. Al repasar todo lo que había averiguado —tanto como era capaz de hacerlo después de tanta cerveza—, Josse supo que había algo que tenía que preguntar. ¿Qué era?

Puso la mente en blanco, cosa que no le costó nada, y una imagen se presentó en su mente. ¡Sí, eso era!

—Vuestra esposa tenía una cruz, una costosa joya con rubíes, ¿verdad?

—Sí. Alard dio una a ambas hermanas; eran casi idénticas. Y a su sobrina Elanor le dio una algo más pequeña.

—Sí. ¿Puedo ver la cruz de Dillian?

Brice pareció sorprenderse.

—Si lo deseáis. Venid conmigo.

Precedió a Josse hacia una escalera al fondo del salón y apartó un tapiz que colgaba en el umbral. La escalera, profundamente encajada en la pared, ascendía en espiral. Detrás de él, Josse pasó bajo un arco y se encontró en lo que era a todas luces una alcoba femenina, amueblada sencilla pero adecuadamente. Diríase que no la habían limpiado últimamente: el cubrecama sobre el colchón de lana estaba bien alisado y derecho, pero en el rincón había un par de pequeños zapatos de suave piel,

uno de ellos de lado. La tapa de un baúl de madera estaba ligeramente alzada y de ella salía un trozo de seda de mucho colorido y abundante fleco. ¿Sería un chal? La habitación bien podría haber sido abandonada hacía poco, a la espera de que su ama regresara.

A Josse le resultó extrañamente conmovedor.

—Guardaba sus joyas en esta cosa. —Brice levantó una caja tapizada en terciopelo raído y con cuentas de vidrio engastadas—. Es lastimoso, pero estaba muy encariñada con ella. Se la había regalado una vieja nana. Yo le compré eso —indicó un amplio y hermoso cofre plateado que se hallaba en el suelo junto al baúl—. Me dio las gracias y me dijo con alegría que guardaría sus guantes allí.

Sonriente, abrió la caja de terciopelo.

En su interior había un collar de perlas, un zafiro engastado en un broche, cuentas de ámbar y cuatro o cinco anillos. Había también una diadema de oro, muy sencilla de no ser por su decoración: dos corazones hechos con diminutas perlas.

—Le di eso para nuestra boda —susurró Brice y lo acarició con un dedo.

Parecía haber olvidado a qué habían subido, él y Josse.

Josse, sin embargo, no lo había olvidado y no le sorprendió en absoluto que la cruz no se hallase en la caja. Sabía dónde estaba.

—No hay cruz —comentó.

Brice se sobresaltó.

—¿Eh? ¡Santo Dios, tenéis razón!

Empezó a hurgar entre las joyas, como si la cruz pudiese estar escondida. Luego dejó la caja y cogió el cofrecito de plata; sacó violentamente los guantes, lo puso boca abajo y lo agitó.

—No os preocupéis, milord Brice —se apresuró a detenerlo Josse, pues los cofres de plata no estaban hechos para ser maltratados—. Creo saber dónde se encuentra la cruz de rubíes.

Brice se volvió hacia él, enfurecido.

—¿Entonces, para qué me hicisteis subir a buscarla?

—Me disculpo. Hasta ahora no estaba del todo seguro. —Mentía, mas Brice no tenía por qué saberlo—. Encontraron una cruz junto a Gunnora, y la abadesa y yo creemos que pertenecía a vuestra difunta esposa.

—Pero os he dicho que Gunnora tenía una también. Seguro que era la suya la que estaba a su lado.

—No, había dado la suya a la abadesa para que se la guardara.

Brice negaba lentamente con la cabeza.

—¿La cruz de Dillian? ¿La cruz de Dillian, encontrada junto a Gunnora? ¡No tiene sentido!

A Josse, sin embargo, se le ocurría que sí lo tenía.

—¿Quién más sabía dónde guardaba sus joyas?

—Cualquiera que la conociera bien. Su hermana, su criada, yo, por supuesto.

—¿Su prima? —Josse apenas se atrevía a plantear esta pregunta.

—¿Elanor? Sí, supongo que sí. Venía con cierta regularidad a Rotherbridge y ella y Dillian pasaban horas aquí en su dormitorio. —Brice había cogido la diadema de oro y le estaba dando vueltas en las manos—. Se puso esto sobre el velo. Estaba preciosa, tan entusiasmada...

Josse ya había averiguado todo lo que necesitaba saber. Algo lo impulsaba a regresar cuanto antes a Hawkenlye. Ya se había quedado más tiempo del que debía e iba a tener que apresurarse para llegar antes del anochecer.

Brice seguía sumido en sus recuerdos. Josse se sentía culpable, pues su presencia era la que provocaba el ensueño del hombre; sus preguntas, las que lo habían devuelto al dolor del pasado reciente.

—Milord Brice, lo lamento, pero tengo que despedirme de vos. Es largo el camino de regreso a Hawkenlye y, como llevo vuestro donativo, me gustaría llegar antes de que oscurezca.

Brice se volvió hacia él.

—¿Donativo? Ah, sí, claro. —Brice recuperó los modales que le habían inculcado en su niñez—. Permitid que os acompañe hasta vuestro caballo. ¿Puedo ofreceros algo para refrescaros y que os sostenga durante el viaje?

«He bebido más que suficiente», pensó Josse. Aun así, era sorprendente cómo se le había despejado la mente.

—Gracias, pero no —dijo.

Tras montar, se agachó y le tendió la mano a Brice.

—Gracias, milord. Haré que os devuelvan la cruz de vuestra difunta esposa.

Brice asintió con la cabeza.

—Os lo agradezco.

Mientras Josse hacía girar su montura, Brice le gritó:

—¿Lo encontraréis, al hombre que asesinó a Gunnora?

—Creo que ya lo he encontrado.

Durante todo el camino de regreso a Hawkenlye estuvo pensando: «¡Tiene que ser él! Milon mató a Gunnora, como he dicho una y otra vez. ¡Todo encaja! Desde un principio supo que tendría que hacer que el asesinato pareciera una violación o un robo, o ambos, así que ordenó a Elanor que se hiciera con la cruz de Gunnora para poder dejarla caer junto al cuerpo. Pero Elanor fue un poco más allá... Acaso creyó que le resultaría demasiado difícil conseguir la cruz de Gunnora estando en Hawkenlye, así que robó la de Dillian antes de marcharse. Le habría sido fácil sin duda ir a la habitación de su difunta prima».

Maldita sea. Se dio cuenta de que debería haber preguntado a Brice si había

tenido lugar una visita póstuma de la prima.

«Seguro que sí —concluyó—. Si no, ¿cómo es posible que la cruz de Dillian acabara al lado del cadáver de Gunnora?».

Esos dos eran más astutos de lo que se había imaginado, se dijo. Milon y Elanor parecían dos niños que se queman las manos al jugar con el fuego del mundo adulto, cierto, pero sin duda fingían. Qué bien planeado, ese primer asesinato, y qué brutal. ¿Habría desviado la vista Elanor cuando Milon le cortó la garganta a su prima? ¿Acaso el horror provocado por la sangre derramada había afectado esas manos que apretaban los brazos de Gunnora y las había aflojado al desvanecerse Elanor?

Nunca lo sabría.

Centrándose en lo práctico, en cómo convencer a la abadesa de que su versión de los acontecimientos era la verídica, espoleó su caballo y prosiguió a galope el camino a Hawkenlye.

Capítulo diecisiete

Sentada en el santuario del valle, Helewise tenía la vista fija en la Virgen María.

Todavía sufría los efectos secundarios de la conmoción. Sor Eufemia había intentado hacer que se acostara en la enfermería hasta recuperar un poco de fuerzas, pero Helewise había contestado con firmeza que prefería ir a rezar.

Si Eufemia había supuesto que iría a la iglesia de la abadía y que, por tanto, estaría más a mano en caso de que necesitara su ayuda, allá ella.

Pero le estaba resultando bastante difícil concentrarse en sus oraciones. Se sentía extraña, mareada, como si fuese a flotar hasta el techo o —una vez fuera— por encima de los árboles, y la acometían las náuseas.

—Es un corte muy feo —había dicho Eufemia al limpiarle el índice derecho con suavidad—. ¿Qué estabais haciendo, querida abadesa?

—Trataba de probar a ver si algo estaba bien afilado —había respondido Helewise, sin faltar del todo a la verdad.

—¡Caray, caray! —Obviamente Eufemia creía que tenía más sentido común y, de hecho, debería tenerlo, pero había sido algo tan inesperado...—. La próxima vez, abadesa —había sugerido Eufemia—, ¡probad vuestros cuchillos en algo que no sienta dolor!

En ese momento sentía dolor, sin la menor duda. Muchísimo dolor. A Eufemia le había costado mucho restañar la sangre, pues la yema del dedo de Helewise se había cortado en dos y, antes de que la sangre dejara de salir a chorros, la abadesa se había visto obligada a permanecer sentada varios minutos con la mano levantada encima de la cabeza, mientras sor Eufemia juntaba los dos bordes y los sujetaba. A continuación la monja enfermera le había aplicado un ungüento de marrubio blanco que le había escocido hasta arrancarle las lágrimas y le había vendado fuertemente la mano entera, para luego insistir en que recordara mantenerla apoyada en el hombro izquierdo.

Eso sí que era fácil de recordar, pues, en cuanto bajaba la mano, la herida empezaba a palpar tanto que el dolor se decuplicaba.

Lo que la hacía sentirse tan débil era la pérdida de sangre; al menos, eso le había dicho Eufemia.

—Débil —murmuró para sí misma Helewise—. Débil.

Esto empeoraba muchísimo la situación. «Quizá Eufemia tenga razón y deba ir a acostarme —pensó—. En la enfermería no, no lo soportaría, sino en mi cama en el dormitorio. ¡No! Las abadesas no hacen estas cosas, ¡ni siquiera cuando se han cortado la mano entera! Las abadesas se mantienen firmes y rectas, conservan en todo momento un aire digno de tranquila autoridad. ¿Acostarme? ¡Vaya idea!».

Fijó la mirada en la estatua de la Virgen y se ordenó no ser tan débil. Le pareció ver que la Virgen volvía casi imperceptiblemente la cabeza. —«¡Me está

mirando!»—, pero al observarla con mayor atención se percató de que se equivocaba y se preguntó si estaba viendo alucinaciones.

—Ave María... —empezó a rezar.

Sin embargo, las palabras que había pronunciado miles de veces se negaban a salir, como si la Virgen le negara el consuelo que habría podido recibir al pronunciarlas.

Se acunó el dedo herido con la otra mano, cerró los ojos y aguardó el regreso de Josse, envuelta por el tranquilizador silencio del santuario desierto.

Al cabo de un buen rato, lo oyó entrar en el santuario. Oyó unas botas en los escalones. Tenía que ser Josse, pues los monjes y los hermanos legos calzaban sandalias de suela suave.

—Habéis regresado.

Por toda respuesta le llegó un gruñido de asentimiento.

Abrió los ojos y empezó a volverse para verlo, pero se mareó tanto que se detuvo al instante. El santuario pareció girar como un trompo. Cerró de nuevo los ojos.

Percibió su presencia cerca de ella, sintió cómo se sentaba a su lado en el estrecho banco.

Para su sorpresa, tan imprecisa como todas sus emociones, según descubrió, por un momento no recordó dónde había estado Josse. De pronto le pareció recordar un mensajero... Sí. Eso era. Había acudido un niño, ya sin aliento de tanta prisa, y había soltado las palabras a borbotones anunciando que tenía que ver a Josse d'Acquin, que le llevaba una invitación de Brice de Rotherbridge. Helewise se preguntó de qué se trataría.

—¿Encontrasteis a lord Brice de buen humor?

La respuesta tardó en llegar. Entonces, una voz que no había oído nunca dijo:

—Sí, Brice ha vuelto a ser él mismo. Se ha confesado, ha hecho rigurosa penitencia y ha recibido la absolución.

Estas palabras contenían tanta desesperación que Helewise sintió que el corazón se le contraía de compasión.

Abrió los ojos y, volviéndose muy cuidadosamente hacia la izquierda, lo observó.

A juzgar por la tersura de su tez, le calculó poco menos que treinta años, aunque parecía mucho mayor, muchísimo mayor. No tanto por el espectacular mechón blanco que se entrelazaba con el cabello oscuro, ni por la postura agotada y derrotada, sino más bien por los ojos. Unos ojos oscuros hundidos, de párpados hinchados y ensombrecidos, como si alguien hubiese llenado por completo las cuencas con polvo negro y se lo hubiese frotado.

No era de sorprender que se refiriera con tan impotente envidia a la recuperación de Brice. A Helewise no le cupo duda de que a su lado tenía a un hombre tan atormentado, tan perseguido por los demonios de la desdicha, que la absolución debía

antojársele un feliz estado tan inalcanzable como la luna.

¿Quién era? Evidentemente conocía a Brice de Rotherbridge.

—¿Habéis venido a rezar, amigo? —preguntó con voz muy calmada y baja.

Un breve destello de esperanza fulguró en los ojos del hombre al oír el trato amistoso, pero se extinguió tan pronto como apareció.

—No puedo rezar —contestó sin inflexiones—. Lo he intentado, otros lo han intentado conmigo. Los monjes del santuario más sagrado de Inglaterra han hecho lo que han podido. Pero es imposible. No tengo remedio.

—Nadie está fuera del alcance del amor de Dios —repuso la abadesa en el mismo tono apaciguado—. Ése es el mensaje que nos trajo Cristo: que se nos perdonará si nos arrepentimos sinceramente.

Silencio.

Como no parecía que él fuera a romperlo, Helewise continuó:

—¿Rezaréis conmigo ahora? Nuestra Santísima Virgen está aquí, ¿lo veis? Ella os escuchará.

Había funcionado con otros que se encontraban a punto de desmoronarse. Helewise había hablado sosegadamente, arriba en la abadía y aquí en el santuario; había escuchado confesiones que hablaban de vidas echadas a perder, de una maldad que llevaba inevitablemente a la siguiente hasta que la espiral descendente de pecado tras pecado escapaba a todo control. Luego, cuando a estos desesperados se les acababan las palabras y las lágrimas, ella empezaba a ayudarlos a ascender la larga y difícil pendiente.

Sí. Había visto cómo regresaban al preciado rebaño hombres... y mujeres... que parecían hallarse mucho más allá del alcance del amor de Dios.

Contempló al hombre de cabello oscuro.

Éste levantó lentamente la cabeza hasta que sus ojos transidos de dolor se posaron en la estatua de la Virgen. Una media sonrisa se dibujó en su rostro de apuestos rasgos, pero desapareció al punto. Con expresión acongojada y voz ronca, dijo:

—Donde menos puedo rezar es aquí. Ella, Nuestra Señora, me está mirando, como lo hizo esa noche. Sabe lo que ocurrió. Sabe que, de no ser por mí, Gunnora seguiría viva.

Se volvió hacia Helewise y la asió de los hombros con sorprendente fuerza.

—¡Me lo prometió! —gritó—. ¡Me lo prometió! Iba a ser esa noche, dijo que lo sería, ¡después de tantos años esperándola! No la presioné, no traté de persuadirla de que no viniera, aunque me parecía mal. Le disteis la bienvenida, ¿verdad? Creísteis que tenía vocación, ¡que quería ser una buena monja! Y todo el tiempo este no era sino un lugar en el que esconderse hasta que la situación se calmara y Brice estuviese casado y ya no representara un peligro para ella.

Una docena de preguntas daban vueltas en la cabeza de Helewise. Pero no era el

momento para formularlas, ahora que esta pobre alma estaba vomitando todo su dolor.

—Sí, le dimos la bienvenida.

El hombre dejó caer las manos.

—Lo sé, ¡me di cuenta! Sois muy buenas. Demasiado buenas para... — ¿Demasiado buenas para Gunnora? El hombre se interrumpió de golpe, como para no cometer una traición, y luego continuó—: Debimos decírselo a todos en casa desde un principio. No habría sido fácil, pues su padre insistía en que se casara con Brice, pero creo que lo habríamos convencido. Era un padre decente, a su manera, y no creo que hubiera insistido en hacer lo que él quería cuando todos los implicados querían que se hicieran de otro modo. Pero Gunnora se mantuvo firme. —Eché una ojeada a Helewise—. Durante un tiempo, al principio, me preocupé. Pensé que de verdad le gustaba ser monja, y tenía mucho miedo de que decidiera quedarse en Hawkenlye, miedo de perderla.

Mientras él hablaba, según se fijó Helewise, sus manos se aferraban al dobladillo de su túnica, apretándola primero para un lado y después para el otro, con tal fuerza que la tela quedó totalmente arrugada. Lo compulsivo de este acto repetitivo revelaba un hombre terriblemente atormentado.

Por primera vez Helewise sintió miedo.

«No pienses en ti misma —ordenó a su temblorosa alma—, piensa en él».

Esto la ayudó.

—¿Ella sabía cuánto la amabais?

El hombre no había hablado de amor, pero ella estaba segura de que podía darlo por supuesto.

—Claro que sí. ¡Se lo dije una y otra vez!

—¿Y ella os correspondía?

—¡Sí! ¡Sí!... Creo que sí —añadió, tras una pausa—. En una ocasión dijo que creía que me amaba. ¡Pero su amor debería haber crecido! —Hablabas a toda prisa, como para defenderse de una objeción que Helewise no podía poner, porque no le dejaba tiempo para hacerlo—. ¡Bastaba con que sintiera un principio de amor por mí! ¿No?

—Sí. —Era la única respuesta posible.

—Mi hermano dijo que era un bobo. A Brice no le importaba que Gunnora no quisiera casarse con él, y nunca entendió por qué yo la quería tanto. Pero nos criamos juntos y yo, como todo el mundo, di por supuesto que se casaría con Brice, aunque siempre esperé que algo sucediera... que Dios me perdone. En una ocasión hasta le deseé la muerte a mi hermano, para que entonces ella pudiera casarse conmigo. ¡A mi propio hermano! —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Todos tenemos malos pensamientos algunas veces. Pero no los pensamos en

serio, ¿verdad? No habríais hecho nada para convertir en realidad vuestra breve y privada esperanza de que vuestro hermano muriera, ¿verdad? Y no habríais dejado de afligiros profunda y sinceramente si hubiese muerto.

—¡No! Claro que no habría hecho nada.

—¿Lo veis? —Con una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora, Helewise agregó—: Dios ve lo que hay en nuestro corazón, lo sabéis. Reconocedle eso.

El hombre asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, eso dijeron los monjes en Canterbury. —Pareció alegrarse, aunque al cabo de un momento añadió en tono desolado, como si un nuevo temor se hubiese apoderado de su mente—: Pero Cristo y su Santa Madre no entenderían lo de Gunnora.

Helewise inspiró hondo a fin de tranquilizarse y elevó una rápida plegaria.

—Creo que ahora yo sí lo entiendo. ¿Por qué no tratáis de ver si ellos también lo entienden?

En la abadía dijeron a Josse que la abadesa Helewise estaba rezando. Al no encontrarla en la iglesia, bajó de prisa al valle y se aproximó al santuario. No sabía por qué, pero lo hizo con exagerado sigilo.

La puerta se hallaba entornada y se asomó por la abertura.

Al pie de la escalera, sentados en un banco que se encontraba en la única parte plana del suelo, estaban, uno al lado del otro, Helewise y Olivar.

El instinto lo impulsaba a abalanzarse sobre ellos; algo, algo que no se detuvo a analizar, le decía que ella corría peligro.

Se obligó a pararse en seco y, del todo quieto, escuchó.

Helewise había colocado una mano vendada sobre las manos que Olivar tenía entrelazadas en el regazo. Se inclinaba hacia él, y Josse oyó las últimas palabras de la abadesa:

—¿... si ellos también lo entienden?

Olivar tardó unos momentos en contestar. Durante esta breve pausa Josse se preguntó qué hacía Olivar allí. ¿Habría acudido a llorar por Gunnora en este lugar donde se podía rendir culto, el más cercano al sitio en que la habían asesinado? ¿O acaso había descubierto —¡qué idea tan aterradora!— que Milon era el responsable de la muerte de la mujer a la que había amado y había venido en su busca para desquitarse?

Al parecer, Helewise, siendo una mujer buena, lo había calmado. Olivar parecía relajado, pensó Josse; quizá la abadesa lo hubiese convencido de que era mejor rezar por el alma de Gunnora que buscar a su asesino y que...

Pero entonces Olivar empezó a hablar, y Josse fijó toda su atención en lo que decía.

—Debíamos encontrarnos aquí, en el santuario, una hora antes del amanecer. Ella

asistiría a maitines y regresaría al dormitorio con las hermanas. Pero, en cuanto creyera que estaban todas dormidas, iba a levantarse y salir a hurtadillas. Yo le había dicho que la esperaba a partir de la medianoche... No me importaba cuánto tiempo pasara, pero no quería que ella llegara primero. Acudí mientras practicabais vuestras devociones.

—Debió de ser una larga vigilia —comentó la suave voz de Helewise.

—Sí, pero la idea de volver a verla me hacía tan feliz que me daba igual. Hacía meses que no nos veíamos. Esa cita sólo pudimos hacerla gracias a los juegucitos de esa idiota prima suya. Veréis, di a Elanor una carta para Gunnora. En ella decía mucho, hablaba del amor que sentía por ella. Tal vez escribí demasiado, pero no creí que importara... Era exclusivamente para los ojos de Gunnora, y Elanor no sabía leer. Tampoco Gunnora, de hecho, al menos no muy bien. Me imagino que era una pérdida de tiempo. —Había en su voz un casi imperceptible deje de ironía—. Gunnora hizo lo que le sugería y me dejó una breve respuesta escondida en una grieta de la pared allí fuera. —Señaló vagamente hacia la puerta y Josse, temiendo que el uno o la otra se volvieran hacia allí, se quitó con presteza del alcance de su vista.

—Así fue como supisteis que iba a venir.

—Sí. En mi mensaje le decía que el año se había acabado, que era hora de que pusiera en marcha su plan y anunciara que abandonaba el convento. Esperaba que decidiéramos una fecha fija, hasta una hora fija. Entonces, yo la estaría esperando a las puertas de la abadía, podríamos encontrar en seguida a un sacerdote y le pediríamos que nos casara. No era lo que yo deseaba, ese encuentro secreto en plena noche. No quería que fuera tan furtivo, como si nos sintiéramos avergonzados.

—¿De modo que esperasteis y por fin llegó? —preguntó la abadesa.

—Sí. —La desolada voz de Olivar se llenó de calor—. ¡Oh! No sabéis lo maravilloso que fue verla de nuevo. La abracé, la apreté contra mi pecho y traté de besarla.

Se produjo un corto silencio.

—¿Lo tratasteis? —Era justamente lo que él habría preguntado, pensó Josse.

—No me dejó, bueno, no en los labios. —Olivar dejó escapar una risita socarrona—. Dijo que todavía era monja y que debía respetarla y darle un besito fraternal en la mejilla. Fue muy raro, porque no se parecía en nada a una monja... Llevaba el tocado, pero bastante suelto, y tenía el griñón metido debajo del hábito en lugar de sujeto alrededor del cuello. Fingí que me divertía que no me besara, pero en realidad no me divertía. No es que antes hubiésemos sido... ya sabe... íntimos, pero sí que habíamos intercambiado algunos besos. Unos besos muy apasionados.

Sabiendo lo que sabía sobre Gunnora, a Josse le costó creerlo. ¿Pasión, en una mujer como ella? Acaso sabía fingir muy bien.

—De todos modos, daba igual —estaba diciendo Olivar—, porque muy pronto

seríamos marido y mujer y entonces podríamos besarnos, hacer el amor toda la noche si nos apetecía. Así que... —Se le quebró la voz y soltó un sollozo, si bien se controló pronto y reanudó su relato—. Así que le dije: «¿Cuándo puede ser? ¿Cuándo sales del convento?». Y entonces me lo dijo. Dijo que había cambiado de opinión acerca del matrimonio, que después de todo no creía que quisiera casarse.

Helewise murmuró algo que Josse no entendió.

—Sí, lo sé. —Olivar lloraba abiertamente ahora—. No daba crédito a mis oídos, tenéis razón. Le dije: «¡Cariño, soy yo! ¡Olivar! No tienes por qué ser la esposa de Brice. Se ha casado con tu hermana, ¿no te acuerdas?». No le dije lo que acababa de ocurrirle a Dillian... Sé que hice mal, pero no me atreví a hacerlo. Gunnora podría haberlo usado como otro motivo para quedarse donde estaba, podría haber pensado que la obligarían a casarse con él, ahora que era viudo. «Somos nosotros los que vamos a casarnos, ¡tú y yo, como habíamos planeado!», le dije. Y... —La voz se le quebró de nuevo—, y permaneció allí, en lo alto de los escalones... —agitó los brazos, señalando un lugar a sus espaldas—, y dijo que había decidido quedarse un poco más de tiempo en la abadía o, si no podía, irse y hacer que su padre volviera a ponerla en su testamento y vivir sola en Winnowlands. Entonces me dio la espalda e hizo una ligera reverencia a la estatua de la Virgen. —Olivar se interrumpió un momento, recuperó la compostura y continuó con su triste explicación—. Yo estaba a su lado y traté de hacerla volverse hacia mí. No sé muy bien por qué... Creo que pensé que si conseguía que me besara... con suavidad, no tenía intención de forzarla... entonces se excitaría un poco y recordaría todo lo dulce que era antes, cuando nos abrazábamos.

«Pobre iluso —pensó Josse—. ¡Qué optimista!».

—Así que... así que la cogí por el hombro y le dije: «Gunnora, queridísima mía, ¿no me abrazas, por favor?». Y ella se revolvió y se escapó de mí. «No, Olivar, no me apeetece. Voy a rezar», me dijo. Y entonces... —sollozaba con toda su alma; cada sollozo se le escapaba como si lo estuviese desgarrando—... entonces empezó a bajar por los escalones, casi bailando, como diciéndome: «¿Ves qué contenta estoy? ¿Ves cuánto me gusta ser monja, rezar frente a la Santa Madre de Dios?».

No parecía que pudiera continuar. Mas no hizo falta, pues la suave voz de Helewise lo hizo por él.

—Bajó bailando por esos escalones resbaladizos y perdió pie, ¿verdad? —Josse vio al joven asentir con la cabeza—. Es tan fácil... —comentó la abadesa—. Es por la humedad de la primavera; se asienta sobre las piedras y las hace tan peligrosas como el hielo.

Se produjo otro silencio, más largo esta vez. Josse empezaba a preguntarse si uno de los dos acabaría la historia. Al fin y al cabo, tal vez no lo consideraran necesario, puesto que ambos parecían saber lo que había sucedido. No obstante, Helewise habló

nuevamente.

—Tratasteis de atraparla, ¿verdad? —De nuevo el asentimiento de cabeza—. Lo sabía. Vimos los moretones en sus brazos... Al principio pensamos que alguien la había sujetado mientras otra persona... bueno, da igual. Alguien la sujetó, sí, pero esas marcas eran de vuestras manos, de cuando intentasteis evitar que cayera.

—Sí. —El breve monosílabo resultaba tan atormentado que Josse habría podido llorar por él—. Pero de nada sirvió. Ya estaba cayéndose de bruces y no pude sostenerla. Se me escapó de las manos, voló por los aires y luego... luego...

—Chocó contra la estatua —acabó por él Helewise—. Y lo más terrible es que la mala fortuna quiso que la peana le cortara el cuello, ¿verdad?

—Sí. —Olivar se frotó los ojos, cual un niño que llora por lo injusto de un castigo—. Salté escalones abajo detrás de ella, para ver si estaba herida. No sé lo que esperaba... Estaba tan quieta que pensé que se había golpeado la cabeza, que había perdido el conocimiento. Luego, le di la vuelta y lo vi.

Helewise le había rodeado los hombros con un brazo, y él se apoyaba en ella mientras le temblaba todo el pesado cuerpo.

—¡Había tanta sangre! —exclamó—. Sobre toda la maldita peana, formando un charco debajo de ella, empapándole la tela negra del hábito. ¡No sabía qué hacer! Recuerdo que pensé que no debía dejarla aquí, dejar que su sangre se mezclara con el agua del sagrado manantial, así que la levanté y la saqué. Creo que pretendía llevarla a las hermanas, pero no estoy seguro. Mis recuerdos de esa parte son muy borrosos. Empezaba a pesarme y sentía náuseas... La posé en el sendero, pero estaba lleno de polvo y me dije que no estaría bien que su pobre cuello herido se ensuciara. Así que la llevé al sendero menos usado, en cuyos bordes había hierba limpia y húmeda, y la acomodé allí. Le había traído la cruz de su hermana, como regalo de enlace, pues sabía que ya no tenía la suya: me había dicho que la regalaría a la abadía. No creía que a Dillian le hubiese importado; que yo sepa, es posible que se la legara. De todos modos, yo sabía dónde la guardaba, en esa vieja caja, y subí a su dormitorio para cogerla. No había pasado mucho tiempo desde su muerte y todo el mundo estaba tan trastornado que no creo que se enteraran de lo que hice. La traía conmigo esa noche... cuando vine a reunirme con Gunnora.

Se interrumpió un rato y a Josse se le antojó que, habiendo evocado una época anterior a esa terrible muerte, no tenía ganas de reanudar el relato.

No obstante, volvió a hablar.

—Después de que ella... después regresé al santuario y limpié toda la sangre. Es un lugar sagrado y sabía que no estaba bien mancillarlo. Tardé muchísimo. Me quité la camisa y la usé como paño, pero tenía que mojarla una y otra vez. Y había tan poca luz... Sólo unas cuantas velas encendidas, y no era capaz de ver si lo había hecho bien. Finalmente, tuve que dejarlo. Quería regresar con ella, ¿entendéis? Estaba sola,

allí fuera, en la oscuridad.

Helewise dijo algo con voz suave, tranquilizadora, consoladora. Josse vio a Olivar asentir con la cabeza.

—Le dije: «He vuelto, Gunnora». Me incliné sobre ella, abrí su cadena y le puse la cruz —prosiguió en voz muy baja—. Estaba tan bonita contra el negro del hábito... Me arrodillé a su lado y me quedé allí mucho tiempo, mirándola. Luego huí.

Helewise estaba meciéndolo con gentileza, canturreando, como si intentara calmar a un niño que acaba de despertar de una pesadilla.

—Ya, ya —entonó su suave voz—, ya está, ya lo habéis sacado todo. Ya, ya.

Tras un silencio, un dilatado silencio, Olivar inquirió:

—¿Está enterrada?

—Sí. Acostada y a salvo en su ataúd, donde ya nada puede herirla.

—¿Está con Dios?

Josse percibió la vacilación y se preguntó si Olivar también la había notado.

—Supongo que pronto lo estará. Hemos rezado por su alma y continuaremos celebrando misas por ella. Haremos todo lo posible para acortar su estancia en el purgatorio.

—¡Era buena! —protestó Olivar—. No tendrá muchos pecados manchando su alma, abadesa. Pronto estará en el cielo.

—Amén —murmuró Helewise.

Y, posando la cara sobre la oscura cabeza que descansaba en su hombro, empezó a rezar en voz alta por la difunta hermana de la abadía, Gunnora de Winnowlands.

Capítulo dieciocho

Pusieron a Olivar en la enfermería.

Al acabar Helewise su oración por Gunnora, él se había enderezado y mirado alrededor con una expresión que daba a entender que no sabía muy bien dónde se hallaba. En cuanto lo recordó, se dejó caer lentamente al suelo. Con la cara tapada por las manos, en un tono que desgarró el alma de las dos personas que lo escuchaban, dijo:

—Se ha ido. ¿Qué me queda ahora?

Había sufrido una suerte de colapso. Sin saber muy bien qué hacer, Josse y Helewise lo llevaron medio a rastras monte arriba, a la enfermería de sor Eufemia. Ésta, al observar su profunda angustia, le recetó una dosis de su mezcla de amapola reforzada con un poco de raíz de mandrágora, una raíz muy preciada.

—Lo que más le conviene ahora es dormir. Me temo que lo único que puedo hacer por él es darle un poco de bendito olvido. —En su redondo rostro se dibujó una expresión de conmiseración—. Pero que quede claro que no es más que una solución temporal —añadió en tono práctico—. Cuando despierte, el pobrecito verá que la situación no ha mejorado.

Le encontró un rincón en la enfermería, donde unas finas colgaduras lo aislarían mínimamente de la vista, los sonidos y los olores de los demás pacientes. Una de las hermanas enfermeras colocó junto a su cabeza un cuenco poco profundo lleno de rosas en plena floración, cuyo poderoso perfume pronto embargó todo el ambiente.

—Las rosas son buenas para las penas —comentó sor Eufemia, e indicó su aprobación con un gesto de la cabeza.

Permaneció a su lado unos minutos, hasta que, ya más relajado, concilio el sueño. A continuación, tras darle una tierna palmadita en el hombro, lo dejó.

El hermano Fermín se había presentado y anunciado que venía a ayudarla, aunque sor Eufemia no había indicado que deseara o necesitara ayuda. Traía un tazón de la curativa agua del manantial para el paciente. Aguardó con paciencia a que instalaran a Olivar y, una vez comprobado que se había dormido, envió a una de las hermanas a buscar un taburete, que situó al pie de la cama del joven.

—Me quedaré aquí —dijo—. Sí, hermana, sé muy bien que el joven duerme, pero puede que lo consuele saber que alguien está con él.

Posó cuidadosamente el tazón junto a las rosas, cerró los ojos y, moviendo los labios en una silenciosa oración, se dispuso a iniciar su vigilia.

Josse había ido a buscar al hermano Saúl y le había pedido que fuera a Rotherbridge. Debían informar a Brice, y en esta ocasión se le antojó que sería aceptable que otra persona lo hiciera. Sospechaba que la abadesa Helewise preferiría que él se quedara en la abadía. Intentaba explicárselo, vacilante, al hermano Saúl

cuando éste le tocó un brazo y comentó:

—No hace falta que me deis explicaciones, lo entiendo.

La abadesa Helewise, sor Eufemia, el hermano Fermín, el hermano Saúl, la hermana que él no conocía y que había llevado las rosas; todos ellos tan serviciales, tan compasivos, de manos tan dispuestas, de piernas tan dispuestas, prestos a hacer lo que se les pidiera, a menudo aun antes de que se lo pidieran...

Por primera vez se le ocurrió que la abadía de Hawkenlye era un lugar realmente bueno.

—¿Cómo lo supisteis? —preguntó Josse a la abadesa Helewise.

Se encontraban de nuevo en el despacho de Helewise, y, aunque ella se había sentado en su lugar habitual, con la espalda bien recta, a Josse le dio la impresión de que le costaba mucho aparentar normalidad.

Helewise se volvió hacia él, levantó la mano vendada y la agitó y, con un gesto de dolor, la bajó y la dejó en el regazo.

Josse movió la cabeza, lleno de incredulidad.

—¿Pasasteis el dedo por el borde de la peana? Para ver, me imagino, si era lo bastante afilado para cortarle el cuello a alguien.

—Eso hice.

—¡Qué temeridad!

—No empecéis vos también —espetó la abadesa—. Sor Eufemia ya me ha regañado por mi irresponsabilidad y con eso me basta.

Se mostraba a la vez indignada y patética. Conociéndola como empezaba a conocerla, Josse sabía que esto último no era intencionado, sino que se debía a la combinación de su rostro pálido pero resuelto y a ese maldito relleno bajo la venda de su mano.

—¿Os duele? —preguntó con amabilidad.

—Sí que duele.

«Apuesto a que sí —pensó Josse—. Seguro que ya le dolía mucho antes de que subiéramos con un hombre casi inconsciente. Sólo el Buen Dios sabe cómo la habrá afectado esta última acción».

Se acordó de su pregunta.

—De hecho, no me refería a eso. —Mejor cambiar el tema, hablar de Olivar y Gunnora, en lugar de minar su valor demostrándole compasión. No es que fuera fácil pasar por alto su condición, su rostro sumamente pálido y las perlas de sudor de la ancha frente debajo del tocado de blanco lino almidonado—. Lo que quería era saber qué os hizo sospechar lo que había ocurrido —continuó—, cuando yo había hecho todo lo posible por convenceros de que Milon mentía por los codos y que había sido él quien había matado a Gunnora.

—Fui a hablar con el hermano Fermín sobre la reanudación de nuestros servicios

para los peregrinos. Las devociones, el reparto del agua curativa... La vida sigue, ¿sabéis?, y hemos tenido muy pocos visitantes desde los asesinatos. Habrá sufrimientos innecesarios mientras no abramos la puerta a los necesitados. Cuando me encontraba en el valle, pensé que era hora de visitar el santuario. He sido culpable de dejar que las preocupaciones terrenales interfirieran con mis devociones —explicó en tono severo la abadesa.

Josse estaba a punto de decirle que a buen seguro el Señor lo entendería, pero algo en su expresión le hizo cambiar de opinión, por lo que se limitó a murmurar:

—Claro.

Ella le echó un vistazo de reojo, como si no la convenciera del todo su afable respuesta.

—Fui al santuario —por suerte, no parecía que fuera a continuar con el tema— y me arrodillé para rezar, enfrente mismo de la estatua de nuestra Santa Madre. Me di cuenta de que la peana brillaba mucho, como si alguien la hubiese pulido recientemente. —Agachó la cabeza—. Sé que debía concentrarme en mis oraciones a Nuestra Señora, pero, como he dicho, últimamente me distraigo con facilidad.

—Es comprensible. ¿No le pasaría a cualquier abadesa que se enfrentara a la muerte sospechosa de dos de sus monjas?

—¡Es justo en ese momento cuando una abadesa tiene que rezar más pidiendo ayuda!

¡Oh, Dios! No estaba de humor para la comprensión; diríase que no deseaba que le impidieran recriminarse a sí misma.

—Continuad —dijo Josse—. Pensabais que la peana estaba muy brillante.

—Sí. Me levanté y la observé de cerca y vi una mancha por debajo, en el lugar donde se junta con la pared de roca en la que está encajada. La toqué y me pareció que la mancha estaba seca y había formado una costra, así que me humedecí la punta del dedo con el agua bendita y volví a frotar. Estaba casi segura de que lo que mi dedo había levantado era sangre. Lo hice de nuevo, esta vez con una muestra mayor, y no me cupo ya ninguna duda.

—Y empezasteis a imaginar lo que pudo ocurrir.

—Sí. Pensé en los escalones empinados y resbaladizos y evoqué la terrible herida en el cuello de Gunnora. Vi ese corte perfectamente simétrico. Siempre me había intrigado, ¿a vos no?

—Sí.

—Es que si uno le está cortando el cuello a alguien, aunque un cómplice lo sostenga, no hay tiempo para hacer un corte tan perfecto, ¿no os parece?

—Y nadie lo hizo. Se lo hizo al caer contra un borde circular. ¿Es lo bastante afilado?

—Lo es —contestó Helewise enfáticamente—. Pasé el índice suavemente por el

borde y casi me rebané la articulación superior. Tenemos que hacer algo al respecto. He de decirle al hermano Saúl que cierre el santuario hasta entonces, y debería mandar llamar al orfebre de inmediato. —Hizo ademán de levantarse, como dispuesta a salir corriendo en ese mismo instante hacia el valle.

—Me encargaré de eso —se apresuró a asegurar Josse—. Tenéis mi palabra, abadesa.

Ella lo miró con expresión dubitativa.

—Mi palabra —repitió Josse.

Helewise agachó la cabeza a modo de aceptación y se sentó lentamente.

—El borde de esa peana es más afilado que una espada. No sé por qué, pero el orfebre cortó la capa de plata de forma que sobresaliera por encima del borde de la plataforma de madera sólo un poquito, pero lo suficiente para seccionar carne y tendones.

—Sin duda llevaba un gran impulso al precipitarse —comentó Josse—. Esos escalones son bastante altos y ella cayó desde arriba directamente sobre ese círculo de metal peligrosamente afilado. —Josse se estremeció.

Helewise debió de fijarse en el estremecimiento.

—Qué idea tan horrible, ¿verdad? Imaginad a ese pobre hombre, Olivar, tratando de limpiarlo. Creyendo que era el culpable de que la mujer a la que tanto amaba hubiera muerto.

—La única pizca de lógica para ese razonamiento es que él fue quien pidió el encuentro —señaló Josse.

—No creo que fuera él. Cuando estábamos hablando, él y yo, en el santuario, dijo que no era lo que él quería, esa cita secreta... furtiva, la llamó. Me dio la impresión de que, antes *** NO HAY *** de que ella viniera a Hawkenlye, habían acordado que un día se encontrarían y ella se marcharía de nuevo. Sólo que creo que él se imaginaba llegando a las puertas de la abadía para que yo pusiera con gran ceremonia la mano de Gunnora en la suya. Estoy casi segura de que ella sugirió que fueran al santuario.

—¿Por qué habrá cambiado de opinión? —preguntó Josse, aunque no esperaba una respuesta—. Olivar es un hombre de buen ver, próspero además, y ella no podía dudar de su amor, ¿no?

Helewise lo miraba con una ceja irónicamente arqueada.

—¿No recordáis lo que os dije en nuestro primer encuentro?

«Casi todo», habría sido la respuesta más sincera; al fin y al cabo había dicho muchas cosas. Sin embargo, creía saber a qué se refería.

—Sí me acuerdo. A Gunnora, dijisteis, no la molestaba mucho el voto de castidad.

—Así es. —La abadesa se inclinó, al parecer deseosa de que Josse la entendiera

—. Lo he visto antes en algunas mozas... y no sólo en mozuelas... que entran en el convento. Cuando están fuera, no ponen en tela de juicio las costumbres; saben cuál es y ha de ser su deber como mujeres, como esposas; no importa si les gusta o no. Pero cuando toman el hábito todo esto cambia de repente, y os aseguro que el darse cuenta de que a partir de ese momento dormirán solas para siempre jamás supone para algunas de ellas un enorme alivio. Sospecho que Gunnora fue una de ellas. No quería ser esposa de nadie. De Brice, seguro que no, porque no lo amaba y, según descubrió, tampoco quería serlo de Olivar.

—Pero a él lo amaba —objetó Josse.

Lo que la abadesa acababa de decirle lo había dejado atónito, y se preguntó si habría hablado con tanta libertad de no estar sufriendo los efectos de su conmoción.

—¿Amaba a alguien? —Helewise se apoyó en el respaldo de su silla—. No estoy segura. Se lo pregunté al pobre joven, y él me dijo que en respuesta a todas sus declaraciones de amor ella le dijo una vez, ¡una sola vez!, que creía que lo amaba.

Josse pensó que era un tonto por perseguirla con tanto afán.

Mas no lo expresó en voz alta y, al cabo de un momento, declaró con contundencia:

—La muerte de Gunnora fue un accidente, sin más. No creo que haga falta encarcelarlo ni juzgarlo, pues a mi entender no cabe duda de que no es responsable de su óbito. Y con los restos de las manchas de sangre debajo de la peana se puede probar lo que sucedió. ¿No estáis de acuerdo, abadesa?

—Sí, Josse, lo estoy. —Como distraído, éste advirtió que era la primera vez que lo llamaba llanamente por su nombre. Era un buen momento para avanzar hacia una relación más íntima—. Tendremos que presentar nuestros informes a las autoridades eclesiásticas y judiciales, supongo —continuó Helewise—, pero, como vos, siento que a Olivar no se lo puede culpar. De la muerte de Gunnora es inocente... — Ceñuda, se interrumpió—. Pero no creo que podamos convencerlo a él.

—¡Tenemos que hacerlo! —exclamó Josse, horrorizado—. ¡Si no lo hacemos, la vida de este pobre hombre no merecerá la pena vivirse!

Los serenos ojos grises lo contemplaron con cierta compasión.

—¿De veras creéis que a él le parecerá que merece la pena vivir sin ella?

—¡Por supuesto! Es joven, y ella no se merecía que la lloraran...

—Todos nos merecemos que nos lloren —contestó ella en voz queda—. Sí, sé lo que pensabais de ella, vos que ni siquiera la conocíais. —En sus palabras Josse no detectó ningún reproche—. Yo también lo pienso. Era fría, era calculadora, utilizaba a la gente y no se merecía el amor y la devoción de Olivar. Mas él cree que sí los merecía. Ha esperado muchos años para hacerla suya y su amor parece haber crecido aunque ella no lo haya alentado. Ni siquiera la había visto en el año y más que ella llevaba con nosotros, hasta la noche de su muerte...

—No lo entiendo —reconoció Josse, con la vista fija en la abadesa—. ¿Y vos?

—No. —Ella dejó caer la cabeza en la mano sana y se frotó las sienes con los nudillos—. En realidad no lo entiendo, si bien eso no importa.

—¿Os duele la cabeza?

—Un poco.

Josse se puso en pie y rodeó el escritorio.

—¿Por qué no os acostáis? —sugirió—. Habéis perdido mucha sangre, habéis resuelto un asesinato que no fue tal, os duele tanto el dedo como la cabeza. ¿No creéis, querida abadesa Helewise, que ha llegado el momento de reconocer que sólo sois humana y que os hace falta dormir largo y tendido?

Helewise alzó de repente la cabeza, y Josse creyó que iba a regañarlo por lo atrevido de su sugerencia. No obstante, para su sorpresa, la abadesa se echó a reír.

—No le veo la gracia —comentó, ofendido—. Sólo intentaba ayudaros.

—¡Ay, Josse, lo sé! —La mujer había recuperado la solemnidad—. Entre vos y esa gallina clueca de sor Eufemia no creo que tenga la menor oportunidad de quedarme en mi puesto el resto del día. De modo que creo que voy a ceder. He de admitir que me atrae cada vez más la idea de acostarme en un lugar silencioso, con una fresca brisa para refrescarme y una de las compresas de lavanda de sor Eufemia en la frente... —Se levantó demasiado de prisa, y Josse la sostuvo cuando se tambaleó.

—Os lo dije —le murmuró junto a la oreja cubierta por el griñón y el velo.

—Fingiré que no os he oído.

A continuación, sosteniendo su peso nada despreciable —se fijó en que, además de alta, era ancha de hombros—, la ayudó a salir del despacho y a dirigirse a la enfermería.

Capítulo diecinueve

La coronación de Ricardo Plantagenet, segundo hijo superviviente de Enrique II y Leonor de Aquitania, se celebró en la abadía de Westminster el 3 de setiembre de 1189.

Faltaban cinco días para que el nuevo rey, Ricardo I de Inglaterra, cumpliera treinta y dos años. Llevaba quince días en el país, y, aun mientras tenía lugar la sobrecargada y larga ceremonia, gran parte de sus pensamientos se adelantaban al día en que podría marcharse de nuevo.

Dos años antes, el líder musulmán, Saladino, había arrebatado a los francos Jerusalén y Acre. Guy de Lusignan, rey de Jerusalén, asedió el territorio robado, pero finalmente resultó claro que la reconquista del Santo Sepulcro no la podía hacer él solo. Ricardo Plantagenet había estado preparado, más que preparado, para ir en su ayuda y había cogido la cruz. Sin embargo, los acontecimientos de allende el mar no respondían a los planes de los Plantagenet; las eternas intrigas y riñas intestinas entre Ricardo, su padre y sus hermanos hacían imposible que Ricardo embarcara para unirse a la cruzada en el este.

No obstante, ahora que era rey, todo esto había cambiado. Aun antes de lucir la corona, había exigido un puñado de barcos. Y, al otro lado del canal, su compañero de armas, amigo y aliado, Felipe Augusto de Francia, aguardaba...

Los treinta y cinco años de Enrique II en el trono habían dejado a Inglaterra en buenas condiciones. A diferencia de su hijo y heredero, se había involucrado en todos los ámbitos del buen gobierno y había realizado la asombrosa hazaña de la integración, gracias simplemente a que sus consejeros eran inteligentes y bien informados. Su pequeño grupo de administradores compartía con él el deseo de hacer que el país fuese fuerte y solvente. A su muerte, Enrique dejaba en la tesorería una suma sustanciosa, unos 100 000 marcos, según los rumores.

Aunque la suntuosa coronación de Ricardo se comió buena parte de este dinero, lo que quedaba habría resultado una herencia más que adecuada para la mayoría de los reyes.

Es decir, para reyes que no se sintieran tan impacientes como Ricardo por ir a la guerra.

El principal propósito de Ricardo era aumentar sus ingresos. Su nuevo reino, al que apenas conocía, no era para él sino un enorme banco en el que por suerte su crédito parecía bueno. Le era absolutamente indiferente que sus exigencias fueran o no aceptables para sus nuevos súbditos o que la mayoría de éstos compartiera o no su fanática determinación de arrancar Tierra Santa de manos infieles. Recaudar cuanto más dinero, mejor, y cuanto más pronto, mejor: eso era lo único importante. En una ocasión había dicho en broma que vendería Londres si encontraba un comprador.

Mucha gente no se dio cuenta de que se trataba de una broma.

Diríase que todo estaba en venta en esos primeros y turbulentos días de su reinado. Ni siquiera los personajes más influyentes se hallaban exentos de exigencias. Los hábiles y leales consejeros de Enrique tuvieron que pagar grandes sumas por el dudoso privilegio de contar con la buena voluntad del nuevo rey. Más abajo en la jerarquía, los funcionarios eran despedidos para hacer sitio a los que pagaban por sus nuevos cargos. Si a alguien el dinero le suponía una carga, se decía irónicamente, se lo quitaban de buena gana. En este extraordinario mercado tan grande como el país era posible comprar privilegios, títulos de lord o duque, cargos de sheriff, castillos y hasta ciudades; siendo lo que es la naturaleza humana, había muchas gentes más que dispuestas a progresar del modo más rápido, es decir, mediante el dinero, en lugar de hacerlo por la vía más noble pero más ardua de su valía personal.

Ricardo alcanzó su objetivo inmediato, y el dinero entró a raudales en su fondo para la cruzada, como el Támesis por su nueva capital.

Pero ¿a qué precio?

Josse d'Acquin presentó al rey su informe acerca de las muertes en la abadía de Hawkenlye, si bien, y quizá comprensiblemente, el rey no parecía recordar quién era ni de qué hablaba. Josse se había encontrado con él a mediados de agosto, cuando, recién llegado a su nuevo reino, volvía a tomar contacto con un país y un pueblo que no había visto desde la más tierna infancia.

—¿Hawkenlye? —preguntó Ricardo cuando Josse por fin pudo abrirse paso hacia el frente de la cola de hombres que deseaban hacerse oír—. ¿Hawkenlye? ¿Una monja muerta?

Josse le recordó los hechos principales; arrodillado sobre una pierna y gacha la cabeza, la algarabía circundante ahogaba sus palabras. La corte ambulante de Ricardo se estaba estableciendo en sus nuevos aposentos con característica y estruendosa exuberancia.

Sintió que unas fuertes manos lo asían por los hombros y lo ponían de pie.

—¡Levantaos, hombre, que no os oigo! —gritó, irritado, el rey—. ¿Qué es todo esto de unos asesinos liberados?

Josse le relató de nuevo los acontecimientos, y en esta ocasión el rey lo recordó.

—¡Ah, sí, la abadía llena de mujeres, donde se descubrió el manantial milagroso! Claro, *sir* Juan...

—Josse —murmuró el aludido.

—Creo recordarlo... —Ricardo miró a Josse con expresión ceñuda, como tratando de obtener información.

Justo en ese momento se acercó al rey su principal consejero, Guillermo de Longchamps, y, de puntillas, pues su soberano le sacaba al menos una cabeza, le dijo algo en voz baja y tono apremiante.

Josse esperó a que el rey lo despachara, le dijera que esperara su turno; ya había gentes molestas por la posición privilegiada de Longchamps, a quien, según se rumoreaba, el rey iba a nombrar canciller. ¡Y eso que era hijo de un siervo fugado!

No obstante, Ricardo no despachó a Longchamps. Con un majestuoso gesto de la mano, despachó a Josse.

Mientras éste se alejaba, demasiado irritado para dar las esperadas muestras de respeto servil, se sorprendió al sentir una mano que lo detenía al llegar a la antecámara.

Era Guillermo de Longchamps.

—Conozco el asunto que os ha traído, Josse d'Acquin —susurró—. Me encargaré de que el rey se entere de vuestro éxito.

A punto de contestar que se las apañaría bien por sí mismo, sin ayuda de nadie, Josse cambió de opinión.

¿Acaso lo perjudicaría contar con el apoyo del hombre que al parecer sería el próximo canciller de Inglaterra? ¡No! ¡De ninguna manera!

¿Qué importaba que no fuera de noble cuna? Observándolo desde su altura, tenía que reconocer que su aspecto no era el de un candidato para uno de los puestos más encumbrados. Sin embargo, se dijo, tratando de ser justo, cualquiera que se remontara lo bastante lejos en su propio linaje probablemente descubriría orígenes labriegos.

Y esto incluía al rey. ¿O es que su ilustre antepasado, Guillermo el Conquistador, no era hijo bastardo de la hija de un curtidor?

—Os lo agradezco, milord. —Josse hizo una cortés reverencia y vaciló. ¿Debía contarle el resultado de su investigación? Sí, decidió—. Desde un principio tuve la impresión de que la primera muerte se debía a un asunto de familia, pero...

Alzando una mano, Longchamps lo interrumpió.

—No es menester que me lo expliquéis, *sir* Josse. —Esbozó una sonrisita—. Ya conozco la historia.

—¿Cómo?

De pronto Longchamps pareció crecer, aunque fuesen unos pocos milímetros.

—Mi señora, la reina, me lo ha contado.

—¿La reina Leonor?

—¿Tenemos otra? —preguntó Longchamps con cierto deje sarcástico.

—¡Oh! No, no.

¿La reina Leonor, que Dios la bendijera? ¿Acaso se había molestado en seguir el asunto? Con todo lo que debía de tener en mente, ¿se habría acordado de este asuntillo provinciano, sin duda carente de importancia en el momento en que quedó claro que el perpetrador no era un preso liberado gracias a la clemencia de su hijo?

Sí, debía de haberlo hecho.

—Le estoy agradecido a su majestad —y, con esto, Josse hizo una reverencia tan

profunda como si se encontrara frente a la mismísima Leonor de Aquitania.

—Como todos nosotros —murmuró Longchamps—, como todos nosotros.

Con una breve inclinación de cabeza dirigida a Josse, regresó a toda prisa junto al rey.

Josse no esperaba tener más noticias de Longchamps o del rey, pero se equivocó.

Poco después le informaron que lo mandaban asistir a la coronación del nuevo rey.

Posteriormente, Josse alegraría que había habido aspectos extraños en la coronación de Ricardo I. No es que fuese un experto en coronaciones, ya que ésta era la única a la que había asistido en toda su larga vida. No obstante, en su opinión, constituía un buen comienzo para su relato repetido tan a menudo.

El primer suceso extraño fue que, aun siendo de día, un murciélago entró aleteando en la abadía de Westminster. No se contentó con recorrer discretamente los rincones más oscuros del gran edificio, sino que voló con toda la temeridad del mundo a lo largo de la nave... hasta encontrar el lugar sagrado en que el rey electo se hallaba sentado, con la espalda recta, luciendo ropajes extravagantes y con los místicos símbolos de la monarquía en las manos. Y allí describió un círculo tras otro encima de la noble cabeza, hasta que uno de los prelados que presidían la ceremonia salió de su pasmo y, agitando sus anchas mangas, atinó a hacer que la pequeña criatura se marchara, no sin antes dejar un desagradable testimonio de su miedo.

—¡Un murciélago! —oyó Josse que murmuraban a su alrededor, cual mujeres cotilleando junto a un pozo—. ¡Es de mal agüero! ¡De muy mal agüero!

Pese a sí mismo —pues, a fin de cuentas, el murciélago no era sino un animal salvaje, ni bueno ni malo—, Josse pensó en las palabras del Levítico: «Todas las cosas que vuelan, que se arrastran, que andan a cuatro patas, serán para ti una abominación».

¡Dios había dicho eso de una de Sus propias criaturas! Un ser de la noche, de la oscuridad, de lugares secretos, y una abominación para el Señor de los Cielos...

En la abadía creció el volumen de los incoherentes murmullos, mientras por todos lados los hombres intentaban mitigar la potencia de este mal agüero rezando repetidamente el padre nuestro.

Oraciones a las que, por mucho que intentara ser racional, Josse se unió.

No habían reservado un lugar especial para la reina Leonor en la larga ceremonia celebrada en Westminster. De hecho, no asistió, y, en opinión de Josse, ésta fue otra de las cosas extrañas en la coronación del rey Ricardo.

Decían que se había negado a asistir porque guardaba luto por su esposo, el difunto rey Enrique.

¿Luto?

Técnicamente era cierto, según reconoció el propio Josse. Hacía apenas un par de

meses que había fallecido Enrique, ¡pero todos sabían lo que ella sentía por él! ¡La había mandado encerrar, la había hecho prisionera en su propia casa durante los últimos dieciséis años! Se odiaban mutuamente, y sin duda ella se había alegrado de no volver a verlo.

Además, Leonor se había esforzado con ahínco a favor de su hijo. Se decía que no había descansado un solo día en las últimas semanas, en su empeño por no dejar piedra sin remover para que Inglaterra recibiera de buena gana a su nuevo rey. ¿No resultaba como mínimo inesperado que no asistiera a lo que era el momento culminante de su hijo?

Sin embargo, fuera por la razón que fuese, Leonor no estuvo presente en la coronación.

Como tampoco lo estaba, según percibió Josse con creciente asombro, ninguna mujer.

A la coronación de Ricardo asistieron únicamente varones.

«Bueno —se dijo Josse, de nuevo en un intento por explicar los hechos—. Son los hombres los que tienen las riendas del poder, ¿por qué no habría de convocarlos Ricardo sin sus esposas?». Quizá había pensado que, si su madre se negaba a verlo coronado, ninguna otra mujer del reino tendría ese privilegio.

Josse no dejó de preguntarse lo que habría dicho al respecto la abadesa Helewise de Hawkenlye.

Una semana después de la coronación, que fue el tiempo que tardó en curarse la resaca —había que reconocerle al rey Ricardo que sabía cómo dar fiestas—, Josse emprendió el regreso a su hogar, a Acquin.

Inevitablemente, tras tantas emociones, experimentaría cierto desencanto de vuelta en su apartado dominio rural; lo sabía y se había preparado para ello. Al menos eso creía. De hecho, al cruzar el río Aa hacia el valle y poner a su cansada cabalgadura rumbo a casa, le apetecía la paz.

Los largos y bajos tejados del gran patio aparecieron en la distancia. En las dos esquinas exteriores, las tejas de pedernal de las torres de vigía centelleaban bajo los rayos del sol que caían desde poniente y a los que parecían capturar. Unas grandes vacas pastaban en los pastizales a ambas orillas del río, y era tal la calma que se las oía arrancar la hierba. Uno o dos grupos de labriegos que regresaban a casa con paso cansado lo saludaron con un gesto de la cabeza y algunos, al reconocerlo, se tiraron de un rizo en señal de respeto.

¡Su hogar!

Azuzó de nuevo el caballo, que emprendió un renuente trote, y entró en la diminuta aldea que había surgido en torno a la extensa casa señorial. Pasó frente a la iglesia, recorrió el sendero que llevaba a las puertas... y se encontró en su casa.

Las puertas se hallaban cerradas. Bien. Después de todo, el sol estaba a punto de

ponerse y nadie sabía que llegaría. No obstante, no fue capaz de sustraerse a una sensación de rechazo.

Se inclinó de lado sobre la silla de montar y golpeó con los puños las pesadas puertas con bandas de acero.

—¡Abrid! ¡Abrid! ¡D'Acquin!

Tras aporrear bastante tiempo, alguien entreabrió una estrecha ventana junto a las puertas y Josse distinguió la cara enfadada de su mayordomo.

—¿Qué queréis? —gritó el hombre.

Al ver quién era, se sonrojó, murmuró una disculpa y cerró la ventanilla. Poco después, las puertas se abrieron. Entre una acción y otra Josse lo oyó gritar, en un tono no tan alegre como esperaba:

—¡Es *sir* Josse! El amo ha vuelto.

Lo recibieron bastante calurosamente sus hermanos, las esposas de sus hermanos, sus sobrinos y sus sobrinas, al menos aquellos que eran lo bastante mayores para hacerlo. Los lactantes no se dieron por enterados. Como no habían engordado ningún cordero, le sirvieron una sabrosa ave de corral y carne de caza mayor. Su hermano Yves abrió un barril de vino que dijo haber guardado para una ocasión especial como aquélla.

Lo escucharon educadamente mientras les hablaba de la vida al lado de Ricardo Plantagenet. Soltaron las exclamaciones adecuadas en los momentos oportunos, dieron las pertinentes muestras de horror cuando les describió las muertes en la abadía, y de discreción diplomática cuando les contó que el nuevo rey estaba resuelto a extraer a su nuevo reino todo lo que pudiera permitirse, y posiblemente más, a fin de ir a toda prisa a Tierra Santa a echar a los infieles.

Sin embargo, se percató de que, en cuanto acabara de describir cosas emocionantes, la atención se distraería; que tendría suerte si alguien le hacía una pregunta que demostrara interés antes de hablar de otros temas. De la cosecha. Del campo junto al río que se inundaba siempre que llovía mucho. Del becerro enfermo de la vaca pinta. De las perspectivas de la caza en otoño. Del tobillo roto del segundo menor de los hermanos. De la madre demente de la esposa del mayor y hasta, Santo Dios, de las hemorroides del cura y de las escasas y espasmódicas caquitas del segundo menor de los bebés.

¡Y estos dos últimos temas durante la cena!

«Lo había olvidado —pensó Josse con tristeza al acostarse la tercera noche después de su llegada—. Había olvidado lo mezquina que es la vida aquí en el campo, lo trivial de las preocupaciones. Para ser justos —se corrigió—, puede que sean mezquinas y triviales, pero no carecen del todo de importancia».

Acquin era un dominio vasto y, como bien sabía, su buen funcionamiento precisaba el trabajo concienzudo de sus cuatro hermanos. Y eso, su buen

funcionamiento, era vital, no sólo para el bienestar y la fortuna de la familia, sino para el gran número de labriegos y sus familias que dependían de los D'Acquin.

«A fin de cuentas —pensó—, yo decidí marcharme. Nadie me echó; fue elección mía probar suerte en la corte de los tempestuosos Plantagenet. No es culpa de mi pobre familia que la existencia en Acquin no pueda competir con la variedad y las emociones de la vida en la corte».

Cuando por fin logró conciliar el sueño esa noche, soñó que Ricardo Plantagenet le enviaba una enorme cruz con rubíes engastados y le ordenaba que escoltara a la reina a Fontevraud, donde, nada más desmontar, ésta se ponía una toca blanca y un velo negro y se convertía en la abadesa Helewise. Aterrorizado ante la perspectiva de tener que contarle a Ricardo que su madre se había convertido en otra persona, Josse bajaba galopando por una pendiente con tanta prisa que a su caballo le crecían alas, lo lanzaba al suelo, se transformaba en un enorme murciélago y se alejaba aleteando.

Despertó sudoroso y temblando ligeramente... y con los principios de un plan en mente...

Josse tardó varios meses en poner el plan en práctica. Para justificar el retraso ante sí mismo, se decía que, tras desorganizar la vida de su familia con su regreso, no sería justo no quedarse un buen tiempo. De otro modo, no merecía la pena que hubiese vuelto. A fin de tranquilizar su conciencia por ser un intruso en su propia casa, aunque todos hacían lo posible para que no se sintiera como tal, emprendió todas las tareas que le parecían menester. No obstante, sus hermanos y sus criados hacían mejor casi todas las faenas comunes de una gran propiedad rural.

De poco servía que manejara la espada mejor que todos ellos juntos.

Con todo, la caza del jabalí resultó excepcional; además, estaba la bonita hermana menor de la esposa de uno de sus hermanos. Los estragos de la viruela se habían llevado a su marido hacía demasiados años para que le doliera todavía, y estaba más que dispuesta a coquetear durante las veladas de noviembre, cuando las corrientes de aire hacían ondear los tapices y la gente se apretaba en torno al llameante fuego.

La Navidad llegó y se fue.

En febrero del nuevo año de 1190, justo cuando Josse estaba preparándose mentalmente para abandonar el hogar familiar y regresar a la corte del rey, recibió el mensaje.

Su hermano Yves condujo a su presencia al agotado y empapado mensajero.

Con mirada alerta, dominado por la curiosidad, le susurró:

—¡Viene de parte del rey!

Josse llevó al mensajero aparte, y éste extrajo de su túnica un pergamino enrollado y sellado y comprobó que venía, efectivamente, de parte de Ricardo, quien se encontraba en Normandía.

Al parecer, el rey deseaba ver a Josse d'Acquin para agradecerle personalmente

su papel en el asunto de las muertes en la abadía de Hawkenlye.

Boquiabierto, Josse se esforzó en cerrar la mandíbula; recordando sus modales, acompañó al mensajero a las cocinas y ordenó al personal que lo alimentara, le diera de beber y lo calentara.

A continuación subió a sus aposentos y trató de esclarecer por qué, tan de repente, después de tanto tiempo, el rey deseaba darle las gracias.

Obtuvo su respuesta en cuanto, una semana más tarde, lo anunciaron y se arrodilló de nuevo frente al rey, pues, en una silla apenas menos ornamentada que la de Ricardo, se hallaba sentada la madre de este último.

Josse la había visto un par de veces antes, aunque sólo de lejos. Hizo un rápido cálculo mental y decidió que de eso haría veinte años o más.

Sin embargo, la anciana reina llevaba bien los años. Tendría casi setenta, pensó Josse, pero sus ojos brillaban aún y, aunque algo maltrecha por los largos meses de viajes, su tez resultaba aún bastante lozana. Se veían aún los restos de su legendaria belleza y no costaba entender que un anónimo estudioso alemán se hubiese sentido impulsado a escribir que «si el mundo fuese mío desde el mar hasta el Rin, renunciaría a él con júbilo si pudiese tener en mis brazos a la reina de Inglaterra...».

Inmaculada y elegantemente ataviada, lucía una pequeña corona, velo y peto de fino lino, y las mangas de su vestido de brocado de seda eran tan largas que rozaban el suelo. La protegía del frío una capa forrada de piel, con cuyos generosos pliegues se había envuelto piernas y pies, como si se tratase de una manta.

Sintiéndose honrado, encantado y humilde en presencia de una mujer a la que había admirado toda la vida, Josse se levantó a medias, se desplazó hacia la derecha e hizo una profunda reverencia con la cabeza muy inclinada.

Sintió un ligero toque en el hombro. Alzó la mirada y vio que Leonor se había inclinado hacia él y le tendía la mano derecha. Atónito, la cogió y la besó.

—Mi madre me ha pedido que os dé personalmente las gracias por el servicio que nos prestasteis el verano pasado, D'Acquin, mientras nos preparábamos para nuestra coronación —dijo Ricardo.

Josse se fijó en que le costaba decidirse entre el «yo» y el «nos». Quizá, pensó caritativamente, costaba acostumbrarse a ser rey.

—Cualquier servicio que pueda prestaros, majestad, mi señor, lo haré con gusto.

En la ancha y apuesta cara de Ricardo se dibujó una sonrisa momentánea que se apresuró a borrar.

—Mi madre tiene lazos especiales con la fundación de Hawkenlye —continuó el monarca—, por sus semejanzas con la casa madre de Fontevraud, a la que mi madre desea retirarse pronto a fin de...

—Todavía no me voy —interrumpió la reina Leonor—, y me gustaría, Ricardo, que no hablarais de mí como si no estuviera aquí.

La mirada que dirigió al rey contenía, según observó Josse, la clase de expresión de indulgente y cariñoso reproche característica de las madres que contemplan a sus hijos preferidos. Para Leonor ni siquiera un rey como Ricardo podía hacer nada mal.

—Milord d'Acquin —ahora la reina se dirigía a Josse—, he oído hablar de vuestra misión y os agradezco la gran parte que desempeñasteis en la solución de un crimen que amenazaba con trastornar el buen funcionamiento y las buenas obras de nuestra abadía en Hawkenlye.

—No fui yo solo, mi señora —se apresuró a manifestar Josse.

«A cada cual lo suyo —pensó—, y en realidad fue Helewise quien resolvió el caso, el asesinato que no era asesinato».

—Lo sé y ya he expresado mi agradecimiento y mi aprecio a la abadesa Helewise. Es una gran mujer, ¿verdad, milord?

—Una gran mujer —repitió Josse.

Intentaba imaginarse a Helewise enfrentándose a una visita de la reina. ¿Habría empezado a agitar los brazos, habría sido presa del pánico? ¿Se habría sumido en un torbellino angustiado, trabajando las veinticuatro horas del día para asegurarse de que cada detalle, por más nimio que fuera, estuviese perfecto?

No. Helewise no era así en absoluto. Esbozó una fugaz sonrisa. Lo más probable era que hubiese dicho, con toda serenidad: «La abadía es tan buena como podemos hacerla con nuestros esfuerzos. Más no podemos hacer. Que la reina nos vea como somos».

—¿Sonreís, *sir* Josse? —inquirió Leonor.

Quizá estuviese a punto de ser septuagenaria, reflexionó Josse, pero su voz poseía todavía la capacidad de hacer temblar a cualquier hombre.

—Disculpadme, *milady*, pensaba en la abadesa Helewise.

—¿Y lo que pensabais os hizo sonreír?

Josse se obligó a mirarla directamente a los ojos.

—Un poco, majestad, aunque os aseguro que no pretendía faltáros al respeto.

—No lo dudo. Tal vez os interese saber que al hablar de vos la abadesa tampoco fue capaz de contener su sonrisa.

Sabía —¡seguro que lo sabía!— que él, Josse, deseaba saber de qué habían hablado esas dos mujeres formidables, averiguar por qué el tema de Josse d'Acquin había hecho que Helewise deseara sonreír. Como coqueta que era todavía, ahora que le había hecho este provocador comentario, Leonor no pensaba decírselo.

A todas luces, Ricardo empezaba a aburrirse con esta conversación referente a personas y acontecimientos de los que nada sabía. Había estado golpeando con una mano el brazo de su sillón, canturreando en susurros partes de una canción, y ahora, incapaz ya de contener su inagotable energía, se puso en pie de un brinco y se estiró.

—Madre, *milady*, ¿por qué no se lo decís sin rodeos?

—Mi hijo no es muy dado a escuchar mientras otros conversan —comentó Leonor con un casi imperceptible deje de ironía, y dirigió a su hijo otra de sus miradas cariñosas—. Sobre todo cuando el tema no tiene que ver con armas, caballos de guerra, barcos o el viaje allende el mar.

Ricardo la miró airadamente un momento y como, después de todo, era su madre y probablemente la única persona del mundo frente a quien refrenaba sus arrebatos, dijo por fin:

—En nuestro reino de Inglaterra poseemos muchas casas solariegas y dominios que podríamos otorgar a nuestros súbditos si desearan pagar un precio justo por ellos. —Interrumpiendo lo que parecía un discurso preparado, clavó la vista en Josse y le preguntó, en un tono mucho más amistoso y despreocupado—: ¿Qué os pareció Inglaterra, Josse? ¿Os gustó?

—Mi señor, sólo vi un rinconcito y, como estaba ocupado con un asunto de cierta importancia...

—Sí, sí, sí, sé todo eso. —Ricardo agitó una mano como si con ello pudiera hacer huir las palabras de Josse—. Es un país muy hermoso, ¿verdad? Buena caza en todos esos bosques y el clima no está mal, ¿no creéis?

«¿Que el clima no está mal? —estuvo a punto de responder el aludido—. Debisteis de tener suerte, mi señor, ¡en los pocos meses que estuvisteis allí!». Pero no lo hizo.

Pese a su actitud amistosa, Ricardo era el rey.

Sin saber aún a qué se debía la convocatoria, aunque empezaba a hacerse una idea, se limitó a comentar con humildad:

—Me gustó mucho lo que vi de Inglaterra, majestad. Los recuerdos de mi infancia me ayudaron y la impresión que me formé en mi última visita no hizo sino confirmar la sensación de que es una tierra en la que viviría con mucho gusto.

¿Sería una imprudencia? Si, como todos se imaginaban, el rey estaba a punto de ir a una cruzada, ¿habría resultado más diplomático rogarle que le permitiera acompañarlo?

«Pero no quiero —se dijo Josse—. Santo Dios, estoy harto de la guerra».

—Mi hijo desea otorgaros una muestra de nuestra gratitud por vuestra ayuda en el asunto de Hawkenlye —intervino Leonor—. Desea...

—¿Querríais una casa solariega inglesa, Josse? —preguntó Ricardo—. Todavía me quedan algunas muy buenas y hasta unas que no se encuentran a demasiadas leguas de Hawkenlye, aunque los Clare tengan la mayor parte de esa zona agarrada con más fuerza que los... —echó una ojeada a su madre—... eh, los párpados de un gato. ¿Qué decís? ¿Un lugar modesto, quizá, ya que sois soltero, y por un precio razonable?

—Ricardo —dijo su madre en voz queda—, acordamos, ¿no?, que sería un

regalo, un regalo.

La palabra repetida daba a entender que era una que no figuraba muy a menudo en el vocabulario de su hijo.

—Una pequeña casa solariega, pues, Josse, nuestro regalo para vos. —Ricardo sonrió, radiante, si bien la expresión benévola no tardó en endurecerse ligeramente—. Yo sugiero que sea cerca de Londres, para que yo pueda ponerme en contacto con vos cuando esté allí y para que lo hagan quienes se encargan de mis asuntos en Inglaterra cuando no lo esté. ¿Quién sabe —añadió y alargó la mano en gesto dramático— cuándo otro acontecimiento amenazará la paz de ese rincón de nuestro reino?

«Ajá —pensó Josse—, tenía que haber un precio».

Ahora bien, ¿sería un precio que estaría dispuesto a pagar? A cambio de una casa solariega, por pequeña que fuera, en la Inglaterra del rey Ricardo, ¿estaría dispuesto a convertirse en uno de los hombres del rey? ¿Alguien en quien Ricardo pudiese confiar, que velara por sus intereses, saltara a la acción en su nombre en cuanto hiciera falta?

Ricardo estaba a punto de irse a Tierra Santa, donde planeaba sin duda quedarse y luchar hasta arrancar de manos infieles la Ciudad Santa y ponerla de nuevo en manos cristianas.

Sólo Dios sabía cuánto tardaría.

«Necesita hombres como yo —se dio cuenta de repente—. Y yo, que acabo de descubrir que ya no me siento a gusto en mi propio hogar, necesito lo que me ofrece.

»De los dos, mi necesidad es mucho mayor».

Se percató de que Ricardo lo estudiaba, esperaba su reacción. Como también lo hacía Leonor.

—¿Y bien? —inquirió Ricardo—. ¿Aceptáis las condiciones, Josse d'Acquin?

Josse lo miró directamente a los ojos.

—Lo hago de muy buena gana, majestad, y muy agradecido.

—El agradecimiento —murmuró Leonor— es nuestro también.

Sin embargo, Ricardo ya estaba pidiendo vino y probablemente no la oyó.

La tercera muerte

Capítulo veinte

Muy temprano, en una gris y brumosa mañana de lo que debería ser primavera pero que se sentía mucho más como pleno invierno, el hombre salió silenciosamente de la casa y emprendió el ya tan conocido camino. Iba andando. El aire quieto y húmedo se aferraba a sus pantorrillas, como tratando de detenerlo. Se dirigió lentamente al lugar donde se había desmoronado por primera vez, donde había dado rienda suelta a su pesar.

El lugar al que había ido una y otra vez, tantas que había perdido la cuenta.

No había nadie por ahí. La primavera se retrasaba y la promesa de un nuevo florecer no era sino una esperanza. Diríase que se paraba el mundo, dejando como sensación predominante la de cosas muertas. Las hojas del otoño pasado asfixiaban los setos y los arbustos, las zanjas y las acequias; en los campos, viejos y secos rastrojos de las cosechas del año anterior; ramas desnudas en las que aún no aparecía el primer atisbo de verdor. En el interior de las casas, el reconfortante fuego ardía todavía en las chimeneas, pues el frío calaba aún los huesos de tanto que tardaban en llegar la fuerza y el poder del sol.

El suelo había soportado su largo sueño invernal y debería ser primavera.

Para él, el tiempo parecía haberse parado cruelmente desde la muerte de la moza. Sus ojos distinguían las pequeñas señales del paso de las semanas y los meses, mas su mente no aceptaba lo que veía. Era y siempre sería el gris previo al amanecer de una mañana de julio en que huyó horrorizado de lo que le había ocurrido a la única persona del mundo a quien había amado de verdad.

La monja de cara redonda y el viejo monje quisquilloso lo habían cuidado con cariño. Mirándolo con una mezcla de compasión y exasperación, la hermana lo había tratado como a un niño recalcitrante, que, aun sabiendo lo que le convenía, se negaba a hacerlo; en vano le suplicaba que se levantara y saliera a pasear bajo el saludable brillo del sol, o que ingiriera la sabrosa y fortificante comida. ¿Cómo esperaba curarse —le preguntaba—, si no se cuidaba a sí mismo?

El monje, al que había aprendido a llamar fray Fermín, tenía puesta su fe más en el amor a Dios que en la buena alimentación y el vigorizante ejercicio, y en la refrescante y bendita agua del manantial, una taza de la cual le llevaba cada mañana. El paciente la bebía, más para complacer al monje que porque creyera que le serviría de algo.

Tampoco la abadesa lo había olvidado. Ni mucho menos. Cada vez que podía hacer un hueco en sus obligaciones, ya terminado su trabajo, acudía a la enfermería y se sentaba con él antes de la cena. A menudo guardaba silencio, a veces rezaba el rosario y a veces no. Si la saludaba con un mínimo de animación, le hablaba, sin exigir respuestas, y le hacía breves descripciones de algo ocurrido en la jornada y que

podiera interesarle: un encuentro en el santuario con un visitante quejumbroso, detalles de cómo un enfermo mejoraba y, en una ocasión, hasta le habló de la pacífica muerte de uno de los monjes más ancianos de la casa de retiro.

Y, aunque él casi no decía palabra, ella no lo abandonó.

Quizá, pensó el hombre, era un caso perdido, pues ninguno de los numerosos tratamientos le había servido de nada. Más tarde, se preguntaría si había decidido que no le sirvieran, aun antes de que esas bondadosas personas empezaran a aplicárselos. Al final, como le parecía insensible seguir aceptando sus bien intencionadas atenciones cuando sabía que nada lo ayudaría, declaró que ya estaba curado. Se levantó de la cama, les dijo que la necesitaban para casos más apremiantes, y fue con ellos una última vez a la iglesia, donde fray Fermín, que creía más en esta milagrosa cura que sor Eufemia, elevó una plegaria de agradecimiento por este milagro de Dios.

Y entonces se marchó.

Pero ella lo supo siempre. La abadesa Helewise lo sabía.

Cuando fue a decirle que abandonaba la abadía, no trató de detenerlo, gracias a Dios. Era como si una parte práctica en ella le dijera: «Hemos hecho todo lo que hemos podido, mis monjes, mis hermanas y yo. Si habéis de volver a ser un hombre entero, Dios tendrá que hacerlo. Estáis en Sus manos ahora».

Él se había arrodillado frente a ella y se había despedido. Susurrando le pidió su bendición. Ella dejó escapar un ligero suspiro, casi como si le leyera el corazón. Y entonces él sintió la presión de su pulgar en tanto dibujaba la señal de la cruz en su frente y decía: «Que Dios os acompañe, Olivar».

Le había dado la cruz de Gunnora.

Olivar había regresado a casa con Brice, el único lugar al que se le ocurrió que podía ir. Para hacerle olvidar su pesar, Brice se había dedicado a tratar de alegrarlo. Pobre Brice. Olivar sonrió un poco al evocar a su hermano, más perplejo que nunca frente a una emoción demasiado profunda para su comprensión, sugiriendo que hiciesen juntos un peregrinaje.

—¡Podríamos ir a Santiago, o a la Ciudad Santa, si los infieles nos dejan entrar!
—había exclamado—. ¿No te gustaría, Olivar? ¿No sería bueno salir de aquí, andar juntos por los caminos, conocer a gente nueva, ver cosas y lugares preciosos? ¡Yo estoy dispuesto! Me encantaría hacerlo, de veras. Iré a donde sea, si te ayuda.

Sus intenciones eran buenas.

Le habían contado lo otro, lo de la alocada prima de Gunnora, Elanor. Olivar sentía compasión tanto por ella como por ese bobo de su marido. Habían sido codiciosos e insensibles, sí, pero quienquiera que se hubiera imaginado que habían matado a Gunnora, que Elanor la sostenía mientras Milon blandía el cuchillo, se había equivocado. Milon no tenía suficientes agallas para matar, de eso Olivar estaba seguro. Al menos no a sangre fría y calculadoramente, aunque al parecer sí había

estrangulado a Elanor en el calor de una riña.

Lo habían juzgado por eso. La abadesa y ese imponente caballero al que habían mandado a investigar las muertes habían dado su testimonio. No lo habían hecho de buena gana, según se rumoreaba, ni tampoco se habían mostrado vengativos; se habían limitado a contestar con la verdad a las preguntas que les planteaban, tratando, dentro de sus posibilidades, de hablar en su favor.

Sin embargo, la verdad bastó para que lo mandaran a la horca. Asesinato. Había asesinado a Elanor, su joven, bonita y alegre esposa. Lo había reconocido mientras lo llevaban a la horca. Había ido con su Hacedor rogando que lo perdonara, gritando que no había pretendido matarla, que su muerte había sido un terrible accidente, que daría cualquier cosa, cualquiera, hasta su propia vida, para tenerla de nuevo a su lado, viva, riendo y bailando.

Olivar lo entendía. Aunque, para ser sincero, debía reconocer que su amada Gunnora no era mujer de risas y bailes, ni, que Dios la bendijera, de frivolidades. No obstante, Olivar habría dado su propia vida si con ella hubiera podido volverla a la vida.

Pero las leyes de la naturaleza no funcionaban así. Ni tampoco las de Dios.

Una vez muerto y enterrado Milon, Brice decidió olvidar todo ese desdichado asunto. Pese a haber perdido a su esposa, a que la hermana de su esposa había muerto debido a un terrible accidente que aún abrumaba a su propio hermano y a que su primo por matrimonio había muerto en la horca por haber matado a su esposa, Brice reanudó su vida normal... con lo que algunas personas consideraban una prisa indecente.

«Que digan lo que quieran», pensó Olivar. No conocían a Brice. No entendían su naturaleza directa y nada complicada ni sentimental. Hasta su propio hermano se sentía tentado a veces de decir que era superficial. No, se corrigió, Brice no era realmente superficial. Era práctico, tenía los pies bien puestos en el suelo y le faltaba imaginación, pero era un buen hombre. Con el tiempo se casaría de nuevo, aunque sin duda ninguna esposa le daría lo que habría obtenido con Dillian, si ésta no hubiese muerto antes que su padre. Pocos suegros poseían dominios como Winnowlands.

Aparte del donativo que Brice había hecho a la abadía de Hawkenlye, la fortuna entera de Winnowlands revertiría a la Corona. Corría el rumor, improbable aunque increíblemente persistente, de que el nuevo rey Ricardo pensaba otorgar parte de la propiedad y una casa solariega nada insignificante a ese imponente caballero...

«Me da igual —pensó Olivar al acercarse al río—. Le deseo suerte. Nadie ha sido feliz en Winnowlands, al menos nadie de la familia y los siervos de Alard. Le deseo que le vaya mejor. Yo, en cambio, ya estoy por encima de esas cosas».

Descendió torpemente hasta el agua; se detuvo en aguas poco profundas donde había salmones en primavera y se sentó en la hierba empapada. Habían acudido allí

con frecuencia, él y Gunnora. Por eso, claro, por eso éste se había convertido en su rincón especial.

Siempre había creído que ella era para su hermano. Brice, el primogénito de Rotherbridge, se casaría con Gunnora, primogénita de Alard de Winnowlands. Amándola a distancia, cosa que había hecho desde que tenía uso de memoria, se había visto obligado a soportar verlos juntos, abrir los bailes, tiosos y renuentes, sentados juntos a la mesa en los días de fiesta.

Luego, inesperadamente, una lucecita de esperanza empezó a brillar. Poco antes del decimotercero cumpleaños de Gunnora, cuando todo el mundo esperaba que anunciaran el compromiso, ella lo había buscado a él, a Olivar.

—No deseo casarme con tu hermano —le había dicho allí mismo, junto al río, en aquel mismísimo lugar—. No lo quiero y me temo que no me hará feliz.

Olivar había intentado interpretar la expresión de esos ojos de un azul profundo.

¿Por qué se lo decía? De hecho, ¿por qué se había molestado en averiguar dónde se encontraba, por qué había ido a buscarlo?

¿Sería posible que no amara a Brice porque amaba a otro?

¿A él, Olivar?

Éste dio un paso al frente, no para tocarla, claro que no, aún no, y el tenso silencio continuó.

Una dama no podía ser la primera en hablar de estos asuntos, y él lo sabía. Siempre lo había sabido. De modo que, con el corazón como un tambor y la boca tan seca que apenas si podía pronunciar palabra, habló.

Le dijo, llana y humildemente:

—*Milady*, ¿crees que podrías amarme a mí? —Ella no le había contestado, sino que había bajado los enormes ojos en delicada señal de pudor—. Te amo, Gunnora —se había precipitado, pues, Olivar—. ¡Siempre te he amado! ¿Aceptarías casarte conmigo?

Entonces ella alzó la mirada. Lo miró directamente a los ojos y en los suyos vislumbró durante una fracción de segundo lo que era una emoción inesperada.

Una expresión de triunfo.

Pero ésta desapareció y, embargado por el indecible júbilo de poder abrazarla por fin, Olivar olvidó esa expresión.

Aceptó su plan sin un momento de reflexión, la ayudó y alentó en todo momento, ¡le había parecido un plan tan astuto! Que ella se retirara detrás de los gruesos muros de un convento hasta que Brice se casara con otra, y luego saliera para que Olivar la reclamara como suya... ¡Qué brillante plan! E infalible. Alard podría negarle permiso para escoger marido, pero nada podría hacer contra la piadosa intención de una hija que deseaba ser monja.

El año que había tenido que aguantar sin ella le había supuesto un auténtico

tormento. Antes, aun cuando la creyera fuera de su alcance, tenía el dudoso consuelo de verla con regularidad. De hablar con ella, oír su voz, observar la gracia de sus gestos. Y recibir el premio de su amor sólo para perderla detrás de los muros de Hawkenlye le había resultado casi insoportable.

La noche antes de ir a su encuentro en la abadía, Olivar se sentía tan nervioso como emocionado. Hacía una semana que no comía y que sufría terribles dolores de cabeza que lo atormentaban sin previo aviso, clavándosele en una sien cual la punta de una daga y, mientras duraban, le impedían hacer cualquier cosa que no fuera tumbarse en la oscuridad y vomitar periódicamente.

Por fin, ¡ay, por fin!, se habían reunido. Él la había envuelto en sus brazos, tratando de besarla, creyendo que, tras un año de separación, ella se mostraría tan ardiente y dispuesta como él.

Lo había sabido en cuanto se negó a besarlo en los labios. Lo supo pero no daba crédito.

Lo había... No, ni siquiera podía pronunciar mentalmente las palabras. Lo había traicionado. Aun ahora, bajo los efectos de la terrible y desoladora decepción, no se sentía capaz de criticarla.

«Se equivocó —se dijo—. Esa noche, cuando me vio después de tanto tiempo con las buenas hermanas, creyó que no me quería. ¡La conmocionó verme! Y yo no debí arrojarme sobre ella, debí ser más sensato, tener más paciencia.

»Todo habría ido bien. Pronto habría recordado cuánto nos amábamos. Y todo habría sucedido como lo habíamos planeado.

»Pero no pudo ser.

»Porque cayó por esos escalones y murió.

»Y, a pesar de toda la satisfacción y el placer que me ha dado la vida desde entonces, debí morir con ella».

Al cabo de un largo rato, se puso lentamente en pie. Había llevado un grueso saco, que desdobló y tendió sobre la hierba. Desde la orilla del poco profundo río escogió varias gruesas piedras, las más pesadas que pudo levantar. Llenó el saco, se levantó y, gruñendo y jadeando por el esfuerzo, lo arrastró sobre la hierba y dobló el recodo del río.

Allí, fuera de la vista del camino, había un lugar donde la fuerte y rápida corriente formaba un profundo y negro pozo debajo del margen erosionado.

Ató bien el saco con una fuerte y larga cuerda con la que luego se rodeó la cintura. Su roce le hería la piel del delgado cuerpo, pero eso ya daba igual.

Se levantó un momento y pensó en ella. En cómo sonreía, en esos hermosos e interminablemente soleados días de ese verano tan lejano en que inesperadamente, de súbito, el futuro pareció tan prometedor. En sus labios al besarla, en sus firmes y jóvenes pechos. En sus ojos, cuya expresión nunca había sabido interpretar, según se

daba cuenta ahora. En su largo cabello oscuro.

«Gunnora.

»Mi amor. Mi amor perdido».

Llevaba su cruz al cuello. La cogió con la mano, la aferró con fuerza y echó un último vistazo al mundo.

En la orilla opuesta, en un joven sauce, aparecían las primeras señales verdes. Parecía que la primavera llegaría, por fin.

Olivar sonrió ligeramente. La primavera. Indiferente para él, aunque llegara.

Alzó los ojos hacia la ancha bóveda celeste donde, según le habían dicho, se encontraba el cielo; murmuró una oración para Gunnora y otra para él. «Piedad. Perdón. Y, por favor, Dios Santo, que algún día nos reunamos, ella y yo».

No había acabado la plegaria cuando saltó.

El pesado saco funcionó. Al cabo de unos segundos, las aguas se cerraron sobre su cabeza y Olivar desapareció.



ALYS CLARE es el seudónimo de ELIZABETH HARRIS (Nacida en 1944), una escritora inglesa de novelas históricas, las cuáles se centran principalmente en la época medieval.

Fue educada en el campo, cerca de dónde se establecerían sus novelas más famosas. Inició sus estudios en la escuela de Tonbridge, graduándose en Literatura Inglesa y Psicología en la Universidad de Keele, con postgrado en Arqueología en la Universidad de Kent. Comenzó a publicar en 1990, dedicándose desde entonces a la escritura.

Sus novelas más famosas son la serie de libros conocidos como Los Misterios de Hawkenlye, historias de crímenes en la Edad Media, y que son protagonizados por el caballero Sir Josse D'Aquin y la Abadesa Helewise. Debido a la creación de estas novelas, Alys Clare vive cierta parte del año en el campo, dónde según ella ocurren los hechos narrados en Los Misterios de Hawkenlye. El lugar es conocido principalmente por ser un lugar dónde sus antiguos habitantes fueron dejando sus huellas, tales como círculos de piedra y dólmenes en el Neolítico, además de encontrarse los antiguos caminos y capillas de los caballeros templarios.